Christian Jacq

LA MASONERÍA
HISTORIA
E
INICIACIÓN

ÍNDICE

Prefacio 4
Introducción 5

PRIMERA PARTE LA MASONERÍA ANTIGUA

1. La masonería no nació en 1717 8
2. Los orígenes míticos de la masonería 13
3. Una gran logia en el antiguo Egipto 15
4. Los misterios de Eleusis y la Orden de Pitágoras 22
5. Asociaciones iniciáticas en tiempos de Cristo 28
6. Los adeptos de Mitra y la iniciación romana 32
7. Los constructores y el cristianismo primitivo 37
8. Nacimiento y fulgor de las cofradías masónicas en la Edad Media 41
9. El declive de la antigua masonería (siglos XIV – XVIII) 57

SEGUNDA PARTE LA FRANCMASONERÍA MODERNA

1. El nacimiento de la francmasonería moderna, (1717 a 1789 73
2. De la Revolución de 1789 a la de 1848 88
3. De 1848 a la desaparición del Gran Arquitecto del Universo (1877) 94
4. La francmasonería moderna después de 1877 102
5. Breves reflexiones sobre la evolución de la francmasonería moderna 110
6. La francmasonería hoy 115

TERCERA PARTE VIAJE A TRAVÉS DE LOS SÍMBOLOS MASÓNICOS

1. El secreto masónico 120
2. El cuadro simbólico de la logia de aprendiz 121
3. Las dos columnas del templo y las granadas 121
4. Las pruebas iniciáticas del grado de Aprendiz 122
5. La cadena de unión 124
6. El delantal masónico 124
7. El signo de orden de los aprendices 125
8. El ojo en el triángulo 125
9. El grado de Maestro masón y la leyenda de Hiram 126
10. Los diez oficiales masónicos 129
11. El misterio del número tres 130
12. Los Hijos de la Viuda 131
Conclusión 132

PREFACIO

Esa investigación sobre la aventura espiritual e histórica de los masones no se inscribe en polémica alguna. El lector contemporáneo, a nuestro entender, no se interesa ya por manifiestos favorables u hostiles a una orden mal conocida aún. Las comunidades masónicas, al igual que otras sociedades iniciáticas, intentaron percibir lo sagrado y crear una fraternidad de espíritu y corazón para ofrecer a los hombres un verdadero ideal. A pesar de las desviaciones y de las vicisitudes históricas, algunas logias masónicas, tanto hoy como ayer, son el símbolo vivo de una comunión en la que el hombre vive una experiencia interior alimentada por lo simbólico. A través de ellas, la masonería se presenta como uno de los caminos de búsqueda del conocimiento, un camino que no topa con creencia alguna. ¿Acaso el arte de construir el templo, tan caro a los albañiles de la Edad Media, que eso significa en francés la palabra «magoti», no concierne a cualquier hombre preocupado por la autenticidad?

INTRODUCCIÓN

El suelo del templo de los masones es un «enlosado mosaico», es decir, una especie de tablero de ajedrez en el que se alternan las casillas blancas y negras. Evoca el mundo que es, a la vez, luz y tinieblas y podría decirse que es una excelente ilustración de la historia de la orden masónica donde se alternan períodos constructivos y fases de decadencia.

La masonería es, primero, cierta idea de la humanidad y del lugar del individuo en una comunidad que desea ser fraterna. En este punto, los historiadores están de acuerdo; pero la dificultad comienza cuando se trata de definir esta «idea». La realidad histórica nos mostrará hasta qué punto las orientaciones elegidas o sufridas por la masonería han influido en su concepción de hombre y de la sociedad.

Al comienzo de nuestra investigación, advertimos que era imposible considerar la institución masónica como un bloque monolítico. Desde sus lejanísimos orígenes, se han producido numerosas evoluciones; por eso tal vez sería mejor hablar de masonerías que, según las circunstancias, fueron más o menos fieles al modelo de origen.

Es indispensable, a nuestro entender, elevarse por encima de las polémicas que han desnaturalizado tantas obras sobre la orden masónica. No se encontrará en este estudio ningún argumento en favor o en contra de la masonería, que será considerada como un fenómeno histórico al igual que el imperio faraónico o la cristiandad medieval.

En todas las épocas, la propia masonería se ha designado como una -sociedad iniciática>. Esta expresión nos lleva de inmediato a precisar el contenido del término «iniciación». Estar iniciado, en la óptica de los antiguos constructores, es entrar en una orden que se consagra al estudio de los misterios de la vida y propone al hombre medios de evolución espiritual.

Si consideramos la arquitectura social de las antiguas civilizaciones donde albañiles y arquitectos desempeñaban un papel fundamental, veremos que las asociaciones iniciáticas formaban el meollo del reino. En Egipto, por ejemplo, una de las instancias superiores de la nación se componía del faraón como maestro de obras, de sus más íntimos consejeros y de los patrones de las distintas corporaciones artesanales.

El hecho más destacado, en las épocas antiguas, es que la iniciación constituye un verdadero oficio y permite al iniciado integrarse en el cuerpo social. Nadie puede convertirse en rey sin haber sido iniciado; lo mismo ocurre con la obtención de los puestos de sumo sacerdote y de maestro de obras. No había, pues, antes de la era cristiana, sociedades «secretas» en el sentido que nosotros les damos; los grupos iniciáticos participaban en el gobierno del reino y, sobre todo, mantenían las verdades religiosas.

Examinaremos cómo esas formas primordiales de la iniciación se transmitieron al mundo greco-romano y a la cristiandad; sin demorarnos, de momento, en estos puntos, advirtamos que la llegada de Cristo señala un vuelco decisivo en la historia de las iniciaciones.

Por primera vez, un jefe espiritual ofrece el conocimiento a todo el mundo, sin imponer el paso por un ritual iniciático; ciertamente, numerosas sectas gnósticas afirmaron lo contrario y es conocida la tesis según la cual Cristo habría salido de la comunidad iniciática de los esenios y se habría expresado en parábolas para que el sentido secreto de su mensaje fuera sólo inteligible para los iniciados.

Sean cuales sean las distintas opiniones sobre esta muy compleja cuestión, se advierte que la Iglesia romana se adelantó a las demás formas de cristianismo. Los fieles siguieron las enseñanzas de los sacerdotes sin recurrir a ceremonias secretas.

Sin embargo, en el interior del cristianismo, subsisten asociaciones iniciáticas. Para los constructores de edificios civiles y religiosos, la iniciación sigue siendo el acceso a una función reconocida: el maestro de obras es uno de los personajes más importantes y más admirados de la época medieval. En esta civilización de la Europa cristiana, donde religión e iniciación se completan, nació la francmasonería en el estricto sentido del término.

De las cenizas de la Edad Media brota una nueva civilización que no tiene ya las mismas bases ni los mismos objetivos que la cristiandad. En adelante, los factores políticos y económicos ocupan el proscenio. La religión se difumina y desempeña un papel cada vez menos decisivo en los asuntos del Estado. Precisamente cuando desaparece una concepción sagrada de la sociedad se forman realmente algunas sociedades «secretas».

Los constructores, en efecto, no son ya considerados como una clase social de primera importancia puesto que los notables estiman que el trabajo

manual es «vil y deshonesto» según la expresión del jurista Loyseau. Herméticos, alquimistas y astrólogos son contemplados con suspicacia; aunque Morin de Villefranche establece el tema astrológico de Luis XIV, Colbert expulsa a los astrólogos de la Academia de Ciencias.

La libertad de asociación es de las más limitadas; los gobiernos desconfían de los pequeños cenáculos que, según consideran, fomentan conjuras contra el poder y, con el pretexto de mantener una fraternidad, preparan una política de oposición.

Oprimidas y sospechosas, las logias de constructores abren de par en par sus puertas a todos los que rechazan las doctrinas oficiales en los campos de la religión, el arte o la ciencia. Como es regla en épocas de autoritarismo, se entablan vínculos fraternos entre los miembros de las minorías y la adversidad no hace sino exaltar la fuerza de los movimientos secretos.

Primera paradoja: los espíritus no conformistas de las logias del siglo XVIII se codean con los representantes de las autoridades vigentes que, en cierto número de casos, dirigen incluso los talleres. La masonería agrupa a responsables políticos e intelectuales de renombre.

Tras la «masonería» anterior al cristianismo y la masonería medieval se afirma una tercera masonería, la de los tiempos modernos. Aunque las dos primeras presenten numerosos puntos en común, la última se basa en valores bastante distintos. No es ya, como en Egipto, el meollo de la nación; no es tampoco, como en la Edad Media, el centro de gravedad de una elite profesional. Se convierte en una sociedad secreta unas veces y discreta otras, que no ofrece a sus miembros cualificación profesional directa alguna. En un mundo donde los ideales «iniciáticos» son relegados a un segundo plano, la masonería intenta conservarlos en sus logias.

Por desgracia, esta actitud de autenticidad fue rápidamente derrotada por la mentalidad profana que albergaban la burguesía mercantil y la nobleza política. Tras la Revolución Francesa, las asociaciones masónicas se orientan hacia una mayor participación en la vida social.

Por un curioso capricho de la historia, la masonería pequeño-burguesa y «chanchullera» de la tercera y cuarta repúblicas francesas es la mejor conocida hoy, a través de los escándalos y los negocios bastante sucios en los que estuvo mezclada. Por aquel entonces, el simbolismo y la espiritualidad de los masones medievales no eran ya más que objetos de museo conservados en nombre del

recuerdo. Los ritos sufrieron entonces graves transformaciones y fueron envilecidos.

Gracias a los esfuerzos de algunos masones, la corriente iniciática intentó recuperar sus cartas de nobleza. Fue combatida por los defensores de una masonería política y honorífica y sólo conoció una muy limitada expansión. Sociedad «iniciática» que conoció las tres edades de la integración total, la integración parcial y el aislamiento del mundo ambiental, la masonería ofrece al historiador un vastísimo campo de estudio. Puesto que influyó tanto en los gobiernos como en algunos movimientos espirituales o artísticos, se plantea una pregunta: ¿existe una civilización masónica?

A primera vista, la respuesta es negativa. La masonería no puede circunscribirse a hitos concretos como se hace, por ejemplo, con la civilización romana. Si se considera la civilización como una posición voluntaria del hombre en la ciudad, es preciso admitir que el espíritu masónico enseña a sus adeptos un comportamiento original que no se encuentra en ningún otro grupo.

El masón obedece leyes que sólo en parte se han codificado en los textos canónicos de la orden y que se revelan sobre todo, según numerosos testimonios, en el trabajo en la logia. En este sentido, podemos estimar que existe una civilización masónica paralela a la civilización general.

Eso nos explica por qué los escritores masónicos insisten en la diferencia entre el espíritu de la masonería y su expresión material y temporal; ese espíritu, afirman, no estuvo ausente en ninguna época en la que los hombres intentaban construir el templo. Hablar de la masonería del siglo xx sin abordar, aunque sea rápidamente, la iniciación egipcia, el pitagorismo y las sectas gnósticas, nos haría ignorar aspectos interesantes de la vida de las logias puesto que algunas corrientes masónicas reivindican la más alejada tradición e intentan prolongarla.

La masonería anterior al cristianismo y la masonería medieval son poco conocidas; aunque nuestras fuentes de información sobre ellas sean sobre todo míticas y simbólicas, algunos descubrimientos históricos y arqueológicos nos permiten estudiarlas fructíferamente. Puesto que la aventura de aquellos antiguos masones era muy apasionante, les consagraremos gran parte de nuestro estudio.

Cuando se habla de «francmasonería» hoy, se evoca casi exclusivamente la institución que nació en 1717. Desde hace doscientos cincuenta años, las opciones más diversas y más contradictorias la han animado. Si se hace un

recuento de los tipos de hombre que han entrado en las logias desde comienzos del siglo XVIII, llegamos a un balance algo desconcertante: hay eclesiásticos, católicos y protestantes, políticos de derechas y de izquierdas, marxistas y grandes burgueses, teístas y ateos, científicos y ocultistas. La lista, por lo demás, podría seguir alargándose.

En la antigua masonería, una línea de conducta coherente reunía a los iniciados en torno a un único centro de interés: levantar el templo a la gloria de Dios y traducir en símbolos la experiencia espiritual. En la nueva masonería, este ideal ya sólo es una de las numerosas corrientes masónicas. Nos encontramos, pues, en el día de hoy, ante una especie de «cajón de sastre» cuya influencia intelectual y social es mucho menos importante de lo que suele creerse.

Durante los últimos veinte años, las obras consagradas a la masonería han estudiado la institución desde el punto de vista de la antropología, del simbolismo, de la política e, incluso, del psicoanálisis. De hecho, la masonería ya sólo asusta a muy pocos mal informados y se presta ahora a cualquier tipo de análisis científico. Las Constituciones, los reglamentos interiores y los rituales se publican desde hace tiempo y cualquier erudito puede acceder a él; el famoso «secreto masónico» es sencillamente un estado de ánimo que los masones definen, por lo demás, de modo distinto según su posición iniciática, religiosa o social.

No tenemos la ambición de pasar la masonería por el cedazo de todas las ciencias humanas y de hacer el examen más completo posible, tanto menos cuanto los documentos escritos no son los únicos en tenerse en cuenta. No olvidemos, en efecto, que parte de la enseñanza masónica es oral. Ésta escapa forzosamente al historiador más concienzudo y debemos respetar cierta prudencia en la interpretación de los hechos y del comportamiento de los hombres.

Nuestra intención es, simplemente, evocar la historia masónica según sus tres épocas principales: de los orígenes míticos al final del mundo antiguo, del amanecer de la Edad Media a comienzos del siglo XVIII, de 1717a nuestros días. Puesto que varias asociaciones masónicas siguen magnificando la primacía del simbolismo, concluiremos nuestra investigación con una serie de breves estudios en este terreno, vinculando los símbolos masónicos con sus modelos antiguos.

Iniciaremos nuestro relato en los acontecimientos de 1717, para disipar de

inmediato una ilusión; la masonería que nació aquel año no es la única masonería sino, más bien, su forma tardía. Aunque su importancia sea considerable, puesto que está en el origen de las asociaciones contemporáneas, no debe hacernos olvidar los verdaderos fundamentos de la institución.

Volvamos, pues, esta primera página antes de regresar a las fuentes.

PRIMERA PARTE

LA MASONERÍA ANTIGUA

LA MASONERÍA NO NACIÓ EN 1717

El año 1717 es una fecha sagrada para muchos masones. Aquel año, el 24 de junio exactamente, algunos de ellos pertenecientes a cuatro logias londinenses se reúnen en una asamblea que pretenden que sea solemne. Esas logias tenían la costumbre de trabajar en tabernas de evocadores nombres: La oca y la parrilla, El manzano, La corona y El cubilete y las uvas. La asamblea general se celebró en La oca y la parrilla.

Aquel 24 de junio de 1717, los escasos hermanos reunidos eligen a mano alzada a un gran maestro, Anthony Sayer. Crean una jurisdicción cuya soberanía va a extenderse a todas las logias del mundo y definen la nueva Gran Logia de Inglaterra como la «logia madre» de todas las demás; en adelante, ella concederá o no la «regularidad». Antes, las células de constructores sólo dependían de sí mismas; las grandes logias, como la de Estrasburgo, no tenían poderes especiales.

Sin ninguna duda, aquella jornada fue muy importante en la historia del siglo XVIII y, más aún, en la de la masonería. Por primera vez, un poder legislativo impone decisiones por iniciativa propia; aunque sus comienzos fueran modestos, pronto adquirió una considerable importancia y la Gran Logia Unida de Inglaterra es, hoy todavía., la institución central que «reconoce» o no «reconoce» las obediencias o asociaciones nacionales.

¿Cómo se había llegado a eso? Muchas explicaciones se propusieron. Se habló de la nueva idea de tolerancia que iba a florecer durante los siguientes decenios. Pero eso no se adecua a esta toma autoritaria de poder. Se evocó también la prodigiosa reputación de las cofradías de constructores: en una época en la que la libertad de reunión estaba muy restringida, la masonería se presentaba como el único centro donde unos hombres de buena voluntad podían reunirse para intercambiar consideraciones con toda tranquilidad. Eso no explica tampoco la voluntad de "Centralización» de los masones in- Nuestra opinión es que la fundación de esa Gran Logia es la ineluctable culminación de un período de la historia.

En 1702, Christopher Wren, el último gran maestro de la antigua masonería, se retira. Wren era un arquitecto, un albañil o masón «operativo»; por desgracia, sus construcciones no tenían ya la calidad de las realizadas por sus predecesores. El ideal que animaba a los canteros de la Edad Media había desaparecido desde hacía mucho tiempo y el arquitecto iba convirtiéndose, poco a poco, en un funcionario indiferente al esoterismo y al simbolismo.

Insistamos en un hecho que no ha llamado demasiado la atención de los historiadores masónicos: en 1717 nace la masonería «especulativa». En 1707, diez años antes, la Dieta imperial daba a conocer un decreto que suprimía la autoridad de la Gran Logia de Estrasburgo sobre las logias de masones alemanes. En 1731 y en 1732 dos nuevos decretos declaran ilegales las cofradías de constructores. Precisamente cuando los intelectuales toman en sus manos el destino de la masonería, sus verdaderos fundadores, los compañeros constructores, se ven obligados a entrar en una semiclandestinidad porque la civilización occidental no comprende ya su mensaje.

Todo el drama estriba en esta contradicción; quienes construyen realmente y detentan la tradición iniciática de Occidente no tienen voz en el capítulo. Christopher Wren no podía defender su ideal; asistió de lejos y sin decir nada a la fundación de la Gran Logia de Inglaterra.

El antiguo mundo masónico desaparece, la nueva masonería emprende el

vuelo. Un vuelo tal que cierto número de historiadores, masones o no, borrará los siglos precedentes y harán que la historia de la orden comience en 1717.

Pocas veces una revolución tuvo tanta influencia. Los masones reunidos en Londres no tenían conciencia de ello. Sufriendo el determinismo de su época, concretizaron sencillamente una situación dada.

No puede disociarse la fundación de la Gran Logia inglesa de las nuevas Constituciones aparecidas en 1723. Dos hombres desempeñaron un papel decisivo en esta empresa: el pastor Jean Théophile Désaguliers y el pastor Anderson.

Nacido en La Rochelle en 1683, Désaguliers fue, en 1719, el tercer gran maestro de la Gran Logia de Inglaterra. Puesto que su familia se estableció en este país, cursó sus estudios en Oxford y se convirtió en profesor de filosofía y de ciencias experimentales. Miembro de la Royal Society y amigo de Newton, ese austero personaje a quien, sin embargo, le gustaba banquetear con sus hermanos, fue probablemente el cerebro pensante que decidió la puesta en marcha de Constituciones renovadas. Su cultura y su estado de ánimo le llevaban a abogar por la tolerancia contra las doctrinas papistas; deseaba también desprenderse del materialismo ambiental y no ceder a las críticas racionales que desnaturalizaban la idea de Dios.

El pastor Anderson nació en 1684. Le gustaba mucho escribir y se entregaba con pasión a la investigación histórica. Los juicios que han hecho sobre él los historiadores van de un extremo a otro; para unos, era un gran iniciado que sabía perfectamente lo que hacía, como demostraría una alusión de su texto a Thule, el extremo septentrional de nuestro mundo donde, según antiquísimas leyendas, habría aparecido por primera vez la vida. Según otros, Anderson era un personaje insulso, la sombra obediente y ciega de Désaguliers. Se habría limitado a tomar la pluma y escribir las frases que se le dictaban.

A falta de pruebas, es imposible adoptar una u otra posición. Detalle curioso: sólo doce hermanos asistieron a las exequias de Anderson, muerto en 1739. ¿Desconsideración o número simbólico? Lo ignoramos.

No estamos mejor informados sobre cómo fueron redactadas las famosas Constituciones. Esquematizando, predominan tres teorías; o Anderson es su único autor; o Désaguhers es el verdadero autor y Anderson el celoso redactor; o un comité de catorce masones indicó las ideas maestras a las que Anderson dio forma.

El más completo misterio gravita sobre estos acontecimientos, y difícilmente va a aclararse. Historiadores de varias nacionalidades han hurgado en los archivos sin descubrir un documento definitivo. En cambio, una confesión en la pluma del propio Anderson es de lo más sorprendente: «Hermanos llenos de escrúpulos», escribe, «quemaron con demasiada precipitación varios manuscritos de valor referentes a la Fraternidad, las Logias, Reglamentos, Obligaciones, Secretos y Usos, para que esos papeles no cayeran en manos de los profanos».

¡La justificación es bastante magra! Esta revelación nos dice, en términos muy claros, que las auténticas Constituciones fueron sencillamente destruidas para que nadie pudiera, en el porvenir, establecer comparaciones significativas. Destrucción ingenua, por lo demás, puesto que las antiguas reglas de vida de los masones fueron parcialmente recuperadas.

El hecho es significativo; es la traducción inequívoca de una mentalidad en la que el respeto a los padres de la tradición masónica es escaso.

Abandonemos por un instante ese clima algo turbio e interesémonos por algunos puntos importantes de las primeras Constituciones de la masonería moderna. «Un masón», se nos dice, «está obligado por su dependencia a obedecer la ley moral; y si comprende bien el arte, nunca será ateo estúpido ni libertino irreligioso.» La frase fue modificada a continuación, y Dios reemplazó la ley moral con variadas formulaciones. Eso será objeto de querella sin fin entre las obediencias, militando unas por la creencia, otras por el ateísmo y el anticlericalismo. Si se olvidan los detalles de vocabulario, debe reconocerse que el principio de las Constituciones no presenta ambigüedad alguna: si el iniciado practica el arte masónico de un modo consciente, no será ateo ni irreligioso. Al escribirlo, Anderson respetaba el espíritu de los antiguos constructores que sabían ser, al mismo tiempo, hombres de fe y de conocimiento.

Anderson precisa más aún estas nociones: «Y sean cuales sean nuestras diferentes opiniones sobre otras cosas, dando a todos los hombres libertad de conciencia, como masones estamos armoniosamente de acuerdo con la noble ciencia y el arte real».

El tema del secreto ritual se aborda en el Canto del Maestro:

¿Quién puede revelar el Arte real
o cantar sus secretos en un canto?

Están guardados de modo seguro
en el corazón del masón
y pertenecen a la antigua Logia.

A estos pensamientos se añade una regla comunitaria que, también ella, es rigurosamente tradicional: «Ninguna enemistad o querella privada debe cruzar el umbral de la Logia, y menos aún querellas sobre la religión, o las naciones, o la política de Estado, puesto que nosotros, como masones, somos únicamente de la religión universal; somos también de todas las naciones, idiomas, parentescos y lenguajes, y estamos decididamente contra todas las políticas, puesto que nunca han contribuido y nunca pueden contribuir al bienestar de la Logia».

Indiscutiblemente, es una notable fidelidad a la verdad de los antiguos constructores cuya moral profesional era de una pureza absoluta y les prohibía todo intento de intervención en una política del todo apegada a lo material.

Una breve frase de las Constituciones de Anderson fue muy pronto olvidada por las asociaciones masónicas: «Ningún maestro o vigilante es elegido por su antigüedad, sino por su mérito». Esta ley, más espiritual que material, fue traicionada a menudo.

Una última mirada a las Constituciones nos permitirá evocar el problema de las elecciones: «Ningún hombre», escribe Anderson, «puede ser registrado como hermano en una logia particular o ser admitido en ella como miembro sin el consentimiento unánime de todos los miembros de esa logia presentes cuando el candidato es propuesto, y su consentimiento es formalmente requerido por el maestro, y deben significar su consentimiento o disentimiento en su propia y prudente manera, bien virtual o formalmente, pero por unanimidad».

Esta regla de vida, que parecía indispensable para la armonía de una sociedad iniciática, fue sustituida poco tiempo después por escrutinios «democráticos» donde se utilizaban las famosas bolas negras para el «no» y las bolas blancas para el «sí». Un reglamento de 1739 intentó en vano mostrar las virtudes de la unanimidad: «Si se forzara a una logia a recibir como miembro a alguien que no fuese generalmente aceptado por todos, el descontento resultante sería perjudicial para la unión y la libertad tan necesarias a los hermanos que actúan, y podría así causar la destrucción de la Logia».

Si se hace el balance de las leyes dictadas en las Constituciones, se

advierte que parte de ellas no revelan la masonería. Advertencia muy platónica, puesto que su aplicación efectiva fue de lo más irregular. Se procedió, por otra parte, a nuevas redacciones y a modificaciones de acuerdo con las doctrinas favoritas en un momento u otro. Determinada obediencia se remite a una de las versiones para probar su legitimidad, otra se remite a una segunda versión.

Lo más importante, en ese estadio de nuestra investigación, es analizar las consecuencias de la toma del poder masónico por la Gran Logia de Inglaterra. Para Jacques Maréchal, la masonería de 1717 fue creada por unos hombres fatigados de las querellas religiosas de su tiempo; discutían y celebraban banquetes en el oasis de la logia, en un clima de franca camaradería. Según Marius Le-page, uno de los escritores masones contemporáneos más leídos, «de aquel día nefasto data el declive de la masonería auténticamente tradicional».

De hecho, precisamente cuando la masonería entra en la historia con la forma de una institución definida por reglamentos administrativos, entra también en un largo período de decadencia con respecto a sus objetivos originales. La sustancia de un orden iniciático, en efecto, es el simbolismo que procura al hombre la posibilidad de iniciarse en espíritu; en cuanto una orden basa su autoridad en una legislación temporal, en detrimento de cualquier otro factor, se condena a sufrir las fluctuaciones históricas. La masonería de 1717 olvidó la máxima medieval: «Cuando el espíritu reina, no se necesitan leyes». Según la teoría contraria, los acontecimientos de 1717 señalan el esperado nacimiento de una masonería que se desprende, por fin, de un clima manual e inculto lanzándose hacia las cimas del intelecto.

Todos los historiadores están de acuerdo en decir que los intelectuales sustituyeron a los artesanos; ya en el siglo XVII, los talleres dejan entrar en sus filas a masones llamados «aceptados», es decir, hombres que no practican un oficio artesanal. Por eso se designa la antigua comunidad con el nombre de «masonería operativa» y la nueva comunidad con el de «masonería especulativa».

No tienen el menor valor ni en el plano histórico ni en el plano iniciático. En primer lugar, algunos «especulativos» fueron admitidos en las corporaciones de constructores ya en la antigüedad. En segundo lugar —y éste es el punto principal—, esos especulativos no eran pensadores que discutían sobre el sexo de los ángeles o se atareaban rehaciendo el mundo en una esquina de la mesa de un banquete. Los maestros de obra de la Edad Media eran, primero, «especulativos» cuando creaban el plan abstracto de las catedrales futuras; eran luego «operativos» que modelaban la materia para extraer de ella la belleza

oculta.

La antigua masonería formaba, por consiguiente, iniciados «operativos» y «especulativos» a la vez, que unían la mano y el espíritu.

En las logias del siglo XVII, la situación es muy distinta; los artesanos desaparecen rápidamente y sus lugares son ocupados no por «especulativos» en el sentido medieval del término, sino por intelectuales. Muy pronto, los propios masones van a quejarse de la escasa calidad del reclutamiento; puesto que las pruebas «operativas» desaparecieron con los constructores, los criterios de admisión se hacen más bien borrosos.

Advirtamos también que los fundadores de la Gran Logia de Inglaterra son protestantes que, forzosamente, tiñen la nueva masonería con sus posiciones intelectuales y religiosas; predican un tipo de responsabilidad moral que corresponde a sus creencias y no se sitúan en la exacta prolongación de la cristiandad medieval. El razonamiento era simple: los antiguos masones eran católicos, es decir, papistas, intolerantes y sectarios. Había que retomar, por lo tanto, en las Constituciones, algunos de sus principios modificando su estado de espíritu general. Modificación tal, como hemos visto, que los valores más auténticos de las Constituciones se quedaron en piadosos deseos. Mucho más que una continuación, se trata, pues, de una sustitución.

La masonería no nació en 1717. En esa fecha, cierta concepción de la orden iniciática de los constructores murió y una asociación profundamente renovada, según unos, o transformada, según otros, adoptó el nombre de "francmasonería". Ciertamente, conservó varias referencias a la mentalidad de origen y advertimos que algunas estructuras iniciáticas vencieron la prueba del tiempo.

En su célebre discurso de 1737, el masón Ramsay proclamaba en voz muy alta: «Sí, caballero, las famosas fiestas de Feres en Eleusis, de Isis en Egipto, de Minerva en Atenas, de Urania entre los fenicios, tenían relaciones con las nuestras. Se celebraban allí místenos donde se encontraban varios vestigios de la antigua religión de Noé y de los patriarcas».

La masonería aludió, varias veces más, a sus lejanos orígenes. ¿En qué medida es exacta esta filiación? ¿Cuáles son las cofradías de constructores que existieron antes de 1717? Intentaremos responder, parcialmente al menos, a estas preguntas, tras haber evocado los orígenes míticos de la orden.

LOS ORÍGENES MÍTICOS DE LA MASONERÍA

En 1823, el hermano Olivier escribía estas sorprendentes líneas: «Nuestra sociedad existía antes de la creación de este globo terrestre, por entre los diversos sistemas solares».

Sólo retomaba un mito según el cual una sociedad iniciática digna de este nombre se confunde con el propio orden del universo. Por ello algunos hermanos podían afirmar, sin desorden mental alguno, que la masonería estaba ya viva antes de la creación de la tierra y se encontraba distribuida por el cosmos.

No olvidemos, por otra parte, que los rituales comparan la logia con el universo y que los iniciados trabajaban bajo la bóveda cósmica y en presencia del sol y de la luna.

Los antiguos textos masónicos, que datan de la época en que los masones tenían todavía, como tarea principal, crear edificios, se preocupan por establecer una genealogía mítica. Dios, dicen, fue el primer masón puesto que creó la luz. Nombró al arcángel san Miguel como primer gran maestro de la primera gran logia. Adán fue el primer hombre iniciado. Fiel a las instrucciones de Dios, creó una logia con sus hijos y juntos trabajaron por la expansión de la orden. En sus Constituciones, Anderson precisa: «Adán, nuestro primer padre, creado a imagen de Dios, el Gran Arquitecto del universo, debió de tener las ciencias liberales, especialmente la geometría, escritas en su corazón».

Así, la masonería quería probar que conservaba el recuerdo del origen de todo y que la institución iniciática era de origen no humano. Como escribe el hermano autor de un documento titulado Los auténticos Hijos de la Luz, «no vivimos en el tiempo histórico, profano, sino en el tiempo sagrado». Adán, en la perspectiva masónica, no es el hombre caído y el pecador sino, más bien, el antepasado iniciado que dio forma a la tradición esotérica y la transmitió a las generaciones futuras.

Todos los grandes personajes de la antigüedad fueron miembros de la orden: Solón el legislador, el profeta Moisés, el matemático Tales, el geómetra Pitágoras, el mago Zoroastro. Quienes crearon o propagaron una enseñanza iniciática sólo podían ser masones, puesto que Dios había fundado la masonería para que en ella se reunieran los sabios.

Estos sabios tenían un punto en común: el conocimiento de la geometría, arte supremo que nos enseña a medir y a construir. Es indispensable para todas las clases de la sociedad, tanto para los mercaderes como para los maestros de

obra. Por la voz de la geometría el Gran Arquitecto se expresa y revela sus secretos.

El principal sucesor de Adán fue Lamech, cuyo nombre hebreo significa «fuerza». Encontramos aquí una analogía con los tres pilares del templo masónico; el primero es el pilar Sabiduría, el segundo el pilar Fuerza, el tercero el pilar Belleza. Tras el tiempo de la Sabiduría, inaugurado por Dios, llegó el de la Fuerza confiada a Lamech.

Los hijos de Lamech hicieron prodigiosos descubrimientos gracias a la iniciación masónica. Jabal creó una geometría muy avanzada y la música, Tubalcain la alquimia y el arte de forjar. Por lo que a su hermana se refiere, organizó ritos iniciáticos femeninos a partir del tejido.

Pero la humanidad comenzaba a olvidar la voluntad de Dios y a extraviarse en la ignorancia. Los hijos de Lamech, previendo una catástrofe, inscribieron los resultados de sus descubrimientos en dos grandes columnas de piedra.

Llegó entonces el diluvio que sumergió a los impíos. Las dos columnas, sin embargo, escaparon a la destrucción. Cuando la cólera divina se hubo apaciguado, un tal Hermes o Hermonan las encontró; comprendiendo la importancia de las revelaciones inscritas en la piedra, decidió transmitirlas a los hombres capaces de hacerlas revivir.

Hermes reconstruyó logias en Babilonia, donde adoptó el nombre de Nemrod. Edificó, con la ayuda de los nuevos masones, palacios, torres y templos. Trabajó también en Nínive y mandó a treinta hermanos a Oriente, para que el esoterismo masónico fuera conocido por toda la tierra.

Nemrod enseñó a los masones los signos y los tocamientos rituales que les permitirían reconocerse entre sí en no importa qué país. Les recomendó que se amaran los unos a los otros, que evitaran cualquier querella y que veneraran a sus maestros que poseyeran los secretos del arte.

Cuando Nemrod murió, Dios lo transformó en estrella y le colocó en los cielos; levantando los ojos hacia la bóveda cósmica, los hermanos podrían orientar sus pasos guiándose por la estrella de Nemrod.

Abraham, tras haber recibido la investidura masónica, enseñó las ciencias secretas a los egipcios, Euclides fue su discípulo y le sucedió, desplegando una

intensa actividad: construcción de templos, de claustros, de puentes.

Euclides recomendó a los hermanos que mantuvieran las leyes divinas escritas en sus corazones y eligieran a sus futuros maestros en función de su sabiduría. Nunca, decía Euclides, elegiréis como maestro a un hombre que no esté iniciado en el arte de construir o que carezca de inteligencia; no seáis esclavos de los sentimientos, ni de la fortuna, ni del nacimiento. Permaneced fieles al rey de vuestro país y preservad eternamente el sagrado nombre de «hermano».

Casi todos los masones del mundo se reunieron en Jerusalén para construir un gran templo terminado el trabajo, se distribuyeron por los cuatro continentes y difundieron los principios de la masonería en Oriente y Occidente.

Algunos acontecimientos históricos se ocultan, tal vez, tras esos relatos mitológicos; es muy difícil identificarlos pero lo importante sigue siendo la filiación simbólica que la antigua masonería consideraba esencial.

Los masones "modernos», en su gran mayoría, consideran ridícula esta mitología. Como escribía el hermano Lantoine, «el error de la mayoría de los escritores masónicos consiste en la preocupación que sintieron y en el intento que hicieren) de fundamentar la historia de la institución en su simbolismo». Los trabajos más recientes, por el contrario, muestran que la evolución de la masonería está íntimamente ligada a la mayor o menor comprensión del simbolismo del que es depositaría. Como Jean Palou, consideramos que la parte más interesante de las viejas Constituciones es precisamente, la leyenda que acabamos de contar; mucho más que los textos legislativos, preserva un espíritu esotérico que es la sustancia viva de la masonería.

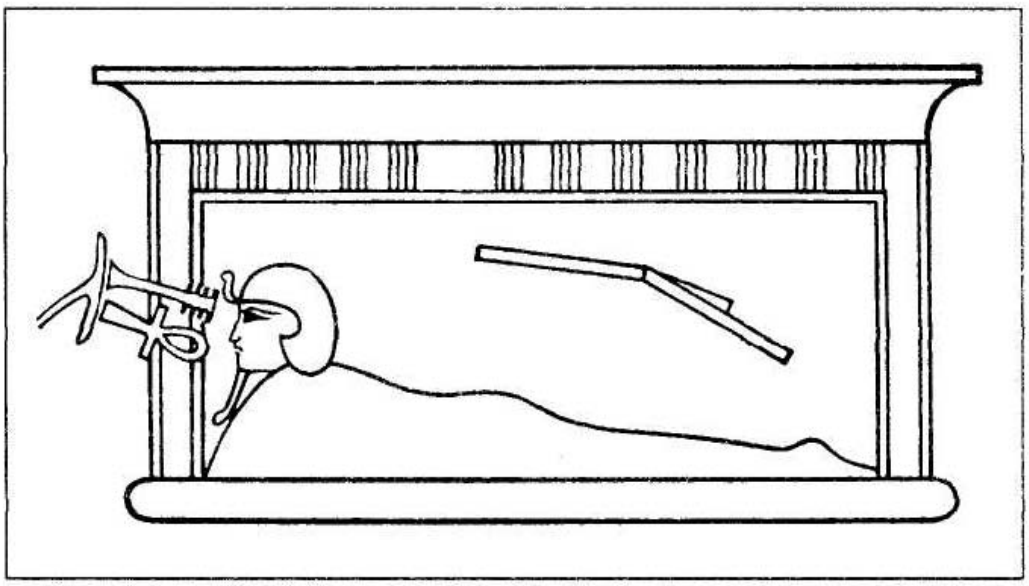
En el manuscrito Dumfries nº 4, que data de 1710, leemos este significativo dialogo entre dos hermanos:

- ***Pregunta**: ¿Donde está, la llave de nuestra logia*?
- *Respuesta: En una caja de huesos cubierta de rugoso pelo.*
- ***Pregunta**: Decid las características de esa caja.*
- ***Respuesta:** Mi cabeza es la caja, mis dientes son los huesos, mis cabellos es el pelo*

Esta caja misteriosa, donde se ocultan los secretos de la masonería, es el

propio hombre. No el hombre profano sino el iniciado que escapa de la inmovilidad de la muerte. La mitología masónica es pues, una enseñanza simbólica y no una rigurosa construcción histórica, Por eso, en los antiguos textos se encuentra con frecuencia la referencia a un manuscrito que data de los orígenes del mundo. Contiene el secreto del arte real, obras inmortales realizadas por los grandes maestros.

Naturalmente, nadie sabe en qué país se conserva ese manuscrito y sólo los masones que han avanzado mucho por la vía iniciática son capaces de leerlos. Los orígenes míticos de la masonería no son desdeñables, puesto que sitúan el nacimiento de la orden en la más alta antigüedad. Nos limitaremos a este bosquejo que estaba destinado, sencillamente, a recordar algunos detalles sorprendentes y pediremos



La resurrección de Osiris, el rey-dios asesinado, prefigura el mito central de la francmasonería que intenta resucitar a Hiram, el maestro de obras cuyo espíritu es reconstituido en cada maestro-albañil. (Templo de Seti I.)

UNA GRAN LOGIA
EN EL ANTIGUO EGIPTO

Puesto que los antiguos documentos masónicos insisten en los lejanos orígenes de la orden, no será inútil emprender una investigación que intente verificar sus afirmaciones. Nos permitirá entrever aspectos poco conocidos de la historia y, sobre todo, establecer una parte de las bases realmente tradicionales de las cofradías de constructores cuyo mensaje esperan prolongar varias corrientes masónicas.

En 1783, George Smith, gran maestro del condado de Kent, afirmaba que la masonería obtenía de Egipto varios de sus misterios. Según Smith, Osiris e Isis simbolizaban el ser supremo y la naturaleza universal; en la logia estaban representados por el sol y la luna que están situados en Oriente y enmarcan al Venerable, encargado de dirigir las ceremonias. Smith pensaba que los druidas habían retomado el esoterismo egipcio, transmitido luego a los primeros masones.

Ignaz von Born, consejero del rey austriaco José II, fue, en la misma época, Venerable de una logia. Con ayuda de una documentación rudimentaria, publicó un importante artículo sobre los orígenes egipcios de la masonería; su tesis entusiasmó a Mozart, hermano y amigo de Von Born. El genial músico, con la ayuda de la erudición y la intuición del Venerable maestro, escribió la partitura de La flauta mágica, relato de una iniciación masónica que se desarrollaba en Egipto.

En 1784 un Templo con las características de los dedicados a Isis se inaugura en París. El éxito de la ópera de Mozart da a conocer a la masonería europea las tesis de Yon Born; gracias a él, se abre una nueva vía de investigación. A partir de 1801, se asiste a la creación de ritos que reivindican la

tradición egipcia: rito de los perfectos mi-ciados de Egipto, rito de Misraim, rito de Menfís. En Auch, unos masones tundan una logia que adopta el nombre de «Soberana Pirámide » y utiliza símbolos egipcios. Una frase del ritual llamado de Menfis-Misraim resume muy bien la actitud general: cuando el Venerable pregunta al segundo Vigilante: « ¿De dónde venís?», éste responde: «Del viejo Egipto, Venerable maestro, y de una logia de San Juan». Puesto que el segundo Vigilante se encarga de distribuir la enseñanza iniciática a los aprendices, sus palabras vinculan la masonería a Egipto y al cristianismo.

En 1812, el hermano Alexandre Lenoir hizo esta declaración a los miembros del soberano capítulo del Rito escocés, una de las altas instancias masónicas: «Probaré que los teólogos antiguos deben la luz a los egipcios. Para probar la antigüedad de la masonería, su origen, sus misterios y sus relaciones con las antiguas mitologías, me remontaré a los egipcios, pues es conveniente tratar de las causas antes de hablar de los efectos».

Desgraciadamente, las pruebas anunciadas no fueron entregadas. Las afirmaciones que hemos puesto de relieve fueron apreciadas de modo distinto por los eruditos y los propios masones. Se carecía de datos ciertos y el origen egipcio de la masonería, defendido por algunos iniciados en exceso aislados, siguió siendo una curiosidad.

Hoy es posible retomar el expediente y completarlo gracias a los progresos de la egiptología. Tendremos, pues, que examinar tres cuestiones: ¿existían iniciaciones en Egipto? ¿Qué lugar ocupaban los constructores en su civilización? ¿Se conoce con precisión una cofradía iniciática de constructores?

«El arte egipcio», escribe Fierre Montet, «es indiscutiblemente un arte real». Eso significa que los artesanos dependen del rey, pero puede advertirse también una alusión al carácter «real» del arte de vivir que la masonería, en su aspecto iniciático intenta recrear continuamente. El arte faraónico, basado en el anonimato, es la traducción de ideas simbólicas y no un esteticismo gratuito, Por ello, según Daumas «es fruto de una aplicación interior, de una conciencia profesional que ha permitido al individuo superarse y alcanzar el reflejo de la belleza y la perfección absolutas».

Ese estado de ánimo solo puede realizarse por la virtud de una iniciación. Los textos del antiguo Egipto repiten incansablemente que debemos escapar a la segunda muerte, la del alma; para lograrlo, es indispensable acceder a los misterios que se celebran en el secreto de los templos.

Los criterios de admisión entre los iniciados eran muy severos. Se exigía al postulante la práctica de un oficio manual, la mayor rectitud moral y una indiscutible aptitud para comprender el sentido oculto de los símbolos y de las escrituras sagradas. En los peristilos se celebraban densas conversaciones entre el futuro iniciado y sus maestros; se exigía una sinceridad total. Muchos candidatos eran rechazados y regresaban a la vida profana.

Para quien había superado victoriosamente esos primeros obsta-culos, la aventura proseguía. El postulante era introducido en las primeras salas del templo y comenzaba a aprender las «reglas del arte». Tras un número de años que, probablemente, no era inferior a siete, el iniciado veía cómo se abrían las puertas de las «casas de vida» donde se le confiaban pesadas responsabilidades. Se ejercitaba en la redacción de los rituales y en la decoración simbólica de los templos. Ya maestro de su ciencia y de su arte, formaba a los discípulos que le sucederían.

Los documentos que prueban la existencia de iniciaciones en Egipto son muy numerosos. Por una estela del British Museum, por ejemplo, sabemos que un hombre pasó una noche meditando en el atrio del templo de los dos leones antes de ser admitido para las pruebas. Ese rito se celebra aún en la masonería moderna, pasando el neófito varias horas solo en el interior de una minúscula estancia llamada «gabinete de reflexión». Lleva a cabo allí un vasto examen de conciencia y muere progresivamente para el «hombre viejo» con el fin de renacer para el «hombre nuevo».

El rito egipcio más célebre es el del paso «por la piel»; el iniciado, encogido como un feto, se introducía en una piel de animal sobre la que los sacerdotes practicaban ritos de resurrección. Fue progresivamente abandonado a causa de la evolución de las costumbres, pero la masonería conserva su recuerdo en el ritual del grado de Maestro al que volveremos ulteriormente.

¿De qué prestigio gozaban los constructores en la civilización egipcia? Sin duda alguna, podemos afirmar que era inmenso. Los grandes hombres de la historia egipcia son los reyes y los maestros de obras. Distinción artificial, por otra parte, puesto que cada rey es, primero, un maestro de obras que construye el templo. Keops, Tutmosis III, Ramsés II, por no citar más que tres ilustres ejemplos, fueron prodigiosos constructores cuya reputación superó las fronteras de Egipto.

Rasgos muy claros diferenciaban a los artesanos manuales. No se confundía a los peones, los dibujantes, los geómetras y los arquitectos. En lo

alto de la jerarquía estaba el carpintero-albañil del rey que detentaba los secretos del trabajo de la piedra y la madera; reinaba sobre quienes concebían el plano y la estructura de los edificios, al igual que el maestro de obras medieval estará a la cabeza de un consejo de maestros de los distintos oficios de la construcción.

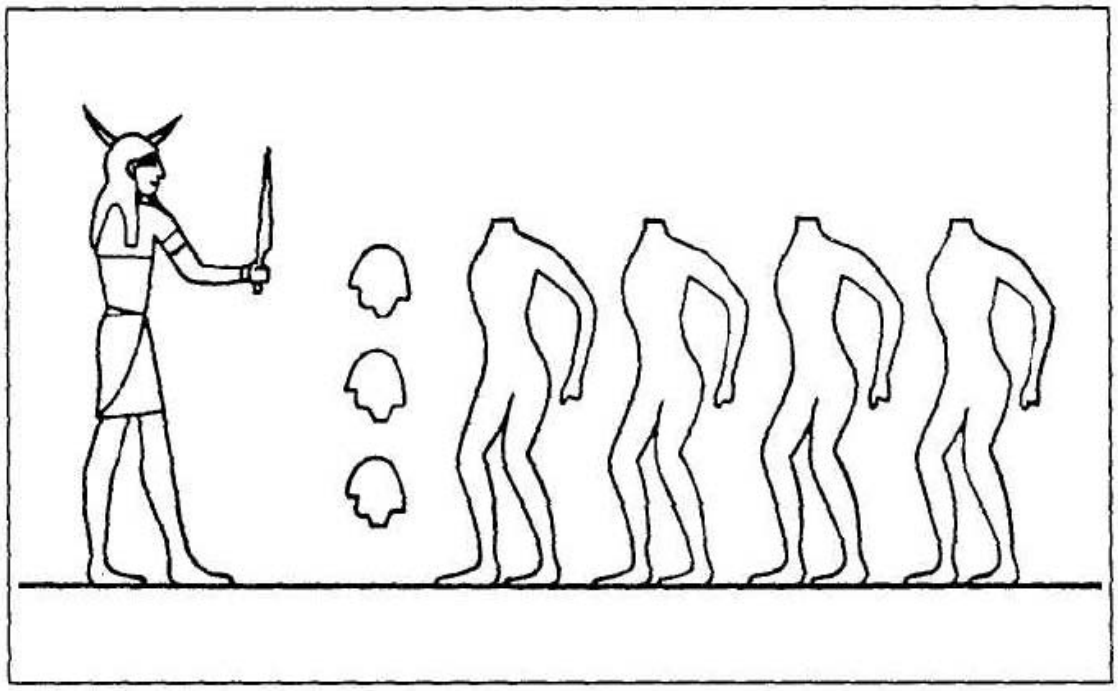
Los constructores, dicen los textos faraónicos, crean sus obras para gloria del principio divino y de su representante en la tierra, el faraón. Dios es definido ya como el arquitecto soberano de los mundos, fórmula que, probablemente, está en el origen de la expresión masónica «A la gloria del Gran Arquitecto del Universo», cuya importancia veremos más adelante.

Lo esencial, para los constructores egipcios, es la calidad de la obra realizada de acuerdo con los ritos. Francois Daumas observaba que, en la mayoría de los templos, las piedras talladas de un modo irregular son las más empleadas. Sin embargo, habría sido más fácil utilizar bloques regulares y uniformes; pero la irregularidad y la asimetría, según el esoterismo egipcio, son características fundamentales de la vida y el artesano no debe retroceder ante dificultad alguna para adecuarse al acto creador del Arquitecto divino. El templo es concebido como un «gran hombre» en perpetua evolución.

Al arquitecto iniciado, se nos dice, acude la piedra brotada de la Luz, emanación perfecta del Gran Dios. Además, en el rito de fundación de los templos, se nos habla de los «Hijos de la Luz» que levantaron muros destinados a ocultar los misterios divinos a la mirada de los profanos. Estos detalles, sorprendentes como mínimo, son confirmados por el relato de un artesano que fue admitido en la comunidad que dirigía la «morada del Oro», donde se creaban estatuas vivientes: «Nada de lo referente a la morada del Oro se me ocultó», nos cuenta el iniciado; «soy sacerdote de misterios, he visto la Luz en sus variadas formas». Esta luz conocida sólo por algunos animaba la piedra; el nombre egipcio del escultor iniciado era, por lo demás, «el que da la vida».

Todas estas indicaciones son extremadamente turbadoras, pero debemos preguntarnos por la existencia de una asociación iniciática de constructores que pudiéramos estudiar de un modo más concreto. En otras palabras, ¿se encuentran rastros de una jerarquía iniciática que anuncie, sin equívoco, la estructura de las posteriores cofradías?

El egiptólogo francés Bernard Bruyére proporcionó a esta pregunta una respuesta bastante extraordinaria. De 1920 a 1952, ese gran arqueólogo hizo notables excavaciones en el paraje de Deir el-Medineh, al sur de la necrópolis tebana que se ha convertido, con el llano de Gizeh, en el gran lugar turístico de



El suplicio de la cabeza cortada. Simbólicamente, los francmasones cortan la cabeza de quien traiciona el espíritu de la comunidad. En realidad, el hombre se vuelve irresponsable, incapaz de pensar y de actuar porque ha perdido todo rigor espiritual. (Cenotafio de Seti I.)

Egipto. Las investigaciones prosiguen aún en nuestros días.

Bruyére descubrió en aquel lugar numerosas rumbas muy curiosas; rápidamente, advirtió que se trataba de capillas pertenecientes a los miembros de una cofradía que agrupaba constructores, albañiles, grabadores y pintores que se instalaron en Deir el-Medineh a partir de finales de la XVIII Dinastía, hacia 1315 antes de nuestra era. La tumba 267, por ejemplo, es la de Ahí, «jefe de los artesanos», «modelador de las imágenes de los dioses en la morada del Oro». Las capillas fueron decoradas por los propios artesanos y encontramos, al azar de las pinturas, el codo sagrado, la escuadra, distintas formas de nivel y muchos otros objetos simbólicos que conocieron una duradera posteridad.

Había también una gruta dispuesta como santuario y dedicada a la diosa serpiente Mertseger, señora del silencio que deben respetar los iniciados. Al abrigo de la Cima, esa pirámide natural que domina el Valle de los Reyes, la cofradía trabajaba para los miembros de esta antiquísima sociedad iniciática se denominaban «Servidores en el lugar de verdad o de armonía». El faraón, una de cuyas principales cargas era mantener la armonía entre el cielo y la tierra, les

confiaba gran parte de los trabajos artísticos en los que se expresaba el esoterismo egipcio desde el nacimiento del imperio. Para Bernard Bruvére se impone una evidencia: la cofradía de Deir el-Medineh es una auténtica masonería adelantada en el tiempo.

Se juzgara por cierro número de detalles significativos. Según sus constituciones, la colectividad se divide en logias o chozas que son talleres donde se reparten las tareas. Hecho curioso, las primeras logias de masones alemanes, durante la Alta Edad Media, se llaman también «chozas». Cada iniciado lleva el título de «El que escucha al maestro», pero existen tres grados: aprendiz, compañero y maestro. El aprendiz se define como el hijo que acaba de nacer o, más bien, de renacer; una vez iniciado, se pone de buena gana al servicio de los compañeros que le confían trabajos desagradables para poner a prueba su buena voluntad y su deseo de servicio. No hay «amabilidad» alguna en esos primeros contactos: para convertirse en maestro, es necesario vencer las debilidades de la naturaleza humana sin buscar excusas falaces. Los compañeros están al servicio de los maestros que, por su parte, se ocupan de los «escritos celestiales», es decir, de los bocetos, de los trazos directores del dibujo y de las reglas simbólicas del arte, sin las que ninguna representación tendría sentido.

Es de destacar que los iniciados de Deir el-Medineh se beneficiaban de ritos religiosos que les eran propios. Veneraban sobre todo a la diosa del silencio, al dios de los constructores y a la persona simbólica del rey. El rey de Egipto, por lo demás, era su gran maestro y visitaba las obras de vez en cuando, para hablar con los altos dignatarios de la comunidad y verificar la buena marcha de los trabajos.

Formar parte de la cofradía era una felicidad inmensa y una pesada carga; a la iniciación en espíritu se añadía una promoción social que elevaba a la mayoría de los iniciados por encima de su condición original. El nacimiento, en las sociedades tradicionales, nunca fue un criterio de admisión. Varios faraones y maestros de obras eran de extracción humilde, lo que no les impidió acceder a las más importantes funciones iniciáticas y administrativas. Muchos funcionarios, muchos cortesanos no vieron nunca al faraón al margen de las ceremonias oficiales; en cambio, el joven albañil procedente de una apartada campiña gozaba de este privilegio si era aceptado por la cofradía.

Pesada carga, en verdad, puesto que el error no estaba permitido. Pinturas y esculturas encarnan con la máxima fidelidad la idea simbólica que evocan; ninguna imperfección técnica se tolera, la inteligencia de la mano está del todo despierta.

¿Por qué, nos preguntaremos, los ritos iniciáticos se celebran en tumbas? Los textos egipcios nos proporcionan dos respuestas. En primer lugar, la «tumba», como el sarcófago, no es un lugar de muerte; en realidad, es la morada de una vida nueva obtenida por la muerte del individuo profano. En segundo lugar, la palabra «tumba» se sustituye bastante a menudo, en los escritos egipcios, por el término «taller»: crear la obra de arte y crear al iniciado son dos operaciones idénticas.

Los miembros de la cofradía de Deir el-Medineh iban vestidos con un delantal ritual que permitía identificar a los iniciados y a los profanos; tenía también un profundo valor simbólico, representando el vestido divino que el constructor no debe mancillar con actos serviles o inconscientes.

La buena marcha de la comunidad iniciática se definía por medio de reglas; el nuevo adepto tomaba conocimiento de signos rituales propios de su grado de evolución en la jerarquía. En caso de conflicto entre un miembro de la orden y un profano, el «espíritu de equipo» se manifestaba enseguida y algunos dignatarios sustituían al interpelado para resolver el conflicto.

Todos pagaban una cotización en especies, una vez al mes. Se añadía a un fondo común que permitía ayudar materialmente a un iniciado en dificultades. La comunidad tenía templos y lugares de reunión donde se celebraban regularmente asambleas. La presencia era ciertamente obligatoria, aunque este punto en concreto no deba contemplarse según la óptica moderna; puesto que la cofradía vivía en un territorio restringido, la única causa de ausencia era la enfermedad. Ninguna «obligación profesional» molestaba a los adeptos, puesto que todos participaban en el mismo trabajo.

La jurisdicción suprema de la orden era un tribunal compuesto por doce jueces que simbolizaban las doce fuerzas creadoras del universo. Componían una especie de cosmos del que no escapaba problema humano alguno. Los adeptos se sometían a las decisiones de este tribunal que decidía la admisión a un grado superior, ponía multas a los malos obreros y dictaba su exclusión en caso de falta grave contra el arte.

Cuando un iniciado moría, se celebraba una ceremonia fúnebre. El término «fúnebre» se adapta mal al estado de ánimo de los constructores; los egipcios, contrariamente a muchas opiniones, no pensaban que la muerte era un fenómeno real. Al igual que el alma del faraón difunto ascendía al cielo y se convertía en una estrella, así el alma del iniciado que abandonaba este mundo se confundía con la luz y brillaba en el cenit con claridad eterna. Tal vez esas

nociones fueran conocidas, parcialmente al menos, por los masones que introdujeron la estrella llameante en los rituales masónicos. ¿Cuáles eran las actividades de la cofradía? Primero construir y crear, claro está; la obra más ínfima, advierten los textos, debe estar extremadamente cuidada. Para que no presente defectos, hay que observar sin falta las reglas reveladas por los maestros. La menor piedra es trabajada con amor; en ella reside toda la sabiduría del mundo para quien tiene los ojos abiertos. Algunas piedras tenían un valor excepcional y se convertían en ejemplos simbólicos; pienso, por ejemplo, en un ladrillo axial del recinto de Amón en el templo de Karnak. Llevaba la palabra «regir». El hombre es un templo, el templo es regido por una piedra fundamental que se convertirá en la piedra angular- de los relatos- cristianos.

Gracias a las excavaciones, conocemos los lugares donde se reunían los iniciados. En electo, no se consagraban solo a la construcción material: una actividad espiritual se unía a la actividad manual. Durante densísimas veladas, maestros, compañeros y aprendices trataban temas mitológicos o simbólicos y comulgaban en un misino ideal de Conocimiento; los nuestros cuidaban de moldear el espíritu de los jóvenes adeptos para que fueran capaces, en el porvenir, de ennoblecer la materia.

En el interior de la sala de reunión, los asientos llevaban el nombre de los titulares. El detalle evoca una práctica exactamente parecida en la Edad Media: los sitiales de los caballeros de la labia Redonda estaban marcados también con sus nombres. Salían en busca del (Grial, de la sustancia de inmortalidad, como los egipcios intentaban encontrar un misterioso cuenco que contenía las linfas de Osiris, el dios asesinado y troceado que los iniciados reconstruían con sus ritos.

Los asientos, en Deir ei-Medmeh, estaban dispuestos como lo estarán más tarde los sitiales de los canónigos medievales; se colocaban a lo largo de los grandes muros de la sala rectangular, a une) y otro lado del eje central. Al fondo había una pequeña nave que albergaba las estatuas del rey y de los dioses, los maestros inmortales de la cofradía. Esta es, exactamente, la disposición de los templos masónicos contemporáneos, sustituidas las estatuas sagradas por el ojo de luz.

Las ceremonias se reservaban solo a los iniciados; uno de ellos apartaba a los profanos y a los curiosos que se habrían extraviado en estos lugares, diciéndoles: «No os dirijáis al lugar donde se hace la ofrenda». Los maestros disponían de un gran bastón que indicaba su calidad. Volveremos a encontrar este símbolo en manos de los maestros de obras de la Edad Media y en las de los compañeros de hoy.

El objetivo principal de los rituales era crear nuevos iniciados o ascender al grado superior al aprendiz y al compañero, Era ocasión para celebrar un rito de renacimiento en el que se ofrecía a los adeptos nuevos medios de perfeccionarse. Advirtamos sobre todo el empleo del «sudario de los dioses» con el que se cubría al iniciado. Muere y deben, escribía el masón Goethe retomando una antigua expresión egipcia. Sin cesar, el adepto abandonaba sus caducos pensamientos para abordar nuevas concepciones del espíritu y del arte de concebir; no aspiraba a la felicidad, sino a la plenitud.

Los «servidores del lugar de verdad» se consagraban especialmente al mantenimiento de una tuerza misteriosa a la que llamaban «ka». Desde el origen de los tiempos, esta potencia vital se encuentra en cada hombre, pero pocos de ellos piensan en hacer que fructifique. Desarrollar el «ka» con ritos iniciáticos era entrar en la vida eterna va en nuestro paso por esta tierra y liberarse de todas las trabas. Por eso, los adeptos de Deir e!~Medineh alimentaban siempre su conciencia del «ka»; puesto que este existía, a la vez, en los alimentos, en la tierra y en el hombre, organizaban banquetes rituales, profundizaban en las virtudes del arte sagrado y hacían avanzar a cada hermano por el camino de la iniciación.

En la tumba 218 que pertenece al adepto Amennakht, una escena curiosa nos relata uno de los episodios de la iniciación: se ve a un hombre cuyo cuerpo es de color negro. Es el símbolo de la sombra del sol, del individuo que no ha recibido aún la luz. Mientras el constructor no ha sido iniciado, permanece en estado de «sombra>•; por la comprensión del rito, penetrara en el corazón del sol y se convertirá en un < Hijo de la Luz», encargándose de propagarla entre sus hermanos v por el mundo.

Una intensa alegría se desprende de los ritos de la cofradía; diariamente, los iniciados hacen sacrificios a los dioses y rinden homenaje al rey vivo, a los Reyes muertos y a todas las divinidades egipcias. Se comunican de un modo casi natural con lo sagrado, de donde obtienen la fuerza necesaria para la realización de sus tareas.

Una de las leyendas más apasionantes que nos reveló Deir el-Me-dineh se refiere al asesinato de un maestro llamado Neferhotep por un obrero que quería usurpar su cargo. El nombre del maestro está formado por dos palabras egipcias que significan «la perfección en la belleza» y «la paz, la plenitud». Simboliza, por consiguiente, el iniciado perfecto puesto en peligro por los ávidos y los envidiosos. Ahora bien, encontramos de nuevo el mito del maestro asesinado en el origen de uno de los grados masónicos más profundos, el de maestro masón.

Podríamos extendernos mucho sobre los ritos iniciáticos y la existencia cotidiana de la prodigiosa cofradía egipcia. Nos queda demasiado camino por recorrer hacia la masonería moderna para demorarnos más tiempo. Advirtamos, sin embargo, que una organización iniciática de constructores estaba perfectamente constituida catorce siglos antes de nuestra era. Sus leyes, su simbolismo, su moral alcanzan un alto grado de espiritualidad y, sobre todo, esos hombres construyen su vida al construir el templo. Divinizando la materia, divinizan al ser humano. Perfectamente integrados en el imperio faraónico, son uno de los más hermosos florones de su sociedad y su mensaje artístico sigue hablando, directamente, a nuestro corazón y a nuestro espíritu.

Es evidente que la cofradía, rigurosamente documentada a finales de la XVIII Dinastía, existía antes. Como han demostrado los trabajos egiptológicos, las pirámides no fueron construidas por esclavos; ya en la más antigua época, los constructores se habían constituido en sociedad y los egipcios del siglo II d.C. conservaban, aún, el admirado recuerdo del genial maestro de obras Imhotep, arquitecto, médico y alquimista.

Con los adeptos de Deir el-Medineh, estamos en el meollo de la expresión primitiva de la masonería. Es el primer apogeo de la época llamada «operativa», puesto que la obra del pensamiento se concretiza directamente en la obra de las manos. El hombre estaba completo, era armonioso; exponía sus ideas a la prueba de la materia y vivía en una comunidad iniciática donde la fraternidad no era una palabra vana. Recordaremos esos datos fundamentales cuando hagamos un balance de la evolución de la masonería moderna. Los artesanos de Deir el-Medineh nos revelaron reglas de vida mucho más importantes que cualquier otra constitución administrativa.

LOS MISTERIOS DE ELEUSIS
Y LA ORDEN DE PITÁGORAS

Dirijámonos ahora hacia el mundo griego y, especialmente, hacia una ciudad situada a pocos kilómetros al noroeste de Atenas, la ilustre ciudad de Eleusis. Allí se celebraron los más grandes misterios de la civilización helénica, allí fueron iniciados sus pensadores, sus sabios y sus escritores. Eleusis se resistió mucho tiempo al cristianismo y su verdadero fin solo data del siglo V d.C, bajo el reinado de Teodosio II. Cuando las escuelas de misterios fueron cerradas, los iniciados se expatriaron a distintas naciones de Occidente, especialmente Francia, Italia y España. Revistieron las ropas cristianas, pero preservaron las antiguas enseñanzas esotéricas que supieron transmitir a las cofradías de constructores. Sin duda alguna, los últimos apóstoles de Eleusis confiaron a los constructores de imperio de los primeros siglos cristianos un legado hermético de inestimable valor; sin él, no se comprendería el sentido de cierto número de obras de arte de la Edad Media.

Los documentos referentes a las sociedades secretas de Eleusis son escasos. Sin embargo, Píndaro nos advierte de que es indispensable conocer sus misterios antes de morir. Platón escribe: «El que llegue al otro mundo sin haber sido iniciado y haber conocido los misterios se verá sumido en la desgracia». Por lo que al trágico Sófocles se refiere, exclama: «Oh, tres veces felices aquellos de los mortales que, tras haber contemplado estos misterios, vayan al Hades; sólo ellos podrán vivir allí. Para los demás, todo será sufrimiento». Esos ilustres testimonios insisten en el carácter indispensable de la iniciación eleusina; gracias a ella, el hombre cruza con plena confianza las puertas de la muerte, asegura su redención en esta tierra.

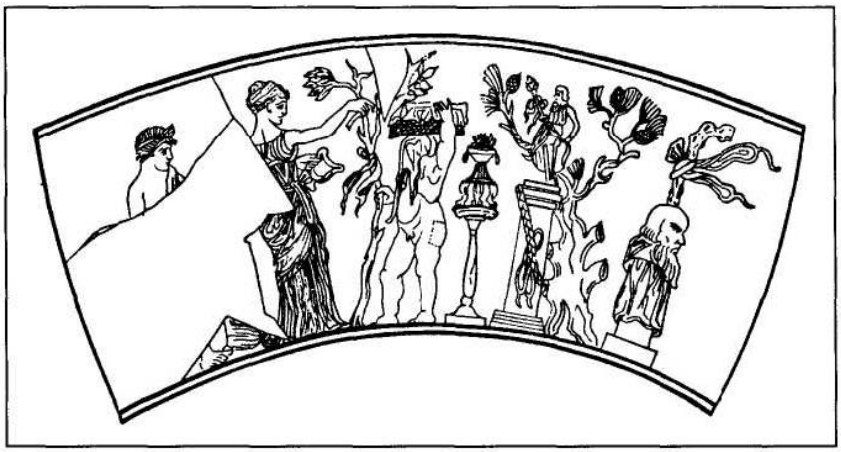
Los ritos de Eleusis afirmaron siempre su independencia de los demás cultos griegos; los iniciados a los misterios no eran sacerdotes ordinarios y eso explica la rigurosa regla del secreto absoluto. Se aplicó, al parecer, con mucha

constancia, como demuestran numerosas anécdotas. Un tal Teodosio, por ejemplo, fue acusado por sus pares del más grave delito: haber revelado cierto número de secretos a los profanos. Según las leyes en vigor en Eleusis, fue condenado a beber la cicuta. Otro relato nos cuenta que dos jóvenes entraron por casualidad en un santuario reservado a los iniciados. En el interior se celebraba una asamblea que les hizo preguntas rituales para verificar su pertenencia a la comunidad. No supieron qué responder y fueron condenados a muerte. Es probable que esta historia fuera ficticia y que hubiera sido compuesta para prevenir a los imprudentes de los riesgos que corrían.

Pese al voluntario silencio de los iniciados de Eleusis, tenemos sin embargo ciertas informaciones fragmentarias sobre los ritos que practicaban. De ese expediente, lamentablemente muy incompleto, extraemos los elementos que volveremos a encontrar en la masonería primitiva y en la masonería moderna.

Cierto es, primero, que la iniciación eléusica comportaba varios grados. No es posible precisar con exactitud el número pero existía, entre los pequeños misterios y los grandes misterios, una marcada diferencia que fue preservada por los primeros masones, que distinguían claramente el aprendizaje y la maestría. Para ser aceptados en la ceremonia de los pequeños misterios, los postulantes deben ser presentados a la cofradía por unos iniciados. Los neófitos se reúnen en un lugar cerrado y son interrogados por cierto número de miembros de la cofradía eléusica. Esta práctica fue común, probablemente, a la totalidad de las antiguas sectas; sigue observándose en la masonería contemporánea que, tras tres «investigaciones», el candidato se presenta en su futura logia para ser interrogado sobre sus opiniones y sus intenciones.

¿Qué se exige del candidato? Primero una conducta moral irreprochable. Un criminal es rechazado automáticamente. Luego, un juramento por el que se compromete a no revelar nada de lo que se le enseña. Finalmente, se le pide que abandone su fortuna y sus bienes materiales. Estas tres condiciones subsisten en la actual masonería, estando simbolizado el abandono de los bienes por el «despojamiento de los metales». El neófito, en efecto, se separa de todo objeto metálico para afrontar las pruebas en estado de pureza. El metal, sea el que sea, se opone, al parecer, a la acción mágica de la comunión fraterna. Advirtamos, sin embargo, que los «metales» son luego devueltos al nuevo iniciado que, tras haber conocido las primeras letras de la sabiduría, podrá hacer buen uso de ellos.



La iniciación dionisiaca por los elementos. El iniciado tiene la cabeza velada; ante él, una banderola es agitada por el viento. Una mujer lo purifica con el agua. Tras él arde una piña. Ese paso por las «pruebas» rituales permite al adepto despojarse de sus particularismos para conocer el «genio» de todas las cosas.

Las pruebas iníciales ocupan un gran lugar en las ceremonias de Eleusis. Encontramos ya las purificaciones por los cuatro elementos, fuego, aire, agua y tierra. El neófito debe pasar la noche en una tienda para meditar sobre sí mismo v prepararse para la iniciación; los masones convirtieron esa tunda en -el gabinete de reflexión» donde el postulante regresa al seno de la Madre 1 tierra del que renacerá, En Eleusis, la purificación por el aire se efectuaba a través de la música, pues los sonidos liberaban el alma de sus escorias. Durante el «viaje del aire», los masones intentan hacer el máximo nudo golpeando con el pie el suelo o entrechocando espadas. El aire corresponde, pues, en la iniciación al grado de Aprendiz, al tumulto de las pasiones que el sabio debe apaciguar. En otra forma eléusica de la prueba del aire, se abanica al candidato con un harnero; esta vez, se trata de comunicarle el soplo divino. Por lo que se refiere a la prueba del agua, parece haber sido muy sencilla: se vertía un poco de agua en la cabeza del neófito, para lavarlo definitivamente de sus imperfecciones y hacer nacer un hombre nuevo.

Las diversas «pruebas» forman el núcleo esencial de la iniciación masónica al grado de Aprendiz. Como puede verse, las formas materiales no han variado mucho y, sobre todo, el espíritu sigue siendo idéntico. Tanto en Eleusis como en las logias se busca la muerte iniciática por medio de las purificaciones de modo que el hombre viejo muera definitivamente y aparezca el hombre nuevo.

Nuestra documentación sobre los «grandes misterios» es de lo más restringida. Sabemos que el candidato tenía la mano derecha y el pie izquierdo

envueltos con vendas de color amarillo y que debía pronunciar una contraseña para entrar en el templo; «He comido el tímpano», decía, «he bebido el címbalos, he aprendido las ceremonias de la religión». Le hacían bajar simbólicamente a los infiernos donde un tribunal juzgaba su conducta; cuando había reconocido sus faltas, bebía el agua del olvido y recibía nuevas vestiduras que indicaban su entrada en la comunidad de los maestros.

Algunos detalles precisos nos permiten descubrir en Eleusis uno de los orígenes del grado de Maestro Masón, el más importante de todos. El iniciado eleusico llegado a lo alto de la jerarquía recibía una corona, al igual que el Maestro de Obra recibía un sombrero que simbolizaba su función. En uno y otro caso, se aludía al carácter real del iniciado. El que dirigía los misterios, en Eleusis, se llamaba «lacchos» y moría trágicamente; no estaba perdida la esperanza, puesto que renacía en cada iniciado, al igual que el Maestro de Obras Hiram, asesinado, renacerá en cada albañil.

Para los adeptos de Eleusis, quienes han accedido a la verdadera iniciación viven en compañía de los dioses. Los profanos siguen hallándose en la multiplicidad y la incoherencia. Los eléusicos, sin embargo, no demuestran ningún desdén ante aquellos a quienes consideran ignorantes. Convencidos de que la administración de la ciudad debe corresponder a la «administración» del hombre iniciado, estimaban que los adeptos debían ser útiles a la sociedad. Recibieron en sus filas a ilustres personajes como Filipo, Cicerón, Augusto, que supieron, a veces, poner en práctica las enseñanzas recibidas.

El iniciado a los misterios de Eleusis debe ayudar a los demás hombres a obtener su salvación. Por ello, los adeptos formaban a políticos, médicos, arquitectos y poetas. Se advierte así el aspecto «operativo» de Eleusis que no se limitaba a meditaciones esotéricas sino que intentaba hacer que brillase la sustancia de la iniciación en la sociedad de los hombres.

Sin duda alguna, la masonería recogió parte del mensaje de Eleusis. Es difícil precisar la importancia de esta filiación, dado el aspecto fragmentario de la documentación. Más suerte tendremos con otra corriente fundamental del pensamiento esotérico de los griegos, el pitagorismo.

En varios manuscritos masónicos, se nos habla de un gran iniciado que Ríe admitido en todas las logias del mundo donde propagó enseñanzas muy secretas. Fundó sus propias logias en Groton y formó a discípulos que se establecieron en Francia y en Inglaterra. Ese gran personaje era llamado Peter Gower, deformación de Pitágoras; por lo que a Groton se refiere, es

evidentemente Crotona, el lugar predilecto del geómetra. Ese recuerdo mitológico de la masonería se apoya en hechos indiscutibles; en la mayor parte de los edificios medievales, se advierte la influencia de la geometría y de la ciencia de los números creadas por Pitágoras. Se concreta, especialmente, en la estrella de cinco puntas que se encuentra en las marcas lapidarias grabadas por los constructores. El pitagorismo transmitió a la Edad Media el sentido de los trazos directores a partir de los que se construían las iglesias y los más espléndidos ornamentos de piedra, como los rosetones.

Un detalle nos convencerá de la influencia del pitagorismo sobre la masonería. En el grado de Compañero, se ve la letra G en el centro de una estrella llameante que es el principal paso de este grado. Se han dado muchas explicaciones: God (dios en inglés), Geometría e incluso... ¡gravitación en la época del cientificismo! Múltiples significaciones han alimentado el simbolismo de la letra G; uno de sus orígenes es sin duda la gamma griega que tenía la forma de una Y. Para los pitagóricos, representaba las dos vías, la del profano y la del iniciado.

¿Quién era ese Pitágoras a quien un escultor de la Edad Media representó, en Chartres, entre los sabios cuyas enseñanzas deben seguirse? Nació en Samos, entre 592 y 572, en el siglo VI a.C., que vio, también, el nacimiento del genial pensador chino Lao-Tse. Fue iniciado en los misterios egipcios y pasó veintidós años en los templos faraónicos donde estudió, sin descanso, geometría y astronomía. Aquel gran viajero trató también con los sabios de Fenicia y de Caldea; tenía fama de poseer una cultura universal que abarcaba campos tan diversos como la filosofía, la política, las ciencias o las artes. Pitágoras no era sólo intelectual, puesto que obtuvo un premio en el concurso de pugilato de los cuadragésimo octavos Juegos Olímpicos. La leyenda le convirtió en el prototipo de hombre completo, capaz de armonizar lo físico y lo espiritual.

Hacia 530, Pitágoras abandona Samos y se establece en Crotona, ciudad brillante y animada situada al oeste del golfo de Trento. Allí compone cuatro discursos que dirige a los jóvenes, a los miembros del senado, a las mujeres y a los niños. Muy pronto, el renombre de su sabiduría se extiende y se convierte en un personaje notable de la vida pública. Para convencer a los incrédulos y a los burlones, desvelaba su muslo de oro que transformaba la duda en certidumbre.

Platón, que conoció parte de la doctrina pitagórica, escribió una frase significativa: «Se trata de algunas fórmulas muy breves... Un pequeñísimo número de los hombres que existen las conocen». Por lo que a Plutarco se refiere, afirma: «Pitágoras limitó el carácter simbólico y misterioso de las

palabras de los sacerdotes egipcios ocultando sus teorías bajo enigmas. La mayor parte de sus preceptos no difiere de lo que denominamos los escritos jeroglíficos». Por otras fuentes, sabemos que Pitágoras sabía hablar el lenguaje de los animales y que conocía el porvenir; era también capaz de oír la música de las esferas. Por ello enseñaba a sus discípulos la contemplación de los ritmos del universo y les pedía que hablaran un lenguaje tan puro como el canto del cosmos. Pitágoras no estaba representado en templo alguno y ningún discípulo tenía derecho a pronunciar su nombre. Cuando se referían a sus palabras, afirmaban simplemente: «Él dijo». Encontraremos de nuevo esta concepción del Maestro oculto en el esoterismo masónico del siglo XVIII que creó el mito de los «Superiores desconocidos», dirigentes ocultos de la orden masónica. Algunos rituales aluden a los «seres desconocidos y supremos» para mostrar que la iniciación masónica engloba, a la vez, la realidad visible y la realidad invisible.

De 510 a 450, la orden pitagórica se desarrolló de modo continuado y numerosos adeptos engrosaron sus filas. Alrededor de 450, un brusco cambio de situación pone en cuestión los resultados obtenidos; la mayoría de los jefes oficiales del pitagorismo son masacrados por sus opiniones políticas. En efecto, habían decidido sanear la sociedad griega excluyendo del poder, poco a poco, a los ávidos y a los ambiciosos. Tan noble idea obtuvo un fracaso total y, tras esa sangrienta depuración, los miembros de la cofradía fueron obligados a ocultarse y a abandonar cualquier actividad política.

Algunas células pitagóricas vuelven a formarse en la mayoría de los Estados del mundo antiguo, sobre todo en Italia. En el siglo VI a.C" existen pequeños grupos extremadamente cerrados que mantienen un secreto absoluto sobre sus trabajos. Los horrendos acontecimientos de 450 les enseñaron la prudencia. Bajo Cesar y los primeros emperadores romanos, el pitagorismo se impone de nuevo: abarca prácticamente todas las capas sociales y adquiere numerosísimos fieles. Según algunos testimonios, una estatua de Pitágoras se habría erigido, incluso, en el foro romano a comienzos del siglo III a.C'. Lo que probaría la inmensa popularidad del geómetra griego. Sea como sea el pitagorismo está sólidamente implantado en la Italia del siglo I a.C las ceremonias se celebran con fasto, pero la orden es atentamente vigilada por los gobiernos. Los pitagóricos, en efecto, nunca ocultaron que la política materialista de Roma les disgustaba mucho. De vez en cuando, algunos jefes pitagóricos tienen que exiliarse; Augusto, por ejemplo, expulsó a un tal Pitágoras que deseaba devolver a la orden un carácter político.

Pese a esta vigilancia, la doctrina de los neos pitagóricos influye en numerosos grupos de tendencia espiritualista, como las sectas judías o los esenios que preparan el advenimiento del cristianismo. Por lo demás, debemos distinguir los auténticos pitagóricos, que se preocupan por el esoterismo, y los «pitagoristas» que no conocen las enseñanzas secretas y sólo adoptan una moda; a estos últimos se debe la propagación de ideas excéntricas como la metempsicosis o el vegetarianismo. Durante su estancia en Crotona, Pitágoras distinguía cuidadosamente a los oyentes, los discípulos y los iniciados, a quienes llamaba «físicos». Esos tres grados subsistieron en el interior de la Orden donde se codeaban los creyentes, los pitagóricos dedicados al campo social y político y los iniciados. La masonería conservará una estructura de tres grados, que es la más auténtica base de la iniciación tradicional.

El modo como Pitágoras concebía la vida iniciática influyó en todas las comunidades ulteriores. Para él, los verdaderos discípulos ponen espontáneamente sus bienes en común; intentan formar una sociedad fraterna en la que cada cual piensa, primero, en el bien común y no en el suyo propio. Entrar en la orden pitagórica es, en principio, practicar el silencio y trabajar en la sombra durante un tiempo que va de tres a cinco años. Superada esta prueba, el adepto es admitido en la comida comunitaria. Si es incapaz de acallar sus pasiones durante tan largo tiempo, abandona la Orden sin otra forma de proceso y se le entregan sus bienes, que habían sido colocados bajo precinto.

Un hermano, decía Pitágoras, es otro uno mismo. Esta máxima no era teórica sino que se aplicaba a menudo. En ciertos combates, por ejemplo, algunos pitagóricos pertenecientes a ejércitos enemigos deponían las armas cuando habían hecho el signo ritual que les permitía identificarse. Cierto día, un pitagórico murió en casa de un posadero tras una larga enfermedad; como no tenía ya dinero, su anfitrión se había ofrecido a pagarle los remedios y la comida. « ¿Quién me lo devolverá?», le preguntó al pitagórico que agonizaba. «No tengas temor alguno», le respondió; «cuelga esto de tu puerta». Le tendió una tablilla en la que acababa de trazar un signo misterioso. Mucho tiempo después, un pitagórico pasó ante la posada y vio la tablilla. Entró y preguntó al posadero por qué la había colgado. Al saber el infortunio de su hermano, pagó al buen hombre y prosiguió su camino. Otro acontecimiento probará la intensidad de los sentimientos fraternales que reinaban en la Orden: el tirano Dionisio el Viejo había hecho encarcelar al pitagórico Fintias. «Puedo», le dice éste, «darte pruebas de mi inocencia siempre que me sueltes-. El tirano se niega, creyendo que se trataba de una artimaña. Se presenta entonces el pitagórico Damón que se deja encarcelar en lugar de Fintias. Sí no regresa antes de que se ponga el sol

con las pruebas de su inocencia, Damón será ejecutado. Fintias regresa y ambos pitagóricos son liberados.

Que cada cual, recomendaba Pitágoras, se comporte lo más perfectamente posible en el cargo que se le atribuya, ya sea ritual, social o familiar. Cualquier responsabilidad es una ocasión para mejorar, el orden social puede ser un reflejo del orden cósmico si la humanidad lo desea. Semejante ideal de fraternidad hizo que un soplo purificador se levantara en un mundo greco-romano donde enormes multitudes iban a ver correr la sangre en las arenas. La unidad espiritual y afectiva que reinaba entre los pitagóricos modela, parcialmente, el alma del cristianismo y, a través de él, la de los constructores de catedrales. No sorprenderá, por consiguiente, ver que la fraternidad figura en primer plano de los valores masónicos.

Intentemos delimitar con mayor concreción las enseñanzas pitagóricas y descubrir en ellas una de las prefiguraciones del simbolismo de los masones. Al juramento y al silencio, que parecen propios de todas las sectas iniciáticas, se añade el sentido de la «mesura», que es una aplicación de las leyes geométricas. Quien lo posee puede convertirse en «dueño de las cosas», utilizando el mensaje desvelado en las reuniones secretas. Advirtamos que quienes traicionan pueden ser condenados a la pena de decapitación; ahora bien, el gesto ritual del aprendiz masón consiste, precisamente, en representar una degollación. Por su juramento, se ha comprometido a mantener en secreto los misterios masónicos. De lo contrario, le cortarán la cabeza. Probablemente, el castigo nunca fue ejecutado en la época del pitagorismo; ni tampoco en la masonería. Simbólicamente, significa que el perjuro se priva de su cabeza, de su órgano pensante que le habría permitido avanzar por la vía iniciática.

Durante la ceremonia iniciática pitagórica, el postulante iba desnudo. Al finalizar el ritual, le entregaban una toga blanca, signo de la rectitud y de la irradiación del Bien que penetraba en su alma. Encontramos el mismo proceso entre los masones que ofrecen al iniciado de primer grado un delantal blanco que nunca deberá mancillar con actitudes irresponsables. Los «Compagnons du Tour de France» han conservado el símbolo de la desnudez total; los masones, tal vez a causa de una corriente moralizadora, dejan alguna ropa al neófito.

Para identificarse, los pitagóricos se daban un apretón de manos a la manera egipcia. No conocemos sus modalidades exactas; los masones han conservado el símbolo. Otro medio de identificación era una especie de catecismo en el que alternaban preguntas y respuestas rituales. Por ejemplo, se preguntaban: « ¿Cuáles son las islas de los bienaventurados?». Y el iniciado

tenía que responder: «El sol y la luna». O también: « ¿Qué es lo más sabio?», «el Número»; « ¿qué es lo más bello?», «la Armonía»; « ¿qué es la naturaleza?», «es el otro». Los masones tuvieron siempre a su disposición un «catecismo» semejante que, además de su función de identificación, contenía lo esencial de los misterios masónicos bajo las apariencias de fórmulas herméticas.

El acto comunitario fundamental de los pitagóricos era el banquete; asistían como máximo diez comensales. Esta regla evoca la presencia de diez oficiales de la masonería que presiden los destinos de la Logia. Nos referiremos de nuevo, más adelante, a su importancia; retengamos, de momento, que la institución del banquete o la comunión material se añade a la comunión de las almas. Tras la comida, los pitagóricos se entregaban al trabajo y a la lectura; el más anciano elegía un texto ritual leído por el más joven y propuesto a la meditación de los hermanos. En los «Banquetes de orden» de la francmasonería donde se respeta la tradición, se procede del mismo modo.

Hecho importante para el desarrollo de nuestra investigación: los pitagóricos tenían entre ellos a constructores. El más hermoso ejemplo de su trabajo es, sin duda, la célebre basílica de la Porta Mag-giore, en Roma, junto a la Vía Prenestina. Se trata de un templo-caverna, análogo al «gabinete de reflexión» de la masonería; como advierte Carcopino, el templo de los pitagóricos está situado bajo tierra en virtud del refrán «no hables sin luz de las cosas pitagóricas-: no utilizar, por consiguiente, la luz exterior que es solo un falso fulgor, sino la claridad procedente del interior de las cosas, del centro de la tierra. A pesar de su situación, en efecto, la basílica di la Porta Maggiore no estaba sumida en la oscuridad; aberturas dispuestas sabiamente dispensaban a los adeptos una luz filtrada que identificaban con la gracia divina.

Entre los símbolos importantes de la Orden, el número siete influyó directamente en la masonería. Según Pitágoras, siete simboliza lo no engendrado, la sabiduría siempre virgen a pesar de las malversaciones que los hombres cometen en su nombre; siete es el número del Maestro Masón. En el campo de la geometría, los pitagóricos, veneran también un triángulo sagrado en el que ven el principio creador del universo. Este triangulo sagrado está colocado por encima del Venerable en la logia masónica. Permítasenos poner de relieve un detalle curioso: entre los pitagóricos la grulla era un pájaro simbólico. Adaptándose a las condiciones atmosféricas, aludía a la adaptabilidad del sabio frente a los acontecimientos, felices o desgraciados. Su gorjeo imita la voz del hombre y descubre a los asesinos de los sabios; además, las familia-de grullas vuelan en triángulo, prueba de que son herederas directas de la sabiduría. Esta

grulla pitagórica, detentadora de tantos misterios, puede contemplarse aún en lo alto del gran arco del porche interior de la basílica Sainte-Mane-Madeleine, en Vézelay.

En los templos pitagóricos, el iniciado encargado de dirigir los trabajos de la asamblea y sacar a la luz el significado esotérico de las palabras dichas se mantenía al fondo del edificio. El obispo cristiano se colocará, también, al fondo del ábside y el Venerable masónico se instalará en el extremo oriental de la Logia. Nuevas investigaciones mostraran hasta qué punto las comunidades pitagóricas orientaron el destino de las asambleas de carácter espiritual que nacieron duran re la era cristiana; la espiritualidad masónica, como muchas otras, no podía comprenderse sin referencias al pitagorismo.

ASOCIACIONES INICIÁTICAS EN TIEMPOS DE CRISTO

Nuestro rápido examen de las antiguas iniciaciones habrá mostrado, eso esperamos, que sus ideales, sus símbolos y sus ritos fueron preservados, en parte, por la masonería. Tras haber evocado las sociedades secretas de Egipto v de Grecia, llegamos ahora a una época decisiva en la historia de (Occidente. Con el nacimiento de Cristo, cierta idea del mundo se disuelve y aparece otra. La Iglesia católica se opone, progresivamente, a todas las religiones antiguas y, con la ayuda del poder político, prevalece.

El nacimiento del cristianismo es un problema muy complejo. Nuestra intención no es estudiarlo en profundidad sino, sencillamente, señalar la existencia de tres comunidades iniciáticas contemporáneas de Cristo: los esenios los gnósticos y los terapeutas, algunas de cuyas enseñanzas recogieron los masones. Junto al cristianismo oficial, en efecto, se formo un cristianismo paralelo que, apoyándose en una interpretación distinta de las palabras del Señor, propuso una espiritualidad poco conocida aun.

La secta india de los esenios se instalo en Palestina durante el siglo II a.C. Fue rápidamente sospechosa de herejía y la sinagoga no tarda en excomulgar a aquella cofradía que vivía al margen de las autoridades reconocidas. Hacia 65 a. C... los esenios fueron perseguidos y su Gran Maestre fue probablemente, ejecutado tras atroces suplicios. Se exiliaron por cierto tiempo, luego fundaron una nueva comunidad en el paraje de Qumran, al sur de Jericó, en una región desértica. Subsistió hasta el 70 d.C; nuevos peligros les amenazaron y los esenios desaparecieron definitivamente de la historia en esa fecha, tras haber escondido sus libros sagrados.

En 1947, un beduino descubrió parte de ellos en una gruta; en 1952 y en 1955, nuevos hallazgos resucitaron la secta de los esenios. Gracias a las excavaciones, se identificó el cenáculo para los banquetes, las albercas para los baños rituales, un gran baúl para los trabajos comunitarios y un escritorio para la redacción de los textos. No olvidemos que varios de estos escritos fueron traducidos en la Edad Media y que formaron parte, pues, de los conocimientos que poseían los Maestros de Obras.

La entrada en la comunidad esenia estaba severamente reglamentada. El postulante debía obediencia a un instructor que guiaba a cada cual hacia el Conocimiento según las aptitudes personales. Una vez admitido por ese instructor, el neófito aguardaba un año; no estaba ya en el mundo exterior, pero no era aún miembro de la cofradía. Periódicamente, lo purificaban con baños rituales y observaban su carácter, su modo de vivir, sus disposiciones intelectuales. Si era reconocido apto para comprender los misterios, el adepto sufría dos años más de pruebas antes de su admisión definitiva.

Las decisiones que le concernían eran adoptadas por un consejo de ancianos que examinaba su evolución espiritual con mucho rigor. Nadie evitaba los años probatorios; cuando la última votación resultaba positiva, el adepto podía participar por fin en el banquete ritual. «Se examinará su espíritu», dice la Regla de los esenios sobre los postulantes, «y se examinarán sus obras año tras año, para ascender a cada cual según su inteligencia y la perfección de su

conducta o degradarlo según las faltas que haya cometido».

La Regla recomienda no ocultar nada de las enseñanzas secretas a los nuevos miembros. Cada hermano debe guiar a su igual por el camino de la iniciación y hacerle participar en los misterios que haya descubierto con su búsqueda personal. Se pide también a los adeptos que se reprendan los unos a los otros y no sucumban a una sensiblería que iría contra la verdadera fraternidad; si cada cual es capaz de dominar sus pasiones, la más total sinceridad resultará fructífera. «Y nadie», precisa la Regla, «descenderá por debajo del puesto que debe ocupar ni se elevará por encima del lugar que le asigna lo suyo». Así, la comunidad entera se convertirá en un auténtico cuerpo espiritual.

El rito esencial era el banquete. Tras haberse bañado, los esenios se ponían vestiduras reservadas para el acontecimiento. Ningún profano era admitido en el banquete que se iniciaba con un profundo silencio; luego, el presidente elegido por sus hermanos recitaba una plegaria para sacralizar la asamblea. Cuando el neófito era admitido por primera vez en el banquete, prestaba un juramento calificado de temible. Juraba observar una inalterable piedad para con Dios, practicar la justicia con los hombres sin dañar nunca a nadie, combatir junto a los iniciados contra el error, respetar a los jefes de la Orden, no ceder ante las vanidades, amar por encima de todo la verdad y mantener las manos puras. «Jura también», prosigue el texto esenio, «no ocultar nada a los miembros de la secta ni revelar nada a otros que no sean ellos, aunque se usara contra él la violencia hasta la muerte»; además, no tendrá que comunicar enseñanza alguna de modo distinto a como él mismo la habrá recibido.

Los esenios afirmaron que detentaban el sentido esotérico de la Biblia. El significado literal les parecía destinado a hombres fútiles, mientras que el sentido simbólico del libro servía como base a la iniciación. Semejantes pretensiones, justificadas sin duda, atrajeron la venganza de los judíos llamados «ortodoxos» que no conseguían desvelar los secretos de la comunidad esenia.

Todos los aspectos que acabamos de evocar se aplican a las cofradías masónicas. Añadamos que el método de trabajo de los esenios sigue estando en vigor en las logias. «Que nadie», proclama un texto, «hable en medio de las palabras de otro, antes de que ese otro haya terminado de hablar. Y, además, que no hable antes de su rango». Los dignatarios abren la sesión, luego los ancianos profundizan en el tema tratado; cada adepto, por fin, tiene la posibilidad de retomar las ideas abordadas y hacer de ellas un nuevo desarrollo. Cuando un

esenio siente el deseo de tomar la palabra, se levanta y dice: «Tengo algo que decir a los Numerosos». Si quien preside la sesión da una opinión favorable, la palabra es concedida.

El título corriente del iniciado esenio es «Hijo de la Luz»; al convertirse en miembro del consejo de la Orden, ha participado en la guerra de los Hijos de la Luz contra los de las tinieblas; éstos equivalen a las naciones privadas de Dios y, sobre todo, a los romanos, los ocupantes de Palestina.

El iniciado esenio, como el iniciado masón, puede convertirse en un maestro. El mito central del esenismo es el martirio del Maestro de Justicia, jefe superior de la comunidad torturado hacia el siglo II a.C. por un odioso tirano llamado «el sacerdote impío». Hecho fundamental, el Maestro de Justicia fue traicionado por los suyos, al igual que Maese Hiram tuvo que sufrir la villanía de tres compañeros que estaban a sus órdenes; además, el Maestro de Justicia, como Hiram, practicaba el oficio de arquitecto. Él fue, nos dicen los textos, quien estableció los fundamentos sobre la roca y utilizó el cordel de justicia para el armazón. Utilizaba también la plomada de verdad para controlar las piedras puestas a prueba.

Como en el pitagorismo, estaba prohibido pronunciar el nombre del Maestro, el Anónimo por excelencia según la observación de Dupont-Sommer. Era el ejemplo a seguir, el modelo a respetar; martirizado y traicionado, no dejaba de ser el Maestro encargado de construir la comunidad y de aliviar la miseria de los hombres. La comparación con la leyenda ritual del grado de Maestro Masón es evidente y nos encontramos, sin duda, ante una filiación directa que no había sido aún puesta de relieve, que nosotros sepamos.

En el terreno de los símbolos, encontramos por lo menos tres de la clase de los esenios que conservó la masonería. El primero es un paño de lino que indica la necesidad de una purificación constante; el aprendiz masón recibe un delantal de piel blanca que le inculca una noción comparable. El segundo es la hachuela que se convirtió en el mazo del Venerable masónico; lo encontramos también en el símbolo de la «piedra cúbica con punta» cuya parte superior está hendida por un hacha. El tercero es la estrella, símbolo esencial del grado de Compañero masón; «la estrella», nos dice el Escrito de Damasco, «es el buscador de la ley». El papel del compañero es, precisamente, buscar la verdad viajando por el mundo.

A la corriente esenia debe añadírsele la corriente gnóstica. En este caso, no estamos ante una comunidad bien definida en el espacio y en el tiempo; el

gnosticismo es una ideología compuesta en la que se mezclan elementos egipcios, griegos, persas, babilónicos, judíos y cristianos. La Gnosis se sitúa a sí misma por encima de los partidos y las religiones, intentando descubrir el sentido esotérico de todas las confesiones. Hasta finales del siglo II, se afirma como el esoterismo cristiano; la enseñanza gnóstica está reservada a quienes desean ir más allá del bautismo y conocer los secretos del mundo celestial. Sorprendentemente, la Gnosis gozó de una especie de existencia legal en el seno de la Iglesia; como en la antigüedad, había una iglesia exterior para la mayoría y una iglesia interior para la minoría. La masonería medieval recuperará el mismo ideal, prolongando las revelaciones ofrecidas a todos. En sus orígenes, por consiguiente, la Gnosis era una profundización de la Fe.

Esta situación no duró demasiado. Una fracción de la Iglesia cristiana acusó a los gnósticos de los crímenes más abyectos; sus reuniones, dice, sólo son orgías sexuales y llegan incluso a matar a la mujer preñada y a devorar el embrión. Informadores pertenecientes a la Iglesia oficial se infiltraron en los círculos gnósticos, copiaron listas de miembros y los denunciaron a la justicia con los más falsos pretextos. Varios gnósticos fueron obligados a confesar faltas imaginarias a consecuencia de los tormentos y un odio irreductible acabó oponiendo el gnosticismo al dogma cristiano. Es extraño comprobar que las mismas acusaciones se harán, mucho más tarde, a la francmasonería y que los mismos métodos de delación se emplearán con ellos.

Sin embargo, a la luz de los textos gnósticos cuyas ediciones y traducciones se multiplican desde hace algunos años, se advierte que esa corriente de ideas era portadora de una ferviente espiritualidad. También los gnósticos se llamaban «Hijos de la Luz»; su jerarquía iniciática comportaba tres grados: la purificación, la iluminación y la perfección. Consideraban que el bautismo cristiano sólo tenía un objetivo «psíquico»; era preciso superar ese estadio para alcanzar la regeneración.

El único Hombre real, según los gnósticos, es la comunidad fraterna, ese gran cuerpo por el que circula la energía divina que crea todas las cosas. Por ella, se conoce lo suprasensible y se transforma la creencia en conocimiento. Los gnósticos no encontraban la sabiduría en los escritos cristianos sino en las revelaciones de los antiguos misterios, especialmente de los misterios egipcios. Insistieron a menudo en la figura del demiurgo, el ordenador del universo, que los masones convertirán en el Gran Arquitecto del Universo. Se comunicaban de buena gana entre sí por medio de un alfabeto esotérico cifrado, del que el alfabeto masónico, que hoy no se practica ya, será la última muestra.

Con los gnósticos, se vuelve una nueva página de la historia de las iniciaciones. No son constructores sino pensadores; no forman una cofradía bien estructurada, sino que alimentan una corriente de opinión basada en la búsqueda esotérica. Además, son los primeros oponentes cristianos al cristianismo de Estado; descontentos con la dirección espiritual de los asuntos de la Iglesia, dan otro aspecto del mensaje cristológico y desean afirmar una profunda originalidad con respecto a lo que consideran una traición a las enseñanzas de Cristo. Cierta Edad Media, con mucha menos virulencia, fue gnóstica; existe todavía hoy una francmasonería gnóstica, una «Iglesia de Juan» que desea ir más allá de las proposiciones de la «Iglesia de Pedro».

Una tercera asociación iniciática del tiempo de Jesús merece nuestra atención: los terapeutas, etimológicamente «los curadores». Según Filón de Alejandría, que escribió un libro sobre esta cofradía, son «ciudadanos del cielo y del mundo, realmente unidos al Padre y al Creador del universo por la virtud que les ha procurado la amistad con Dios». Como entre los esenios, el rito principal es el banquete. Varios detalles evocan la masonería de un modo muy concreto; el gesto ritual, por ejemplo: la mano derecha entre el pecho y el mentón, la mano izquierda cayendo a lo largo del cuerpo. Es exactamente el gesto propio del grado de Compañero masón. El orden de los trabajos durante el banquete es interesante también: ningún esclavo para servir la mesa, sólo jóvenes iniciados que aprenden la humildad. Durante los banquetes masónicos tradicionales, son los nuevos aprendices quienes se ocupan de esta tarea. Durante esas reuniones que se celebran cada siete semanas, los terapeutas se consagran al contenido esotérico de los libros escritos por los antiguos; vestidos de blanco, con las manos purificadas, ponen en marcha un pensamiento creador común para contemplar lo invisible a través de lo visible. Sobre todo, pedían los terapeutas, que no se confundieran los banquetes iniciáticos con banales comilonas.

Vayamos ahora al siglo XVIII de nuestra era y releamos ese fragmento del discurso escrito por el francmasón Ramsay: «Nuestros festines no son lo que el mundo profano y el vulgar ignorante imaginan. Todos los vicios del corazón y del espíritu se expulsan y se proscribe la irreligión y el libertinaje, la incredulidad y la orgía. Nuestras comidas recuerdan aquellas virtuosas cenas de Horacio, donde se hablaba de todo lo que podía ilustrar el espíritu, regular el corazón e inspirar la afición a lo verdadero, a lo bueno y a lo hermoso». Idéntico ideal, por consiguiente; además, el banquete masónico reposa sobre un simbolismo: la mesa es el taller; el mantel, el velo del santo de los santos; el plato, la teja; la cuchara, la llana; el cuchillo, la espada; el pan, la piedra bruta; los manjares son los materiales de construcción del templo.

Esenios, gnósticos y terapeutas contribuyeron a crear un estado de ánimo y a propagar símbolos que no fueron olvidados en la Edad Media y que se integraron, incluso, en las estructuras masónicas del siglo XVIII. De esas asociaciones iniciáticas nació un cristianismo no ortodoxo, que nunca desapareció por completo y que hallo, con toda naturalidad, refugio en las cofradías posteriores.

LOS ADEPTOS DE MITRA
Y LA INICIACIÓN ROMANA

La civilización romana no brilla, precisamente, por sus cualidades espirituales y religiosas. A pesar de la tuerza de la religión de Estado, enfeudada por lo demás a la política, Roma da la imagen de una nación militar preocupada, sobre todo, por la expansión material y económica. Sin embargo, Roma es la culminación de las grandes civilizaciones antiguas que habían conocido la primacía del espíritu; acogió en su seno tendencias iniciáticas, tolerándolas a condición de que las cofradías se limitaran a sus trabajos esotéricos y no se entregaran a la política.

El gran movimiento iniciático que empapó la civilización romana es, indiscutiblemente, el mitraísmo. Mitra, antiguo dios iraní de la luz, penetró en Europa en el siglo I a.C. por medio de los marinos procedentes de Cilicia. Se decía que había brotado de un árbol o de una piedra, llevando un globo en una mano y el zodíaco en la otra. Tras numerosas peripecias, había abandonado esta tierra tras un banquete en compañía del sol. Esos progresos del culto y el reclutamiento de los adeptos siguen siendo muy misteriosos; ni siquiera se conoce el «programa» original de la secta que tuvo un inmenso éxito en la Roma de los siglos II y III de nuestra era; Trajano hizo construir incluso un nutbraeum en su villa del Aventino y las más altas autoridades civiles protegieron a la cofradía. En 308, es el apogeo; Diocleciano, Cialeno y Licinio van a Carnutum, cerca de Viena. Allí proceden a la consagración de un templo de Mitra y reconocen al dios como protector supremo del poder imperial. «Si el cristianismo hubiese sido detenido en su crecimiento por alguna enfermedad mortal», escribió Ernest Renán, «el mundo habría sido mitraísta".

Las más graves dificultades siguieron muy de cerca al apogeo; ciertamente. Juliano el Apostata, ferozmente anticristiano, concederá sus favores

al culto de Mitra. Las legiones romanas lo practicaban con fervor y lo implantaban en todas partes por donde pasaban. Inquietos, los jefes del cristianismo están muy atentos y sus intrigas acaban teniendo éxito; en 389, en Alejandría, unos revoltosos atacan un templo de Serapis y un templo de Mitra. Pese a la resistencia de los sacerdotes, saquean los lugares santos y dejan a sus espaldas numerosos muertos. Esa locura destructora sucedía a los graves acontecimientos de 377, durante los que el prefecto Graco había dado órdenes de devastar un mithraeum en Roma. El instigador de esos actos violentos no era sino Ambrosio, arzobispo de Milán. En febrero de 391, un decreto prohíbe los cultos paganos en Roma; en noviembre de 392, cualquier práctica pagana, incluso en privado, queda rigurosamente prohibida. Es un golpe mortal para el mitraísmo, sobre todo porque su mayor apoyo, el ejército romano, se debilita cada vez más. En los primeros años del siglo v, no hay ya rastro de grandes celebraciones en honor de Mitra. Sin embargo, esa excepcional sociedad secreta se había implantado en Italia, en Francia, en Inglaterra, en Alemania, en España y en muchas otras regiones, llegando hasta los límites del imperio romano; el mayor templo de Mitra, que tiene veintiséis metros de largo, se encuentra en Sarmizegetusa, en Rumania. Sin duda fue en Alemania, lugar en el que el mitraísmo precedió al cristianismo, donde tuvo más éxito; los mithraea eran muy numerosos, los trabajos esotéricos de los iniciados se concretizaron en representaciones artísticas que nos permiten conocer el pensamiento de la secta.

Los templos de Mitra son por lo general bastante pequeños, puesto que no estaban destinados a una gran multitud; en todo caso, simbolizan el cosmos. La bóveda equivale al firmamento estrellado y el conjunto debe presentarse como una gruta relativamente oscura; a cada lado del eje central están dispuestas banquetas en las que se sientan los iniciados. Al fondo, un gran panel esculpido muestra al dios Mitra matando al toro; por ese acto, se convierte en dueño de la energía misteriosa que crea la vida y propone a los adeptos que sigan su ejemplo. Junto a la hornacina donde se alberga la escultura, brilla eternamente una llama. Advirtamos, de paso, que la disposición de los templos masónicos contemporáneos es prácticamente idéntica a la de los templos de Mitra. Al igual que el dios llevaba un gorro frigio, así el Venerable que dirige las ceremonias en el grado de Maestro Masón lleva el sombrero de los maestros de obras que fue, a veces, simbolizado en la Edad Media por el gorro mitraico. En algunos lugares, el mithraeum propiamente dicho es precedido por un vestíbulo que incluye una sala de espera para los postulantes; corresponde al «gabinete de reflexión» de la masonería donde el neófito muere para el hombre viejo.

Advirtamos también la importancia del número siete, el del Maestro

Masón; además de los siete grados del mitraísmo que trataremos más adelante, existen también edificios cuyo módulo es siete, como el mitbraeum de Ostia, el templo de las siete esferas que constituyen el universo. Las siete puertas del lugar santo simbolizan los siete grados de la iniciación, y eran representadas incluso, en mosaico, en algunos suelos.

Cuando un profano solicitaba su admisión entre los adeptos de Mitra, sufría una larga pre iniciación en la que recibía una primera enseñanza que se refería, principalmente, a la astrología, las relaciones del hombre con el universo y los primeros rudimentos de la lengua de los misterios. Si los adeptos consideraban que el neófito tenía posibilidades espirituales, intelectuales y morales para participar en sus trabajos, le hacían prestar un juramento cuyo texto se ha conservado: «Juro», decía, «con toda certeza y toda buena fe, conservar el secreto de los misterios. Que la fidelidad a mi juramento me sea benéfica, pero que la indiscreción me sea maléfica».

Sobre la ceremonia de iniciación que señalaba la entrada en la Orden, disponemos sólo de informaciones fragmentarias. Son sin embargo muy interesantes y serán retomadas por la masonería. El neófito, completamente desnudo, tenía los ojos vendados y las manos atadas, como se ve en el mithraeum de Capua. En el momento principal de la ceremonia, el postulante se tiende en el suelo para simbolizar un cadáver; antes, había sido empujado por la espalda pero un adepto le había impedido caer brutalmente al suelo. El neófito ocupa, pues, el lugar del iniciado asesinado por la incomprensión de los hombres; el papel de la comunidad es resucitarle y hacer revivir el espíritu en cada nuevo adepto. Se mostraba, incluso, al postulante, una espada empapada en sangre; era la que se había utilizado en el asesinato del Maestro, la que se utilizaría para castigar al perjuro. Naturalmente, se procedía a las pruebas de la tierra, el aire, el agua y el fuego. En la tercera prueba, por ejemplo, el iniciado cruzaba un foso lleno de agua y en la cuarta, pasaba por encima de un brasero. Al finalizar la ceremonia, el nuevo adepto estrechaba la mano derecha del «Padre», el presidente de la asamblea. Esos detalles, demasiado escasos, están tan cerca del ritual masónico que podemos imaginar una transmisión ininterrumpida del ideal mitraico a partir del siglo IV d.C. Como suele suceder, la supresión de la secta no se vio acompañada por una supresión de su mensaje.

La iniciación completa comprendía siete grados. El primero se llamaba «Cuervo» pues el pájaro aportaba a la humanidad las enseñanzas de Mitra; el iniciado en este grado tenía por emblema ritual el caduceo. El segundo grado era el «Nymphus», es decir, el desposado; disponiendo de un velo de novio y de una

antorcha, celebraba la unión mística con el dios. En ese estadio, se iluminaba el templo. El tercer grado es el «Soldado» que recibe una espada; en cambio, rechaza la corona que se le ofrece porque no es digno aún de la realeza espiritual que se alcanza al final de la iniciación. El cuarto grado es el «León», vestido con un manto rojo y disponiendo de una pala de fuego. Domina la acción solar y reina sobre el fuego; durante el ritual de iniciación a ese grado, se lavaba la lengua del postulante con miel que, luego, se extendía sobre sus manos. El color de la miel es el oro, es un alimento solar. El quinto grado es el de «Persia», revestido con una túnica de plata. Sus manos son purificadas durante la iniciación y es destinado a la guarda de los frutos de la tierra; tiene una hoz y una guadaña. Sin duda alguna, el segador de las catedrales góticas, puesto siempre en relación con un signo del zodíaco, es un lejano recuerdo de ese grado iniciático. El sexto grado es el del «Corredor del sol»; lleva un látigo, una antorcha y un globo. Tal vez se encargue del orden de los banquetes sagrados. El séptimo y último grado es el del «Padre», vestido exactamente como Mitra. Se le entrega el bastón, el anillo y el gorro frigio. Detentador del espíritu de la Orden, tenía por misión propagar la Sabiduría entre sus pares y dirigir las ceremonias. Tras el voto de la comunidad, él tomaba la última decisión en la admisión de un nuevo miembro o en el ascenso de un adepto a un grado superior. Finalmente, en lo alto de la jerarquía, reinaba el Padre de los padres; raros son, se decía, quienes pueden ocupar ese cargo, puesto que exige el perfecto conocimiento de los símbolos revelados por el dios. Para los adeptos de Mitra, cada uno de nosotros debe aprender a llevar su fardo de la vida desarrollando el dominio de sí mismo; quemando las impurezas de su alma con las pruebas iniciáticas, los adeptos pasan del estado de esclavos al de hombres libres. «El héroe es un justo», dice un texto, «y sin embargo sufre, pero esa prueba da fruto». «En mis hombros», proclamaba un adepto, «llevo hasta el fin el mandamiento de los dioses». El mitraísmo fue indiscutiblemente una de las más ricas asociaciones iniciáticas de la antigüedad, tanto por la fraternidad como por su organización simbólica; los siete grados eran practicados en todo el imperio romano y aseguraban una gran coherencia de la institución. Además, los adeptos protegieron la artesanía y la agricultura; varios arquitectos fueron iniciados en el mitraísmo y contribuyeron a propagar sus ideas en las primeras corporaciones de constructores. Ciertamente, la Iglesia consiguió destruir la secta; viendo que algunos irreductibles se negaban a doblegarse, puso en práctica un principio que será constantemente respetado hasta el final de la Edad Media e incluso más allá: «Recuperar» las ideologías vencidas y cristianizarlas. La roca de Mitra fue asimilada a la piedra sobre la que se fundó la Iglesia de Cristo. La gruta del toro, a Belén, los pastores de Mitra, a los pastores que anuncian el nacimiento del Salvador. Los polemistas cristianos intentaron

demostrar que el mitraísmo era una falsificación del cristianismo y que le había robado sus más profundos símbolos. Algunos espíritus se dejaron convencer, otros permanecieron en las sombras y siguieron propagando el estado de ánimo de las sociedades iniciáticas.

Los aspectos iniciáticos de la civilización romana no se limitan sólo al mitraísmo; en el siglo II antes de nuestra era, los cultos orientales y las religiones místéricas ganaron para su causa la alta sociedad de Roma y se extendieron, luego, al conjunto de las clases sociales. Podríamos poner de relieve numerosos detalles que se explican por su contenido esotérico; el famoso Hércules, por ejemplo, fue considerado por los pitagóricos como el justo vencedor de las pruebas rituales; en los sarcófagos galo-romanos se ven compases, escuadras, niveles, plomadas, calaveras, signos lapidarios, símbolos que serán retomados por las cofradías de la Edad Media y por la masonería del siglo XVIII. Un iniciado, Firmicus Maternus, empleó incluso el lenguaje de los cuatro elementos para analizar el mundo: a Egipto le correspondía el agua; a Frigia, la tierra; a Siria, el aire y a Persia, el fuego. Son los cuatro países donde se practicó la iniciación y cuyos secretos se reunieron en Roma. Un arquitecto como Vitruvio, venerado por los albañiles medievales, afirmaba que quienes desean alcanzar la perfección utilizando sólo la mano están condenados al fracaso; «ni el espíritu sin el trabajo ni el trabajo sin el espíritu», escribía, «hicieron nunca perfecto a obrero alguno». Letrado, geómetra, dibujante, matemático, historiador, filósofo, músico, médico y astrólogo, Vitruvio dio a los siglos posteriores el ejemplo de lo que debe ser un Maestro Arquitecto.

Para comprender bien el estado de ánimo de las corporaciones de artesanos del imperio romano y seguir las huellas de las cofradías iniciáticas, tenemos que evocar ahora a tres personajes que los masones consideraron como iniciados: el rey Numa, el escritor Apuleyo y el filósofo Boecio.

Numa, personaje histórico, fue también un personaje mítico. Detentador del cargo de Gran Pontífice, se creía que había organizado los ritos secretos y públicos de la religión romana; él habría fundado las corporaciones de carpinteros, herreros, músicos y curtidores, hacia el 700 a.C. Puesto que su alma era gobernada por la virtud, protegió particularmente a los gremios de la construcción y les dio reglas secretas. El hecho es muy importante para el estudio de las fuentes de la francmasonería. En una época muy remota, las corporaciones no eran, pues, simples asambleas de obreros sino fraternidades iniciáticas que divinizaban al hombre por el trabajo y velaban celosamente por sus ritos y sus secretos. Cada colegio de artesanos disponía, por lo demás, de un

local que le estaba reservado y organizaba banquetes destinados a los miembros de la cofradía. El nuevo iniciado prestaba juramento y se inclinaba ante las reglas de la Orden, cuyas estructuras eran muy flexibles; junto a los iniciados que trabajaban la materia, estaban miembros llamados «honorarios» que eran intelectuales o grandes personajes favorables a las cofradías.

Todo se explica cuando se conoce la leyenda según la cual Numa era un discípulo de Pitágoras. Traduce la voluntad de los masones de hacer coherente su historia y establecer una filiación de carácter esotérico. Al parecer se descubrió incluso en Roma la tumba de Numa; en su interior había un cofre donde el monarca había encerrado libros que trataban de la enseñanza pitagórica. El Senado los requisó y dio orden de que se destruyeran por medio del fuego, pues semejantes escritos podían amenazar la seguridad del Estado.

Después de la muerte de Numa a mediados del siglo I a.C., las fraternidades de artesanos viven en paz. El poder político no intenta controlarlas de cerca y se encargan de su propia gestión. El prestigio del viejo rey es inmenso; sus fundaciones parecen inspiradas por la divinidad y los colegios de constructores son indispensables para la buena marcha de la vida social. Pero la situación cambia en 64 a.C. La República suprime por decreto las cofradías. Le parecen peligrosas para la estabilidad nacional. Esta ley no fue muy eficaz y la abolieron poco tiempo después; a partir de Augusto, las cofradías viven de nuevo una existencia apacible pues el emperador no es indiferente al pensamiento esotérico. La gran figura de Numa le parece una excelente «imagen de marca» para la grandeza del imperio; el rey de la antiquísima Roma seguirá siendo caro al corazón de las asociaciones masónicas, puesto que supo unir la administración de la ciudad con el ideal iniciático.

Recorramos un gran período de tiempo para encontrar a Apuleyo, que nació hacia 125 y murió después de 170. Gran viajero, pasó largas estancias en Atenas, Roma y Cartago. Apasionado por las ciencias ocultas y por el mensaje de las sociedades iniciáticas, fue iniciado a numerosos misterios orientales que florecían en Roma por aquel entonces. Excelente orador, hizo una gran propaganda para las sociedades iniciáticas a las que pertenecía y redactó tratados de medicina, astronomía y arboricultura. Su obra más célebre es El asno de oro en la que un tal Lucio es transformado en asno por un maleficio. Tras muchas peripecias, dirige una plegaria a la luna y solicita una muerte rápida que ponga fin a sus males. La diosa Isis, conmovida ante tanto sufrimiento, se le aparece. «Acude al recorrido de una procesión que se hará en mi honor», le dice, «y come una de las rosas de la corona que el sacerdote lleva atada a su sistro».

Lucio lo hace y recupera de inmediato la figura humana. Como está desnudo, le visten con una túnica y el sumo sacerdote le dice: «Pon una cara alegre en armonía con la blancura de tu vestido». Lucio acaba de abandonar, pues, la pesadez material del hombre, simbolizada por el asno; con la absorción de la rosa mística, emblema de un alto grado de iniciación, se prepara para su futuro renacimiento. Sintiendo un inmenso agradecimiento por la diosa, acecha la apertura de las puertas de su templo. Impaciente, acude al sumo sacerdote y le pide la iniciación. «Espera», responde el sumo sacerdote, «no sucumbas a la precipitación ni a la desobediencia. La propia diosa te anunciará el momento favorable». En efecto, Isis se le aparece durante la noche y Lucio comprende que el acto de la iniciación representa una muerte voluntaria y una salvación obtenida por la gracia. Tras numerosas purificaciones, el sumo sacerdote le da en secreto ciertas instrucciones que superan la palabra humana.

A Lucio se le imponen diez días de ayuno ritual antes de la ceremonia de iniciación, que dura toda una noche. El sumo sacerdote le ofrece una túnica de lino y le introduce en la parte más apartada del santuario; a partir de aquel momento, Apuleyo se niega a revelar nada más. Reconoce también: «Me he acercado a los límites de la muerte, he hollado el umbral de Proserpina y he vuelto, llevado a través de todos los elementos; en plena noche, he visto brillar el sol de un modo refulgente; me he acercado a los dioses de abajo y a los de arriba, los he visto cara a cara y los he adorado de cerca». A la mañana siguiente de la iniciación, Lucio es coronado de palmas y lleva doce vestidos de consagración que corresponden a los doce signos del zodíaco. El sumo sacerdote se llama Mitra. Luego, Lucio recibirá dos nuevas iniciaciones sobre las que mantiene un silencio total.

La obra de Apuleyo tuvo un inmenso éxito, su profundo conocimiento de la iniciación alegró el corazón de los adeptos que, a continuación, adoptaron de buena gana el cuento o la fábula de apariencia grotesca para transmitir el pensamiento iniciático a quienes supieran leer entre líneas.

El tercer personaje al que los masones consideraban uno de los suyos es el filósofo Boecio. Nacido en 480, pertenece a una rica familia y hace largos estudios científicos. En 510, es maestro de los oficios de palacio en la corte de Teodorico, de quien es amigo personal.

Tiene gran influencia sobre el monarca; su nobleza algo altiva despierta envidias y, poco a poco, sus enemigos lo hacen sospechoso para Teodorico. A consecuencia de una acusación absolutamente fabricada, Boecio es encarcelado en Pavía. Es culpable, afirman los testigos falsos, porque ha ocultado

documentos oficiales y ha querido dañar el poder de los godos. Boecio intenta defenderse, pero el proceso está trucado; el 23 de octubre de 524 es ejecutado. Como san Dionisio, tomó su cabeza cortada entre las manos y la llevó a un altar, en señal de ofrenda a Dios. En el siglo XI, el emperador Otón hizo que sus restos fueran depositados en una tumba de mármol.

La Edad Media admiraba mucho La consolación de la filosofía, la obra que Boecio escribió durante su doloroso cautiverio. Aparecía como la obra de un justo capaz de resistir el sufrimiento y la estupidez de los hombres porque había recibido el sacramento de la iniciación. Esta filosofía es una mujer enorme de ojos ardientes. Con su frente, toca el cielo. Lleva un cetro y dos libros, el uno abierto, el otro cerrado. Los escultores medievales la representaron en Laon y en Notre-Dame de París; la convirtieron en uno de los símbolos de Nuestra Señora de los Cielos, patrona de las cofradías de albañiles. «La verdadera nobleza», escribió Boecio, «es conferida por los ancestros iniciados». Detentan la tradición y hacen participar en los misterios a quienes son dignos de ello. Si el hombre escucha la máxima de Pitágoras, «seguir a Dios», se divinizará y conocerá la naturaleza profunda de la vida.

El mitraísmo legó a la posteridad símbolos y un marco ritual muy coherente; iniciados como Numa, Apuleyo y Boecio le legaron cierto tipo de pensamiento, una forma de ideal que fue apreciada en su justo valor por las cofradías de constructores. Mientras que el paganismo político se derrumbaba, la sustancia iniciática del mundo antiguo encontraba naturalmente refugio en los colegios de artesanos. Será útil hacer un breve paréntesis y preguntarnos por la manera como la Iglesia cristiana apreciaba el modo de vida de los constructores de edificios.

LOS CONSTRUCTORES Y EL CRISTIANISMO PRIMITIVO

El cristianismo nace en una sociedad donde los más altos valores espirituales son detentados por las sociedades iniciáticas. No las ignoró y, a partir del siglo IV, se mostró a menudo injurioso o crítico con ellas. Por su lado, los iniciados habían recibido la orden de no abrir ciertos libros herméticos ante los cristianos, por miedo a que éstos se apoderaran de ellos para destruirlos. En esta oposición, unas veces abierta, otras latente, entre cristianismo y sociedades iniciáticas, tres fechas destacan entre otras: 313, 351 y

375. En 313, Constantino hizo promulgar el edicto de Milán que concedía la libertad de culto a los cristianos y a los no cristianos. En realidad, es una gran victoria de la nueva religión que gana la confianza del poder y se convierte en la

fe oficial. El clero recibe mucho dinero, se construyen numerosas iglesias, los prelados ejercen una notoria influencia política. En 351, el emperador Juliano comienza a apartarse del cristianismo; ha estudiado mucho las doctrinas neo-platónicas que son ampliamente difundidas por las cofradías iniciáticas y encuentra más riqueza en este tipo de pensamiento que en la religión cristiana. El emperador es iniciado en el culto de Mitra hacia 358 y amenaza seriamente a la Iglesia; pero su brutal muerte pone fin a la ola de anticristianismo que él favorecía. Hacia 375, el filósofo Prisciliano alumbra una secta cristiana muy original, cuyo objetivo es liberar al cristianismo de la administración romana. Rechazando cualquier jerarquía, Prisciliano intenta unir a quienes considera como verdaderos adeptos a Cristo, especialmente a los agnósticos. Para él, sólo cuenta la Iglesia primitiva y desprovista de tastos exteriores y de ambiciones políticas. Prisciliano obtuvo cierta audiencia; un personaje tan importante como san Martín de Tours le prestó, incluso, atento oído e intentó favorecer, de un modo discreto, a la cofradía. Pero Roma velaba; tras el peligro pagano reavivado por Juliano, llegaba ahora otro peligro procedente del interior de la religión cristiana. Prisciliano fue ejecutado, su biblioteca de escritos esotéricos, dispersada; los adeptos que se habían reunido a su alrededor entraron en la clandestinidad y su cofradía desapareció definitivamente.

Estos pocos recuerdos históricos demuestran que los comienzos de la cristiandad fueron bastante movidos en el terreno de la fe. Por eso debe plantearse una pregunta: ¿existía una iniciación específicamente cristiana? No es posible responder con certeza absoluta, pero poseemos sin embargo documentos bastante significativos. Si se examina, por ejemplo, la obra del seudo Dionisio el Aeropagita, se advierte que pide a sus hermanos cristianos que alcen sus ojos hacia la iniciación. Al recibir el «depósito» de los misterios, comprenderán los ritos y los símbolos, recibirán un nuevo nombre. Hay, dice Dionisio, un secreto divino en la jerarquía que conocen quienes han superado los tres grados de iniciación. El título más elevado es el de «Monje»; totalmente desnudo durante la ceremonia, recibía nuevas ropas tras el beso de paz. Ahora bien, ese Dionisio obispo de Atenas que predicaba la iniciación cristiana fue confundido en la Edad Media con otro Dionisio, obispo de París; Suger, uno de los creadores del arte gótico y abate de Saint-Denis, se refirió a Dionisio para magnificar la luz y convertir su iglesia en una de las más hermosas catedrales francesas. Una vez más, nos vemos obligados a admitir una tradición oral que une a los adeptos de la iniciación a través del tiempo y del espacio.

El gran pensador cristiano no era el único que reconocía la importancia de un «cristianismo mistérico»; si se examina el modo como se hacía el

reclutamiento cristiano a comienzos del siglo III, se advierte que responde a las reglas habituales de las sociedades iniciáticas. Cada miembro, en efecto, podía llevar hasta la fe a un profano; los sacerdotes supervisaban su acción con gran serenidad en la elección final. Por aquel entonces, el cristianismo, al parecer, no deseaba a toda costa convertirse en una religión de masas sino, más bien, engendrar una élite espiritual. Releamos los consejos de Hipólito de Roma sobre la admisión de los neófitos: «Que se les pregunte la razón por la que buscan la fe. Quienes los traigan darán testimonio con respecto a ellos para que se sepa si son capaces de escuchar la palabra. Que se examine también su estado de vida. Que se haga una investigación sobre los oficios y profesiones de aquellos a quienes se lleva a la instrucción». Por consiguiente, no se hace cristiano quien quiere. La preparación para el bautismo es claramente designada como una pre iniciación al misterio divino y se pone a prueba a los catecúmenos durante tres años; «si alguien muestra celo y persevera bien en esta empresa», sigue diciendo Hipólito, «que no se le juzgue según el tiempo sino según su conducta».

Se exige a los iniciados cristianos una gran asiduidad a la reunión; no se trata de una regla administrativa sino de un principio sagrado que expresa en estos términos el texto titulado Didascalia de los apóstoles: «Que nadie disminuya la Iglesia acudiendo sólo a ella para no disminuir en un miembro el cuerpo de Cristo». No podría plasmarse mejor una de las bases espirituales de la masonería, y a la frase cristiana: « ¡Arriba los corazones!», responderá la frase ritual de los masones: « ¡Arriba los corazones en fraternidad!». Un himno del siglo XVIII, destinado a la cena, dicta una línea de conducta sin la que una sociedad iniciática no tendría razón de ser alguna: «Reunámonos como uno solo y velemos por no estar, en absoluto, divididos en espíritu. Que cesen las malas querellas, que cesen las diferencias. Un camino estrecho y difícil lleva a lo alto, es largo y escarpado cuando sube. Pero el amor fraternal da la vida eterna».

Este amor fraterno encuentra una de sus más conseguidas expresiones en el banquete. Para los cristianos, se trata de una comida sagrada que recuerda la cena e instaura un vínculo religioso entre los participantes. Hay un aspecto sobrenatural en el hecho de comer juntos, pues los cristianos comulgan a la vez entre sí y con Dios. Hemos visto ya lo que esta concepción debe a los esenios y a otras cofradías iniciáticas; la masonería, que se limitó a menudo a banquetes bien provistos, conservó sin embargo la dimensión iniciática de esta reunión fraternal. En la apertura de los «Trabajos de Mesa», el Venerable pronuncia aún estas palabras: «Hermanos míos, iniciados en los misterios del arte real, sabemos que el masón participa de la Carne y el Espíritu. Por eso os ruego, Hermanos Vigilantes, que os unáis a mí para abrir estos Trabajos de Mesa,

encendiendo las antorchas. Esta luz que brillará durante nuestros ágapes fraternos nos recordará que la llama espiritual que se nos transmitió nunca debe extinguirse en nosotros».

Hemos visto que existía, en el seno del cristianismo, un clima que a veces puede ser calificado de «iniciático», en el sentido más noble del término. Intentemos ahora ser más precisos y comencemos poniendo de relieve, en los textos cristianos, una expresión cara a los masones: «Hijos de la Luz», dice Ignacio de Antioquía a los ciudadanos de Filadelfia, «huid de las divisiones y las malas doctrinas». En todas las épocas, al parecer, quienes intentan vivir la vía iniciática reciben ese «título» de Hijos de la Luz que es especialmente puesto de relieve en la historia de san Lorenzo. Éste velaba por el tesoro secreto de la casa de Dios, cuyas llaves poseía. El prefecto exige que le entregue esas considerables riquezas; Lorenzo acepta sin hacerse de rogar y el prefecto se alegra de antemano, convencido de que los cristianos ceden ante la primera amenaza. Poco después, Lorenzo pide audiencia al prefecto y le presenta a mendigos, tullidos, ciegos y «pobres de espíritu». « ¿Qué significa esa mascarada?», pregunta el prefecto. «Exigías las riquezas de Dios», responde Lorenzo. «Te las ofrezco; son los Hijos de la Luz quienes ahora se presentan ante ti. Su cuerpo está dolorido, su alma es pura.» Loco de rabia, el prefecto hizo ejecutar a Lorenzo.

Los masones, Hijos de la Luz, trabajan a la gloria del Gran Arquitecto del Universo. Se creyó por mucho tiempo que esta última expresión era bastante reciente; en realidad, era conocida ya en el antiguo Oriente Próximo y se encuentra también, con una forma algo modificada, en una carta de Clemente de Roma a los corintios: «Que el artesano del universo», escribe, «mantenga en la tierra el número contado de sus elegidos. Él nos llevó de las tinieblas a la Luz, de la ignorancia al Conocimiento». En un himno que data de comienzos del siglo V, la iglesia de Epifanio de Salamina es calificada de «paraíso del Gran Arquitecto», lo que constituye una excelente definición poética de una logia masónica.

Por dos veces al menos, el cristianismo presenta a Dios como el constructor por excelencia. Recordemos la visión del profeta Amos: «He aquí que el Señor estaba de pie en un muro, hecho con el nivel y, en su mano, había un nivel. Y el Eterno me dijo: "¿Qué estás viendo, Amos?". Y yo le dije: "Veo un nivel". Y el Señor dijo: "Pondré el nivel en medio de mi pueblo de Israel; no seguiré perdonándolo"». En la masonería, el Primer Vigilante es el que tiene el nivel. En la jerarquía de los Oficiales masónicos, viene inmediatamente después

del Venerable y su papel es el de formar a los futuros maestros sin «perdonarles» ninguna debilidad. La historia de Job nos proporciona un segundo pasaje bíblico donde el Dios cristiano afirma que construyó el universo con sus manos; habla con Job y, en una serie de preguntas teñidas de ironía, le muestra la distancia que existe entre Dios y el hombre: ¿quién fijó las medidas de la tierra, quién tendió sobre ella un cordel? ¿Quién aplicó el nivel? ¿Quién puso la piedra angular para sostener?

Dos arquitectos humanos, David y Salomón, recibieron el encargo de concretizar los planos del Arquitecto divino. Numerosos textos masónicos, como el manuscrito Dumfries Nº 4, se refieren a esos dos reyes considerándolos como ilustres masones que aplicaron las reglas del Arte Real. A David le gustaban mucho los albañiles y les confió la construcción del templo tras haber concebido con ellos las constituciones que les fueran propias. Se trataría de diez palabras escritas por el dedo de Dios en las tablas de mármol entregadas a Moisés.

David, a causa de los errores de su vida personal, no tuvo derecho a ver terminado el templo. Entregó el plano completo a su hijo Salomón, un plano que está escrito desde toda la eternidad en la mano de Yahvé. Según la leyenda, Salomón habría tenido a sus órdenes ochenta mil obreros y más de tres mil maestros albañiles; confirmó las constituciones que David les había concedido y se convirtió en su Gran Maestro. Fue glorificado viviendo entre sus pares y nombró a Hiram Maestro de Obras, para que dirigiera a los arquitectos, los grabadores y los escultores. Salomón e Hiram son, indiscutiblemente, los dos personajes clave de la francmasonería; cada Venerable está sentado en la cátedra del rey Salomón y el nuevo Maestro masón, en su iniciación, hace que Hiram reviva.

Esta profunda ascendencia bíblica se ve confirmada por cierto número de textos cristianos que insisten en el valor simbólico y espiritual de la piedra. «Sois las piedras del templo del Padre», dice Isaac de Antioquía a los efesios, «sois también todos los compañeros de camino, portadores de Dios». San Agustín marca muy bien la relación que existe entre el Gran Arquitecto y los iniciados: «Las piedras son extraídas de la montaña por los predicadores de la verdad, y son escuadradas para poder entrar en el edificio eterno. Hay hoy muchas piedras en las manos del Obrero; quiera el cielo que no caigan de Sus manos, para poder, una vez terminado su tallado, integrarse en la construcción del Templo». Este lenguaje sigue empleándose en las logias masónicas contemporáneas; se dice que el aprendiz masón es una piedra en bruto que debe

tallarse a sí misma, para convertirse en una piedra cúbica.

El propio Cristo es una piedra viva rechazada por los hombres. «Vosotros mismos», dice san Pedro en su primera Epístola, «como piedras vivas, prestaos a la edificación de un templo espiritual, para un sacerdocio santo, en vistas a ofrecer sacrificios espirituales». La raza de quienes reconocen la Piedra fundamental es la de los elegidos. El poeta latino Prudencio, cuya leyenda afirma que había sido iniciado en la masonería, pensaba que la piedra de caballete es inmortal y que subsistirá tras la ruina de cualquier templo. «Sí», escribía, «el ángulo edificado con esta piedra que despreciaron quienes construían permanecerá siempre, por los siglos de los siglos. Hoy, es la clave de bóveda del tiempo. Mantiene el ensamblado de las piedras nuevas». El corobispo de Alepo, Balai, muerto en 460, compuso un himno admirable para la consagración de una iglesia; en unas pocas frases, resume el ideal de las sociedades iniciáticas de la antigüedad y anuncia el de la masonería medieval: «Que el templo interior sea tan hermoso como el templo de piedras». Dios construyó al hombre para que el hombre construya para Dios; al construir el templo, los albañiles entran en el reino celestial.

Hemos entrado ahora en la era cristiana, tras haber evocado cierto número de antiguas cofradías iniciáticas cuya influencia sobre la francmasonería primitiva no puede negarse. La Alta Edad Media se anuncia con su primera gran figura de maestro de obras, san Eloy, que vivió de 588 a 659. Su historia es digna de interés: orfebre lemosino, recibió un encargo del rey Clotario II. Tenía que llevar a cabo una obra maestra: un sitial para el monarca. Su arte era de tal perfección que consiguió crear dos sitiales con los materiales destinados a uno solo. El rey Dagoberto hizo a san Eloy ministro de finanzas y le pidió que construyera una gran abadía en tierras de Solignac, cerca de Limoges. San Eloy en persona dibujó los bocetos e imaginó los planos; a lo largo de toda su carrera política, no dejó de practicar la orfebrería fabricando relicarios. Por ello se convirtió en el venerado patrón de todos los artesanos que utilizan un martillo en su trabajo. San Eloy es el prototipo del hombre completo, administrador, maestro de obras y artesano al mismo tiempo; honra las más profundas cualidades del espíritu y de la mano, trazando en la Edad Media una línea de conducta ideal, una de cuyas consecuencias será la aparición de la francmasonería en el sentido estricto del término. Debemos ahora abordar este largo período donde la imagen histórica de las cofradías de constructores en general y de la masonería en particular irá precisándose.

NACIMIENTO Y FULGOR DE LAS COFRADÍAS MASÓNICAS EN LA EDAD MEDIA

Si existe un período de la historia difícil de estudiar, éste es el de la época de la aventura occidental que va del siglo IV de nuestra era al siglo x. A primera vista, el cristianismo es la nueva fuerza esencial que se lanza a la conquista del mundo, una fuerza espiritual que a menudo sabe apoyarse en poderes temporales. Pero la realidad es mucho más tortuosa; numerosas culturas se enfrentan en la Galia, en Alemania, en Irlanda, en las lejanas fronteras del imperio romano; a menudo, el cristianismo cubre con sus creencias las viejas religiones sin por ello destruir sus bases. Nuestro propósito no es, claro está, analizar todos los sucesos acontecidos durante esos siglos sino encontrar, aquí y allá, el rastro de las asociaciones iniciáticas de constructores que vivirán, en los siglos XII y XIII, un extraordinario apogeo.

Hacia 315, un monje egipcio llamado Pacomio crea una institución que desempeñará un papel fundamental en el destino de la espiritualidad y el arte occidental: la comunidad monacal, donde unos hombres ávidos de Dios aprenden a vivir juntos al servicio del espíritu. Junto a los eremitas solitarios, los grandes monasterios pacómicos albergan de mil a dos mil monjes entre los que se encuentran albañiles y carpinteros.

Son primero empleados en la construcción del propio monasterio, en cuyo interior les

Offa, legendario rey sajón, asiste a la construcción del templo. Tras él está el maestro de obras. Esta escena es la más sorprendente ilustración del arte real que intenta practicar cada albañil. (Dublín, Trinity College, Ei 40 — Mathieu Paris, *La vida de san Auban.*)

Sin duda alguna —y a pesar del carácter paradójico de esta afirmación, según algunos— la institución monástica es la que permitió a los constructores sobrevivir y, más tarde, desarrollarse. Sin los monjes, los francmasones de la Edad Media probablemente no habrían existido o, al menos, no habrían gozado de demasiada proyección. Como acabamos de ver, las primeras comunidades monacales acogieron en su seno a constructores. Además, la regla de vida definida en el siglo IV por san Basilio concordaba perfectamente con las ideas de las antiguas corporaciones iniciáticas. -El aislamiento absoluto decía Basilio. <es contrario a la voluntad de Dios. Todos los hombres que creen en Él constituyen un gran cuerpo cuya cabeza es el Señor; para vivir en armonía con ella, es necesario vivir en comunidad para que los Hermanos corrijan mutuamente sus defectos. La vida de los anacoretas-, concluye, -desemboca en el mas monstruoso egoísmo», ese vicio abominable que aparta de Dios. La regla comunitaria es, ante todo, la humildad que permite a cada cual recibir una enseñanza del otro y darle una a su vez. Tales perspectivas sólo podían alegrar a los constructores que tuvieron un nuevo punto de fijación en Occidente cuando san Martín fundó la abadía de Marmoutier en 372.

Durante el siglo v, Gran Bretaña nos proporciona un hito en nuestra investigación. Hacia 43 d.C, los artesanos empleados por las legiones romanas habían trabajado en aquellos lejanos parajes, edificando torres y murallas destinadas a proteger a los ciudadanos romanos de los ataques escoceses. Estas obras militares se prolongaron hasta comienzos del siglo III; algunos artesanos regresaron al continente, otros fundaron un hogar y se quedaron allí.

Comunicaron su ciencia a los bretones, lo que explica el nacimiento, en el siglo V, de la cofradía de los culdeos que sustituye a los colegios de constructores romanos. De obediencia cristiana, los culdeos guardaban sin embargo el secreto de sus técnicas y sus reuniones. Con bastante rapidez, rechazan la civilización romana y las formas artísticas para preferir de nuevo el simbolismo céltico del que tendremos que hablar.

El sombrío año 406 marca el inicio de las grandes invasiones y de la decadencia romana. En 410, Alarico entra en Roma, dando el ejemplo a los pueblos bárbaros que van a invadir Europa. No hay ya poder central, no hay autoridad capaz de garantizar la seguridad de los ciudadanos. Por esta razón, los grandes encargos arquitectónicos desaparecen; muchos artesanos están sin trabajo y buen número de ellos elige el exilio de Bizancio. Pese a la inseguridad, fueron numerosos los viajes y los contactos entre constructores occidentales y orientales; por eso Francia, en los siglos V y VI, ve levantar un número respetable de edificios civiles y religiosos donde es muy pronunciada la influencia oriental.

En 476 finaliza el imperio romano de Occidente. Una gran página de la historia ha quedado definitivamente atrás. En este gran caos, los hombres que siguen pensando que la vida tiene sentido no lo buscan ya en Roma: se vuelven hacia Irlanda, patria inviolable del celtismo que, sin embargo, entreabre sus puertas al cristianismo traído, una vez más, por los monjes. Su encuentro con los albañiles culdeos es positivo; los culdeos son ahora monjes constructores organizados en colegios. Admiten el matrimonio y no reconocen la autoridad suprema del papa romano, al que consideran como un simple obispo. Entre los culdeos están los descendientes de los druidas y de los bardos celtas, cuya vocación cristiana fue, sobre todo, un modo de pasar desapercibidos. Pese a estas restricciones, los monjes procedentes del continente y los constructores autóctonos se entienden a las mil maravillas para crear grandes ciudades enteramente monacales. Algunos barrios son atribuidos a los maestros albañiles y a los maestros carpinteros que gozan, así, de cierta autonomía. Necesitan a los monjes, los monjes los necesitan a ellos. Se trata de edificar una nueva civilización con la fe cristiana y de construir edificios sagrados y profanos para que los hombres recuperen un equilibrio social.

La herencia celta está presente siempre en el ánimo de estos albañiles. Recuerdan el hábito blanco ritual de los druidas, sus maestros espirituales, los ritos iniciáticos donde el profano entra en una piel de animal muriendo para el «hombre viejo» y renaciendo para el «hombre nuevo». En las asambleas de

constructores, se lleva un delantal. Si alguien interrumpe con la voz o el gesto al que tiene la palabra, un dignatario que se encarga de este oficio avanza hacia el mal albañil y le presenta su espada. Si se niega a callar, el dignatario le dirige dos nuevas advertencias. Finalmente, corta en dos su delantal. El miembro indigno es entonces expulsado de la comunidad; tendrá que rehacer con sus propias manos otro delantal antes de poder asistir de nuevo a las reuniones.

El celtismo es también Lug, el dios de la Luz señor de todas las artes. Se manifiesta en la persona del jefe del clan, poseedor del mazo. La iniciación se traduce, primero, en la práctica de un oficio y nadie es admitido en Tara, la ciudad santa de Irlanda, si no conoce un arte. En Tara, la sala de los banquetes rituales se denomina «morada de la cámara del medio»; recordemos que el consejo de maestros francmasones se denomina «cámara del medio». A través de los monjes culdeos, el gran aliento de la iniciación céltica da una intensa vida a la expresión cristiana; encontrará su más perfecto símbolo en la figura de Merlín el Mago, del que se olvida a menudo que fue Maestro de Obras. Recurrió a guerreros y artesanos para transportar piedras procedentes de Escocia y de Irlanda para construir un gigantesco cementerio en honor del rey Uter Pendragon. Merlín enseñó a los constructores que el espíritu debe prevalecer siempre sobre la fuerza y que sólo el Maestro de Obras, el mago de la piedra, es capaz de llevar a cabo la Obra Total.

En el siglo VI, Bizancio es la que da a las cofradías artesanales ocasión de expresar su genio: de 532 a 537, se erige Santa Sofía la Magnífica. Bajo el reinado de Justiniano (522-565), las corporaciones gozan de numerosos privilegios y reciben abundantes encargos. En Bizancio se forma también un lenguaje artístico donde los símbolos procedentes de los viejos imperios de Oriente Próximo ocupan el mayor lugar. Los escultores los incorporan a su alma; los transmitirán a sus hijos que preservarán su autenticidad hasta el siglo XII.

En el siglo VI se produce también la epopeya del monje Benito. En 529, funda el gran monasterio del Monte Casino cuyo vigor espiritual influirá en toda Europa. Curiosamente, ese oppidum había sido antes uno de los lugares de culto de Mitra; todo ocurre como si la tradición iniciática de Occidente afirmara, siempre y en todas partes, su inalterable coherencia. En el Monte Casino nace, verdaderamente, el personaje del abad, ese Cristo hecho visible para la comunidad de los monjes, ese Maestro que se ocupa de cada Hermano y le proporciona los alimentos espirituales y materiales. El abad es el primer Maestro de Obras de la Edad Media, el modelo del Venerable de la masonería, pues

considera la herramienta como una fuerza sagrada y convierte el trabajo en una plegaria. Los monjes de san Benito trabajan la materia, repiten cada día las acciones de los santos y unen la inteligencia de la mano a la intensidad de su fe.

En 590, san Colombano funda el monasterio de Luxeuil. Bajo su dirección, los monjes construyen personalmente los muros que les albergarán. A fines de aquel siglo VI, favorable a las cofradías, los monjes se convierten en copistas y reproducen los grandes textos de la cultura antigua, que tan abundantemente utilizarán los albañiles de las catedrales de la Edad Media. Hacia 600, ese impulso prosigue de modo notable; bajo la dirección de san Agustín, los albañiles edificaron la iglesia de Canterbury y muchas otras obras maestras. Maravillado por las obras, el papa Bonifacio IV les liberó, en 614, de todas las cargas locales y de los delitos regionales. En adelante, los albañiles podrán atravesar muy fácilmente las fronteras y viajar con pocos gastos. Esta decisión papal fue muy importante; ratifica ya el carácter original de las cofradías iniciáticas que, de 630 a 635, construyen la iglesia de Cahors cuyo obispo, san Desiderio, es uno de los primeros constructores en piedra sillar.

Durante el dominio lombardo en Italia, un edicto que data de 643 habla de los maestros albañiles que serían originarios de Como. Esos maestros habrían dispuesto de amplios poderes, pudiendo pagar salarios a numerosos obreros y redactar contratos; estaban, al parecer, a la cabeza de algunas cofradías muy independientes y viajaban por toda Europa sin tener que dar cuentas a nadie. Después del siglo IX se pierde el rastro de los «Maestros de Como».

Después de Italia, llega Alemania. Según una leyenda bastante extendida, la masonería habría nacido allí en 713. Ya en sus comienzos, habría aceptado a «especulativos», es decir, a iniciados que no trabajaban con sus manos sino que aportaban materiales puramente intelectuales a la obra colectiva. Francia, Irlanda, Italia, Alemania..., en numerosos países de Europa, una masonería organizada apunta por el horizonte. Un poco por todas partes, las agrupaciones de constructores se hacen más coherentes.

¿Qué ocurre en Francia durante el siglo VIII? Se ve aparecer el tipo de abad laico, es decir, un superior de monasterio que no ha pasado por la vía eclesiástica. Carlos Martel alienta esta tendencia; bajo su reinado, se empieza a hablar mucho de un Maestro de Obras llamado Mamón Grecus, encargado de iniciar a los artesanos franceses en la albañilería o «masonería». Directamente llegado de Oriente, habría llevado en su equipaje el antiguo simbolismo. No se trata, a nuestro entender, de una oposición marcada contra la Iglesia sino más bien de una voluntad de independencia de las sociedades iniciáticas con respecto

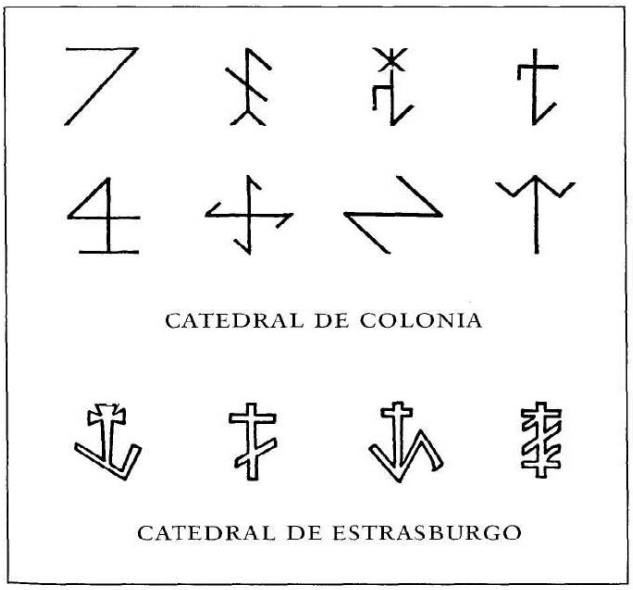
a todas las demás instituciones.

Bajo los merovingios, de 428 a 751, los artesanos se agruparon, poco a poco, en las ciudades. La orfebrería es muy apreciada y los maestros fabrican numerosos objetos valiosos para la corte real. Sabemos con certeza que se forman algunas asociaciones; los hermanos son llamados entonces «convidados» y prestan juramento de ayudarse mutuamente tanto en el plano espiritual como en el material. Celebran banquetes rituales y nombran grandes maestros que se encargan de las relaciones con las autoridades civiles. La Iglesia, que les había concedido el patronazgo de un santo, les condena por intemperancia pero no toma ninguna medida concreta para dificultar su existencia. Sin duda, algunos obreros se entregaron a excesivas borracheras que en nada comprometían la reputación de las cofradías. Además, la protección directa de los reyes impedía al clero manifestaciones de hostilidad en exceso pronunciadas. Tampoco debe desdeñarse la calumnia, puesto que las sociedades iniciáticas han sido siempre objeto de acusaciones a cual más mendaz. Insensibles a los ataques, las cofradías merovingias vivieron días apacibles.

En 753 estalla en Bizancio la «querella de los iconoclastas» que dura hasta 843. Es una crisis de extremada gravedad que alcanza su punto culminante en el Concilio de Constantinopla, donde se condena el culto a las imágenes. Se ordena la destrucción de las reliquias, los iconos y las esculturas; pandillas de exaltados aprovechan la decisión para desvalijar monasterios e iglesias y destruir, de forma salvaje, las obras de arte que encuentran a su paso. El destino de las corporaciones artesanales se ve gravemente comprometido; si las «imágenes» están prohibidas, ¿cómo va a ser posible transmitir los símbolos y mantener vivo el ideal iniciático por medio de las obras de arte? Rechazar el objeto sagrado significa matar la civilización que se ha ido formando lentamente. Imaginables son, entonces, las angustiadas gestiones que los maestros de las cofradías se vieron obligados a hacer ante las autoridades religiosas y civiles para que la decisión del Concilio de Constantinopla fuera revisada. En 843, lo lograron: el culto de las imágenes es autorizado de nuevo, la actividad escultórica se reanuda con total libertad.

Tal vez un gran señor de Occidente no fuera ajeno a tan afortunado cambio de situación. Cuando Carlomagno es coronado emperador el 25 de diciembre del año 800, concibe la idea de un imperio grandioso en el que el arte, la política y la religión no estén disociados. Dora de nuevo el blasón de los monasterios donde exige, con la mayor diplomacia, que sean formados educadores, arquitectos y administradores. Preñados de amor a Dios y respeto por el hombre, los monjes carolíngios acogieron a los artesanos llegados de Oriente Próximo y el nieto de Carlomagno, Carlos el Calvo, favorecerá la expansión de las cofradías de albañiles. El esplendor de la capilla palatina de Aquisgrán, donde todo es símbolo y luz, resume muy bien el entusiasmo de aquel tiempo en el que la construcción del templo convertía al artesano en un auténtico creador.

En una gran ciudad Magde- Numerosos habrían entonces



Varios ejemplos de las célebres marcas grabadas por los masones. Algunas son firmas, otras dan claves geométricas para la construcción de los edificios.

876, se inicia obra en la alemana de burgo. albañiles se otorgado unas Constituciones de las que no queda rastro alguno. Pese a esta pérdida, sabemos que las abadías carolíngeas de Alemania fueron un vivero de constructores; tendieron también un puente entre cultura oriental y cultura occidental. En Francia, el siglo IX ve la expansión de las abadías benedictinas que siguen la austera regla de san Benito y protegen a los artesanos sin restricción alguna. Los benedictinos reúnen una enorme masa de textos antiguos que se refieren a la arquitectura, la astrología, la medicina y las más diversas ciencias; los maestros de obras, educados en semejante clima, son cada vez más instruidos y abren su espíritu en contacto con los monjes que dirigen su vida espiritual.

Los esfuerzos realizados durante el período que va del siglo IV a

comienzos del siglo X se concretan de dos modos: primero, con la apertura de la primera gran escuela de canteros en el Mont-Saint-Michel, luego con la fundación de Cluny, en 909. Cuando las obras de edificación de la enorme abadía se inician, los cluniacenses se referirán a la enseñanza pitagórica, que conocen perfectamente, y construirán los edificios de acuerdo con medidas simbólicas. Del geómetra griego a la gran abadía occidental, se transmiten los secretos iniciáticos de los constructores, Esta vez, todo está en su lugar para permitir el inicio de la época de las catedrales.

Precisamente durante el siglo \, Inglaterra procura a la masonería uno de los relatos de su fundación. Bajo el rey anglosajón Athelstan que reino hasta 939, san Albano hizo construir por albañiles la ciudad que llevará su nombre. Athelstan, impresionado por la perfección de la obra, se hace iniciar y concede importantes franquicias a sus nuevos hermanos. En adelante, podrán reunirse de modo legal v celebrar asambleas generales con la bendición del rey, uno de cuyos hijos, Hadnano, se niega a comer y a beber si no está acompañado por albañiles.

Otro hijo de Athelstan, Hduino, se hace geómetra y Maestro de Obras tras haber superado todas las etapas de la iniciación masónica. Elegido Gran Maestro, tunda en York la primera Gran Logia y reúne una asamblea plenaria en 925 o 926. Todos los años, en adelante, se celebrara una reunión semejante que la francmasonería con temporánea sigue convocando regularmente. Eduino, por consejo de su padre, elige tres símbolos como elementos básicos de la Orden: una escuadra de oro, un compás de plata con puntas de oro y una llana de plata. Los dos primeros símbolos se utilizan aún en la masonería actual, aunque no se respeten \a las materias prescritas. Por lo que a la llana se refiere, simplemente ha desaparecido. El Gran Maestro desea también proceder a la redacción de Constituciones propia de los masones; por un deseo de honestidad intelectual y de rigor iniciático, reúne todos los rituales masónicos accesibles en todas las lenguas de la época. Según la leyenda, los albañiles de las distintas regiones del globo le mandaron escritos en griego, latín, alemán y trances. Eduino hizo una compilación de estos documentos y dio el imprimátur a un Libro de las Constituciones que se entregara a cada nuevo masón. Sin duda, la obra comenzaba con esta frase: «Gran Arquitecto del cielo y de la tierra, fuente y manantial de toda bondad que edifica de la nada su construcción visible...»; exigía a los masones la creencia en Dios y la fidelidad al rey. Además, según un artículo fundamental, «que ninguna logia entregue el secreto real a alguien de un modo apresurado, sino tras madura reflexión», El aprendiza] e duraba siete años, sin derogación alguna. «Cada palabra que habéis pronunciado», decía también el

Libro de los Masones, «es un juramento y Dios os examinara según la pureza de vuestro corazón y la limpieza de vuestras manos».

¿Realidad o leyenda? La mayoría de los historiadores no consideran seria la historia del rey Athelstan y de su hijo Kduino, por falta de pruebas concretas. Tal vez los nombres y las fechas sean ilusorios, pero subsiste una certeza: en aquel siglo X de la era cristiana, los masones se dieron un alma y algunas leyes. Pusieron fin a la dispersión y a la diseminación de sus fuerzas, crearon una cofradía que será la guardiana de los ritos y de la rectitud de la Orden.

Como escribe Jacques Heers, «la omnipotencia del grupo se afirma tanto en las campiñas como en las ciudades y marca profundamente las sociedades y las mentalidades medievales». Sí, la era de las catedrales es, ante todo, la magnificencia de la «Cofradía» en el sentido más amplio. No debe confundirse, sin embargo, corporaciones y cofradías; las primeras son simples asociaciones que, muy a menudo, están desprovistas de cualquier elemento propiamente iniciático. Las segundas, sin embargo, practican una fraternidad de naturaleza espiritual y trabajan para la gloria del soberano arquitecto de los mundos, tanto si las forman albañiles como carpinteros u orfebres. Mientras que en Francia estas cofradías se denominan «oficios», el apelativo inglés es mysteries, «misterios»; ese simple detalle es bastante probatorio de que las cofradías de la Edad Media no eran sindicatos. Profundamente «aristocráticas», si así se quiere, sólo agrupan a artesanos muy cualificados que han dado pruebas de sus virtudes espirituales, morales y técnicas. Desean mantener el fulgor de una élite y no buscan el objeto en serie sino la obra maestra. En cualquier caso, un sentimiento religioso está en el origen de la cofradía, y no una preocupación profesional; Dios es arquitecto, pensaban los medievales, el trabajo es, pues, sagrado. Por eso el hombre trabaja, para comulgar con la divinidad.

En las obras de las catedrales románicas y góticas, había muy pocos masones; por regla general, se cuentan de veinte a cuarenta que tienen, a sus órdenes, a braceros y peones. La tesis romántica según la que el pueblo en delirio edificó sus iglesias ha prescrito hace ya mucho tiempo; tareas tan difíciles sólo podían ser confiadas a maestros v compañeros enriquecidos por una experiencia milenaria.

El año 926 marcó el nacimiento de la Orden. El año 1150 marca su primer apogeo. Las cofradías de albañiles se reúnen en la abadía de Kilwinning, junto al mar de Irlanda. En aquel momento se habría producido una fusión entre la masonería escocesa, nacida en esa región, y la oriental cuyos principales dignatarios habrían tenido representantes en Kilwinmng. En el plano histórico,

los acontecimientos de 1150 (o de 1140, según algunos) son tan discutibles como los de 926; la masonería, aparentemente, reviste más o menos de manera voluntaria ropas de leyenda, disimulando nombres de personajes y de lugares. ¿Acaso esa práctica no ha sido aplicada siempre por las sociedades iniciáticas? Semejante discreción tenía sin duda razón de ser; de cualquier modo que sea, confiamos en esos relatos puesto que las consecuencias concretas de esas grandes asambleas masónicas son visibles en los edificios occidentales. La catedral de Puy-en-Velay, para dar sólo un ejemplo, es fruto evidente de una colaboración entre artesanos franceses y orientales y prueba la realidad de la alianza establecida entre las «masonerías» nacidas en dos culturas.

De 1 180 a 1285, es decir, bajo los reinados de Felipe Augusto, Luis VIII, Luis IX y Felipe III el Atrevido, la masonería europea goza de un considerable prestigio. Ya en 1180, el rey Enrique I de Inglaterra concede nuevos privilegios a las cofradías y varios monarcas le imitan. Los constructores son la punta de lanza de la civilización; de la inmensa catedral al objeto más sencillo, crean una imagen del mundo de rara belleza. Ciertamente, se produjeron algunas escaramuzas durante esta edad de oro; hacia 1230, por ejemplo, algunos eclesiásticos dan a los albañiles la orden de cortarse la barba y el pelo. Éstos se niegan en redondo y cierran algunas obras; inmediatamente, las ciudades afectadas por la medida se ven amenazadas por la recesión económica. La Iglesia es obligada a ceder y los albañiles lucen, cada vez con mayor frecuencia, un abundante sistema piloso en recuerdo de aquella victoria moral. En 1244 se produce la pira de Montsegur y el exterminio de los cataros. La región de Toulouse contaba con muchos albañiles y carpinteros que estaban más o menos vinculados a los herejes. Quedan escandalizados ante aquel exterminio pero no pueden intervenir, tanto menos cuanto que san Luis se muestra muy favorable a las asociaciones de constructores.

En 1275 se inicia el gran congreso masónico de Estrasburgo. Erwin de Esteinbach es Maestro allí; con el acuerdo de los demás Maestros de Obras, decide reanudar los trabajos en Estrasburgo para erigir una de las más hermosas catedrales de la Edad Media. La ciudad es entonces el centro principal de la francmasonería. El visitante atento que descifre las esculturas de Estrasburgo descubrirá en ellas una muy densa enseñanza masónica.

Antes de examinar detalladamente las estructuras de las cofradías masónicas, debemos interrogarnos sobre la actitud que la Iglesia adoptó para con ellas. Dos corrientes coexistían en el cuerpo eclesiástico; la primera desconfiaba de aquellos grupos de tendencia iniciática que, aun respetando la fe

cristiana, transmitían símbolos e ideas poco ortodoxas a menudo. Por ello, el Concilio de Rúan, en 1189, condena las cofradías masónicas por sus reuniones secretas, por sus ritos que sólo son revelados a algunos y por sus particulares juramentos. De 1214 a 1326, seis nuevos concilios aprueban esta condena que, curiosamente, no es seguida de efectos.

La segunda corriente era más fuerte; los papas Nicolás III, en 1277, y Benedicto XIII, en 1334, conceden franquicias a los albañiles, que son también liberados de numerosas obligaciones materiales por las municipalidades. En 1129, el obispo de Estrasburgo concede su protección oficial a los constructores y da así ejemplo a buena parte de la cristiandad.

Como hemos visto, existieron numerosos hombres de Iglesia entre los primeros arquitectos. Detentadores de la cultura antigua gracias a los monjes copistas, conocían los secretos de los viejos «Colegios» y pensaron que su contenido era lo bastante rico como para ser transmitido a las generaciones posteriores. Un maestro artesano como san Eloy mantuvo contacto con las asociaciones iniciáticas de los godos y los burgundios, cuyo mensaje formuló en términos específicamente cristianos. El monje Gerberto de Aurillac (938-1003), que fue el primer papa francés, fue también astrólogo y alquimista; inventor de los órganos hidráulicos, apasionado por todos los problemas de arquitectura y mecánica, se interesó mucho por las actividades esotéricas de las logias. Gerberto de Aurillac no es un eclesiástico excepcional en la Edad Media; podríamos citar muchos otros que se movían en semejante clima intelectual, como aquel abad Guillermo que desempeñó la función de Maestro de Obras en el monasterio de Hirschau en la Selva Negra, durante el siglo XI; creó allí una verdadera escuela de albañiles.

En el siglo XII, el más modesto de los grupos se funda sobre una base religiosa. Para que una asamblea de hombres tenga una posibilidad de vivir en paz necesita, por lo demás, la autorización oficial o tácita de la Iglesia. No olvidemos que las capillas albergan, a veces, reuniones masónicas y que las abadías cistercienses acogían talleres secretos donde los canteros y carpinteros aprendían su oficio; en grandes escuelas de pensamiento, como Laon o Chartres, los obispos y los abades trabajaban de común acuerdo con los maestros de obras. A ello debe añadirse el hecho de que la Iglesia era el único poder capaz de asegurar la financiación de las obras, al menos al comienzo de la era de las catedrales. Los monarcas y el pueblo participaban en ellas, es cierto, pero sin los denarios eclesiásticos pocas catedrales habrían visto la luz. Si no existía un profundo acuerdo entre los constructores y la Iglesia, ésta no habría aceptado

confiarles grandes sumas de dinero para la construcción de los edificios.

La Iglesia avala a la masonería de otros muchos modos; en el blasón de los carpinteros, se ve a Jesús llevando un compás y trazando un boceto en un pergamino que sujeta san José. En el blasón de los canteros está grabado un Cristo de oro resucitando en una montaña del mismo metal sobre fondo de azur.

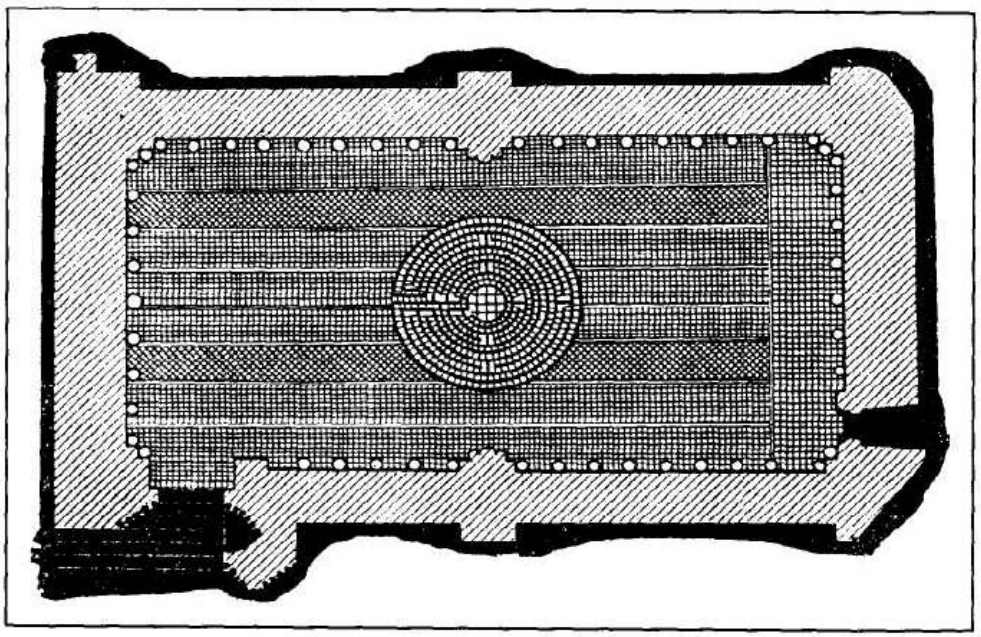
En los cuentos llamados «populares», que son casi todos reflejo de una elaboración erudita, los francmasones son considerados seres excepcionales que sirven, en primer lugar, a la religión. En la región de Nantes se afirmaba que un cantero había abierto la losa que cubría la tumba de Cristo. Un albañil se había encargado de demoler las paredes para que el alma del Señor pudiera regresar al cielo. En el Delfinado, se decía que Satán en persona había querido ser albañil. El maestro le acogió con amabilidad y le dio el estatuto de «hermano sirviente», ofreciéndole una ensaladera para que sacara agua. Satán fracasó varias veces y abandonó definitivamente la corporación, pues el oficio de albañil era demasiado duro para él.

A las puertas del infierno, dice una canción,
*se presentan tres zapatero*s
pidiendo hablar
con el señor de las tinieblas.
El señor le responde
con aire muy colérico:
creo que el infierno
sólo está hecho para vosotros.

En cuanto a los canteros,
nadie se presenta:
*hace más de mil ochocientos año*s
que están a la espera.
Es preciso que su Deber
sea muy misterioso,
en cuanto han muerto,
van directos a los cielos.

Así, el albañil es considerado como un santo laico que gana el paraíso, aquí abajo, con su trabajo. A pesar de algunas críticas referentes al carácter secreto de las asociaciones iniciáticas, la Iglesia se veía obligada a glorificar a

los masones que levantaban sus templos y le ofrecían un inestimable atavío de catedrales e iglesias.



El laberinto es el más puro símbolo del viaje interior, del eterno peregrinaje hacia la ciudad santa. El masón se dirige hacia el centro para comprender lo divino, luego regresa al exterior para transmitir lo que ha percibido. (Bayeux, catedral de Notre-Dame, sala capitular.)

Intentemos familiarizarnos más aún con esa masonería primitiva, heredera de los misterios de la antigüedad. Se define como un «Arte Real», es decir, como la posibilidad de vivir en la realeza del espíritu. Los albañiles forman un gran cuerpo «católico», universal, donde cada cual aprende los secretos del oficio y recibe una transmisión espiritual. Ante todo, hay que viajar, ir de obra en obra, recorrer toda Europa, cruzar las fronteras y llegar, a veces, al Próximo Oriente. Los constructores son hombres libres que se desplazan sin cesar y van donde se les necesita; por eso obtienen una independencia de hecho, aunque no esté codificada de un modo riguroso en textos legislativos. El arte de la Edad Media, gracias a los masones, es internacional. Los estilos se confrontan sin mezclarse, los pensamientos se armonizan sin oponerse puesto que todo pasa por el filtro de la fraternidad que no tiene en cuenta la raza ni el rango social. Según el poeta Milosz, el título de «Noble viajero» es el del iniciado que cruza el tiempo y el espacio sin instalarse nunca. En la francmasonería contemporánea, una de las preguntas rituales que puede hacerse a un masón para comprobar su calidad sigue siendo: « ¿De dónde venís ?».

Estos infatigables viajeros crearon un lugar de reunión, la «Logia de los Albañiles (o de los Masones)». Era una construcción cerrada y cubierta que, la mayoría de las veces, albergaba de doce a veinte albañiles. Se estima por lo general que la primera Logia apareció hacia 1212, en Inglaterra, y que la primera Logia francesa se construyó en Amiens, en 1221. Esas fechas no deben engañarnos; es evidente que semejantes logias existieron en las civilizaciones antiguas y que los constructores de la Edad Media las utilizaron mucho antes del siglo XIII. Sabemos, por ejemplo, que la catedral Saint-Gatien de Tours comprendía, en el siglo XII, una «cámara de los metales» instalada en la torre norte; esa estancia servía de taller para los constructores.

Las logias se levantaban a menudo a lo largo de los muros de las catedrales. Eran unas veces de madera, otras de piedra. La Iglesia las protegía de la policía y de las autoridades civiles, estando la entrada estrictamente prohibida a los no masones. Los constructores almacenan allí las herramientas y las «buenas piedras» que se integrarán en el edificio o servirán para los escultores; al fondo de la logia, está la «cámara de los trazos» que se reserva a los maestros y a sus discípulos. Allí se enseñan los secretos de la geometría pitagórica y de la Divina Proporción, allí los maestros instalados forman a los jóvenes arquitectos que van a sucederles. En la logia se celebran las ceremonias de iniciación y los banquetes rituales; poco a poco, el modesto edificio irá ampliándose y la logia será dividida en varias estancias: templo masónico, refectorio, almacén, biblioteca. La Casa de la Obra, en Estrasburgo, es una excelente ilustración de una logia completa, con sus numerosas subdivisiones.

En la logia encuentra el iniciado la herramienta sagrada, declaraba el compañero Olivier; es el templo donde se crea por el trabajo que corporiza la Fe, puesto que la Fe espiritualiza el trabajo. A menudo, la logia masónica se comparó al atanor alquímico donde el iniciado deposita sus potencialidades para que la comunidad iniciática las haga reales y «operativas». «Masón» («albañil») es un término corriente que no sorprende a nadie; «francmasón» es una expresión más curiosa que exige algunas explicaciones. El francmasón es el «escultor de la piedra franca», es decir, de la piedra que puede tallarse y esculpirse. Algunos historiadores piensan que el término «franc» («franco») alude a las franquicias locales y municipales de las que gozaban los albañiles; sin rechazar esta interpretación, suponemos que el «albañil franco» es, sobre todo, el artesano más hábil y el más competente, el hombre libre de espíritu y que se libera de la materia por su arte. Más aún que el albañil, la propia piedra es libre puesto que ofrece un material a la futura obra maestra de la escultura o la arquitectura. En muchos textos medievales, el francmasón se opone al albañil

basto que no conocía la utilización práctica y esotérica de los compases, las escuadras y las reglas.

El Libro de los oficios de Étienne Boileau, preboste de los mercaderes de París, data de 1268. Hace un censo de las corporaciones existentes y da un bosquejo de sus reglas de vida. Nos dice que los albañiles tienen un secreto que les es propio, sin proporcionar más precisiones; los maestros, durante su recepción ritual, prestan un juramento y se dirigen a la morada del Gran Maestro de la Orden donde se celebra un banquete.

Otras fuentes de información muestran que los antiguos reglamentos de los francmasones medievales son extremadamente concisos y no caen en la verborrea filosófica de la masonería tardía. Se exige la fe en Dios y el respeto por las reglas comunitarias; lo más importante son las «costumbres», es decir, las reglas no escritas que renacen cada día en la obra. Era, por lo demás, habitual destruir las actas y los papeles administrativos que no tenían demasiada importancia al modo de ver de los constructores. Consideramos vana empresa buscar un antiguo manuscrito donde estén consignadas las leyes de los antiguos albañiles; su verdadero lenguaje es el de la piedra, es la catedral portadora de esculturas simbólicas. Los famosos landmarks, que serán objeto de interminables querellas a partir del siglo XVIII, sólo eran en su origen las marcas geométricas que fijaban en el suelo el centro y los ángulos del futuro edificio. Colocar los landmarks supone crear la implantación del templo y no componer reglamentos administrativos. La verdadera regla es la vida comunitaria con sus pulsaciones, renovadas siempre, su disciplina que descansa en el sentido del deber y el de la eficacia. De un modo muy esquemático, podríamos decir que la gran regla de la antigua masonería es el respeto al maestro ya acreditado y que sabe construir una catedral.

Otro elemento capital de la Regla es la buena conducta durante las comidas. Comportarse bien en la mesa es respetar a cada hermano y manifestar la propia armonía interior. El iniciado que se comporta correctamente en estas circunstancias tiene un pensamiento justo y practica el autodominio; es capaz de recibir y emitir la «palabra secreta del albañil», ese misterioso término que demuestra su pertenencia a la Orden.

Los tipos de faltas que suelen ser sancionadas son muy reveladoras; puede ser apercibido con una multa el albañil que estropea una piedra, quebranta la regla de vida o no lleva a cabo la obra emprendida. Paga una suma de dinero más o menos importante a un fondo común que servirá para la compra de herramientas o para ayudar a los hermanos en dificultades. Esa antigua

masonería, profundamente humana, no tolera debilidad alguna en el trabajo.

Su aspecto esotérico, tangible ya por medio de las catedrales, es del todo evidente cuando se conocen los dos patronos de la cofradía, san Juan Bautista y san Juan Evangelista, ayudados en esta tarea por san Blas y santo Tomás. El Bautista, dice una secuencia del siglo XIII, vio lo invisible y lo desveló a los hombres. Admirando la rueda del verdadero sol, mandó a la naturaleza transformando las piedras brutas en piedras preciosas. Vestido con el hábito rojo, como los maestros masones escoceses, ofrece a los fieles el pan de la inteligencia. El autor de la secuencia añade que escribió un Evangelio, confundiéndolo voluntariamente con Juan el Evangelista. Éste comulga con la Luz y los acontecimientos legendarios de su vida son referencias muy claras a la francmasonería. Juan es alquimista y consolida las partes quebradas de las piedras: hijo de una viuda, como todos los iniciados, fue el primer maestro de la Orden masónica y dirigió las ceremonias de los grandes misterios. Bebió una copa de veneno sin que le afectara, al igual que el aprendiz masón bebe una copa de amargura. Además, la tierra de su tumba se mueve como si siguiera la respiración de nuestro globo; en algunos relatos, el túmulo funerario que alberga el cuerpo de maese Hiram está animado también. Si queréis tener éxito en todas vuestras empresas, dice un proverbio, recoged las hierbas del día de san Juan. Los francmasones festejan desde la Edad Media el nacimiento del sol interior en el san Juan de invierno y el apogeo de la luz espiritual en el san Juan de verano; conmemoran el recuerdo del apóstol Juan que hacía oro con su varita, al igual que el Venerable intenta transformar a los iniciados virtuales en iniciados reales con la ayuda de su mazo. La francmasonería está siempre presente como una tradición «juanista», paralela a la tradición de la Iglesia de Pedro.

Protección de la Iglesia, leyes particulares, existencia de santos patronos: la francmasonería de la Edad Media es un organismo sólido, capaz de suscitar vocaciones duraderas. ¿Sobre qué descansa su enseñanza? En primer lugar, sobre una formación larga y rigurosa. El aprendizaje dura siete años durante los cuales el joven masón se inicia en la técnica y en el alma de todos los gremios; lleva a cabo luego una vuelta a Francia, de logia en logia, para codearse con el máximo de masones y ampliar su conocimiento de la vida. Se convierte realmente en masón cuando presenta una obra maestra ante una asamblea de maestros. Culminar un aprendizaje es, esencialmente, saber servir a la comunidad y conocer las actitudes rituales interiores y exteriores que hacen al hombre consciente de sus deberes; el buen aprendiz ama y respeta la herramienta que le sirve para perfeccionar la materia y perfeccionarse a sí mismo. En cuanto penetra en una obra, se le pide que saque las herramientas de

la caja al comenzar el trabajo y que las limpie por la noche; las contempla, pero no tiene todavía derecho a utilizarlas. Cuando haya percibido en su carne toda la nobleza de la herramienta, podrá tomarlas con rectitud en sus manos.

Por lo que se refiere al maestro albañil, ese inmenso personaje de la época medieval, se encarga de dirigir la logia y de orientarla hacia la Luz. Es el sabio, sucesor del rey Salomón cuya cátedra ocupa; a cada nuevo iniciado, repite esta frase: «Quien quiera ser maestro puede serlo, siempre que sepa el oficio». Y el aprendiz sueña con igualar a Pedro de Montreuil, el Príncipe de los Albañiles, o al Maestro Geómetra Colin Tranchant que construyó Saint-Sernin de Toulouse.

El Maestro de Obras, tras los años de aprendizaje y los años de viaje, pasa dos años más en la cámara de los trazos donde se le revelan claves técnicas y simbólicas de la construcción. Ningún maestro de la Edad Media revelo el secreto. A nosotros nos corresponde contemplar las catedrales y comprender su ordenamiento y su significado.

La Obra que dirige el Maestro designa el conjunto formado por la construcción y la cofradía de los albañiles; vela por la perfección de los esbozos por el riguroso tallado de los sillares y sigue con la mayor atención todas las etapas de la construcción. Con los demás maestros de obras, mantiene la unidad del cuerpo de élite de la francmasonería; en estas reuniones, temas como la alquimia, la astrología y la teología están a la orden del día. Puesto que las Sagradas Escrituras y las ciencias herméticas proporcionan a los escultores la sustancia iconográfica, los maestros estudian estos campos sin cesar. En la logia, el maestro se adosa al este, identificándose con la luz naciente que ilumina a los miembros de la cofradía.

En el plano material, se advierte que la condición social del arquitecto es excelente a partir del siglo XI. Gozan de una reputación favorable entre el pueblo y reciben ventajas por parte de los monarcas y de los eclesiásticos. Ante todos, el maestro aparece vestido con una larga túnica y tocado con un gorro ritual. Esos guantes cubren sus manos, de acuerdo con una costumbre instaurada por Carlomagno. Sus emblemas son la escuadra, el compás, la plomada y la regia graduada; con su largo bastón, camina con paso sereno hacia la próxima obra. Un Maestro de Obras, en efecto, nunca termina de construir; a pesar de su gloria y de su prestigio, respeta una sorprendente regla de humildad: tras haber dirigido la construcción de un monumento, se coloca a las órdenes de otro Maestro para ayudarle en sus trabajos. Terminado este tiempo de obediencia, retoma la dirección de una nueva obra.

El presidente de una logia masónica contemporánea se denomina «Venerable Maestro»; ese austero titulo es muy antiguo, puesto que era ya llevado por los abades del siglo VI. Las Logias, como se sabe, encontraron a menudo refugio en los monasterios cuyo abad era Maestro de Obras y recibía de sus hermanos el título de «Venerable hermano» o de «Venerable maestro».

Este detalle nos lleva al examen de la jerarquía masónica en la Edad Media. No olvidemos que el término «jerarquía» designaba primitivamente la arquitectura de los distintos coros de ángeles que la humanidad debía reproducir en la tierra. La estructura masónica comprendía tres «grados»: aprendiz, compañero constructor y Maestro de Obras. Al aprendiz le correspondía el trabajo de colocador de piedras, y al compañero constructor, el de tallador, valiéndose para ello de un mazo o un cincel. El Maestro, por su parte, terminaba las esculturas más difíciles o rectificaba la obra imperfecta.

En las obras, el Maestro era ayudado por un «vocero» o «hablador» que transmitía a los compañeros las órdenes de aquél. Siendo su ayudante directo, da las piedras a los escultores cuyo trabajo vigila; el hablador abre la obra por la mañana, la cierra al anochecer tras haber comprobado que todo está como corresponde. Cuando desea dar una orden, da dos golpes en una tablilla colgada en la logia; si se oyen tres golpes, es que el Maestro en persona se dispone a hablar. Según otras fuentes, habría tres tablillas tras el vigilante: una de 36 pies, utilizada para nivelar; la segunda de 34, para achaflanar; la tercera de 31, para medir la tierra. El oficio de «hablador» es, en realidad, una muy estricta preparación para el cargo de Maestro de Obras.

Los rituales iniciáticos de los francmasones medievales nos son aún muy poco conocidos; se sabe que el nuevo iniciado prestaba un juramento y que se comprometía a guardar en secreto lo que viera y escuchara. Durante la ceremonia se le comunicaban los signos de reconocimiento que utilizaría en sus viajes. El Maestro resumía para el novicio la historia simbólica de la Orden y le explicaba el significado del oficio, insistiendo especialmente en los deberes del hombre iniciado. Todos los símbolos de los masones eran comentados: el delantal, las herramientas, las dos columnas, el arca de la alianza, etc. El momento más importante de la ceremonia era aquel en el que se creaba un masón: arrodillado ante el altar, el futuro masón ponía su mano derecha sobre el libro sagrado que sostenía un anciano; el maestro oficiante leía las obligaciones de los francmasones y anunciaba solemnemente el nacimiento de un nuevo hermano.

Vale la pena recordar un rito de bienvenida, pues se ha conservado, poco

más o menos, en la masonería actual. Cuando el masón itinerante se presenta en las puertas de una logia, pregunta: « ¿Trabajan masones en este lugar?», golpeando por tres veces la puerta. En el interior del lugar cerrado cesa cualquier actividad, y uno de los masones presentes abre la puerta tras haberse apoderado de un cincel. Intercambia una contraseña con el recién llegado y le hace cierto número de preguntas rituales cuyas respuestas deben ser aprendidas de memoria. Este «catecismo» de los francmasones sigue practicándose y constituye, incluso, la parte esencial de la enseñanza impartida al aprendiz francmasón contemporáneo. Si el hermano visitante responde correctamente a las preguntas, el tejero (es decir, el masón encargado del interrogatorio) se da con él un apretón de manos. Al entrar en la logia, el visitante declara: «Saludos al Venerable Masón». «Que Dios bendiga al Venerable Masón», responde el Maestro del lugar. «El Venerable Masón de mi logia os manda saludos», prosigue el visitante. Ocupa entonces su lugar en las «columnas», es decir, las hileras de asientos donde se instalan los masones, y toma parte en la ceremonia.

La iniciación comprendía las pruebas de la tierra, el agua, el aire y el fuego cuya presencia hemos comentado en varias cofradías de la antigüedad; la iniciación al grado de Maestro descansaba sobre el mito del arquitecto asesinado que analizaremos detalladamente en la tercera parte de esta obra.

Entre los símbolos caros a los francmasones, hay que citar primero los laberintos que son verdaderas rúbricas iniciáticas. Fueron destruidos, en su mayoría, a partir del siglo XVII; los que subsisten están muy a menudo ocultos por sillas que impiden sentir el inmenso impulso de las bóvedas. En el centro de los laberintos figuraba, por lo general, el rostro de uno o varios maestros de obras que encarnaban el alma de la cofradía masónica que había construido la iglesia.

La escalera de caracol, que puede verse en numerosas torres de catedrales, fue un importante símbolo de la masonería medieval; aludía a la necesidad de evolucionar en torno a un eje central, de seguir las volutas de la existencia humana sin perder nunca de vista una referencia sagrada. A lo largo de esas escaleras o en los pilares, se encuentran marcas de constructores y signos lapidarios que son, unas veces, firmas de escultores, otras, restos geométricos que ofrecen claves de proporciones. Esas marcas existían ya en la más alta antigüedad; en las paredes del templo egipcio de Medinet-Habu, que data de la XVIII Dinastía, se ve la estrella de cinco puntas, la cruz de San Andrés, un armonioso trazado de un plano de templo, un cuadrado largo (es decir, un rectángulo de 1 por 2 que es, hoy todavía, el símbolo de la logia masónica).

Los albañiles de la Edad Media poseían tres «joyas» inmutables que definían la naturaleza de los tres grados de la iniciación. La piedra bruta era la primera «joya», reservada a los aprendices; la segunda era la piedra cúbica de punta, reservada a los compañeros; la tercera, la tabla de trazo, reservada a los maestros. En la francmasonería contemporánea, la piedra en bruto sigue siendo el símbolo de los aprendices; pocas veces se emplea la piedra cúbica con punta y la tabla de trazo, desgraciadamente, se olvidó con el paso de los años

La gran «reserva» simbólica de la masonería medieval es, esencialmente, el repertorio iconográfico de los capiteles esculpidos. Allí encontramos el pelícano, el fénix y el águila de dos cabezas que se honran en los altos grados masónicos; todas las actitudes rituales del escultor iniciado se representan en la piedra o en la madera, todos los objetos sagrados de los albañiles son visibles en las iglesias y las catedrales, todos sus secretos espirituales y técnicos son accesibles aún gracias al lenguaje del símbolo.

El término de «símbolo», que sin duda es el mejor camino para comprender la mentalidad medieval, nos da ocasión para abordar un tema delicado: las relaciones de la francmasonería medieval con otra gran sociedad iniciática de aquel tiempo, la orden caballeresca de los templarios. Como demostró el historiador Paul Naudon, la epopeya de las catedrales se debió a la acción conjunta de la Iglesia, los templarios y los francmasones. Puesto que la masonería del siglo XX reivindica de buen grado su ascendencia templaría, es necesario examinar esta afirmación.

Es sabido que, según la leyenda, los nueve fundadores de la Orden encontraron en los cimientos del templo de Jerusalén un cofre en el que se ocultaba un manuscrito de inestimable valor; éste relataba el procedimiento empleado por el rey Salomón para realizar la Gran Obra alquímica. Poco después de su nacimiento, en 1118, la orden del Temple tuvo una gran actividad arquitectónica; recurrió a los albañiles y los protegió de un modo constante. En cada comandancia había un maestro arquitecto que velaba por los derechos de franquicia concedidos a todos los obreros que solicitaban la hospitalidad del Temple. En 1268, maese Fouques del Temple es, a la vez, templario, francmasón y maestro carpintero del rey; es el vivo símbolo de una unión total. Además, en 1 155, casi todas las logias inglesas eran administradas por el Temple. El 19 de marzo de 1314 tiene lugar la ejecución de Jacques de Molay, que supone la muerte oficial de la orden templaría. ¿Qué se reprochaba a esos caballeros? Esencialmente que mantuvieran cultos heréticos y se entregaran a prácticas sexuales. Son las calumnias habituales que aparecen sin cesar cuando

se ataca a las sociedades iniciáticas. De hecho, Felipe el Hermoso había visto cómo su solicitud de admisión era rechazada por los maestros templarios, y su vanidad de tirano, acompañada por una imperiosa necesidad de dinero, desembocó en los actos criminales conocidos por todos. Además, los templarios no revelaban a la Iglesia romana el secreto de sus asambleas; los «capítulos» del Temple interior se reunían por la noche y no se confundían con las asambleas que administraban los inmensos bienes materiales de la orden.

Solo hemos conservado algunos retazos de la iniciación templaría. Antes de la entrada del neófito, el maestro del lugar preguntaba a los hermanos: « ¿Queréis que le hagamos venir por Dios?»; a eso responden: «Hacedlo venir por Dios». Cuando el neófito entra en el templo, todos los iniciados se vuelven hacia él y le preguntan: « ¿Os halláis todavía en vuestra buena voluntad?»; fórmula que la francmasonería transformara ligeramente preguntando al profano si es libre y de buenas costumbres. «Requerís algo muy grande», dice el maestro al postulante, «pues solo veis la corteza de nuestra orden. Ignoráis los duros mandamientos de nuestra sociedad, pues es duro que vos, que sois dueño de vos mismo, os hagáis siervo de otro». Durante la ceremonia, una pregunta reaparece vanas veces: « ¿Sois de buena voluntad?». Y todas las veces el postulante se compromete más y manifiesta su deseo de proseguir.

El instante supremo es el de la «creación» del nuevo templario. El maestro se dirige entonces a los hermanos: «Si entre vosotros hubiera alguno que conoce en él (el postulante) algo que le impida ser un hermano según la Regla, que lo diga; pues mejor sería que lo dijese antes que cuando haya acudido ante nosotros». Esta fase ritual se conserva íntegramente en la iniciación masónica contemporánea.

Los templarios empleaban ya la calavera que se encuentra en el «gabinete de reflexión» de los masones, honraban de modo particular una piedra procedente del cielo que puede confundirse con la piedra cúbica del compañero masón. Además, cuando el iniciado templario pasa por encima del crucifijo, lleva a cabo un acto análogo al del maestro masón cuando pasa por encima del ataúd de Hiram. El Gran Maestre de los templarios se afirma, por lo demás, como arquitecto, puesto que posee el ábaco, el bastón sagrado de los constructores. La fiesta del solsticio del san Juan de invierno reúne a templarios y francmasones, y los grandes maestros de ambas órdenes encienden personalmente las hogueras rituales.

Es del todo cierto que templarios y francmasones mantuvieron estrechos vínculos durante la época medieval. Tras la destrucción de la orden del Temple,

algunos afirmaron que los templarios habían escapado de la matanza. Varios hermanos se habrían refugiado en Escocia, cerca de Heredom, donde fueron recibidos con alegría por los caballeros de san Andrés del Cardo. En nuestros días, el Rito Escocés Rectificado reivindica a los templarios que habrían creado ese rito masónico en Heredom, hacia 1340. Según otros relatos, el rey escocés Bruce habría acogido en su corte a los templarios supervivientes y fundado en su honor la orden del Cardo, hacia 1313. En su obra Del régimen de estricta Observancia, el masón de Hund resume en estos términos la leyenda que une los templarios con los masones: «Tras la catástrofe, el Gran Maestro provincial de Auvernia, Pierre d'Aumont, huye con dos comendadores y cinco caballeros. Para no ser reconocidos se disfrazaron de obreros albañiles y se refugiaron en una isla escocesa donde encontraron al gran comendador Georges de Harris y a varios hermanos más, con los que decidieron continuar la orden. Celebraron, el día de san Juan de 1313, un capítulo en el que Aumont, el primero de su nombre, fue nombrado Gran Maestro. Para evitar las persecuciones, tomaron prestados símbolos del arte de la albañilería y se denominaron albañiles libres». La nueva orden se extendió entonces por Inglaterra, Alemania e Italia.

Los nombres y las fechas, una vez más, deben ser puestos en duda, y numerosos historiadores rechazan la ascendencia templaría de la francmasonería. Cierto es, sin embargo, que algunos templarios prosiguieron la Obra iniciada y se refugiaron en las cofradías de albañiles a los que habían protegido cuando eran poderosos. La identidad de puntos de vista y la comunidad de los símbolos eran serios motivos de aproximación. Además, la filiación templaría es una realidad viva para muchos masones que recuerdan las palabras pronunciadas por su hermano Ramsay en el siglo XVIII: «Los cruzados [que se identifican aquí con los templarios], reunidos de todas partes de la cristiandad en Tierra Santa, quisieron unir en una sola confraternización a los súbditos de todas las naciones. El nombre de francmasones no debe ser entendido, pues, en un sentido literal, grosero y material... Qué agradecimiento se debe, pues, a esos hombres superiores que, sin grosero interés, sin ni siquiera escuchar el natural deseo de dominar, imaginaron un establecimiento cuyo único objetivo es la reunión de los espíritus y los corazones, para hacerlos mejores, y formar, en el transcurso de los tiempos, una nación del todo espiritual».

Llegados ya al final de este capítulo en el que hemos intentado hacer revivir algunos de los aspectos de la francmasonería en la Edad Media. Es hora de sacar algunas conclusiones de esta investigación, recordando los principios esenciales de la Orden masónica en la cima de su gloria y de su genio; tendremos así puntos de referencia para mejor comprender la ulterior revolución

de la Orden.

El albañil, el masón, de la Edad Media, entra en una cofradía cuyo objetivo principal es construir un templo de piedra destinado a recibir la asamblea de los fieles. Construyéndolo, el iniciado aprende también a construir un templo espiritual que nunca estará acabado. En el interior de la Orden no hay disociación entre el espíritu y la mano, entre los «pensadores» y los «manuales»; el Maestro de Obras es el símbolo viviente de esta unidad.

Para el masón, el universo es una gigantesca obra donde se encuentran todos los materiales indispensables para la erección de la catedral. A él le toca saber utilizarlos y realizar la Obra más hermosa que ofrecerá a Dios y no a los hombres. «Todos los ritos de la masonería», escribió Jules Romains, «giran en torno a la idea de construcción. Si habéis comprendido eso, lo habéis comprendido todo». El masón, en efecto, no cree en el «buen salvaje»; a su juicio, el oficio es necesario para la culminación del alma, el trabajo es la mejor aproximación a lo divino. Pero no se trabaja de cualquier modo; para reconstruir al hombre edificando una iglesia, hay que estar iniciado y percibir el sentido de los símbolos.

«Dios escribe derecho con renglones torcidos», dice un proverbio masónico que anuncia los descubrimientos de Einstein. Por eso la vida del masón es una espiral que se desarrolla hasta el infinito, una curva armoniosa que une el cielo y la tierra. El buen masón es el que tiene «el compás en el ojo», ese ojo de Luz que está siempre situado por encima del Venerable Maestro del lugar, en las logias actuales.

Según la francmasonería, tres obras deben realizarse aquí abajo: prolongar la Obra de Dios llevando a la existencia lo que antes no era; por ejemplo, hacer surgir una catedral de la nada. Luego, prolongar la obra de la naturaleza revelando a los hombres lo que estaba oculto; por ejemplo, traducir a símbolos las ideas iniciáticas vividas en el secreto de los templos. Finalmente, crear de acuerdo con las leyes de la Maestría, es decir, unir lo que estaba separado y separar lo que estaba mal unido. El Maestro de Obras es aquel que consigue realizar esas tres obras gracias a las enseñanzas de la francmasonería. Podemos recordar ese hermoso diálogo de constructores que evoca, perfectamente, el estado de ánimo de los masones o albañiles medievales (escrito por el compañero La Gaieté-de-Ville-bois):

«—Compañero en la torre,

¿de dónde vienes día tras día?»
«—Vengo de las profundas tinieblas
donde se debate nuestro viejo mundo,
donde todo es frío, hostil y negro.»

«—Compañero en la torre,
¿qué ves tú día tras día?»
«—Veo las sublimes obras maestras
de grandes obreros anónimos,
los buenos compañeros de antaño,
quienes trabajaban con alegría
y nos han abierto la Vía

Porque poseían la Fe.»

«—Compañero de la torre,
¿qué haces día tras día?-»

«—Tomo de la naturaleza entera
la innumerable y ruda materia,
y con mi corazón y mis manos,
sujetando la herramienta que canta y suena,
la transformo y la modelo
y trabajo para todos los humanos.»

EL DECLIVE DE LA ANTIGUA MASONERÍA (SIGLOS XIV-XVIII)

La gran Edad Media, la de las catedrales, muere con el siglo XIV. Ciertamente, se construyen aún iglesias, se esculpen obras maestras, se transmite todavía una enseñanza iniciática por medio de las «imágenes». Pero el estado de ánimo cambia a partir de la desaparición de los templarios; los francmasones no gozan ya de una protección tan poderosa y en adelante tendrán que enfrentarse con las autoridades civiles y religiosas sin la mediación de la orden caballeresca

asesinada. El siglo XIV ve el nacimiento de la burguesía reconocida como valor social, del comercio capitalista y de la guerra en estado endémico. Algo se ha roto en el alma de los europeos, y aparecen las desgracias: epidemias y hambrunas siegan numerosas vidas, cierta animosidad perturba las relaciones humanas.

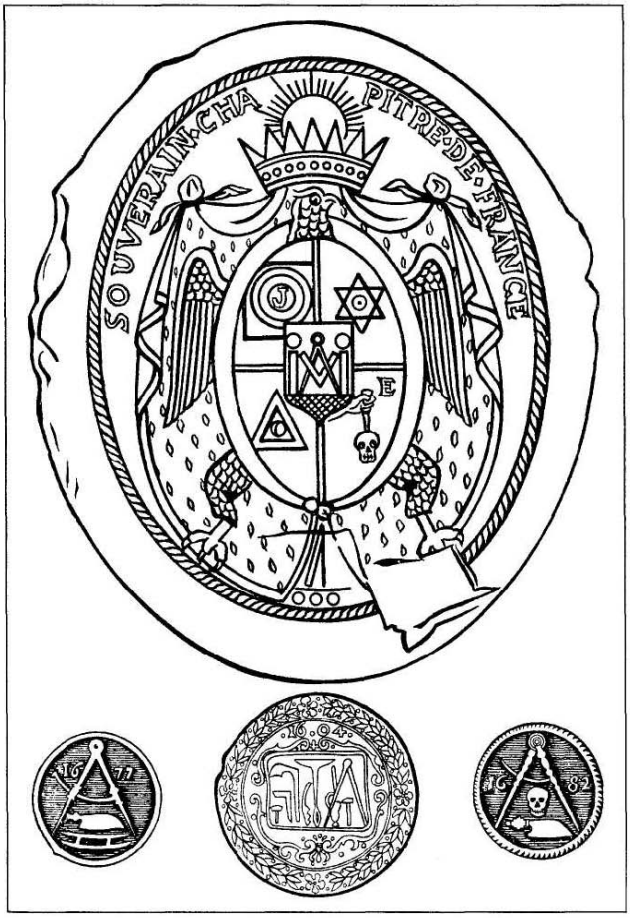
De hecho, se inicia una gran crisis religiosa; cada vez se cree menos en las enseñanzas de la Iglesia, pues demasiados sacerdotes traicionan sus deberes y no respetan el Evangelio. ¿Cómo encontrar una nueva moral en un mundo donde el dinero y la ambición comienzan a ocupar el primer lugar? El espectro de la muerte aparece en la iconografía, ha llegado el tiempo de vivir como apetezca.

Poco tiempo después del suplicio de Jacques de Molay, en 1314, el Parlamento de París proclama un decreto inspirado por Felipe el Hermoso: el cargo de carpintero real es suprimido, pues quienes lo ocupaban tenían siempre vínculos con el Temple. Los Francmasones no tienen, pues, ya, representante oficial en el seno del gobierno. Como una catástrofe nunca viene sola, disensiones internas agitan a las cofradías; en 1322, algunas logias se convierten en cismáticas. Sabemos muy poca cosa de estos acontecimientos e ignoramos la causa de esta escisión.

En abril de 1326, el Concilio de Aviñón propina un nuevo golpe a los masones: condena secretamente a las cofradías profesionales por su voluntad de secreto, sus signos particulares, sus contraseñas, su lenguaje esotérico y sus símbolos. La fraternidad iniciática disgusta mucho a los miembros del consejo; crea un «círculo cerrado» en el seno de la cristiandad. En el colmo de la herejía, los masones eligen a maestros que dirigen la comunidad sin preguntar la opinión de la Iglesia y según principios espirituales que no están por completo de acuerdo con el dogma. Las grandes fiestas anuales de los masones compiten con las fiestas religiosas y apartan a los buenos cristianos de la ortodoxia. Esta vez, la amenaza es seria; la sociedad medieval se descompone progresivamente y la Iglesia no tiene ya confianza, al parecer, en las cofradías que le han ofrecido un magnífico atavío de catedrales, abadías y monasterios.

Mientras que el conflicto entre la Iglesia y la francmasonería parece inevitable, el papa Benedicto XII aparta de pronto esas sombrías perspectivas. En 1334, confirma todos los privilegios anteriormente concedidos a los albañiles e ignora de modo deliberado las condenas de los concilios. En 1363, Raymond du Temple se convierte en Maestro de Obras del rey Carlos V; lo seguirá siendo hasta 1405 y sabrá ganarse la confianza del monarca, del que fue incluso consejero y amigo. Muy escrupuloso masón, Raymond du Temple obtuvo, para

la cofradía, ser escuchado en la corte real y cumplió su función de Gran Maestro con una nobleza que impresionaba favorablemente; arreglaba todos los conflictos acaecidos en el interior de la Orden, tanto si se trataba de un problema esencial, como la elección del plano de un edificio, como si era una nadería, como una pelea entre dos masones.



Cuatro ejemplos de sellos masónicos y de compañerismo. En estos del siglo XVII (Maëstrich y Amberes), se reconocen los principales utiles de los constructores. En el del Soberano Capítulo de Francia, el lugar central es ocupado por el aguila coronada de luz.

Sin duda gracias a Raymond du Temple, la masonería francesa atravesó la segunda mitad del siglo XIV sin topar con el poder y obtuvo encargos suficientes para hacer vivir al conjunto de los miembros de la cofradía.

Hacia 1370 se redactan en York unos reglamentos masónicos que siguen

a las ordenanzas de 1352. Se trata de cartas y constituciones que forman lo que se denominan los «Antiguos Deberes» de los que existirán más de ciento treinta versiones entre 1390 y los inicios del siglo XX. Es, indiscutiblemente, el gran acontecimiento masónico del siglo XIV; por primera vez, los albañiles constructores ponen por escrito una pequeña parte de su regla de vida. Esta necesidad de legislación no es un progreso, muy al contrario. Los maestros la sintieron porque temían por el porvenir espiritual y material de la Orden. ¿Qué extraer de esos manuscritos? Sabemos por ellos que una plegaria abre regularmente las asambleas masónicas y que los iniciados deben celebrar obligatoriamente fiestas anuales. El que solicita la entrada en la masonería es objeto de un período probatorio, durante el que se examina su capacidad; en su admisión, presta un juramento de fidelidad a la Orden y jura mantener los secretos que le sean confiados.

La mayoría de los manuscritos insiste en los orígenes legendarios de la francmasonería, creada por Dios en la primera mañana del mundo; los hemos recordado en un capítulo anterior. David, Salomón, Euclídes, Pitágoras están entre los antiguos grandes maestros que enriquecieron la Obra con sus conocimientos esotéricos; se celebra de buen grado la memoria del gran rey Eduino, cuya acción ya hemos evocado. Grandes señores, afirman los manuscritos, han practicado siempre el arte real de la geometría; las reglas interiores y los reglamentos administrativos se establecieron para permitir que los iniciados vivan en comunión y aprendan a respetar sus deberes.

La más importante de las reglas, que figura ya en los anales de la abadía de York, en 1370, es sin duda la de la unanimidad. Cualquier decisión, en efecto, tiene que ser sometida al consentimiento unánime de los maestros y de los vigilantes. De lo contrario, no tendrá valor alguno. Se preservaba así el cemento fraterno y la coherencia de las logias.

A nuestro entender, los maestros de obras del siglo XIV tenían perfecta conciencia de la inestabilidad de su época. Sensibles a las advertencias del Concilio de Aviñón, estimaron que la «revelación» de algunas leyes propias de su organización atenuaría el carácter peligroso del secreto. Ofreciendo al «público» la imagen de una corporación regida por estrictas leyes, los responsables masónicos ponían de relieve la honorabilidad de su institución y probaban que no toleraba desorden alguno. Cada vez más aislada, la masonería teme una acción violenta semejante a la que destruyó a los templarios; modestamente, se rebaja al rango de una corporación entre tantas otras y predica la disciplina de sus adeptos que, sin duda, no tienen la menor intención de

meterse en política.

Los manuscritos hablan con abundancia de los «cuatro coronados», a los que se representa como santos patronos de la Orden. «Los cuatro coronados», dice la leyenda dorada, «fueron Severo, Severiano, Corpóforo y Victorino, que, por orden de Diocleciano, fueron azotados con látigos de plomo hasta que murieron. Primero sus nombres eran desconocidos, pero, mucho tiempo después, Dios los reveló. Se decidió entonces que su memoria se honraría con los nombres de otros cinco mártires, Claudio, Castorio, Sinforiano, Nicostrato y Simpliciano, que sufrieron dos años después de ellos. Ahora bien, estos últimos mártires eran hábiles escultores que, habiéndose negado, ante Diocleciano, a esculpir un ídolo y a hacer sacrificios a los dioses, fueron colocados vivos en cajas de plomo y lanzados al mar hacia el año del Señor 287». La leyenda es embrollada; según un texto del siglo IV, cuatro escultores llamados Claudio, Castorio, Sinforiano y Nicostrato habían aceptado hacer para Diocleciano estatuas y columnas con capiteles. Cuando el emperador encargó una estatua de Esculapio, se negaron. Hubo, pues, en total, nueve mártires cuyo número fue reducido luego a cuatro. Están representados, especialmente, en una clave de bóveda de la iglesia de Chars, rodeando al cordero místico.

Los masones alemanes fueron los primeros en reconocer a los cuatro coronados como santos patronos. Significaba la universalidad de la francmasonería v esa elección no dejaba de relacionarse con la situación histórica; al igual que los iniciados de la antigüedad habían sido torturados por un emperador cruel, así los masones tal vez tendrían que sufrir, muy pronto, la tiranía de gobernantes que no comprenderían su misión sagrada.

Tan fundados temores procuraron a la antigua masonería algunos años más de existencia; en 1396, a numerosos obreros que trabajan en la catedral de Canterbury algunos les llaman «francmasones». Tallan la piedra con el cincel y la escoda, ejecutan grandes esculturas y tienen a sus órdenes «hermanos sirvientes». Como escribe Marcel Aubert, «parece que, poco a poco, el término "francmasón" designa a los albañiles más hábiles, que forman un cuerpo superior aparte». Esa élite artesanal y espiritual se encuentra por completo resumida en la máxima, justamente célebre, del Maestro de Obras parisino Jean Mignot: «El arte sin la ciencia no es nada».

A finales del siglo XIV, el termino «francmasón» ha entrado en las costumbres; la cofradía es poderosa y respetada aún, pues mantiene la prueba de la obra maestra que debe realizar el neófito para formar parte de la Obra. Todos saben que solo los francmasones son capaces de levantar grandes edificios y

llevar a cabo las más difíciles obras de arquitectura y escultura. Advirtamos que no existe organismo masónico central que tome decisiones para la totalidad de las logias europeas; cada logia conserva su autonomía hasta el punto de que emplea el manuscrito de los «Antiguos Deberes» que más le conviene.

Debe señalarse una importante innovación; se construyen más logias permanentes que se convierten en lugares de reunión habituales. Antaño, se desmontaba la logia construida a lo largo de un muro de la catedral que estaba levantándose.

El siglo XV se inicia, para las cofradías masónicas, con un acontecimiento dramático: en 1401, en Orleans, se produce una escisión en los compañerismos. Los Compañeros del Deber de Libertad reclaman su autonomía, no deseando ya estar enfeudados a la Iglesia, por poco que sea. Los demás masones mantienen cierto apego a la religión. Esta crisis de conciencia interna se conoce rápidamente en el exterior; en Chartres, por ejemplo, se suprimen los privilegios de los albañiles. En 1404, el Gran Maestro Raymond du Temple desaparece, siendo ésta una cruel pérdida para la Orden, que es muy criticada en Francia. En Inglaterra, el arzobispo de Canterbury está a la cabeza de la francmasonería desde comienzos de siglo. Le proporciona así un aval oficial.

Hacia mediados de siglo, los maestros de obras comprenden que es preciso definir de nuevo las bases de la masonería, sospechosa de herejía. En 1459, diecinueve maestros y veintiséis compañeros se reúnen en Ratisbona bajo la presidencia de Jost Dotzinger, maestro de la Logia de Estrasburgo cuya gloria brilla todavía en toda Europa. Deciden revisar las antiguas costumbres de las logias y redactar nuevas Constituciones para los canteros. Los reglamentos de Ratisbona y las Constituciones de Estrasburgo concretan varios puntos de la regla de vida de los iniciados y se aplicarán todavía a comienzos del siglo XVIII.

Revelemos algunos detalles: la jerarquía comprende tres grados: Aprendiz, Compañero y Maestro. Ningún profano será admitido en las asambleas masónicas que sólo acogerán a los iniciados que hayan pasado por las pruebas rituales. La Orden se gestiona a sí misma en el plano administrativo y se hace su propia justicia. Los saludos y los signos particulares de la cofradía se mantienen, el simbolismo sigue siendo la base de la enseñanza masónica. Los hermanos se reunirán regularmente para trabajar en problemas de orden espiritual o técnico; celebraran banquetes rituales que no deben degenerar en borrachera, pues el francmasón respeta en cualquier circunstancia la dignidad del hombre iniciado. En el trabajo, será preciso buscar siempre la perfección sin

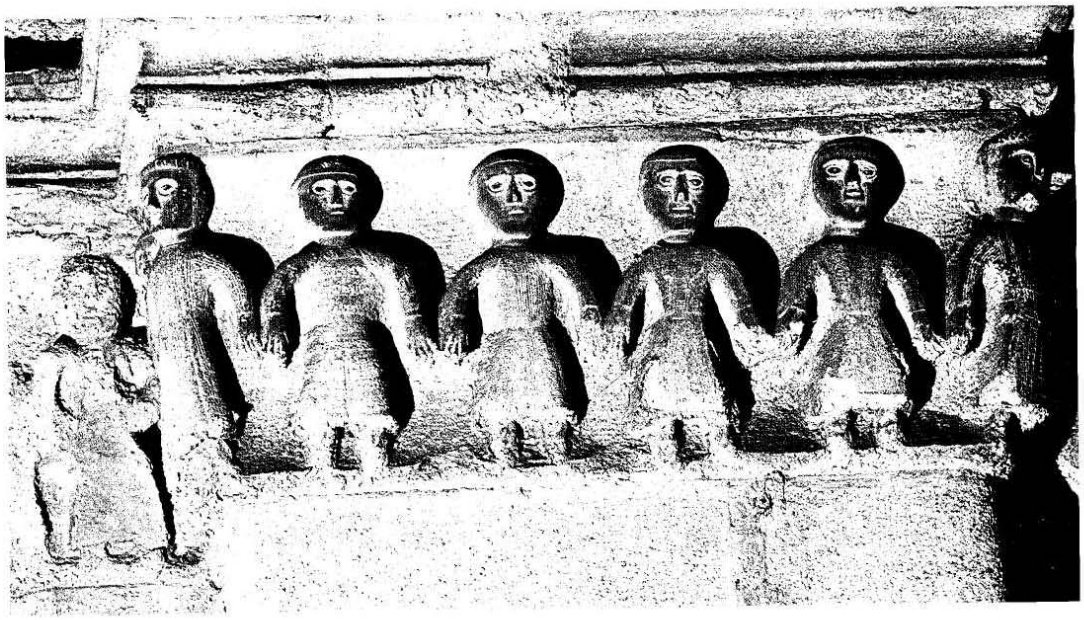
por ello glorificar al obrero que es sólo el instrumento de Dios. Por ello, todo masón es obligatoriamente un hombre de fe.

Jost Dotzinger y sus hermanos insisten especialmente en un punto: el secreto masónico ha de mantenerse íntegro y ningún albañil tendrá derecho a divulgar ni el más mínimo detalle. La importante reunión de 1459 tenía un objetivo principal: ¿había que abrir la francmasonería al mundo exterior y ofrecer a todos sus riquezas? En su alma y conciencia, los maestros respondieron negativamente. La época no les parecía preparada para semejante transmisión; consideraron que afrontaban los rigores de una edad sombría y que la única solución benéfica consistía en replegarse en sí mismos, a la espera de días mejores. Los acontecimientos sucesivos iban a darles la razón.

En 1495, parte de Inglaterra un inesperado ataque contra la masonería. El rey Enrique VIII detesta las asambleas secretas de los masones que, a su juicio, están en desacuerdo con su modo de gobernar e intentan ponerle trabas. Para quebrar el poder de la Orden, prohíbe el uso de los signos de reconocimiento. Esta decisión, bastante ingenua y prácticamente inaplicable, no tendrá consecuencia alguna.

A finales del siglo XV, la francmasonería tiene más de treinta mil miembros, los más influyentes de los cuales se encuentran en Alemania. Viajan mucho todavía, efectuando verdaderas giras por Europa durante las que identifican los innumerables signos lapidarios grabados en los edificios, signos que forman «la más noble y la más recta organización fundamental de los canteros». Sin duda de esta época data un relato que los masones aprecian mucho: un viandante observaba a tres obreros que trabajaban en una obra. « ¿Qué hacéis?», les preguntó. «Me gano la vida», respondió el primero. «Tallo una piedra», respondió el segundo. «Construyo una catedral», respondió el tercero, que era un compañero iniciado.

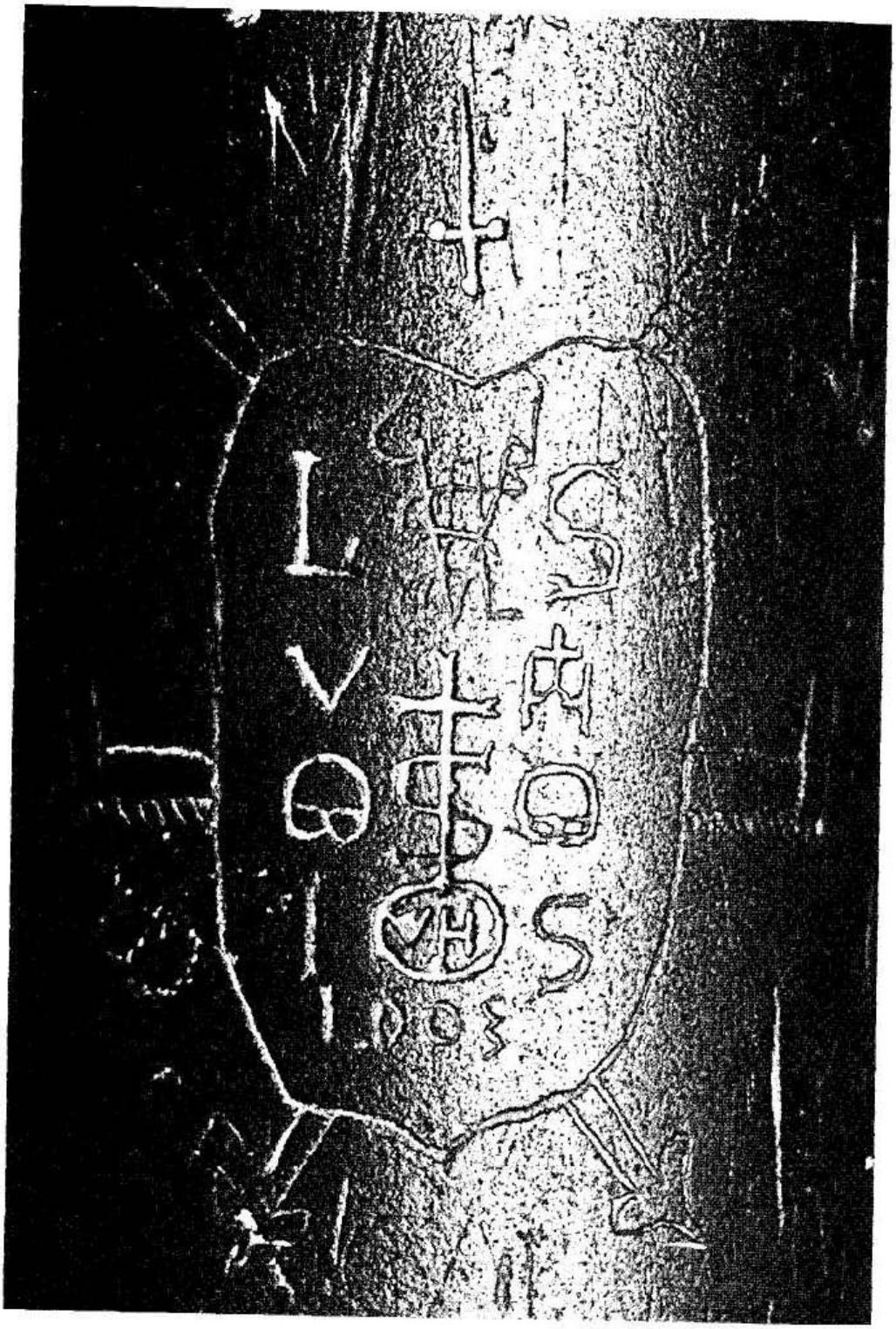
Los Cuatro Coronados, canteros martirizados, simbolizan los cuatro Orientes que fulguran a partir de un centro que se encuentra en el propio iniciado. La representación de Venecia insiste en la fraternidad que une a los hombres en busca de la realeza interior.



Alrededor del capitel se representa la cadena de los albañiles, que evoca la indisoluble unión de los iniciados en el cosmos. Símbolo de fraternidad, pero también de Amor conociente que convierte la comunidad de constructores en un solo espíritu y un solo cuerpo.

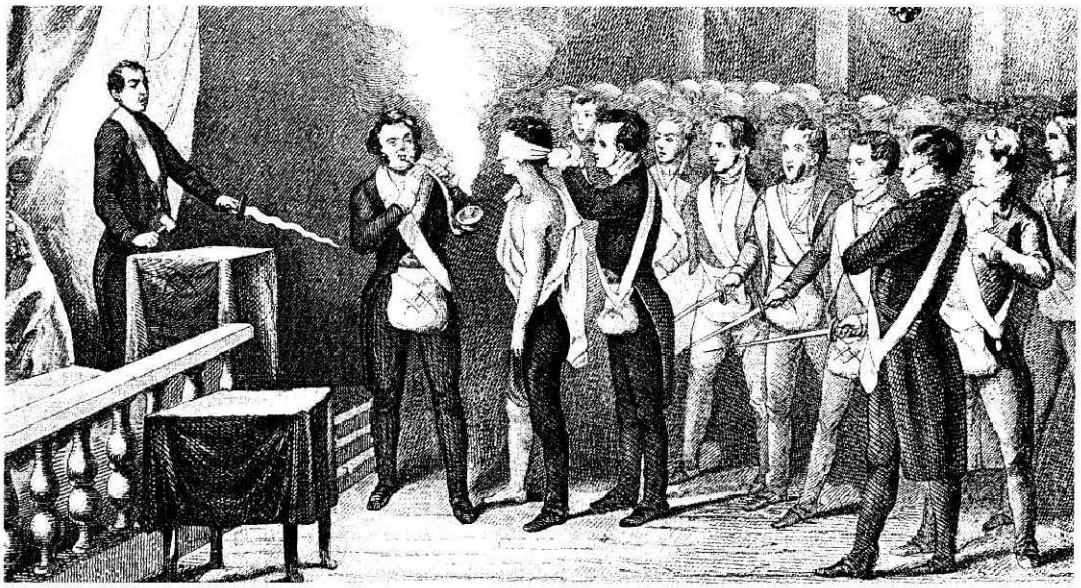
El Maestro albañil, que conoce ya el secreto del nivel, utiliza el compás para trazar el plano de un edificio. «Corporiza» así las leyes celestiales que tiene el deber de hacer perceptibles para los hombres. (Silla de coro de la Catedral de Poitiers.)

El aprendiz de albañil, utilizando el mazo y el cincel, aprende a tallar la piedra, símbolo de la materia celestial que dormita en lo más profundo de sí mismo.

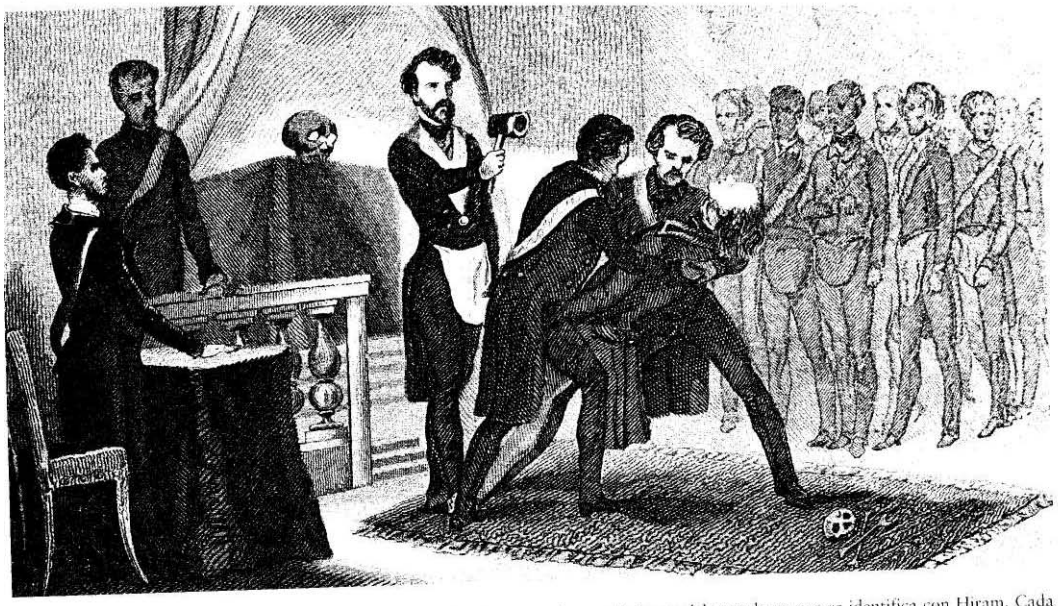


Varios ejemplos de las célebres marcas grabadas por los canteros. Algunas son firmas, otras ofrecen claves geométricas para la construcción de los edificios.

La puerta del recinto sagrado está coronada por un pelícano, símbolo presente en los altos grados masónicos. Para cruzar la estrecha puerta, el masón debe vivir según la caridad del pelícano, esa llama extraordinaria que permite crear el camino hacia el Conocimiento.



Episodio de iniciación al grado de Aprendiz. El padrino del nuevo iniciado se dispone a quitarle la venda mientras los hermanos dirigen sus espadas hacia el adepto, enriqueciendo su conciencia con múltiples rayos de luz. Un maestro hace también superar la prueba del fuego al aprendiz.



Episodio de la iniciación al grado de Maestro. El Venerable golpea con el mazo la frente del postulante que se identifica con Hiram. Cada maestro masón sufre de nuevo la pasión de Hiram para resucitarla en sí mismo.

Los maestros no consiguieron impedir una evolución de la que es difícil decir si fue más beneficiosa que perjudicial: la aceptación de no profesionales en las Logias. Por aquel entonces, no se trataba aún de intelectuales y filósofos sino de herméticos, de antiguos templarios, de afiliados al catarismo, de diversos sectarios relacionados, de cerca o de lejos, con un esoterismo cuya calidad es

discutible a veces. Puesto que la intolerancia comienza a reinar en varios Estados europeos, todos los que desean entregarse a búsquedas espirituales al margen del dogmatismo afluyen hacia la francmasonería, cuyo potencial simbólico y cálida fraternidad son conocidos. Los maestros masones no niegan la entrada en el templo a esos hombres que persiguen ardientemente una verdad.

En el amanecer del siglo XVI se produce la muerte de la epopeya medieval. Los masones llamados «aceptados» son cada vez más numerosos en las logias donde los auténticos constructores se hacen escasos. Tras los herméticos llegan los burgueses, los sacerdotes, los gentilhombres y los noblecillos. El medio social que compone la francmasonería queda del todo trastornado y la reacción no se hace esperar: los «operativos» y los manuales abandonan la masonería y crean un Compañerismo, bien organizado ahora, que se opone resueltamente a la burguesía del dinero, a la Iglesia corrupta y a toda forma de autoridad secular.

Hemos llegado a la dramática ruptura entre los francmasones y los compañeros. Estas dos órdenes brotaron, sin embargo, de la misma tradición, utilizan los mismos símbolos, practican la misma iniciación. Los primeros ceden ante la presión de su época, los segundos quieren seguir siendo constructores y mantenerse al margen de los trastornos sociales. Habrá que esperar a la segunda mitad del siglo XX para que tímidos intercambios de puntos de vista unan de nuevo a ambas Órdenes.

Los poderes constituidos no ignoran la nueva situación y desconfían del carácter revoltoso de los compañeros. En julio de 1500 y en julio de 1505, el Parlamento de París publica dos decretos que prohíben, pura y simplemente, las reuniones de albañiles y carpinteros, so pena de confiscación de sus bienes y de destitución profesional. Al parecer el Parlamento había recibido numerosas quejas sobre el estado de degradación moral que reinaba en aquellas asambleas; está prohibido, pues, que «a la sombra de cofradía, misa, servicio divino u otra causa y color, sea cual sea, se reúnan». Están prohibidos también los banquetes, las ceremonias de iniciación y la percepción de derechos de entrada en la Orden, bajo pena de castigos corporales. El conjunto de estas medidas es recordado por el Parlamento en 1506.

Occidente intenta aniquilar las cofradías que, durante varios milenios, crearon sus formas artísticas. Los Compañeros no se doblegan; se ocultan, pero no interrumpen sus trabajos. En otros países, fundan agrupaciones que reciben la protección del Estado o de altos personajes; en Inglaterra, el gremio de constructores ve la luz en 1509, bajo el patronazgo de san Juan y con la

aprobación de la Iglesia. En 1512, nace en Florencia la Compañía de la Llana de la que forman parte arquitectos y alquimistas que se codean con miembros de la familia de los Médicis.

En 1515, Francisco I sube al trono de Francia, que ocupará hasta 1547. Bajo su reinado, el espíritu del siglo XVI transforma todas las estructuras anteriormente adquiridas, ya sean espirituales, artísticas o políticas. La nobleza de corte exhibe a plena luz sus vanidades, la cultura del intelecto sustituye la del alma y el clero se hace mundano. Un tal Octavien de Saint-Gelais, obispo de la ciudad de Angulema donde subsisten tantos tesoros masónicos, ya sólo es un amable poeta encargado de distraer a las favoritas del rey. El comercio se levanta contra la artesanía; en adelante, no hay ya «actuante» u «operativo», sino sólo obrero, es decir, gente considerada como pobres tipos sin inteligencia que forman la clase más baja de la sociedad.

Los banquetes de las cofradías son prohibidos de nuevo en 1524, porque turban la seguridad del reino. Un decreto idéntico se publica en 1539, en 1576 y en 1579: todos son inoperantes y contribuyen a hacer más secretas aún las reuniones masónicas. Detalle curioso: son los Compañeros perseguidos por el poder quienes construyen la totalidad de los castillos del Loira.

Los años 1534-1535 son extremadamente turbulentos. Los protestantes más vindicativos son encarcelados y, a veces, ejecutados. Entre ellos había francmasones que no eran los menos virulentos en sus críticas al catolicismo. El año 1534 es, también, el de la fundación de la orden de los Jesuitas por san Ignacio de Loyola, en Montmartre. Ciertamente, por aquel entonces los masones ni siquiera sospechaban aún la importancia del hecho.

Un personaje sorprendente, el obispo de Colonia Hermán, considera que el destino de los constructores está seriamente amenazado y que es preciso definir de nuevo el papel de la francmasonería con respecto a los grandes problemas de su tiempo. Por ello, en 1535, provoca la gran asamblea de Colonia donde se reúnen delegados masónicos procedentes de todas las grandes capitales europeas. Su primer trabajo consiste en redactar una carta en la que se afirma la antigüedad de la institución y su profunda originalidad. Se decide conservar los símbolos y las palabras rituales y se sigue reivindicando el patronazgo de san Juan. Se precisa también que una logia que desee iniciar a un profano debe tener, al menos, siete hermanos colocados bajo la dirección de un maestro. Las bases tradicionales de la Orden se conservan en su conjunto.

La reunión de Colonia es, sobre todo, la de la duda y la angustia. Los

albañiles son atacados por todas partes y se preguntan por su futura utilidad en la sociedad. ¿Son capaces de hacer que renazca un arte sagrado y provocar, así, una renovación de los encargos arquitectónicos? La tendencia estrictamente artesanal es minoritaria, y nadie puede proponer soluciones concretas. El centro de las conversaciones es la religión. El catolicismo, poderoso aún, pierde terreno en Europa, especialmente en Inglaterra; ¿la francmasonería en su conjunto debe adoptar, con respecto a la fe, una actitud muy clara?

La cuestión se elude por fin y se adopta un texto según el cual los hombres repartidos por la superficie de la tierra sólo son los miembros dispersos de un mismo cuerpo; por consiguiente, es preciso amar a todos los hombres como a hermanos.

Esta declaración de intenciones no oculta el fracaso de la asamblea reunida en Colonia. Los masones se han interrogado mutuamente sobre su vocación, que parece antañona para unos, herética para otros. Sienten que su Orden vela verdades esenciales o, ¿cómo darles un lugar suficiente en el mundo del siglo XVI?

Los canteros profesionales siguen siendo insensibles a esos casos de conciencia; en 1516, publican los reglamentos de Estrasburgo cuyo tema es la adopción de las marcas y los blasones propios de la cofradía; el artículo que trata de los escudos de los maestros está redactado así: «Dado que, en honor del oficio, se ha hecho establecer un largo cuadro común, de acuerdo con los antiguos estatutos y a cargo de la tribu, se ha decidido y ordenado que cada miembro puede colocar allí su escudo. Si alguien se va por fallecimiento, debe sacarse su escudo y colocarlo en otro cuadro hecho para eso, adelantando los demás para que los descendientes puedan ver cuáles han sido sus antepasados y cuándo vivieron». Ningún maestro puede cambiar su «marca de honor» por propia voluntad; es el «oficio» el que se lo concede.

Como puede verse, los artesanos se interesan por su filiación tradicional y la organización interna de sus cofradías. De una vez por todas, han rechazado una sociedad materialista donde encuentran, simplemente, ocasión para ejercer el oficio; dejan a los francmasones, sus hermanos en espíritu, la tarea de debatirse con los problemas de la civilización.

En 1561, los francmasones celebran en York su asamblea anual. La reina hugonota Isabel, que había subido al trono de Inglaterra en 1558, recurre a sus soldados que reciben la orden de mandar a los masones a sus hogares, tras haber prohibido la reunión. Preside Sackville; recibe a los soldados de Isabel con la

mayor calma e inicia una discusión. Acaba convenciéndoles para que depongan sus armas y les invita, incluso, a participar en los debates. Según algunos relatos, habrían sido sencillamente iniciados en los misterios de la masonería en cuanto llegaron a York. Isabel, sorprendida por el valor y la dignidad de los masones, abandona cualquier represión; temía su catolicismo, afirma, pero toma conciencia de que la francmasonería no siente deseo alguno de luchar contra la corona. Por lo tanto, toma a la Orden bajo su protección tras haber intentado perseguirla.

A partir de 1599, vemos aparecer documentos masónicos administrativos, por ejemplo las actas de la logia Saint Mary's Chapel, en Edimburgo. La primera acta de iniciación dataría del 9 de enero de 1598, fecha en la que Alexandre Cerbie habría sido admitido en una logia de Escocia. Es el comienzo de la era del papeleo y de la reglamentación administrativa, que muy pronto gravitará sobre el conjunto de las logias.

En Escocia, es el fin de una mutación decisiva; las logias están ahora fijas en las ciudades y, por eso, son más fácilmente accesibles a los profanos. Esos artesanos mantienen la dirección de la mayoría de ellas y siguen la antigua tradición; sin duda por eso, la masonería llamada "escocesa» será considerada a continuación como el más respetuoso de los ideales de la masonería primitiva.

Detengamos un instante nuestro relato y echemos una mirada a ese siglo XVI, tan desfavorable para la francmasonería. Dos escritores franceses, Montaigne y Rabelais, resumen bastante bien, a nuestro entender, los valores de ese tiempo. Montaigne es un gran burgués, ama por encima de todo su individualismo y no siente especial afecto por las comunidades y las cofradías. Filosofar y meditar son, para él, tareas esenciales; y eso exige aislamiento e independencia. Montaigne detesta a los arquitectos que se hinchan con esas «grandes palabras» como pilastras, arquitrabe, dórico o jónico; es un intelectual y un hombre respetable que no se preocupa en absoluto por la tradición iniciática. Rabelais, en cambio, se apasiona por esta tradición. Muy probablemente estuvo afiliado a la francmasonería y se entregó durante muchos años a la práctica de la astrología y de la alquimia; amigo de Philibert Delorme, maestro de los masones del reino, frecuenta también los círculos herméticos y las escasas organizaciones caballerescas que subsisten aún. Rabelais es un «especulativo», un pensador, pero sabe concretizar su experiencia iniciática con la escritura. Montaigne por un lado, Rabelais por el otro; dos estilos de vida que se ignoran, dos tipos de personajes a quienes los francmasones observan con atención sin percibir perfectamente su razón de ser.

En 1600, la logia masónica más importante es la de Edimburgo. Acepta en sus filas a un «especulativo puro», es decir, a un pensador que no se interesa en absoluto por el trabajo manual. El ejemplo será seguido un poco por todas partes. En 1607, el arquitecto Iñigo Jones es el Gran Maestro de los masones ingleses. Jones no es ya un Maestro de Obras tradicional sino un hombre cultivado y brillante que disfruta los placeres mundanos. Sus preferencias se dirigen al estilo italiano académico, desprovisto de cualquier simbolismo y de cualquier esoterismo. A partir de 1620, podemos afirmar que la antigua masonería es claramente minoritaria con respecto a los intelectuales que proporcionan, ahora, los mayores contingentes de masones; poco a poco, la antigua cofradía se convierte en una «sociedad de pensamiento» que ignora los compañerismos obreros. Con toda naturalidad, las logias masónicas comienzan a interesarse por todas las ideas nuevas y por todas las doctrinas extrañas que atravesarán, de manera subterránea, el siglo XVII.

En 1623, unos curiosos carteles adornan los muros de París. Están firmados por cierta cofradía de rosacruces cuyos miembros hablan todas las lenguas. Que los hombres de buena voluntad se unan a ellos; les harán invisibles y les transportarán al país que elijan. Que los postulantes tengan cuidado, sin embargo; si sus intenciones no son puras, nunca encontrarán el refugio de los Hermanos Rosacruces. Ya en 1614, el movimiento rosacruz era conocido en Alemania, donde había publicado importantes textos esotéricos. La rosa era símbolo del secreto; reunirse «subrosa», bajo la rosa, es celebrar un banquete iniciático donde cada comensal intenta descubrir el misterio de la vida. Los rosetones de nuestras catedrales y la rosa de oro ritual del papa atestiguan la antigüedad de este pensamiento. Curiosamente, se ve en el sello de Martín Lutero una cruz en cuyo centro hay una rosa.

Los misterios rosacruces han hecho correr mucha tinta y nos preguntamos aún sobre sus relaciones exactas con la francmasonería. Ciertamente, los masones celebran su mensaje en el nivel de los altos grados que lleva el nombre de «rosacruz» y algunos pensaron que el enigmático movimiento del siglo XVII era un mito creado, pieza a pieza, por los masones apasionados por el esoterismo. Uno de los más célebres rosacruces, Johann-Valentin Andreae (1586-1654), fue abad de Bebenhausen y mantuvo contacto con los constructores.

El cartel de 1623 daba otras precisiones; los rosacruces no conocen el hambre, ni la sed, ni la vejez. Tienen un Libro Sagrado en el que se revelan todos los secretos del universo, un libro donde se dice todo. Para conocerles, hay

que tener ojos más penetrantes que el águila, que es el único ser que puede mirar la luz sin abrasarse los ojos; el águila figura, por lo demás, en los altos grados masónicos. Los rosacruces fundarán una sociedad nueva tras haber destruido el poder del papa, al que identifican con el Anticristo. Prosiguen la obra de su fundador, Christian Rosenkreutz (es decir, Cristian Rosa-Cruz), el gran viajero que recibió numerosas iniciaciones y murió a la edad de ciento seis años. El emplazamiento de su tumba sólo lo conocen algunos iniciados; este detalle evoca el mito de Maese Hiram cuya sepultura sólo es accesible, igualmente, a los maestros.

Los textos de los rosacruces son de un grandísimo interés; demuestran su extenso conocimiento del simbolismo esotérico y atestiguan, igualmente, un gran dominio de la arquitectura tradicional. Sin afirmar nada de modo definitivo, puede suponerse que miembros de la masonería tradicional intentaron, moldeando el mito rosacruz, llevar a la iniciación a cierto número de personas por la vía de lo extraño y lo maravilloso, que agrietaba un poco el estrecho racionalismo del siglo XVII.

En 1634, la Logia de Edimburgo admite a tres nobles que, luego, no la frecuentaran demasiado, Es sin embargo una evolución importante; tras haber recibido a no manuales, la masonería comienza a interesarse por las más altas clases de la sociedad profana.

De 1642 a 1649, Inglaterra es desgarrada por la guerra civil, (católicos, anglicanos y presbiterianos se degüellan mutuamente v las matanzas suceden a las ejecuciones. Bajo el ministerio de Mazarino, Francia no vive días menos sombríos y la Fronda deja el país revuelto v arruinado. En 1645, la Facultad de Teología de París condena las perniciosas asambleas de los Compañeros que siguen desaprobando cualquier régimen político y criticando el comportamiento de la Iglesia. Es el inicio de un verdadero «fuego a discreción» contra los constructores, que durara hasta 165.5. Los Compañerismos se declaran sacrílegos e impíos y la Compañía del Santo Sacramento hace investigaciones para desacreditarlos. La francmasonería no interviene.

En 1645, un tal Elías Ashmole (1617-1692) es iniciado en una logia masónica de Lancashire. Ashmole es astrólogo, alquimista, físico y matemático; de inagotable curiosidad, ocupará el cargo de heraldo de armas en la corte de Carlos II y contribuirá a acentuar las tendencias herméticas de la orden. Un listado de los miembros de una logia de Aberdeen, en 1670, es por otra parte muy significativo: tiene treinta y nueve 'especulativos- y sólo diez «operativos». Los pensadores prevalecen definitivamente sobre los artesanos.

En 1673, Colbert, que desprecia las ciencias paralelas como la astrología y la alquimia, establece una muy severa reglamentación para uniformizar al máximo las múltiples corporaciones. Suprime las franquicias medievales que estaban todavía en vigor y ordena una revisión de los antiguos estatutos. Obsesionado por la idea de una posible conspiración contra el Estado, introduce «soplones» en las logias masónicas y de compañerismo.

En 1688, el rey Jacobo II Estuardo, exiliado en Saint-Germain on--Laye, funda probablemente una logia masónica en aquel lugar, con la bendición de I.uis XIV. Desde 1649 miembros de la nobleza, escocesa habían encontrado refugio en Francia, tras la ejecución de Carlos I; con ellos v con algunos fieles soldados, Jacobo II inaugura la primera masonería escocesa en [rancia. Para muchos masones, esta fecha de 1688 es fundamental; los escoceses habrían introducido en Francia los ritos más antiguos, inspirados en las iniciaciones de los constructores y en la tradición templaría.

Luis XIV nada tenía que temer; podía vigilar muy fácilmente la actividad de los masones y. además, la personalidad de Jacobo II le gustaba. Recibirá, incluso, de su parte, el abrazo fraterno en Saint-Uennam.

En 1697 aparece el Diccionario histórico y critico de Fierre Bayle que da a conocer en toda Europa las razones por las que es necesario no caer en una creencia ciega en Dios. Bayle predica la tolerancia y el análisis discursivo; su tesis podría resumirse así: el hombre que cree sin reflexionar no es un hombre que piensa, es un esclavo de tradiciones antañonas que dañan el progreso de la humanidad. La historia sagrada, a su entender, sólo es una gran mentira destinada a servir al poder de las Iglesias. Inmediatamente, católicos y protestantes critican a Bayle sin el menor miramiento; su libro obtiene, sin embargo, un gran éxito y muchos masones lo estudian con interés. Les procura argumentos contra ese poder eclesiástico que, tras haberles apoyado durante siglos, se ha vuelto contra ellos.

El último Gran Maestro de la antigua masonería, Christopher Wren, debe abandonar su puesto en 1702, a causa de sus opiniones religiosas. Había dirigido la construcción de la catedral de Saint-Paul, la última obra masónica tradicional. Esta vez, la antigua masonería exhala su último suspiro. Los artesanos, prácticamente excluidos de la Orden que habían animado desde las primeras edades de la humanidad, entran en los Compañerismos que son condenados y prohibidos por todas las autoridades civiles y religiosas. La escisión entre Francmasonería y Compañerismo se consuma definitivamente; el gran cisma de la tradición iniciática de Occidente separa a los iniciados en •<pensadores» y

«artesanos», abriendo un profundo foso entre hermanos que, hasta entonces, habían permanecido unidos para ennoblecer su civilización. En adelante, nos consagraremos sólo al destino de la francmasonería que, conservando sus símbolos y sus rituales ancestrales, cambia de naturaleza.

SEGUNDA PARTE

LA FRANCMASONERÍA MODERNA

EL NACIMIENTO DE LA FRANCMASONERÍA MODERNA (1717 A 1789)

El año 1717, ya lo hemos visto en un capitulo anterior, señala el nacimiento de la francmasonería en Inglaterra. Se constituye un poder masónico centralizador, una «Logia Madre» se da a sí misma la omnipotencia legislativa. Con bastante rapidez, intenta dominar las asambleas masónicas francesas donde se encuentran algunos intelectuales y soldados pertenecientes a regimientos escoceses e irlandeses, los constructores se refugian ahora, en su totalidad, en la Orden del Compañerismo, v de hecho sólo una minoría masónica extranjera reside en Francia.

En Londres, los grandes maestros se suceden rápidamente; en 1718, es

George Payne; en 1719, Desaguhers; en 1721, Payne de nuevo; en 1721, el duque de Montaigue. Los diarios británicos hablan de buena gana de la actividad de éste, que lleva a cierto número de protestantes a la masonería.

En Francia, el duque de Orleáns asume la regencia y gobierna, a trancas y barrancas, un Estado muy debilitado; Montesquieu publica un bestseller, las Cartas persas, donde hace una acerba crítica del poder personal que desemboca, forzosamente, en la intolerancia.

Los inicios de la francmasonería francesa moderna son muy oscuros. La existencia de una logia en Dunkerque, en 1721, es muy discutida; en realidad, probablemente, en 1725 algunos emigrados jacobitas fundan una o varias logias en un albergue de Saint-Germain-des-Prés. Esos talleres son de obediencia católica > se colocan bajo la autoridad del duque de Wharton que, tras haber sido Gran Maestro de la Gran Logia de Londres, se convierte así en el primer Gran Maestro de las logias «francesas». En esta fecha, escribe Gustare BERD, «la francmasonería es una secta religiosa que, tras algunos tanteos, se organiza, sobre todo en Europa, hacia 1725, profesa una doctrina humanitaria internacional y se superpone a las demás religiones».

El grado de Maestro aparece también hacia 1725 o, más exactamente, un grado de Maestro «democrático». Durante el período medieval, el título estaba reservado a quien dirigiera una Logia tras haber sido instalado en el sitial del rey Salomón. Era «Maestro» o «Venerable Maestro», y remaba sobre un taller compuesto por compañeros y aprendices. En adelante, la jerarquía comprende los tres grados de aprendiz, compañero y maestro, y el presidente del taller ya es, solo, un maestro entre los demás.

En 1725, el francmasón Ramsay, cuya acción detallaremos más adelante, anima el «club del Entresuelo» instalado en una mansión particular de la plaza Vendóme. El club se ocupa, sobre todo, de política y se entrega a una crítica intelectual de las instituciones francesas. Algo mucho más grave aún milita contra las asociaciones obreras y, especialmente, contra el Compañerismo cuya disolución desea. Un masón tan célebre como Ramsay aprovecha sus relaciones, pues, para poner en peligro una orden iniciática tradicional. Dadas estas prácticas, no puede reprocharse al Compañerismo su animosidad contra la francmasonería del siglo XVIII.

El cardenal André Hercule de Fleury se convierte en el verdadero dueño de Francia en 1726, a la edad de 73 años. Bastante popular al comienzo de su «reinado», desea una paz duradera con Inglaterra e impone una disciplina de

hierro en el interior del país. Para él, la vigilancia policial es el más seguro instrumento del equilibrio nacional. El nacimiento de una Gran Logia de Francia, en 1728, pasa casi desapercibido, salvo para la policía del cardenal que vigila, con mucha atención, las actividades masónicas. Fleury no es atraído por el espíritu masónico, bastante difuso, por lo demás, en esa época; considera a los masones tímidos contestatarios a los que hay que impedir que salgan de los límites razonables.

La francmasonería comienza a extenderse por el mundo; en 1727-1728 se crean logias en España, donde topan casi de inmediato con la Inquisición. Inglaterra abre talleres en sus posesiones coloniales y, en 1730, una logia ve la luz en Calcuta. Aquel mismo año, Montesquieu es iniciado en Londres. La prensa da cuenta del acontecimiento y hace mucha publicidad a ese gran señor bastante distante. Pero 1730 es un año difícil para la francmasonería inglesa, que es atacada por varios periódicos; ácidos artículos tratan a los masones de borrachos que sólo piensan en cantar groserías durante pantagruélicos banquetes; la mayoría de ellos son calificados de homosexuales y sus reuniones desafían la moral que predica la corriente metodista de John Wesley.

Samuel Pritchard divulga los secretos masónicos en su obra Masonería dissected y un diario pública el relato de una iniciación: «Cuando llegué a la primera puerta», cuenta el perjuro, «un hombre armado con una espada desnuda me pregunta si voy armado. Respondí que no. Me dejó entonces entrar en un pasaje oscuro. Allí, dos vigilantes me tomaron del brazo y me condujeron de las tinieblas a la luz, pasando entre dos hileras de hermanos que se mantenían silenciosos. En la parte superior de la estancia, el maestro bajó hacia el exterior de las hileras y, tocando en el hombro a un joven hermano, dijo: "¿A quién tenemos aquí?". Y éste respondió: "A un hombre que desea ser admitido como miembro de la sociedad". Después regresó a su lugar y me preguntó si había ido allí totalmente de buen grado o por petición de alguien. Respondí: "Por mí mismo". Me dijo entonces que si quería convertirme en un hermano de su sociedad, debía contraer la Obligación que hacen prestar en tal ocasión». ¿En qué consiste ese juramento? Pritchard revela su contenido:

« ¿Que habéis venido a hacer aquí?», pregunta el Venerable al postulante.

«No para hacer mi propia voluntad, sino para someter mi pasión y reducirla al silencio, para tomar en mis manos las reglas de la francmasonería y hacer progresos diarios.»

Todo esto es bastante exacto, pero las divulgaciones irritan

profundamente a los dirigentes de la Gran Logia de Inglaterra que adoptan, entonces, una decisión de consecuencias bastante graves: cambiar de lugar en la logia cierto número de símbolos e invertir las contraseñas y los signos de reconocimiento del primer y el segundo grado. Esta reacción, inspirada por un deseo de andar con tapujos más que por la necesidad de auténtico secreto, producirá cierta confusión en la ordenación simbólica de la logia masónica. Todavía hoy se advierten en los templos inversiones o errores de disposición que se remontan a esa época culpable de tratar a la ligera el simbolismo.

Charles Radcliffe, conocido también con el nombre de lord Derwentwater, dirige las logias escocesas de Francia a partir de 1731. Algunos historiadores discuten su nombramiento para el puesto; de cualquier modo que sea, ese ferviente católico da cierto impulso a la masonería francesa y la mantiene en la vía de la creencia. Tal vez se crean logias en París, en Valenciennes y en Burdeos, pero faltan pruebas formales de ello. Tenemos la primera certeza en 1732; la logia Saint-Thomas-au-louis-d'argent se instala en la calle de Bussy y su existencia es reconocida por Inglaterra como legal.

Los años 1732-1733 ven nuevas implantaciones de la masonería; se crean logias en América, en Italia y en Rusia donde la Orden tiene de inmediato un inmenso éxito debido al misticismo eslavo que da libre curso a su afición por las reuniones secretas y las prácticas ocultas. Los británicos están satisfechos, pero exigen al conjunto de las logias que rechacen a los israelitas que llamen a la puerta de los templos. Aunque la medida no se aplicara con rigor, da sin embargo testimonio de una grave intolerancia.

Dos personalidades de la masonería inglesa, el pastor Désaguliers y el duque de Richmond, van a París en septiembre de 1734 para favorecer el desarrollo de la rama francesa de la Orden, En el mismo momento, Voltaire publica sus Cartas inglesas donde hace la apología del sistema de gobierno británico oponiéndolo a la despótica sociedad francesa cuyos prejuicios cristianos obstaculizan los progresos de la razón. Tan feliz concurso de circunstancias pone a contribución las importaciones intelectuales, especialmente la francmasonería. En 1735, existen al menos cinco logias en Francia, catalogadas por la Gran Logia de Inglaterra; en el mes de septiembre, el conde de Saint-Florentin es iniciado en la Logia del hotel de Bussy. Notable acontecimiento, puesto que será ministro de 1749 a 1775 y tratará muy de cerca a todos los personajes influyentes del Estado.

Mientras que la Gran Logia de Escocia se funda en 1736, la masonería francesa no es aún muy floreciente. Probablemente hay menos de un centenar de

masones y sólo tres o cuatro logias en París. Este pequeño contingente masónico ni siquiera es coherente; los católicos y los protestantes no se entienden demasiado. Algunas logias obedecen a Londres, otras mantienen su independencia. Esta situación, no muy lucida, es agravada por una bula del papa Clemente XII decretando que la francmasonería daña la salvación de las almas. Una artista de la ópera, la Cartón, añade un toque sombrío al cuadro desvelando algunos secretos rituales; amante de varios francmasones, es sin duda una informadora de la policía a la que proporciona datos.

Para dar un impulso más constructivo a la masonería, era precisa una declaración concretando los objetivos de la Orden y la naturaleza de su pensamiento. André Michel de Ramsay logra esta empresa al pronunciar un discurso que se imprime muy pronto; el texto circula a hurtadillas y obtiene una difusión lo bastante amplia para llegar a la nobleza y a los intelectuales.

Ramsay es un escocés nacido en 1686; ha viajado por toda Europa donde ha conseguido ganarse la gracia de varias familias nobles. Miembro de la Academia Real de Inglaterra y doctor en Derecho Civil por Oxtord, tiene dos personalidades muy distintas; por un lado, Ramsay es un discípulo de Fenelon, del que fue albacea testamentario; secretario de madame Guyon, se adherirá a la doctrina del «puro amor» y favorecerá la corriente masónica de obediencia católica contra los pastores protestantes. Por otra parte, Ramsay es un político bastante retorcido que goza de apoyos oficiales; para muchos, desempeña un papel de espía a sueldo de los Estuardo que lo mandaba a las distintas capitales europeas para obtener información de fuentes seguras. Su fe masónica no puede ser puesta en duda; en su discurso a los masones franceses, predica la tolerancia universal y da así una «contraseña» que a continuación será retomada constantemente. Para él, la masonería es de origen caballeresco; rechaza sus ascendentes obreros, puesto que es hostil a los Compañerismos que no aprecian en absoluto al catolicismo. Desearía que el cardenal de Fleury nombrase a los dirigentes de la masonería francesa que, de este modo, quedarían enfeudados a la Iglesia. Ramsay se hacia una gran idea de la Orden; en una carta dirigida al marqués de Caumont, en abril de 1737, escribe: «Tenemos en nuestra sociedad tres clases de cofrades: los novicios o aprendices; los compañeros o profesos, los maestros o adeptos. Nuestros símbolos alegóricos, nuestros más antiguos jeroglíficos y nuestros sagrados misterios enseñan tres clases de deber a estos distintos grados de nuestros iniciados: a los primeros las virtudes morales y filantrópicas, a los segundos las virtudes heroicas e intelectuales, a los últimos las virtudes sobrehumanas y divinas».

Convirtiendo al francmasón ideal en un ciudadano del mundo y un nuevo caballero del siglo XVIII, Ramsay seduce a gran parte de la nobleza francesa y la prepara para entrar en las logias. Los intelectuales, en cambio, le detestan. Montesquieu le desprecia y Voltaire encuentra «soso» a ese «pedante escocés». Voltaire tiene, por lo demás, bastante mala fe; como los jesuitas aprueban la andadura de Ramsay y se felicitan por su pertenencia al catolicismo militante, el autor del Cándido confunde el oscurantismo cristiano y la masonería caballeresca, haciéndolos a ambos blanco de su crítica. Un poema anónimo titulado La Ramsjyadj, al tiempo que prueba la popularidad de Ramsay muestra que tenía feroces enemigos:

«Proxeneta consolador, se dice de él aludiendo a su amistad con madame Guyon.

En cualquier mano, en toda intriga, verdadero camaleón del tapujo, ese tenebroso iluminado en Edimburgo Quokre desenfrenado, se mostró teísta en Cambray para vender al prelado quietista el honor de su conversión a cargo de la pensión.» Estas burlas populares, con más o menos fundamento, no dificultan la obra de Ramsay, que no intenta reclutar nuevos masones en el pueblo sino entre las más altas clases de la sociedad; indiscutiblemente, su empresa se vio coronada por el éxito y, a su imagen, la masonería francesa se hizo católica y aristocrática.

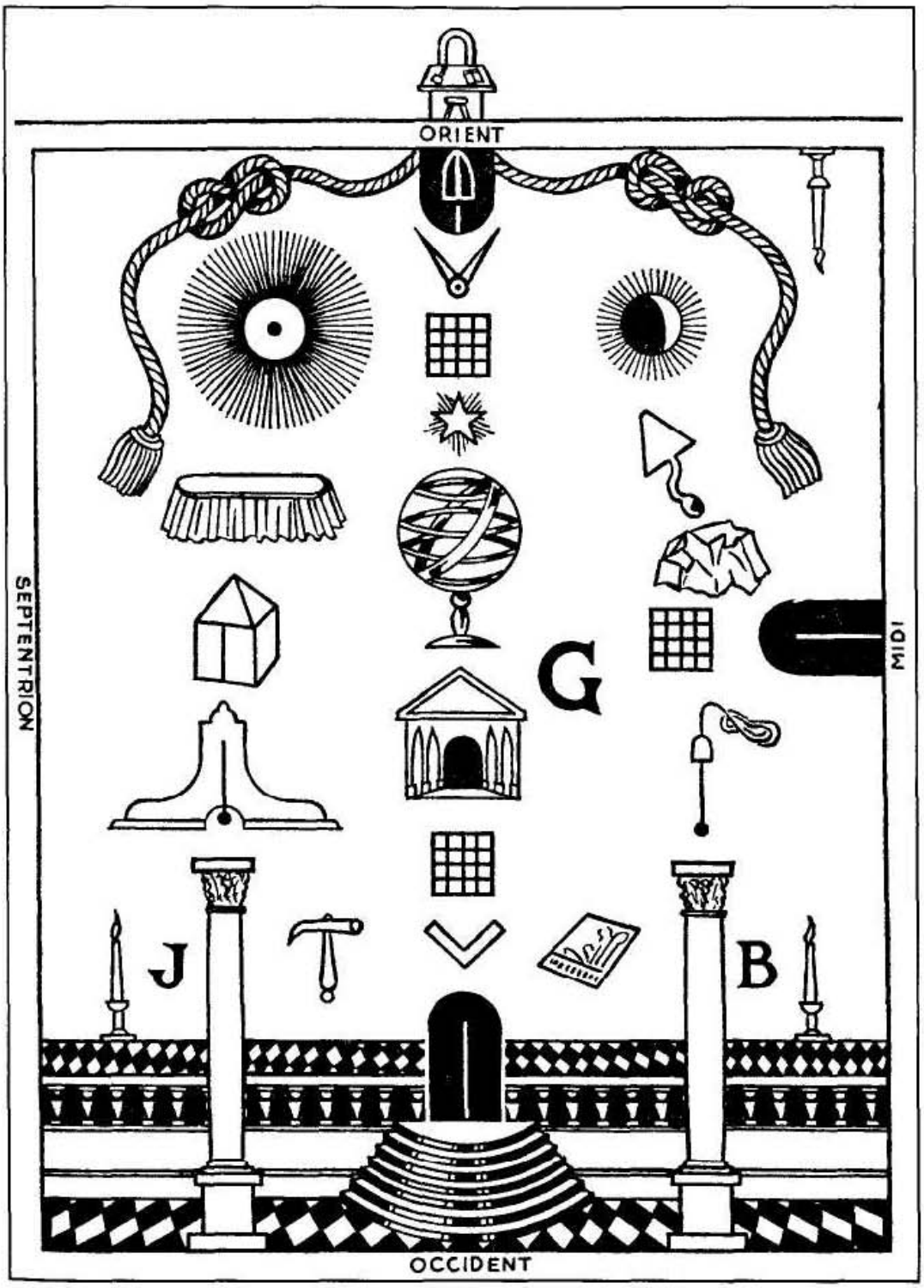
En la Inglaterra de 1737, la masonería tiene mejor salud. Se autorizan incluso manifestaciones oficiales y, durante la toma de posesión del Gran Maestro Darnley, una procesión masónica muy brillante recorre las calles de Londres.

Por la mañana, los grandes oficiales se dirigen a casa del conde de Darnley; después de almorzar, se organiza el cortejo. En cabeza va el Gran Tejero con su espada flameante; siguen, en la Orden, los principales dignatarios, los Maestros de las Logias, los oficiales de las Logias y todos los demás masones. La masonería inglesa goza de una honorabilidad que va a permitirle obtener una audiencia favorable por parte de la población.

En 1737, los franceses toman en sus manos la masonería nacional. Los anglosajones, que le habían dado su primer impulso, son ahora minoría. El duque de Aumont, en el mes de abril, celebra su título de Maestro de las Logias con una cena mundana a la que invita sólo a los hermanos que forman parte de la nobleza. Los otros quedan al margen.

París descubre por fin la existencia de la Orden. Un poco por todas partes se habla de tenebrosos secretos, de temibles juramentos, de una antiquísima tradición; la moda ha llegado de la tolerante Inglaterra y los nobles se adhieren cada vez de mejor gana a la cofradía. Este descubrimiento no provoca una admiración unánime; un abogado del Parlamento de París, Barbier, escribe estas desaprobadoras líneas: «Nuestros señores de la corte han inventado recientemente una orden llamada de los Frimasones, siguiendo el ejemplo de Inglaterra donde había distintas órdenes de particulares; y no tardamos en imitar las impertinencias extranjeras...

Como semejantes asambleas tan secretas son peligrosas en un Estado, estando compuestas por señores, sobre todo en las circunstancias del cambio que acaba de producirse en el ministerio, el cardenal de Fleury ha creído un deber ahogar en su nacimiento esta orden de caballería, y ha prohibido a todos esos caballeros que se reunieran y celebraran semejantes capítulos». Efectivamente, la policía prohíbe las reuniones masónicas pero la advertencia no es escuchada y no pasa de ser teórica. El viejo cardenal está descontento; tras haberlo madurado, decide actuar de modo preventivo. El 10 de septiembre de 1737, el comisario del rey, Delespinay, se pone a la cabeza de los soldados de centinela y acude, hacia las diez y media de la noche, a la tienda del mercader de vinos Chapelot, en la Rappée. Sabe que en aquel lugar se celebra una reunión masónica. Nadie, por lo demás, piensa en negarlo puesto que numerosas carrozas están estacionadas a la puerta de la tienda. Delespinay supera fácilmente la barrera de los lacayos y entra en el templo provisional. Apoyándose en su derecho, anuncia que la reunión está prohibida a varios grandes señores con atavío masónico; éstos no se sienten en absoluto conmovidos y el comisario, a quien el terreno le parece ardiente, prefiere retirarse sin exigir nada más.



Cuadro de Logia que incluye los símbolos de los grados de aprendiz y de compañero. Advirtamos que el sol y la luna, invertidos hoy en los cuadros de logia, están aquí correctamente situados: el sol al norte, la luna a mediodía.

Solo el infeliz Chapelot es objeto de sanciones; tendrá que pagar mil libras de multa y su taberna queda cerrada durante seis meses. Sus hermanos no le abandonan en esta prueba; le prestan dinero v se encargan, en parte, de su subsistencia durante la interrupción del trabajo. La intervención policíaca ha fracasado; los nobles que pertenecen a la masonería son demasiado conocidos para estar realmente inquietos. Ciertamente, corren algunos rumores injuriosos sobre la nueva secta; se acusa una vez más a los masones de pederastia y de diversas desviaciones sexuales, pero todo aquello no supera el estadio del chisme. Además, los francmasones se muestran públicamente en la corte de Luneville, en el ducado de Lorena.

Comienza una evolución irresistible. El 24 de junio de 1738, el Gran Maestro ingles Richmond nombra al duque de Antin Gran Maestro de la francmasonería francesa. El acontecimiento es considerable; por primera vez, la Orden está dirigida por un miembro de la alta nobleza que ocupa funciones oficiales, puesto que el duque de Antin, nacido en 1707, es gobernador del Orleanesado. A causa de una carrera militar bastante buena, goza de cierto prestigio en la corte aunque su lío con la célebre actriz Le Duc de un poco que hablar. De hecho, se trata de un pequeño golpe de Estado pues Richmond, que será asesinado poco tiempo después por un marido celoso, no está en absoluto facultado por la Gran Logia de Londres. Actúa por convicción personal y por amistad hacia el duque de Antin; los ingleses están muy descontentos por no haber sido consultados para hacer aquel nombramiento que independiza definitivamente la masonería francesa; pero se ven obligados a doblegarse ante el hecho consumado.

Se promulgan nuevas Constituciones. El artículo 1 da su tono: «Nadie será recibido en la Orden si no ha prometido y jurado un afecto inviolable a la religión, al rey y las costumbres». El duque de Antin quiere una masonería creyente y moral, respetuosa del orden establecido y de las conveniencias sociales. Vela por la mejoría de los decorados masónicos, por la elegancia de los trajes y la limpieza de los lugares de reunión. Se abandonan las tabernas de los tiempos heroicos y se cambian por confortables salones donde abundan los tapices y el encaje.

Cuando Federico II de Prusia es iniciado, en 1738, contempla de otro modo el destino de la masonería. Apasionado por las ciencias esotéricas en su juventud, estima que la Orden no tiene como misión organizar fiestas de caridad sino, más bien, preservar los secretos iniciáticos. Más tarde, Federico se peleará

con algunos Venerables y se mostrará más bien hostil a la organización que tanto había amado antaño; sus ideas iníciales, sin embargo, darán frutos en Alemania donde el carácter esotérico de la masonería se desarrollará mucho más que en Francia durante el siglo XVIII.

Abril de 1738 reserva a los masones una sorpresa desagradable; por medio de una bula, el papa Clemente XII, de 85 años de edad, excomulga a los francmasones porque son herejes y admiten en su seno a personas de cualquier religión. El texto se glosó mucho y los católicos francmasones estimaron que no se trataba de herejía propiamente dicha sino, más bien, de cierta «molestia» de la Iglesia producida por el secreto masónico que parecía incompatible con los dogmas de la religión revelada. Puesto que Clemente XII añade que condena a la masonería «por otras causas justas y razonables que nos son conocidas», muchos historiadores han procurado descubrirlas. Alec Mellor, por ejemplo, que desea hoy el acercamiento de la masonería y la Iglesia, imaginó una ingeniosa explicación que elimina cualquier conflicto religioso en el origen de la bula. A su entender, es el caballero de san Jorge, pretendiente Estuardo al trono de Inglaterra, quien habría pedido al papa una condena oficial de la masonería, que molestaba su proyecto de regresar a su país. Habría prometido al papa restaurar el catolicismo en Inglaterra si la bula era lo bastante explícita.

Fuera cual fuese la naturaleza de la inspiración de Clemente XII este inicia la era de las luchas entre los dos poderes. De 1751 a 1902, la masonería sufrirá diez severas condenas por parte de la Iglesia, sin contar múltiples escaramuzas. La empresa del papa, sin embargo, no se ve coronada por un éxito pleno ya que el Parlamento de París se niega a inscribir la ley promulgada por un soberano extranjero, El cardenal de Heury, poco sospechoso de simpatías hacia la Orden, prefiere desobedecer al soberano pontífice antes que descontentar a la nobleza y turbar la serenidad de-Francia. Los masones franceses, por consiguiente, no son excomulgados oficialmente. Los masones ingleses, a pesar de esta astucia administrativa, se sienten bastante escandalizados y critican abiertamente a sus hermanos franceses, acusándoles de inmoralidad y de libertinaje.

En 1740, París cuenta con una decena de logias y las provincias con unas quince. A pesar de este reducido efectivo, la Orden es un tema de actualidad; se representa una obra titulada Los Frimasones donde se ve a un pobre poeta golpeando a la puerta del templo con la esperanza de encontrar un empleo que le saque de la miseria. Los jesuitas siguen un camino idéntico haciendo que se represente en sus colegios un pequeño drama burlesco que ridiculiza la

iniciación masónica.

La policía, tras haber encarcelado a algunos masones demasiado turbulentos, ejerce una vigilancia cada vez más discreta bajo la dirección del teniente general de policía Berryer. En 1742, le sucede De Marville. Menos tolerante que su predecesor, utiliza su carácter puntilloso y gruñón en todos los terrenos que le están reservados. Respondiendo a la inquietud crónica de Luis XV en lo referente a la seguridad interior del reino, espía los menores hechos y gestos de los masones, reuniendo en gruesos expedientes los chismes más insignificantes. Por fortuna, el ministro Maurepas, que tal vez sea francmasón, pone freno a aquel ardor e impide al policía cruzar los límites de su despacho. La situación durará hasta 1747.

El abate Pérau da a la imprenta en 1742 El secreto del francmasonerie publicación que contiene la actitud propia de los anti masones que periódicamente, sacan a la luz pública los horrores que cada cual sospechaba en silencio.

El éxito, claro está, es inmenso y los lectores se apasionan por esos rituales extraños practicados por la gran nobleza. Los masones franceses están consternados; se sienten traicionados y burlados. Los masones ingleses, como de costumbre, están escandalizados y acusan a sus hermanos franceses de intolerables negligencias. Están en mala situación, sin embargo, para desempeñar el papel de jueces de paz, pues un conflicto profundo opone a los defensores del rito de York a la Gran Logia de Londres. Con rotundo autoritarismo, ésta expulsa a cuarenta y cinco logias, demasiado insolentes, sólo en el distrito de la capital inglesa. Algunos bromistas se permiten fijar carteles anunciando que es posible ser masón si se dispone de dos chelines y seis peniques.

El vivaracho duque de Antin muere en diciembre de 1743. En cuanto se plantea, el problema de la sucesión queda resuelto: Luis de Borbón Conde, conde de Clermont, dirigirá la masonería. Nació en 1709 y sus padrinos fueron el propio Luis XV y la duquesa de Berry. Poseedor de seis abadías de confortables rentas en 1733, será también abad de Saint-Germain-des-Prcs, lo que le proporciona una considerable fortuna. Aquel hombre sensual y goloso tenía una gran pasión: la carrera de las armas. Desgraciadamente, quedó en ridículo con bastante rapidez y se consoló corriendo detrás de las faldas. Sus líos con algunas «artistas» fueron a veces tan escandalosos que el rey, poco inclinado a la moral, sin embargo, se vio obligado a exigirle algo más de discreción. Aficionado a proteger las armas, las letras y las ciencias, el conde de

Clermont da fastuosas recepciones donde brilla junto a los mejores ingenios.

Dirigir la francmasonería supone, para él, una vanagloria suplementaria. Quiere orden y dignidad, y exige la exclusión de todos los que no sean gentilhombres y buenos burgueses. Muy pronto, las asambleas masónicas le aburren; poco tiempo después de su elección, abandona París y vuelve a la guerra en la que espera realizar grandes hazañas. Claramente inepto para esa profesión, alternara las amantes y los placeres mundanos ocupándose, episódicamente, de la masonería.

Desde su elección, el duque de Antin se descarga de las obligaciones administrativas de su función confiándolas a un sustituto, el banquero Christophe Jean Baur, de origen suizo. No poseemos informaciones seguras sobre ese hombre que, puesto en una posición delicada, fue acusado de practicar la usura y de enriquecerse «vendiendo» grados, es decir, atribuyendo títulos iniciáticos a cambio de especies contantes y sonantes. Ciertamente, Baur prestaba dinero a varios artistas de la ópera y a algunos hijos de familia noble; es imposible, sin embargo, acusarle formalmente de manejos financieros en el interior de la masonería. Algunos historiadores han asumido su defensa, suponiendo que los nobles, colocados bajo la autoridad de un pequeño burgués, lanzaron contra él una campaña de calumnias.

En este clima que no puede calificarse de sereno, la masonería sigue extendiéndose por París y por provincias. Los Venerables Maestros son nombrados para toda la vida y su elección reviste gran importancia, puesto que «tiñen» la logia con sus opiniones personales durante varios años.

Los masones que buscan la iniciación están algo decepcionados. Por eso favorecen la creación de altos grados más allá de los tres primeros, aprendiz, compañero y maestro. En su origen, esos nuevos grados constituyen intentos de escapar a la mediocridad ambiental; veremos más adelante los peligros propios de semejante andadura. Advirtamos también que algunos maestros masones, cuyo nombre no se ha conservado, reintrodujeron en los rituales varios elementos simbólicos, especialmente las pruebas de la tierra, del agua, del aire v del fuego. Sin haber sido olvidados por completo, esos elementos fundamentales de la iniciación masónica no gustaban en absoluto a los grandes señores. La minoría iniciática, aunque poco escuchada, consigue, pues, actuar.

Los ingleses desconfían de la masonería francesa. Un tal Jacques Douglas, antiguo Gran Maestro, llega a Francia en 1743. Sus hermanos le han confiado una misión muy concreta: visitar el mayor número posible de logias

francesas, criticar al duque de Antin y a sus émulos, enseñar a todos que la verdadera vía masónica es la de Inglaterra. Douglas no obtiene resultados espectaculares en tres años de viaje y, sospechoso ante la policía de mantener una actividad subversiva, acaba en la Bastilla. El cardenal de Fleury muere en 1743; con él terminan las jugarretas policiales que habían puesto trabas a la expansión de la naciente masonería. Fleury no era un fanático, un católico exacerbado, sino un oponente intelectual a la masonería. No creía en sus objetivos humanitarios y la consideraba, más bien, como un futuro partido político que algún día se mezclaría en los asuntos del Estado.

En 1746, lord Derwentwater, uno de los primeros animadores de la rama francesa de la Orden, es ejecutado en Londres por motivos políticos. Da pruebas de un notable valor, y sus últimas palabras son un mensaje para todos sus hermanos: «Muero», dijo, «como hijo humilde y verdaderamente obediente de la Santa Iglesia apostólica y católica, en perfecta caridad con todos los hombres». Muchos masones recogen estas palabras con emoción y están decididos a mantener la Orden en una vía espiritual que completa la de la Iglesia sin oponerse a ella.

En el año 1746 aparece, también, una nueva divulgación sensacionalista, Los francmasones aplastados, atribuida a un abad no identificado. El autor revela que los profanos que desean introducirse a hurtadillas en una logia son severamente castigados: ¡con la ayuda de un tubo, se los riega de la cabeza a los pies! Los perjuros sufren abominables castigos: les arrancan la lengua y cuelgan su corazón, caliente aun, de un clavo. Para poner fin a esos festejos, queman el cadáver. Desconfiemos de los masones, profetiza el autor; están implantados en varios países de Europa y quieren aniquilar todas las sociedades existentes. Esas increíbles mentiras no encuentran demasiada audiencia y se prestan, más bien, a las sonrisas.

La expulsión de los jesuitas es el acontecimiento más señalado de 1746. La Compañía de Jesús era, sin embargo, muy influyente pero su rígida actitud provoco el descontento del Parlamento, de la universidad, de los intelectuales de renombre y, ya de paso, de los francmasones. No sería serio hablar, en esa época, de un conflicto abierto entre jesuitas y masones; los primeros se burlaron de los segundos, a los segundos no les gustan los primeros. Los jesuitas recordarán ese revés y aprenderán el arte de la diplomacia; algunos consideran que la masonería no es del todo ajena a la expulsión y guardarán un rencor que sólo florecerá más tarde.

En 1747, tres escritores están de actualidad. Montesquieu, primero, que

considera que el pueblo cae en la desgracia cuando aquellos a quienes concede su confianza son corruptos e intentan corromper a los demás. El autor de El espíritu de las leyes, notorio francmasón, está buscando una nueva moral pública y piensa en emplear la masonería para realizar este designio. Voltaire se encuentra en la corte masónica de Luneville, donde habla con numerosos hermanos a los que complacería admitirle en la Orden; interesado. Yohaire mantiene sus distancias. Diderot, finalmente, se encarga de la dirección de la Enciclopedia en compañía de D'Alembert. Febrilmente, pone manos a la obra con la intención de proponer al mundo una filosofía inédita y la suma de los conocimientos adquiridos hasta aquel día.

El año 1750 señala el punto de partida de una francmasonería mística. Según un escrito contemporáneo, "la mayoría de los hermanos no saben casi nada de nuestro arte porque se olvida su instrucción». Un joven de veinte años, Jean-Baptiste Willermoz es iniciado aquel año en Lyon: percibe de inmediato las debilidades de la Orden y decide ponerles remedio. Su personalidad está lo bastante afirmada para ser elegido Venerable a los veintidós años; ese gran comerciante, discípulo de Martines de Pasqually y amigo de (Clau-de de Saint-Martín, consagra toda su vida a la elaboración de un cristianismo esotérico donde las prácticas ocultas están en primer plano. Willermoz convertirá Lyon en el centro de una mística masónica de adeptos poco numerosos pero muy convencidos, que lucharán contra el materialismo y la filosofía racional. Desgraciadamente, Willermoz no conseguirá fundar un sistema de pensamiento coherente y se sumirá, al final de su vida, en el espiritismo y el sonambulismo. Las autoridades católicas, bastante benevolentes, no alentarán su movimiento, y las autoridades masónicas se separarán progresivamente de él. Willermoz es un excelente ejemplo de esos masones del siglo XVIII que tienen la intuición de que su Orden contiene valores espirituales y esotéricos, pero que no consigue, por falta de sólidos conocimientos simbólicos, ponerlos plenamente de relieve.

En 1751, el papa Benito XV condena la masonería retomando los viejos estribillos: secreto inadmisible, juramento inconfesable, etc. Los ingleses están divididos en masones «modernos» y masones «antiguos», dirigidos éstos por un pintor de paredes irlandés, Laurence Dermott. Las injurias brotan de ambos lados sin llamar la atención del gran público.

Las pequeñas querellas masónicas se difuminan ante la gran batalla de la Enciclopedia, que comienza en 1752 con la aparición del primer tomo. Jesuitas y jansenistas se ponen de acuerdo para protestar contra la empresa, precisamente cuando el consejo de Estado prohíbe la venta de la obra. A la hermosa madame

de Pompadour, tan influyente, no le gustan mucho los jesuitas ni la virtud moraliza-dora; para contrarrestar el movimiento hostil a la Enciclopedia, la favorece con discreción y eficacia.

El siglo XVIII descubre la razón, la ciencia, los inventos técnicos; ciertamente, esa corriente intelectual existía antes, pero encuentra en la Enciclopedia un prodigioso instrumento de difusión. Diderot no es ateo; rechaza la visión católica del mundo porque le parece demasiado estrecha y porque ahoga las facultades razonadoras del ser humano. Socialista antes de tiempo, escribe esta sorprendente frase en el discurso preliminar: «Los nombres de los artesanos, los verdaderos bienhechores de la humanidad, son ignorados casi todos mientras que los de los destructores, es decir, los conquistadores, no son ignorados por nadie. Sin embargo, tal vez sea entre los artesanos donde haya que buscar las pruebas más admirables de la sagacidad del espíritu, de su paciencia y de sus recursos». Diderot no era masón, y la masonería de su época no se componía ya de los artesanos por los que tanto interés sentía el escritor. Curiosa paradoja, en verdad: un no masón expresa una opinión bastante acertada sobre la verdadera naturaleza de una francmasonería que no es ya lo que debiera ser.

Curiosamente, un texto publicado en Londres, en 1753, da otra definición muy interesante de la francmasonería, más profunda que la de Diderot; se trata de un escrito atribuido a Enrique VI que, al parecer, copió Johann Leylande. A la pregunta: « ¿Cuál es el misterio de la masonería?», se responde: «Es el conocimiento de la naturaleza, el discernimiento del poder que encierra y de sus múltiples obras, en particular el conocimiento de los números, de los pesos, de las medidas y del buen modo de modelar todas las cosas para uso del hombre, sobre todo las habitaciones y los edificios de todo género, así como todas las demás cosas que contribuyen al bien del hombre». Aunque algunas minorías masónicas defienden los valores ancestrales de la Orden, la masonería francesa vive serias dificultades internas. El banquero Baur, detestado por todos, deja como sustituto del Gran Maestro al maestro de baile Lacorne, que apoyará al partido de los pequeños burgueses contra los aristócratas. Salen a la luz fuertes odios y mantienen un clima en el que el grado fraterno es bastante bajo.

En 1756, el barón de Hund funda la Estricta Observancia destinada, en un primer tiempo, a resucitar la orden del Temple. Algunos masones se interesan por ella, especialmente Willermoz. La empresa tendrá un gran éxito en Alemania, pues Hund llena el nuevo ritual de alusiones simbólicas que encantan al romanticismo germánico. Además, aparece un mito: el de los «superiores desconocidos» que dirigirían la masonería y la mantendrían en el buen camino

sin ver nunca a los iniciados de los grados más bajos. Para algunos, los superiores desconocidos no eran hombres sino entidades que vivían en lo astral, desde donde emitían influencias ocultas. La Estricta Observancia contribuyó a la expansión de un rito masónico particular, el Rito Escocés rectificado, que es, a la vez, de inspiración cristiana y templaría. En el plano simbólico, compromete a los iniciados a participar en la construcción de los templos sucesivos que se reabsorben en la Jerusalén celestial que no construye la mano del hombre.

El ocultismo masónico está de moda en aquel año de 1758, cuando el enigmático conde de Saint-Germain escribe a la corte que ha descubierto el medio de fabricar oro. Se muestra muy persuasivo puesto que la Pompadour lo autoriza a instalarse en Chambord e incluso, en Versalles; sin duda habló con Luis XV, que le confió una misión de agente secreto en varios países extranjeros. Choiseul detesta a Saint-Germain e intenta lograr que le detengan; avisado a tiempo, huye a Inglaterra. Naturalmente, para la opinión pública las protecciones de las que goza sólo pueden ser masónicas. Saint-Germain no es más que uno de esos inaprensibles personajes que contribuyen a hacer misteriosa una Orden que permanece, sin embargo, muy fiel a la Iglesia v se preocupa por la buena reputación de sus miembros.

En 1761 se produce un curiosísimo acontecimiento cuyas consecuencias serán considerables. Un masón llamado Stephen Morin recibe una «patente» que le da autorización para fundar logias en América y propagar allí los altos grados. Todo está envuelto en el misterio; en primer lugar, el personaje, ese Morin nacido en Nueva York, en una familia protestante que fue luego a La Rochelle. Parece tener naturalmente vocación de embajador y lleva a cabo su tarea a la perfección. la famosa «patente» fue establecida por la Gran y Soberana Logia de San Juan de Jerusalén que pone de relieve la antigua filiación de la Orden, los rimbombantes títulos que concede y el ideal fraterno que mantiene, todo ello extremadamente seductor para la joven nación americana que admira mucho el pasado europeo. Es muy difícil discernir lo que pertenece a la leyenda en este asunto, que es, sin embargo, la expresión de una nueva realidad masónica: la profusión de los altos grados, agrupados en un sistema de veinticinco grados, el Rito de Perfección, de donde nacerá el Rito Escocés Antiguo y Aceptado. Este ocupara, en adelante, una posición muy fuerte y muy original en el seno de la masonería mundial.

Voltaire, en 1764, dirige sus ataques contra la Iglesia y contra la francmasonería que no le parecen fundamentalmente distintas. «Que todos los eclesiásticos», escribe, «estén sometidos, en todo caso, al gobierno, porque son

súbditos del Estado». No admite ya la autonomía del mundo religioso que, a su entender, se mezcla demasiado en política. No creamos, sin embargo, que atribuye a la masonería la posibilidad de llevar a cabo semejante revolución; en su Diccionario filosófico, trata con desprecio a los «pobres francmasones», amables bromistas que no pueden proponer filosofía seria alguna. «Todo lo que veo arroja las semillas de una revolución que llegará sin falta», profetiza el escritor en una carta al marqués de Chauvelin. No sabe todavía que algunos extremistas opuestos al régimen monárquico francés son admitidos en las logias.

En su conjunto, la masonería se preocupa muy poco por las ideas revolucionarias que están germinando, tan evidente es su anarquía administrativa. El maestro de baile Lacorne, sustituto del conde de Clermont, es cada vez mas detestado; los aristócratas, que desean su perdición, le tratan de «vendedor de zis-zas». Irritado, Clermont le sustituye por un noble, Chaillon de Joinville, contra el que se levantan de inmediato los pequeños burgueses, partidarios de Lacorne. En 176 5, la mayoría de los «lacornistas» son expulsados de los puestos de responsabilidad que ocupaban. No se reconocen vencidos por ello v entre las dos facciones «fraternas» el tono \a su hiendo.

En diciembre de 1766, durante la fiesta de la Orden, los hermanos enemigos llegan a las manos \ libran una autentica batalla campal. Clermont, enfermo de gota, no asiste a esa profanación del Templo. Los «lacornistas» son los grandes vencidos de aquel duro intercambio de puntos de vista; todos los Venerables que reivindican esa tendencia son destituidos. Para vengarse, denuncian a vanos aristócratas a la policía. El partido adversario actúa del mismo modo. Harta de esos conflictos que le parecen bastante embrollados, la policía prohíbe las reuniones masónicas en París y obliga a la Gran Logia a cesar la mayor parte de sus actividades durante cuatro años. Probablemente el propio conde de Clermont pidió esta intervención, para que «su» Orden recuperara algo de calma y de dignidad.

Encontramos de nuevo el rastro de la masonería en 1770, en la región de Lunéville, donde se desarrolla un proceso sintomático. Los acusados son el obispo de Toul y el cura de Lunéville, que se negaban a celebrar una misa por el descanso del alma de un masón. De inmediato, la Orden había llevado el asunto ante los tribunales, que le dieron la razón; la misa se celebra.

El duque de Clermont muere el 16 de junio de 1771, cuando las reuniones de la Gran Logia siguen prohibidas. El balance administrativo es catastrófico, el ideal de la masonería francesa es de los más difusos, pululan los ritos anárquicos, los hermanos componen pequeños cenáculos que se encierran en

disputas estériles. Aparentemente, la masonería está en un callejón sin salida. Lacorne y sus amigos consiguen entonces dar un golpe magistral; se ganan la confianza de un gran señor, barón del remo, Anne-Charles-Sigis-mond, duque de Montmorencv-Luxembourg. Muy interesado por la masonería, está dispuesto a sacarla del pozo. Primo del rey, conoce perfectamente a los miembros más influyentes de la corte; para resucitar la masonería, es preciso elegir a un personaje de primer plano, a un hombre lo bastante conocido para que proteja a la Orden bajo su ala y le confiera nuevos títulos de nobleza tras tantos años de anarquía. Este hombre no es otro que Felipe, duque de Orleáns y duque de Chartres, de sangre principesca, que se con-vierte en Gran Maestro a los veinticuatro años. Nacido en 1747, supo casarse en 1769 con una rica heredera cuya fortuna le permitió satisfacer su pronunciada afición a los placeres mundanos. Su forma de libertinaje es bastante grosera v le hace odioso a muchas damas de la corte. Alentado por su célebre secretario, Choderlos de Lacios, manifiesta su afición a todo lo que procede de Inglaterra y su asco por el gobierno francés. Felipe, en efecto, está devorado por la ambición política; le parece que la mejor vía para llegar a sus fines es una matizada oposición al régimen vigente; por otra parte, eso le vale la estima del pueblo. En 1770, por ejemplo, había adoptado al partido del Parlamento contra Luis XV, obteniendo así una buena popularidad de la que estaba muy orgulloso. Por consejo de Choderlos de Lacios, mantiene un equipo de panfletarios y agitadores de tres al cuarto, a los que paga para mantener un leve clima de revuelta que, a su entender, le será útil algún día.

El duque de Montmorencv-Luxembourg tiene pocos puntos comunes con el nuevo Gran Maestro. Muy cultivado y bastante apegado a sus privilegios de gran señor, el duque es un adepto a una moral bastante rigurosa contra el libertinaje de la corte. Nombrado administrador general de la Orden, es su verdadero dirigente y da pruebas, desde el comienzo, de un gran talento de administrador. De hecho, esta doble dirección de la renaciente masonería lleva, en su interior, una grave contradicción; el duque de Chartres tiene la intención de utilizar la Orden para criticar el poder y obtenerlo por su propia cuenta, mientras que Montmorencv-Luxembourg quiere convertirla en un fiel apoyo de la monarquía.

La euforia de los primeros momentos deja en las sombras esas disensiones de origen. Luxembourg trabaja sin interrupción en la reorganización administrativa de la Orden; reúne numerosos comités restringidos, habla con los principales dignatarios y pone rápidamente a punto un provecto definitivo. En diciembre de 1772, la Gran Logia de Francia es disuelta. La reemplaza

oficialmente, el 26 de junio de 1775, el Gran Oriente de Francia. En adelante será el único poder legislativo francés y la única instancia superior que agrupe todos los talleres.

Ese golpe de Estado autoritario descontenta a algunas de las logias no consultadas por el administrador general; varios Venerables, cuyo privilegio inamovible es puesto en cuestión, se niegan a doblegarse a las nuevas directrices v permanecen unidos en la Gran Logia de Francia. Pero Montmorency-Luxembourg es demasiado poderoso; con la ayuda de la policía, ejerce una discreta presión sobre los masones disidentes y les obliga, en su mayoría, a integrarse en el Gran Oriente. La oposición se disgrega muy pronto, tanto más cuanto que los dignatarios del Gran Oriente son lo bastante hábiles como para «recuperar» la casi totalidad de los archivos que poseían los escasos oponentes que reivindicaban aún la antigua Gran Logia.

Todo está ya preparado para asegurar el éxito del Gran Oriente; se nombran «grandes oficiales», los cuadros administrativos (especialmente los tesoreros) entran en funciones, un «gran colegio de los ritos» recibe la misión de ocuparse de los grados superiores al de Maestro, para lograr que cese la proliferación de «altos grados». Digamos de paso que el Gran Oriente prohíbe la entrada a sus templos a los artesanos y a los criados, permaneciendo fiel a la línea de conducta de la masonería moderna, hostil a los Compañerismos.

Las protestas contra la creación del Gran Oriente no cesan por completo. Algunos masones son encarcelados, por demasiado refractarios, durante algunos meses. Las logias escocesas se mantienen prudentemente al margen, esperando la continuación de los acontecimientos. En el futuro, el Gran Oriente iniciará con ellas numerosas negociaciones sin conseguir absorberlas. Recordemos que esas logias no están compuestas por escoceses, pero practican un sistema simbólico de tres grados que se prolonga en una serie de «altos grados >, progresivamente organizado durante el siglo XVIII; el conjunto de las logias que lo respeta representa el «escocismo», corriente de pensamiento masónico que reivindica, ante todo, una especificidad que ni el Gran Onente ni los distintos poderes políticos conseguirán destruir.

En 1773, el filosofo Joseph de Maistre es iniciado en Chamberv, en la logia «los tres morteros» cuya actividad intelectual le parece muy pronto insuficiente. Encariñado con los símbolos de la masonería, intentara hacerla entrar en un «cristianismo trascendental» que estaría, a la vez, más allá del catolicismo temporal y de la masonería elemental. Joseph de Maistre se apoyara, esencialmente, en los «altos grados» del Rito Escocés Rectificado, cuya

vinculación a la orden de los templarios hemos mencionado ya. Los masones contemporáneos que practican este rito reivindican aun esa forma de cristianismo iniciático que no es una de las menores originalidades de la Orden.

Una divertida anécdota de aquel mismo año sitúa bien las relaciones de la Iglesia y la masonería. En Lourdes, el notario Gambotte v el abate Dorleac entablan una violenta disputa. Mejor pugilista, el abate da una soberana paliza a su adversario que presenta denuncia. El abate no vacila en proclamar públicamente su pertenencia a la francmasonería v la denuncia se diluye en los meandros de la administración judicial. Más serio es el ataque de los masones de Boston contra los bajeles británicos; es un verdadero preludio a la guerra, v el masón Washington encuentra de inmediato atentos oídos en la masonería francesa que ha contribuido mucho a la implantación de la Orden en América.

El Gran Oriente ocupa su primer gran local en 1774, en el actual Nº 82 de la calle Bonaparte; lugar en el que antes se encontraba, el noviciado de los jesuitas, los dirigentes del Gran Oriente están bastante satisfechos; sus efectivos crecen mientras que los de la Gran Logia, refractaria todavía a la unión, disminuyen. Además, las logias militares viven un cierto desarrollo. Compuestas, por lo general, de nobles provistos de grados importantes, se desplazan con los regimientos y contribuyen a difundir en provincias el espíritu masónico.

Las relaciones entre Iglesia y masonería se hacen tensas. El cura de Sables-d'Olonne se niega a decir la misa en la fundación de una logia de masones que son, sin embargo, buenos cristianos. El recurso al obispo y, luego, a las autoridades parisinas, topa con una negativa. En 1775, el duque de Chartres no consigue, al parecer, obtener una misa mayor en honor de la Orden. Sin duda a causa de su personalidad libertina y revoltosa, el clero comienza a desconfiar de la masonería. Sólo la masonería de la corte de Luneville preserva su reputación; tras una negativa del obispo de Toul referente a la celebración de un servicio fúnebre para los masones difuntos, el tribunal, tras la demanda de los dignatarios masónicos, reprende al eclesiástico.

En 1775, la masonería cuenta por lo menos con treinta mil hermanos en Francia. El éxito del Gran Oriente es innegable, pero lo amenaza un grave peligro; aquel año aparece la secta de los Iluminados de Baviera, fundada por Weishaupt, hombre de temperamento violento y colérico. Aquel profesor de derecho canónico deseaba sembrar la tormenta en Europa, aboliendo las leyes en vigor a las que consideraba inicuas y militando por la igualdad y la libertad. En Wilhelmsbad, choca con el inmovilismo de los masones, a quienes querría ganar

para su doctrina. Furioso y decepcionado, pide a sus adeptos que penetren por la fuerza en las logias y las utilicen para preparar una gran revolución. Weishaupt fracasará, pero algunos iluminados, convertidos en francmasones dada la debilidad de los criterios de reclutamiento, harán declaraciones extremistas en nombre de una Orden que les desmiente. Varios historiadores confundirán, luego, la masonería con la secta de los Iluminados, atribuyendo a la primera intenciones que nunca tuvo.

En 1778, las trescientas diez logias del Gran Oriente siguen negando la entrada en el templo a los obreros, porque no son «hombres libres», Esta rigidez doctrinaria explica, en parte, las persecuciones que la masonería sufrirá muy pronto, durante la Revolución; ¿cómo podían los «operativos» admitir una institución que les trataba como esclavos y les negaba el acceso a las doctrinas humanitarias que profesaban? La escisión entre Compañerismo y masonería no es ajena a los grandes conflictos sociales que se anuncian.

El 8 de abril de 1778, todas las miradas se vuelven hacia la logia «Las nueve hermanas», dirigida por el astrónomo Jéróme Lalande. Tiene el inmenso privilegio de recibir a Voltaire como aprendiz francmasón, durante una ceremonia muy mundana, en presencia de Benjamín Franklin.

Todo el cuerpo masónico se llena de un íntimo orgullo, poco justificado no obstante: Voltaire es un anciano al que se le ahorran las leves pruebas físicas. Morirá el 30 de mayo siguiente, tras haber criticado a la masonería durante la mayor parte de su vida. Su padrino en la Logia, el abate Cordier de Saint-Firmin, intenta que se olviden esos penosos recuerdos gracias a un brillante discurso: «Querido hermano», le dice a Voltaire, «erais francmasón antes incluso de recibir ese carácter, y habéis cumplido los deberes antes de haber contraído, en nuestras manos, la obligación». De hecho, la iniciación de Voltaire procura a la masonería más problemas que beneficios. El escritor, en efecto, muere fuera de la Iglesia; la logia «Las nueve hermanas», enojada por la intransigencia eclesiástica, reúne una manifestación pública para celebrar la memoria del ilustre hermano. Diderot, Condorcet v D'Alembert se niegan a acudir; la corte no aprecia aquel acto de independencia y las instancias superiores del Gran Oriente menos aún. Reprochan al Venerable Lalande sus insensatas decisiones que turban el orden público y prohíben a los miembros de «Las nueve hermanas» que tomen en el futuro iniciativas semejantes. Benjamín Franklin sustituye a Lalande el año siguiente v acalla las pasiones del taller; necesitan en exceso el apoyo global de la masonería como para salir de la ortodoxia.

Ese mismo año 1778 es también el año glorioso del francmasón y magnetizador Antoine Mesmer, que abre en París un consultorio frecuentado por la mejor sociedad. Considerado un charlatán por sus colegas v por muchos historiadores, Mesmer tal vez no fuera el ridículo personaje que se ha descrito a menudo. Sus ideas estaban a veces bastante cerca de la genial medicina homeopática, v fue uno de los primeros sabios contemporáneos que relacionó la situación del cosmos con el inicio de las enfermedades. Fundó la logia llamada «Sociedad de la armonía universal» e intento prolongar las investigaciones de los médicos de la antigüedad que tenían una concepción sintética del cuerpo humano. Por muy oscuras razones, Mesmer se peleó con los masones que habían favorecido ampliamente su éxito convirtiéndole en un hombre público; se vio entonces obligado a abandonar París y murió en el olvido.

Franklin, por su parte, hace una gran propaganda en las logias de la causa americana. Es alentado en todas partes y obtiene armas y dinero. Los masones se entusiasman ante esa noble lucha en la que se distingue el hermano La Fayette. Esta generosidad de intenciones no es, por desgracia, completa, puesto que circulares del Gran Oriente, fechadas en 1779, ordenan a las logias que restrinjan la admisión del pueblo llano con el pretexto de que no tiene bastante dinero para practicar la beneficencia.

La aventura francesa de Cagliostro, a partir de 1780, perjudica a la masonería. Aquel hombre muy pagado de sí mismo y con alma de intrigante funda logias y distribuye falsas estatuillas egipcias a pseudo-grandes iniciados que se dejan atrapar por su cháchara. Cuando estalle el asunto del «collar de la reina», será detenido junto a su protector, el cardenal de Rohan, y se sospechará que los masones están metidos, a través de él, en sórdidos manejos.

La corte de Luis XVI no es hostil a la Orden. El rey nunca fue, probablemente, masón a pesar de numerosas afirmaciones sobre el tema; dejó que la Orden se desarrollara sin trabas. Una carta de Maria Antonieta (cuya autenticidad se discute) expresa muy bien el sentimiento general de la época: «Creo», escribe a su hermana Maria Cristina, «que os impresiona demasiado la francmasonería por lo que a Francia se refiere; está muy lejos de tener aquí la importancia que puede tener en otras partes de Europa, por la simple razón de que todo el mundo pertenece a ella; se sabe así todo lo que ocurre; ¿donde está, pues, el peligro? Habría motivos para alarmarse si fuera una sociedad secreta de política; el arte del gobierno estriba, por el contrario, en dejar que se extienda, y ya no es más de lo que en realidad es, una sociedad de beneficencia y placer. Se come allí mucho, y se habla, y se canta...». Sea cual sea el grado de autenticidad

del escrito, da perfecta cuenta del estado de la masonería francesa ocho años antes de la Revolución.

Leamos por ejemplo el artículo I de un reglamento masónico para uso de las logias, que data de 1782: «Tu primer homenaje pertenece a la divinidad. Adora al ser lleno de majestad que creó el universo con un acto de su voluntad, que lo conserva por un efecto de su acción continua, que llena tu corazón, pero al que tu limitado espíritu no puede concebir, ni definir». A esta frase de rigurosa inspiración católica se añade el artículo VII, que contiene un dato interesante: «Consagrándote al bien de los demás, no olvides tu propia perfección y no desdeñes satisfacer tu alma inmortal. El conocimiento de uno mismo es el gran pivote de los preceptos masónicos».

He aquí, precisado, el punto que se nos escapa: en esta Orden de gala en el que se muestran tantos nobles y tantas personas respetables, ¿cuántos masones se preocupan aún por la iniciación tradicional que era la base de las antiguas cofradías? Ninguna estadística nos responderá nunca, pero los distintos hechos apuntados parecen probar que la tendencia iniciática era débil y poco influyente.

En 1783, los grandes aristócratas como los Polignac o los Rohan dan tono a la masonería francesa. Aceptan codearse con los ricos burgueses y los grandes comerciantes porque éstos detentan el verdadero poder económico, pero se niegan obstinadamente a sentarse junto a los campesinos o los artesanos. Los eclesiásticos francmasones son bastante numerosos; a menudo se cita el ejemplo de la logia «La virtud», instalada en Clairvaux y compuesta, casi por completo, de religiosos. Hasta el comienzo de la Revolución, esos masones celebraban sus sesiones en el propio interior del monasterio.

El 14 de diciembre de 1784, Wolfgang Amadeus Mozart es iniciado en la logia de Viena «La beneficencia». Si la iniciación de Voltaire fue una chanza postrera, la de Mozart es signo de un compromiso espiritual profundo cuyas huellas son fácilmente visibles en la obra del gran compositor. Sin hablar de los conciertos, las sonatas y las sinfonías en las que ese hombre, muy joven aún, manifiesta una excepcional profundidad de pensamiento, se advierte la influencia del simbolismo masónico en las Cantatas masónicas y en los cantos destinados a las logias; estas obras, poco conocidas, son admirables y alcanzan un nivel comparable a la gran ópera masónica La flauta mágica, inspirada, en gran parte, por Von Born, uno de los Venerables más eruditos de su época.

La masonería francesa parece bastante alejada de las preocupaciones

esotéricas de la rama alemana de la Orden. Una canción masónica de 1787, con la melodía de Que j´estime mon cher voisin, revela todo un estado de ánimo:

En este dulce y encantador festín
Donde reina la inocencia,
Cada masón, con la copa en la mano,
Bendice la inteligencia.

Nadie piensa en negar el gran éxito masónico de los años 1788-1789, la creación de la Constitución americana. El masón Georges Washington, iniciado en 1752, se convierte en presidente de los Estados Unidos de América el 30 de abril de 1789 y nunca olvidará su deuda con los hermanos franceses. Éstos no viven un período eufórico, muy al contrario, tras la declaración de Mirabeau, que desea, sencillamente, exterminar la francmasonería a la que considera una sociedad «mala». Para él, no es más que una hipócrita emanación de los jesuitas.

En vísperas de la Revolución, el número de masones tal vez sea de cincuenta mil. Ciertamente, predican la fraternidad, y el aristócrata trata de «hermano mío» al gran burgués; pero ese carácter «democrático» es muy restringido y en nada favorece un cambio social. Este hay que buscarlo en los muy numerosos clubes políticos que se crean a un ritmo acelerado, en las «academias» y las «sociedades literarias» que son, de hecho, grupúsculos revolucionarios muy activos que preparan la muerte del Antiguo Régimen.

DE LA REVOLUCIÓN DE 1789 A LA DE 1848

Tras la toma de la Bastilla, el 17 de julio de 1789, Luis XVI va al ayuntamiento. Cuando llega al pie de la gran escalinata, los oficiales de la guardia nacional, que son casi todos francmasones, desenvainan su espada. Luis XVI reacciona retrocediendo, teme ser asesinado. De hecho, los oficiales forman una bóveda de acero con sus armas y el marqués de Nesles le dice al rey: «Sire, no temáis nada.» Luis XVI pasa bajo aquella bóveda, símbolo reservado a los más altos dignatarios masónicos, y entra en el Ayuntamiento.

Un noble, el señor de Saint-Janvier, es interrogado por un revolucionario. « ¿Cómo te llamas?», le pregunta. «De...» «Ya no hay De.» «Saint (santo)...» «Ya no hay santos.» «Janvier (enero)...» «Ya no hay Enero.» Y el revolucionario escribe en los papeles oficiales: «Ciudadano Nivoso».

Estas dos anécdotas, alejadas en el tiempo, revelan el profundo malestar que sintió el cuerpo masónico durante toda la Revolución. Los nobles que dirigen la masonería se ven superados por los acontecimientos, los monárquicos sinceros no aceptan la decadencia de la monarquía. En 1789 se produce una violenta ruptura entre el Gran Maestro, el duque de Orleáns y el administrador general, Montmorency-Luxembourg. El primero espera recoger, por fin, el resultado de sus intrigas aprovechándose de la inevitable caída del rey; el segundo, por el contrario, jura a Luis XVI que la nobleza le será fiel y le entregará su vida si el soberano lo exige. Luis XVI no comprende o finge no comprender; deliberadamente, rechaza el apoyo de la masonería aristocrática. Los masones se dividen en dos partidos y la fraternidad no es ya más que una palabra vana; los nobles esperan conservar sus privilegios, los burgueses obedecen a Orleáns, cuya popularidad va creciendo.

El Gran Oriente, que no tiene línea política definida alguna, recuerda a sus miembros que las discusiones de orden político están prohibidas en las logias y que es preferible no mantener ningún contacto con los clubes revolucionarios. Orleáns no desea un cambio social profundo sino, simplemente, su propio ascenso al poder.

Cuando la tormenta revolucionaria estalla, la mayoría de las logias se ven obligadas a cesar en sus trabajos. Los agitadores profesionales transforman algunas de ellas en clubes políticos en los que participan los hermanos partidarios de la nueva doctrina. El Gran Oriente, cuyo déficit financiero es considerable, es incapaz de hacer frente a una situación tan extrema y se menciona esta desengañada declaración de un hermano: «La mayor parte de nuestros miembros sólo eran masones por darse tono».

En 1791, el duque de Luxembourg se une al ejército de los príncipes y trabaja, tanto como puede, en la contra revolución. Nunca podrá regresar a su país y morirá en Portugal, en 1805. Por aquel entonces, la casi totalidad de los países de Europa se muestra decididamente hostil a la francmasonería, que es más o menos acusada de haber favorecido la caída de la monarquía y del orden establecido. Federico II de Prusia, ferviente masón en su juventud, hace vigilar las logias por una implacable policía; Catalina II de Rusia las hace cerrar e incluso Inglaterra arrebata parte de su confianza a los respetables masones de su territorio. Portugal, imitando a España, pone en marcha una temible Inquisición que obliga a los hermanos a expatriarse. Algunos masones perseguidos se convierten en perseguidores, como le Chapeher, que hace votar, el 14 de junio de 1791, una ley que prohíbe las corporaciones y el compañerismo, heredero de la antigua masonería.

La batalla de Valmy (20 de septiembre de 1792) devuelve al ejército trances la plena confianza en sus medios. De hecho, prácticamente no ha habido combate v los regimientos prusianos se han doblegado sin entablar una lucha encarnizada, El masón Goethe exclama: « ¡De este día data una nueva era para la historia del mundo!». Ciertamente, Danton y Dumouriez son masones; ciertamente, el duque de Brunswick, comandante en jefe de los austriacos, está rodeado de masones v, sin duda, también él lo es. ¿Hay que concluir por ello que los hermanos decidieron de común acuerdo no librar batalla tras una intervención del masón Choderlos de Lacios, presente en el campo de operaciones?

Aunque haya parte de verdad en esta hipótesis, no por ello los revolucionarios sentirán el más leve agradecimiento por la masonería. Durante el Terror, numerosos hermanos son guillotinados; cruel ironía, Guillotin era francmasón. Ningún taller puede trabajar normalmente pues se suceden encarcelamientos y ejecuciones.

En 1793, el Gran Maestro de la Orden, que ha adoptado como nombre Felipe-Igualdad, es ahora consciente del fracaso de sus maniobras. Temiendo por su vida, se decide a renegar de sus hermanos v, el 22 de febrero, escribe a un periodista una carta de increíble bajeza: «Puesto que no conozco el modo como está compuesto el Gran Oriente, v además creo que no debe haber misterio alguno, ni asamblea secreta alguna en una república, sobre todo al comienzo de su establecimiento, no quiero v a mezclarme en nada con el Gran Oriente, ni en las asambleas de francmasones». Para él, la masonería es un fantasma que es preciso cambiar por la realidad. Se sabe que la muerte de Luis XVI se decidió

por mayoría de un solo voto, el de Felipe-Igualdad, primo del rey. Los revolucionarios más extremistas están asqueados por esta cobardía; asustado ante la idea de su próxima muerte, Felipe-Igualdad pretenderá que no es noble de extracción sino hijo de un cochero convertido en el amante de su madre.

El ex Gran Maestro no escapará a la guillotina. Muy decepcionados, los masones dictan su destitución v celebran, incluso, una ceremonia de degradación rompiendo su espada traicionada por quien la dirige, la Orden no ha llegado al final de su sufrimiento; los archivos son desvalijados, cualquier correspondencia masónica se hace imposible. La joven república no tolerara en modo alguno los pequeños cenáculos cerrados que se abriguen en el secreto. Además, los masones son considerados revolucionarios en exceso tibios, que se colocan al margen de la gran corriente popular. Las cifras, con su sequedad, ofrecen un dato dramático: en 1796, el Gran Oriente va solo cuenta con dieciocho talleres que trabajen en toda Francia.

Cuando regresa la calma, la masonería esta exangüe y parece agonizante. Un Maestro masón, Alexandre-Louis Roettiers de Montaleau, se niega a sumirse en el pesimismo. Este alto funcionario, apasionado por el esoterismo, salvo numerosos archivos masónicos y creyó en el destino espiritual de la Orden cuyo mensaje consideraba inmortal. Con un valor bastante extraordinario, «despierta» varias logias en cuanto sale de prisión y toma la dirección del Gran Oriente. Su te es comunicativa; casi de inmediato, los masones encuentran en su fraternidad nuevas razones para esperar. Como todas las comunidades perseguidas, sacan de la desgracia una energía que el dulce periodo de los salones aristocráticos les había hecho perder.

A partir de 1797, comienza a formarse una leyenda. En Los verdaderos autores de la Revolución, Jourde escribe: «Los francmasones fueron los cabecillas de la Revolución >. Al parecer procuraron incluso dinero a los revolucionarios de cuya propaganda se encargaban. En 1797-1798 aparecen los cinco volúmenes del abate Barruel, titulados Memorias al servicio de la historia del jacobinismo. Pocas veces una falsificación histórica tuvo tanto éxito e influencia; para el abate, los masones prepararon la Revolución durante mucho tiempo, en las tinieblas de sus logias, \ favorecieron las violencias, la anarquía, los ríos de sangre. Las otras-logias ejecutaron a los hermanos que no obedecían sus consignas subversivas. A lo largo de toda su obra, el abate confunde la francmasonería con la secta de los Iluminados de Baviera y demuestra un profundo desconocimiento de la Orden atribuyéndole doctrinas anticristianas v antimonárquicas. Numerosos historiadores se apoyaron en esas mentiras para

convertir la masonería en un órgano revolucionario que no fue. Algunos masones contribuyeron a propagar esta leyenda, atribuyéndose con orgullo el nacimiento de la república v de la democracia.

El fenómeno revolucionario es demasiado complejo para ser obra de una sola comunidad; aunque sea exacto que varios masones fueron cabecillas revolucionarios, no olvidemos que actuaban en nombre propio, sin ser enviados por la Orden. No olvidemos tampoco que numerosísimos masones fueron guillotinados y que, al día siguiente de la Revolución, la francmasonería, en vez de estar en el poder, era sospechosa de monarquismo.

La Revolución francesa es la culminación de un proceso intelectual social del que la mayoría de los masones solo tenía una muy relativa conciencia. La Orden, por lo demás, no dio consignas unitarias, ya hemos visto que los dos principales dirigentes de la masonería tenían teorías radicalmente opuestas.

Se ha reprochado mucho a la masonería el simbolismo de uno de los altos grados donde el iniciado «mata» a un rey identificado con Felipe el Hermoso. Se trata de un grado llamado «de venganza», los masones se encarnizan en combatir a los destructores de la orden templaría, y no de una alegoría que muestre hostilidad alguna contra Luis XVI.

El hecho más importante es, sin duda, este: antes de la Revolución, la orden masónica conoce las mismas divisiones que la sociedad. No hay doctrina política coherente alguna capaz de unir a los hermanos a favor o en contra de un cambio social. El hermano La Fayette está a la cabeza de la multitud que abuchea a los guardias suizos cuyo jefe es el hermano D'Aumont; los hermanos monárquicos no comprenden a los hermanos revolucionarios, que tratan a los primeros de traidores a la República. Es seguro que algunas logias sirvieron de base a manejos revolucionarios; que la masonería entera alentara la Revolución es una flagrante mentira. Tras una reapertura de la logia de Laval, leemos en el journal des Hommes libres, con techa 29 pluvioso del año VI: «La reapertura de esta monstruosa sociedad es del mas siniestro augurio para los republicanos y no ven sin cierta sorpresa como aumenta la actividad de esos eternos conspiradores, precisamente de aquellos que monarquizaron las últimas elecciones».

El abate Barruel, que tal vez fuese un hombre sincero, hacia falsa historia al identificar la masonería con un club revolucionario. Las recientes investigaciones de los escritores, masones o no masones, han demostrado definitivamente lo contrario.

En 1799, Roettiers de Montaleau puede contemplar con satisfacción su obra; acaba de conseguir la fusión de las obediencias francesas bajo la tutela del Gran Oriente, que es el único garante de la regularidad masónica en Francia v el corresponsal autorizado de la Gran Logia de Inglaterra. Solo las logias escocesas, que se agarran decididamente a su independencia como al más precioso tesoro, se niegan a participar en la unión. Aquel mismo año, Bonaparte es primer cónsul. No infravalora la importancia de la renaciente masonería y, ya en 1800, manda a las logias un fuerte contingente de informadores que le mantienen al corriente de las intenciones y los trabajos de los masones.

El 24 de diciembre de 1802, Roettiers de Montaleau inaugura el nuevo local del Gran Oriente, en la calle del Vieux-Colombier; numerosísimos hermanos asisten a la ceremonia en la que se invoca al Gran Arquitecto del Universo. Tras el rito del fuego purificador, vanos discursos insisten en los antiquísimos orígenes de la Orden v en su perennidad; luego, los masones entonan los cánticos fraternales bendiciendo la nueva era que se abre para la cofradía.

La policía vela y cuida particularmente los informes de investigación referentes a la masonería, cuyos miembros se clasifican en dos categorías: los «buenos masones» que se ocupan exclusivamente de fraternidad y beneficencia, y los «malos masones» que tendrían la descabellada idea de criticar a Bonaparte. Son indispensables algunas depuraciones; en especial es preciso expulsar de la Orden a italianos de cerebro caldeado que podrían arrastrar la masonería hacia una peligrosa pendiente. Roettiers de Montaleau, puesto en la obligación de obedecer, debe doblegarse.

«En ese trágico período revolucionario que concluye», escriben J. A. Faucher y A. Ricker, «la masonería francesa estuvo a punto de morir por los golpes propinados por sus miembros civiles, porque los unos, por su pertenencia a la nobleza, estuvieran comprometidos durante la caída de la monarquía, o porque otros, adeptos a las nuevas ideas republicanas, contribuyeran al éxito de un nuevo orden político que, como todos los regímenes autoritarios y totalitarios, trató a las logias masónicas como asociaciones sospechosas; en cambio, los hermanos pertenecientes a las logias militares asumirán, durante el periodo imperial, el renacimiento de la masonería y la difusión de su espíritu por toda Europa».

A partir de su renacimiento, en efecto, la Orden está sometida al imperio que proclama Napoleón en 1804. Nombra a José Bonaparte Gran Maestro del Gran Oriente; Cambacéres será su adjunto. El prefecto de policía Fouché es uno

de los grandes dignatarios. Como puede verse, la dirección del Gran Oriente no se deja al azar. Ese mismo año, el conde de Grasse-Tilh, procedente de Jamaica, llega a París. Lleva en su equipaje cartas y otros pomposos documentos que aseguran que es Soberano Gran Comendador del Rito Escocés. En esta calidad, que los masones escoceses no parecen poner en duda, funda el Supremo Consejo del Rito el 22 de septiembre y dirige una circular al conjunto de los masones franceses: «Este toco de luces solo podrá derramarse sobre toda la Orden, puesto que tiene por único objetivo concentrar las luces dispersas para distribuirlas en una sabia proporción y asentar sobre inquebrantables bases la administración más justa y más ilustrada». El primer Supremo Consejo se había instalado en Charlestón (Estados Unidos de América) en 1801; el Rito Escocés Antiguo y Aceptado se divide en treinta y dos grados, tras una negociación con el Gran Oriente, se decide que este se encargara de la gestión del 1º al 18º grado, mientras que el Supremo Consejo tendrá en sus manos los grados siguientes. El compromiso no dura mucho; los escoceses «recuperan» la totalidad de sus grados y el Gran Oriente crea un Gran Colegio de los ritos para sus propios altos grados. Varios masones del Gran Oriente obtendrán, por otra parte, la iniciación a los altos grados del Rito Escocés. Sin embargo la masonería francesa está ahora dividida en dos grandes potencias, decididas a no unirse a pesar de los deseos de Napoleón.

El emperador, que no era masón, adopta una actitud de prudencia frente al Supremo Consejo del Rito Escocés que rechaza la fusión con el Gran Oriente. Para obtener un derecho de control, pone al fiel Cambacéres a la cabeza del Supremo Consejo. La masonería de imperio inciensa a Napoleón, como la logia «Napoleomagno» de Toulouse, que celebra regularmente las victorias del emperador. Las logias militares se desarrollan en proporciones considerables y dan a la Orden entera el toque de lealtad y de admiración respetuosa. Numerosos mariscales y generales son masones, y es casi seguro que cada regimiento tenía una logia.

Esta benevolencia del emperador no era gratuita; Napoleón había comprendido que al recuperar la paz civil los vínculos fraternales de los masones podían ser útiles a sus ambiciones europeas. El espíritu masónico daba a los militares la ocasión de cultivar amistades profundas, favorables a la coherencia del ejército. Además, las tropas de ocupación se encontraban con algunos hermanos en los países vencidos y se vio, con bastante frecuencia, confraternizar a los masones de ambos bandos, fieles a la definición del masón que se afirma, cada vez más, como un ciudadano del mundo capaz de vivir por encima de los partidos y los conflictos nacionales. Gracias a la masonería, el

emperador refuerza su propio ejército > asienta sus conquistas.

Durante una gran tiesta masónica, en 1805, la Orden inaugura el busto del héroe inmortal, Napoleón 1, y esa «santa efigie» es coronada con mirto y laurel por el Venerable del lugar. El Gran Oriente es del todo fiel al emperador y no deja de criticar a las logias escocesas, que forman banda aparte.

«Los cristianos», dice un catecismo masónico de 1806, «deben a los príncipes que les gobiernan, v debemos en especial a Napoleón I, nuestro emperador, el amor, el respeto, la obediencia, la fidelidad, el servicio militar, los tributos ordenados para la conservación y la defensa del imperio y de su trono». La masonería de 1807 no se ocupa de religión ni de política y menos aun de simbolismos. «Los francmasones», escribe L. Prudhomme, «leen versos y prosa, tocan música, celebran uno o dos banquetes al mes; se hace una colecta en cada asamblea, y el producto es enviado al comité de beneficencia, o distribuido a familias indigentes».

El emperador en persona, por medio de dignatarios masónicos que él mismo ha nombrado, comienza a introducir en la Orden sentimientos anticlericales. Pío VII, en efecto, había tenido la audacia de excomulgar a Napoleón I, que le hace detener en 1809. En 1812, le obliga a firmar un Concordato en Fontainebleau. La francmasonería, siempre obediente, felicita al emperador por su decidida acción.

Hacia 1811, un movimiento revolucionario, los «Buenos Primos Carbonarios», comienza a extenderse y se advierte su existencia en Besancon. La secta calca sus rituales de los de la masonería y, reeditando el intento de los Iluminados de Baviera, pretende lograr que sus miembros penetren en las logias masónicas para inclinar a la cofradía hacia una contestación al régimen. Esta maniobra política es un fracaso, pero algunos «buenos primos» son lo bastante hábiles para escapar a todos los controles y turbar la hermosa serenidad de unos cuantos masones.

En 1813 nace una «Gran Logia Unida de Inglaterra» donde se agrupan los masones del partido de los «Antiguos» y los del partido de los «Modernos». La institución es fuerte y aprovecha su nueva sesión para promulgar una ley en términos muy autoritarios: cualquier hombre que desee convertirse en masón tendrá que creer, obligatoriamente, en el Dios revelado en la Biblia. Por aquel entonces, esa imposición pasa desapercibida, pues casi todos los hermanos son cristianos.

El Gran Oriente de 1814 reina sobre más de novecientas logias, cifra enorme, y mantiene una línea de conducta que ni siquiera la Revolución ha afectado: «Pocas veces», leemos en las Constituciones, «se admitirá a un artesano, por muy maestro que sea... Nunca se admitirá a los obreros llamados "compañeros" en las artes y oficios».

¿Y qué decir de esa masonería de los primeros años del siglo XIX, salvo que no responde ciertamente a los deseos del esoterista Roettiers de Montaleau?; el juicio más severo fue formulado por el escritor Charles Nodier, para quien la masonería es «una farsa seria, representada por honestos ociosos entre bastidores de bateleros y cuya representación, apta para distraer el ocio de una anciana, nunca ha conmovido el sueño de un tirano».

Cuando Napoleón zarpa hacia la isla de Elba, la masonería queda un poco desamparada. Los dignatarios cambian de chaqueta y glorifican la llegada al poder de Luis XVIII, que ordena ejercer sobre las logias una rigurosa vigilancia policíaca. En Saboya, supone prácticamente el fin de la masonería. El imperio, afirman los masones, sólo era una sangrienta tiranía que nos oprimió. Centenares de hermanos, asqueados ante esa doblez, presentan su dimisión. Durante los Cien Días, nuevo cambio de la situación: convencida de que el emperador será el más fuerte, la masonería le concede su confianza y rechaza la monarquía.

El 18 de junio de 1815, la batalla de Waterloo supone la muerte de la masonería militar, según Faucher y Ricker. De nuevo en el poder, los monárquicos «depuran» el ejército e instauran el abominable «terror blanco» que diezma muchas logias y destroza la masonería favorable al imperio. En Saboya, los jesuitas aprovechan el vacío dejado por los masones para convertirse en la única autoridad espiritual. Por fortuna, el prefecto de policía de Luis XVIII es el francmasón Decazes, miembro del Supremo Consejo del Rito Escocés. Muy escuchado por el rey, juega una difícil partida y no favorece a la Orden con ostentación, prefiriendo ocupar un justo medio entre las corrientes sociales que salen a la luz en la masonería y los católicos que reclaman la destrucción de la Orden porque fue antimonárquica.

Tres israelitas, los hermanos Bédamde, eligen este delicado período para fundar el rito de Misraim que no abarca menos de noventa grados. Los Bédarnde detestan a Luis XVIII y su gobierno, abominan de los jesuitas y de cualquier forma de catolicismo; ferozmente ateos, desean el advenimiento de una masonería política que sacuda el inmovilismo del Gran Oriente. Conociendo la afición de los masones por los títulos y las condecoraciones, su cálculo no es

desacertado; los noventa grados ofrecen muchas ocasiones de conceder abigarrados cordones. El Gran Oriente muerde el anzuelo y ve con buenos ojos el rito de Misraim. Los Bénarnde, demasiado apresurados, revelan rápidamente sus cartas y la policía disuelve esa rama masónica a la que considera subversiva. Los Bédamde abandonan París y prosiguen su obra en la región de Besangon, mientras el Gran Oriente afirma, en voz muy alta, que el rito de Misraim es del todo herético.

Los años 1818-1822 no son muy favorables a la masonería. En Francia, algunas logias son dirigidas por ateos que no ocultan sus tendencias revolucionarias. Decazes los vigila muy de cerca y les impide, tanto como es posible, propagar sus ideas. A partir de 1818, los gobiernos español y portugués persiguen a las logias; algunos masones se ven obligados a suicidarse, otros son encarcelados. Alejandro I de Rusia prohíbe la masonería que estaba en pleno florecimiento.

Sin embargo, está claro que ha nacido una fraternidad masónica a escala internacional, como lo prueba un acontecimiento de junio de 1823. El navío holandés Minerva es atacado por un corsario español en las aguas de Brasil. Los corsarios se hacen dueños de la situación y su jefe ordena matar a los pasajeros, entre los que hay masones; estos, viendo llegada su ultima hora, hacen, por si acaso, el signo de desamparo masónico, ti jefe de los corsarios, que también es un iniciado, exige pruebas suplementarias; los masones le piden que recupere los restos de diplomas masónicos que flotan en el agua. Hechas las comprobaciones, los corsarios masones liberan el barco holandés.

Con el advenimiento de Carlos X, en 1824, sube también al trono un francmasón, pero un masón que se ha alejado de las logias desde hace mucho tiempo y no siente ya afición alguna por la Orden. Amante de las mozas ligeras de cascos, es atormentado sin embargo por la moral y se deja influir por los medios eclesiásticos. Los obispos que se sientan en el Consejo de Estado piden a ese antiguo hermano la supresión de la masonería, que no parece necesaria para la buena marcha de los asuntos del reino. Carlos X vacila; naturalmente, hay algunas logias contestatarias, pero la policía las conoce. Es preferible canalizar la agitación más que hacerla «salvaje» y no tener ya poder alguno sobre ella. Por lo demás, muchos grandes personajes pertenecen todavía a la Orden y el rey no desea disgustarles por una decisión de tono dictatorial. La Francia de 1826 es muy digna; trata de sediciosas las obras de un Diderot y de un Lamennais, condena al editor de las canciones de Béranger, culpable de ultraje a la religión del Estado y de ataque contra la dignidad real. Los masones no chistan y componen

canciones a la gloria del monarca:

Carlos, sé nuestro protector,
nuestro sostén, nuestra esperanza,
responde a los deseos de nuestro corazón,
que nuestra Orden sagrada deba a tu benevolencia,
como pago de su amor, la gloria y la felicidad.

En octubre de 1830, durante el primer año del reinado de Luis-Felipe, la masonería organiza una gran fiesta en honor del hermano La Fayette, a quien los americanos han concedido las más altas dignidades masónicas. No se ahorran loas a la nueva conducción del Estado, al admirable rey-ciudadano que dirige Francia, a las grandes libertades que se anuncian. Luis-Felipe rechaza la Gran Maestría de la francmasonería; los masones le han ayudado a tomar el poder, no pide más.

Hasta 1848, la vida masónica es bastante apacible. Thiers introduce a su chivato en la mayoría de las logias y, en cuanto se manifiestan veleidades opositoras, obliga a los dirigentes del Gran Oriente a arrancarlas de raíz.

A partir de 1844, algunos masones se quejan de la mediocridad general de la Orden, que atribuyen a un reclutamiento ciego. Se les responde que cuantos más hermanos tenga la masonería, más fuerte será. El resto carece de importancia. Desengañado, el hermano Clavel escribe: «Tal vez no exista un solo habitante de París que no haya sido insistentemente incitado a hacerse admitir en la sociedad masónica». Los altos grados no encuentran complacencia por parte de él; los llama «masa informe e indigesta, monumento a la sinrazón y a la locura, mancha impresa en la francmasonería por algunos traficantes desvergonzados y a los que el sentido común de los masones habría hecho justicia, hace mucho tiempo ya, si su vanidad no hubiera sido seducida por los títulos y las cruces que forman su obligado cortejo».

La francmasonería de 1847 es un gran cuerpo sin espina dorsal; está enferma de no pensar, de no vincularse a los valores esotéricos que sigue transmitiendo sin tener perfecta conciencia de ello.

DE 1848 A LA DESAPARICIÓN DEL GRAN ARQUITECTO DEL UNIVERSO (1877)

En 1848, París tiene el alma revolucionaria. En el bulevar de los Capucmes, unos soldados disparan contra los miembros de un desfile; el vaso rebosa y pronto estalla el motín popular contra Luis-Felipe y su ministro Guizot. Comprendiendo que no tiene ya posibilidad alguna de conservar el poder, el rey huye sin esperar el cambio. Con él desaparece la monarquía burguesa que no ha satisfecho a los monárquicos ni a los burgueses, buena parte de los cuales desea un cambio de política. La proclamación de la República es acompañada por algunas batallas callejeras que no superan el estadio de la anécdota; el ejército espera la continuación de los acontecimientos.

Todos los oponentes al régimen están jubilosos y, entre ellos, hay numerosos eclesiásticos y francmasones. El Supremo Consejo del Rito Escocés

permanece fiel a su principio de no compromiso, mientras el Gran Oriente recuerda a los hermanos que las logias no deben convertirse en asambleas de carácter político. Piadoso deseo, pues la masonería participa sin vacilar en el nacimiento de la segunda república. El 6 de marzo, una delegación masónica acude al Ayuntamiento donde es recibida por los masones que forman parte del gobierno provisional; el entusiasmo es total, un magnífico movimiento nacional y social conducirá a Francia por el camino de la justicia. ¿Acaso las banderas masónicas no han llevado siempre la divisa: «Libertad, Igualdad, Fraternidad» que figura ahora en la bandera francesa? Y el Gran Oriente declara: «la República está en la masonería. I a República hará lo que hace la masonería, se convertirá en la reluciente prenda de la unión de los pueblos en todos los puntos del globo, en todas las costas de nuestro triangulo, v el Gran Arquitecto del Universo, desde lo alto del cielo, sonreirá a este noble pensamiento de la República». Poco después, los masones visitan a Lamartine cuya audiencia es, por aquel entonces, bastante considerable. El poeta político no pertenece a la Orden que, sin embargo, le resulta muy simpática; a su juicio, el nuevo espíritu republicano ha nacido en los talleres masónicos y sus declaraciones dan a la masonería un verdadero aval moral: «Os doy las gracias», dice a los masones, «en nombre de ese gran pueblo que ha hecho a Francia y al mundo testigo de las virtudes, del valor, de la moderación y de la humanidad que ha obtenido en vuestros principios, convertidos en los de la República francesa. Estos sentimientos de fraternidad, de libertad, de igualdad que son el evangelio de la razón humana, fueron laboriosamente, a veces valerosamente, contemplados, propagados, profesados por vosotros en los recintos particulares donde encerrabais, hasta hoy, vuestra sublime filosofía».

Todo va bien en el mejor de los mundos masónicos posibles. Ha podido decirse que la Revolución de 1848 era sostenida por una especie de mística política que daba a los hombres de aquel tiempo la esperanza de un paraíso social, una de cuyas llaves habría poseído la masonería. Ciertamente, desde el principio, hay algunos «choques» a los que no se quiere prestar atención. El hermano Raspad, por ejemplo, se muestra hostil al hermano Louis Blanc que forma parte del gobierno provisional; el 10 de abril de 1848, el compañero Agricol Perdiguier reúne a varios miles de sus hermanos en la plaza de los Vosges, recordando a los masones que la otra rama de la tradición iniciática occidental sigue muy viva y pretende, también ella, recoger los favores de la República.

Contrariamente a lo que podría creerse, la masonería no es colocada por los nuevos dirigentes por encima del Estado. Sigue siendo una asociación

ordinaria, y las logias que desean crearse deben obtener una autorización sin la cual serian declaradas ilegales. Es una primera decepción para los dirigentes del Gran Oriente que endurecen más aún la posición masónica con respecto a los compañeros y a los trabajadores manuales; las cotizaciones aumentan un tercio para eliminar a quienes disponen de pocos medios económicos, es decir, los artesanos. Se retoma, en esta ocasión, un pretexto ya utilizado: la masonería es una sociedad de beneficencia y, para ser un buen masón, hay que donar mucho dinero para las obras de candad de la Orden.

La mística republicana de 1848 no admite teorías tan hipócritas y tan sectarias. En 1849, algunos masones forman una Gran Logia Nacional de Francia que desea precisamente cambiar la naturaleza del reclutamiento acogiendo en sus logias a todos los que deseen participar en el trabajo masónico, sea cual sea su condición social. Se opone sin matices a la institución de los altos grados, considerada como un refugio de aristócratas ávidos de abigarrados cordones. Así, piensa la nueva Gran Logia, la masonería cumplirá con toda pureza la voluntad del Gran Arquitecto. Los masones que componen la obediencia creen profundamente en su vocación y hacen colocar carteles en los muros de París; la Gran Logia será republicana, democrática, tolerante, simple y clara tanto en sus trabajos como en sus intenciones. Nos encontramos ante un intento de reforma de la masonería existente.

Las reacciones masónicas y gubernamentales son muy desfavorables; la policía, inquieta, pide cuentas al Gran Oriente. Éste responde que la Gran Logia es una obediencia disidente cuya existencia resulta nefasta. En 1851, se prohíbe oficialmente y debe disolverse; naturalmente, las calumnias van viento en popa y los masones que formaban parte de ella son tratados de malos ciudadanos, aunque actuaban en la exacta dirección de la Revolución de 1848 y de los discursos pronunciados por los dignatarios del Gran Oriente. En una última sesión, muy conmovedora, los masones de la Gran Logia moribunda responden a la intolerancia con la dignidad; disparan una «salva» ritual en honor del Gran Oriente y del Supremo Consejo que han sido sus principales adversarios.

El Gran Oriente triunfa. En 1849, modifica su Constitución para afirmar con mayor fuerza que la creencia en Dios y en la inmortalidad del alma es la base intangible de la ortodoxia masónica. Veintiocho años más tarde, esta «base intangible» habrá desaparecido. Las tesis rousseaunianas ocupan el proscenio masónico y una tendencia religiosa muy fuerte hace que los masones avancen por el camino de la fe. Un Dios humanista y consolador adopta el rostro del Gran Arquitecto; la creencia, dice un texto, es un hecho por encima de cualquier

discusión, un artículo de fe que no es dudoso para nadie. El objeto del presente capítulo es un período muy corto porque marca una de las evoluciones más radicales de la masonería del Gran Oriente, pasando del sentimiento religioso más conformista a un ateísmo intelectual que adoptará, poco a poco, fuerza de ley.

El año 1851 es importante por dos razones. La primera es la redacción definitiva del Viaje por Oriente en el que el masón Gérard de Nerval da la versión más completa de la leyenda del Maestro masón. Ciertamente, este libro no cambia el curso de los acontecimientos históricos y ni siquiera es apreciado por una mayoría de masones. Sin embargo, Nerval, cuya vida entera estuvo consagrada a investigaciones simbólicas y esotéricas, abre una era nueva para la masonería, aunque sus primicias sean muy tímidas: la del redescubrimiento de la iniciación y del sentido secreto de los rituales. El apostolado de Nerval no dará fruto hasta mucho más tarde, pero inicia ya el renacimiento de lo que algunos denominan la «espiritualidad masónica».

La segunda razón es más célebre; se trata del golpe de Estado del 10 de diciembre de 1851, que lleva al poder al futuro Napoleón III, cuyas intenciones republicanas son más que sospechosas. El 10 de diciembre, el Gran Oriente da orden de interrumpir momentáneamente los traba]os, los dignatarios se reúnen y se preguntan por la línea de conducta a seguir. Sin duda alguna, la Orden debe unirse al nuevo régimen para no ser molestada. No todas las logias aprueban esta orientación, especialmente en provincias, y son casi de inmediato prohibidas. Algunos masones recalcitrantes son encarcelados y se codean con el compañero Agricol Perdiguier en las mazmorras del régimen.

El 1 de diciembre de 1852, se restablece el imperio. Napoleón III no desea suprimir la masonería; iniciado al carbonarismo en su juventud, sabe que las sociedades secretas se recomponen en cuanto son destruidas y resultan, entonces, muy peligrosas. Como Napoleón I, prefiere vigilar la Orden muy de cerca y conocer su evolución intelectual y social, gracias a los soplones que, por orden suya, se introducen en las logias. Si la masonería es dócil, dice a los dirigentes del Gran Oriente, sus relaciones con el imperio serán excelentes.

En enero de 1852, el príncipe Lucien Murat, fiel partidario del régimen, es nombrado Gran Maestro del Gran Oriente. Los emperadores cambian, sus procedimientos siguen siendo idénticos. El primo de Napoleón III, que no es masón, recibe los treinta y tres grados en una sola sesión y asume una dirección muy autoritaria que descontenta a la mayoría de hermanos. A él se debe la adquisición del edificio de la calle Cadet que sigue ocupado por el Gran Oriente.

El Gran Oriente, perfectamente controlado, obtiene varias veces la benevolente escucha del poder; consigue, por ejemplo, hacer que se condenen pequeños diarios provinciales que critican la Orden. Sacerdotes demasiado acerbos en sus sermones reciben alguna advertencia; la masonería es una respetable institución de imperio. Así, la carta del Gran Oriente al príncipe-presidente Napoleón III, con fecha de 15 de octubre de 1852, no debe sorprendernos; plasma a las mil maravillas el clima masónico del segundo imperio: «Nunca, príncipe, hemos olvidado todo lo que debemos al emperador vuestro tío, que nos concedió siempre su poderosa protección y tuvo a bien admitir que le presentáramos nuestros homenajes. (...) La verdadera luz masónica os anima, gran príncipe. ¿Quién podrá olvidar nunca las sublimes palabras que pronunciasteis en Burdeos? A nosotros nos inspiraran siempre v estaremos orgullosos de ser, bajo semejante jefe, los soldados de la humanidad. Francia os debe su salvación; no os detengáis en mitad de tan hermosa carrera; asegurad la felicidad de todos colocando en vuestra frente la corona imperial; aceptad nuestros homenajes y permitidnos haceros oír el grito de nuestros corazones: "¡Viva el emperador!"».

Semejante carta parece haber sido escrita por el propio Napoleón III v colocaba a la masonería, antes ya de la proclamación del imperio, en una total subordinación que era, por otra parte, mas oficial que real. A partir de 1858, los masones advierten que el emperador ha hecho suprimir muchas logias clasificadas como sospechosas por los informadores de la policía; los hermanos se muestran más circunspectos en sus declaraciones en el seno de las logias de los primeros grados, donde pululan los soplones.

La administración del príncipe Murat es bastante catastrófica; la masonería está endeudada, el príncipe también. Para adquirir el inmueble de la calle Cadet había recurrido a sus finanzas personales. La Orden pide préstamos y se endeuda más aún. En 1860 se produce una situación muy excepcional: Persigny, muy hostil a los medios católicos, decide castigarlos haciendo el elogio de la masonería, esa sociedad tan benefactora y tan patriota. En 1861, redacta incluso un proyecto de reconocimiento de la Orden que sería, entonces, de utilidad pública.

Los masones, más o menos convencidos de que se trata de una trampa destinada a someterlos definitivamente al poder, se niegan en redondo. La Orden vive, por lo demás, graves dificultades; el príncipe Murat acaba de expulsar a cuarenta Venerables que cometen la imprudencia de criticar su gestión. Varios dignatarios desearían ofrecer la Gran Maestría al príncipe Napoleon-Jeróme, el

famoso Plon-Plon. Murat está furioso, se multiplican distintas querellas e injurias.

La Iglesia, pasado su pavor, se alegra de esas divisiones que agravaría de buen grado. En 1861 se plantea el problema de la reelección de Murat o la elección de un nuevo Gran Maestro; ahora bien, el príncipe Murat acaba de disgustar al emperador votando, en el Senado, por el mantenimiento del poder temporal del papa. Plon-Plon, poco entusiasta, aceptaría en último término la sucesión. La reunión consagrada a la preparación de las elecciones es tan tormentosa que los soplones de la policía hacen alarmantes informes. El 11 de enero de 1862, Napoleón III publica un decreto según el cual él solo nombrará al futuro Gran Maestro. Elige al mariscal Magnan que recibe los treinta y tres grados en una sola jornada, el 13 de enero.

Ese soldado, muy autoritario, desea devolver la masonería al buen camino. Le gustaría que la Orden fuera reconocida como de utilidad pública y retoma el proyecto de Persigny; los masones siguen desaprobando esa andadura y el Consejo de Estado le es desfavorable también. Muy pronto, la idea cae en total olvido.

El gran asunto del reinado de Magnan es el intento de unión de las obediencias masónicas. Desde los primeros días de su Gran Maestría, el mariscal advierte que el Gran Oriente no es el único poder oficial; está también ese Supremo Consejo del Rito Escocés que mantiene su independencia contra viento v marea. La solución es sencilla: Magnan dirigirá también el Supremo Consejo, que será obligado a fusionarse con el Gran Oriente y a disolverse en él en un plazo más o menos breve.

En 1862, el Gran Comendador que preside los destinos del Rito Escocés es el académico Jean Pons Guillaume Viennet, nacido en Béziers en 1777. El hombre, de pequeña talla y voz aguda, formó parte de la artillería de marina, donde fue nombrado capitán en 1814; decididamente hostil a Napoleón I, permanece en su posición durante los Cien Días. Elegido diputado por Béziers en 1827, entra en la Academia en 1830; sus poemas épicos y sus tragedias no han superado la prueba del tiempo, pero atestiguan una moralidad y un rigor de escritura que justificaban, por aquel entonces, este honor.

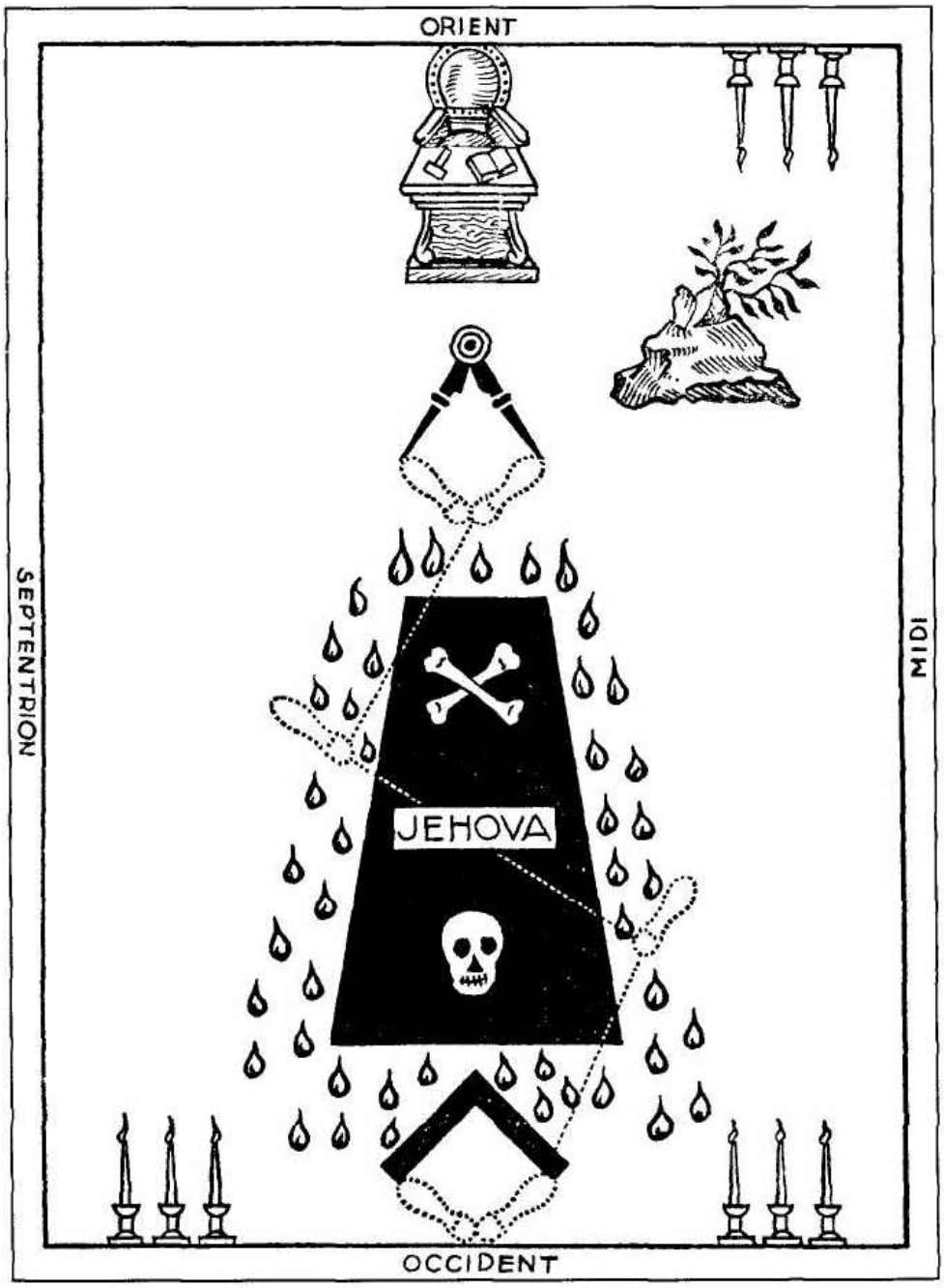
Así pues, un masón de ochenta y cinco años se enfrenta con el mariscal Magnan para colocar a la totalidad de los masones bajo su férula. La victoria no es dudosa, y el nuevo Gran Maestro del Gran Oriente escribe a Viennet que el intolerable cisma debe cesar de inmediato, de acuerdo con la voluntad del

emperador. El conjunto de los talleres masónicos trabajará, en adelante, en la calle Cadet, y el Supremo Consejo abandonara su absurdo aislamiento.

El 3 de febrero de 1862, Viennet responde a Magnan. Algunas frases darán el tono de esta réplica: «Nuestras dos Órdenes son del todo independientes. Nuestras relaciones se extienden hasta los extremos del mundo mientras que las vuestras no cruzan la frontera. La fusión a la que nos invitáis está del todo prohibida por nuestros estatutos. (...) Permitidme que os recuerde lo que me hicisteis el honor de decirme una hora antes de vuestro nombramiento: que ignorabais por completo lo que el emperador os había encargado dirigir y que no teníais noción alguna de la masonería. No puedo heriros, pues, señor mariscal, añadiendo que vuestra carta es prueba de ello. Sólo el emperador», añade Viennet, «puede tomar la decisión y nombrar a quien quiera donde quiera. Por lo que me concierne personalmente», añade el Gran Comendador que espera serias represalias, «he perdido dignidades más importantes sin que eso me quitara el sueño ni la salud y estoy del todo resignado a no tener ya más obligación en este mundo que el uso de mi pluma».

Hay que tener clara noción del clima autoritario de la época para estimar en su justo valor la increíble audacia de Viennet, que pone en cuestión la competencia del Gran Maestro nombrado por el emperador. Los masones adversarios del Supremo Consejo lo atribuyeron a la senilidad, los demás convirtieron a Viennet en una especie de héroe.

Estupefacto y colérico, el mariscal Magnan prepara una hiriente réplica. En mayo, anuncia la disolución de todas las Órdenes masónicas, a excepción del Gran Oriente, que será, en el futuro, el único poder legal. Los contestatarios —en este caso Viennet y sus fieles— se arriesgan a las más graves sanciones. «Ninguna reunión del Supremo Consejo», escribe el mariscal al Gran Comendador, «será tolerada ya».



Cuadro de logia que incluye los símbolos del grado de Maestro. Advirtamos sin embargo el movimiento del maestro que sale de la escuadra (conocimiento de las leyes que rigen el mundo) y llega al compas (conocimiento de las leyes de la Creación). (Orden de los francmasones traicionados, Ginebra, 1742.)

El viejo masón, que no se sorprende en absoluto, vuelve a tomar la pluma: «Señor mariscal, me conmináis por tercera vez a reconocer vuestra autoridad masónica y esta última orden viene acompañada por un decreto que pretende disolver el Supremo Consejo del Rito Escocés Antiguo y Aceptado. Declaro que no acudiré a vuestra llamada y que considero vuestro decreto como no recibido. Sólo el emperador tiene el poder de disponer de nosotros». Viennet, sintiendo que el terreno se vuelve cada vez más ardiente, pide audiencia a Napoleón III. Anuncia en voz muy alta que el Rito Escocés entrará en la clandestinidad antes que fusionarse con el Gran Oriente. ¿Fue este argumento suficiente para convencer al emperador o ambos hombres se dijeron frases más decisivas que la historia no ha registrado? De cualquier modo que sea, Napoleón no dirige reprimenda alguna a Viennet y el Supremo Consejo no es suprimido. Magnan se ve obligado a doblegarse y no atacará ya al Rito Escocés, que triunfa así en una de las más duras pruebas que nunca haya conocido.

La logia «Enrique IV» de París hace saber a los demás talleres que la logia «Las pirámides de Egipto» ha iniciado en su nombre, el 18 de junio de 1864, al célebre Abd el-Kader. La masonería afirma su vocación internacional y apoya las causas que le parecen favorables a la libertad de los pueblos.

En 1865, el papa Pío IX no oculta ya su creciente hostilidad por la francmasonería que define como el templo de las maquinaciones de toda clase. Un incidente excepcional coloca muy pronto al episcopado francés en una posición delicada; el mariscal Magnan muere el 22 de mayo y se celebran exequias oficiales y grandiosas en Notre-Dame de París. Muchos masones lamentan la pérdida de ese buen administrador del que el clero no ha tenido que quejarse. En presencia de una muy abundante concurrencia, monseñor Darboy bendice el ataúd cubierto con las insignias masónicas pertenecientes al Gran Maestro. Estupefacto, el Vaticano dirige amargos reproches a monseñor Darboy, que, dotado de un gran sentido del humor, responde que no vio en ninguna parte insignias masónicas y que la masonería, que él sepa, no está prohibida en territorio francés. En una mayoría de tres cuartos, las diócesis permanecen fieles a una masonería que sigue siendo teísta, aunque el Gran Oriente, a pesar de los textos oficiales, no impone ya la creencia a sus futuros miembros.

De hecho, a partir de 1865, el Gran Arquitecto del Universo comienza a molestar a los masones del Gran Oriente que colocan en cabeza de sus preocupaciones la educación laica. Un masón, Jean Macé, funda en 1865 la Liga Francesa de la Enseñanza que no depende de política ni de religión alguna. Para la Iglesia es un golpe muy severo, puesto que ve cómo se le escapa parte de la

juventud. Ésta es, sin duda, una de las causas más reales del conflicto que va, poco a poco, intensificándose entre la Iglesia y la masonería.

En 1868, un incidente entre otros ilustra esta tensión. Al enterarse de un sermón del cura de Dax, que amenaza con excomulgar a los masones de la ciudad, el general Mellinet, Gran Maestro del Gran Oriente, escribe al ministro de Justicia: «El discurso pronunciado desde el pulpito por el cura de Dax contiene, a la vez, la crítica o censura de los actos del gobierno y la incitación al desprecio y al odio a una clase de ciudadanos que, profesando y practicando la fraternidad universal, basada en la unidad divina y en la inmortalidad del alma, creen servir útilmente a su país y a la humanidad. (...) séame permitido esperar, señor ministro, que una medida administrativa hará cesar, por fin, un estado de guerra tan perjudicial para la religión como para el honor y la dignidad de la Orden masónica». Las palabras son escuchadas y el cura de Dax se ve obligado a cesar en sus ataques contra la cofradía.

Un acontecimiento de 1869 amplía el foso entre cristianos y masones: la proclamación de la infalibilidad pontificia. Para las logias, es un inconcebible acto dogmático que impide cualquier dialogo La reacción no es, todavía, más que un murmullo que no atraviesa las paredes de los talleres.

El 2 de diciembre de 187O se produce la capitulación de Sedan todas las opiniones masónicas anti imperiales pueden expresarse por fin, el masón Gambetta, muy escuchado por el pueblo, pide a este que mantenga la calma para que algunos hombres responsables reorganicen Francia serenamente De los once miembros del primer gobierno de la tercera república, nueve son masones y entre ellos se encuentran los nombres de Gambetta, Jules Ferry, Arago, Garnier Pages y Jules Simón Innegablemente, la francmasonería toma el poder con una fuerte corriente de pensamiento racionalista y pragmático, poco favorable a la Iglesia A partir de 1870, la Orden sufre una profunda mutación y se convierte, poco a poco, en un partido político de la izquierda anticlerical Recluta mucho entre los funcionarios, los pequeños burgueses, los empleados, la aristocracia católica desaparece casi por completo de las logias donde se preparan, cada vez más activamente, las campanas electorales con grandes discursos y apasionados debates contra los ricos y los curas Entre la nueva clientela masónica se encuentran muchos hombres amarga dos que nunca han conseguido ocupar cargos importantes en la sociedad y que desean utilizar la Orden para vengarse de los opulentos

El año 1871 es trágico para Francia Sin hablar de las refriegas con Bismaick, hay que evocar sobre todo el nacimiento de la Comuna de París que

plantea a los masones graves problemas de conciencia Desde el comienzo de la sangrienta insurrección que divide a los franceses, los masones se fraccionan en dos bandos, unos son favorables a la Comuna, los otros apoyan al señor Thiers. Los dirigentes del Gran Oriente, deseando evitar una guerra civil, no ejercen ya influencia moral alguna sobre los hermanos que solo escuchan sus propios sentimientos Entre las filas de los comuneros francmasones figuran poetas como Jean Baptiste Glement, autor del célebre Le temps des cerises, y sabios como Gustave Flourens, que resultan muerto a sablazos

El Gran Oriente no consigue convencer a Thiers de que se muestre menos intransigente con los insurrectos El 29 de abril de 1871, más de seis mil masones se reúnen en el patio del Carrousel para apoyar oficialmente a la Comuna Observados por una multitud que no cree lo que está viendo, los hermanos van hasta el Ayuntamiento donde se desencadena el entusiasmo si los misteriosos francmasones, que tantos poderes ocultos poseen, manifiestan a la luz del día su adhesión a los insurrectos, la Comuna puede vencer Con ese impulso casi místico, el cortejo masónico llega a las barricadas de la puerta Maillot donde topa con los soldados mandados por el general francmasón Montaudon Este ordena alto el ruego , al no poder decidirse a ordenar que disparen a sangre fría contra sus hermanos Se inicia un dialogo y el general explica a los masones pro comuneros que debe, como militar, obedecer las órdenes de Thiers La mejor solución, dice, es pedirle audiencia Thiers recibe muy mal a la delegación masónica cuyas suplicas no le interesan que los comuneros rindan las armas, declara o la revuelta será aplastada sin el miramiento

El intento de conciliación de los francmasones es, pues, un fracaso total Los hermanos combatirán contra los hermanos intentando en vano los masones comuneros impedir la ejecución de rehenes procurando en vano los masones versalleses frenar la represión.

En agosto de 1871, el Gran Maestro del Gran Oriente, Badeuad-Larribiere, anuncia la reapertura de las Logias tras la tormenta de la comuna.

En una carta enviada a todos los talleres, afirma que la francmasonería permaneció ajena a la revuelta de los comuneros, tratándola de "criminal sedición que ha asustado al universo". El Gran Oriente desaprueba oficialmente a los hermanos que tomaron el partido por la Comuna; en 1971, cien años más tarde, el mismo Gran Oriente honrará la memoria de los comuneros con un desfile en el cementerio del Pêre-Lachaise.

El acto de sumisión del Gran Oriente al poder político le es favorable, puesto que varios masones forman parte del gobierno de 1871. El abanico de tendencias políticas, por lo demás, está representado en las logias, aunque la alianza más clara se establezca con el radicalismo.

En septiembre de 1871, el Gran Oriente politizado suprime el título de Gran Maestro y lo sustituye por el de Presidente del Consejo de la Orden, más adaptado a los gustos del día. Aparentemente, se trata de un pequeño detalle pero, en realidad, es el comienzo de una degradación de la antigua tradición que arrastra a los masones del siglo XIX a suprimir símbolos o parte de rituales que ya no comprenden. Un «Gran Maestro» parecía demasiado aristocrático, un «Presidente» es más democrático. ¿No es éste el signo del olvido de la función del Maestro masón que, lejos de ser un déspota, era el hombre cabal por excelencia? Hay que advertir que ese título tradicional permaneció arraigado en las memorias de los hermanos y que a menudo, en nuestros días, se llama «Gran Maestro» al «Presidente» del Gran Oriente.

A partir de 1872, el Estado se acerca a la Iglesia. Una corriente de piedad popular cae sobre Francia y disgusta a la burguesía masónica, sorprendida por lo que considera un regreso al oscurantismo. El símbolo de esta nueva creencia casi oficial es la construcción de la basílica de Montmartre que apasionara durante mucho tiempo a la opinión pública. Las peregrinaciones, sobre todo la de Lourdes, atraen considerables multitudes y un buen número de políticos no vacila en demostrar públicamente convicciones religiosas para indicar que la dirección del Estado es adecuada a los preceptos evangélicos. La Comuna había conmovido muchas conciencias: el país necesita una serenidad que el catolicismo le procura.

El Gran Oriente no se inmuta ante semejante exaltación, El otro poder masónico, el Supremo Consejo del Rito Escocés, recuerda que la formula «A la Gloria del Gran Arquitecto del Universo- es una base fundamental de la Orden masónica, manteniendo una posición que nunca ha ganado. El año 1875 ve la reunión de nueve Supremos Consejos Escoceses en Lausana, donde proclaman con fuerza la existencia de un Principio Creador que los masones denominan Gran Arquitecto del Universo. Estas declaraciones no tenían un carácter estrictamente legislativo puesto que doce Supremos Consejos estaban ausentes en Lausana; la línea intelectual del Rito Escocés, distinta a la de la masonería del Gran Oriente, quedaba sin embargo claramente definida.

En 1875, precisamente, el Gran Oriente está harto de clericalismo y reclama la neutralidad de la Iglesia en el plano político. Desde esta fecha, el

hermano Combes propone a las logias la separación de la Iglesia y del Estado, que le parece la mejor solución para alejar a los eclesiásticos del poder.

Aquel mismo año, Jules Ferry y Littre son iniciados. Son descreídos y «positivistas», simbolizan un tipo de hombre que arrastra al Gran Oriente hacia una participación activa en la vida política acompañada por una glorificación de la razón y del progreso. Cuando Mac-Mahon, en 1877, intente amordazar a la izquierda disolviendo los consejos municipales, prohibiendo los periódicos o, incluso, cerrando algunas logias, chocará de frente con una masonería decidida a mantener la República a toda costa. Las logias tendrán apoyos políticos suficientes para resistir victoriosamente a Mac-Mahon y favorecer el desarrollo de la izquierda.

El Gran Oriente ha encontrado un camino: convertirse en el partido político republicano por excelencia. Y ese camino pasa por una oposición muy firme a la Iglesia, que se confunde con la derecha. Ahora bien, los dirigentes del Gran Oriente se sienten incómodos por esta "creencia en Dios» y más aún por este «Gran Arquitecto del Universo», que les parece un legado anticuado del catolicismo medieval.

Para una futura gran formación de izquierdas, semejantes vestigios son molestos. En 1876 y en 1877, la gran mayoría de las logias del Gran Oriente estudia esta candente cuestión: ¿es preciso forzosamente creer en Dios para ser masón? Se trata de un verdadero sondeo de opinión, puesto que los dirigentes de la obediencia intentan saber si la «base» les aprueba.

En el Convento del Gran Oriente del año 1877, el pastor Frederic Desmons presenta una síntesis de todos los estudios realizados y se pronuncia a favor de la supresión del Gran Arquitecto. «Solicitamos la supresión de esta fórmula», declara, «porque nos parece del todo inútil y ajena al fin de la masonería. Cuando una sociedad de sabios se reúne para estudiar una cuestión científica, ¿se siente obligada a poner en la base de sus estatutos una formula teológica cualquiera? No, ¿verdad? ¿Y no debe ocurrir lo mismo con la masonería?». Podríamos responder al pastor Desmons que la mayor «sociedad de sabios» de la Edad Media, es decir, los albañiles o masones constructores, no veía la posibilidad de una Obra que no fuera ofrecida al Soberano Arquitecto de los mundos; pero los tiempos han cambiado. Los masones del Gran Oriente aprueban estas conclusiones v expulsan de las logias al Gran Arquitecto. El dios masónico ha muerto, y el artículo I de la nueva Constitución del Gran Oriente está redactado así: «La francmasonería tiene por objeto la búsqueda de la verdad, el estudio de la moral universal, de las ciencias y de las artes, y el

ejercicio de la beneficencia. Tiene como principio la absoluta libertad de conciencia y la solidaridad humana. No excluye a nadie por sus creencias. Tiene como divisa Libertad, Igualdad, Fraternidad». Ciertamente, se toman algunas precauciones al sostener que, si ya no es obligatorio creer en Dios, tampoco es necesario hacer profesión de ateísmo. Estos diplomáticos matices en nada cambian el hecho esencial.

La reacción de los poderes masónicos extranjeros no se hace esperar. La Gran Logia de Inglaterra, que es teísta y apolítica, declara al Gran Oriente «irregular» y, considerando que no forma parte ya de la francmasonería tradicional, rompe todas las relaciones con él. Los Estados Unidos de América, Escocia, Irlanda, Suecia y Dinamarca son los primeros países que imitan a Inglaterra.

Tras la escisión entre francmasonería y compañerismo, asistimos a una escisión masónica interna que sigue perdurando hoy. Precisemos que el Supremo Consejo trances se opone, también, a la política del Gran Oriente v preserva la existencia del Gran Arquitecto cuya supresión será la causa, en los años siguientes, de innumerables conflictos entre obediencias.

LA FRANCMASONERÍA MODERNA DESPUÉS DE 1877

En enero de 1879, el francmasón Jules Grévy se convierte en presidente de la República. El francmasón Gambetta obtiene la presidencia de la Cámara y el francmasón Jules Ferry el puesto de ministro de Instrucción Pública. A partir de febrero, Ferry comienza un combate sin cuartel contra la enseñanza religiosa. Innegablemente, el principio de gratuidad de la enseñanza laica constituye un atractivo para muchas familias francesas. El Gran Oriente apoya sin restricciones la política de Ferry, pues desea arrancar el máximo de jóvenes de las manos de los eclesiásticos.

;Qué ocurre, aquel año, en el terreno estrictamente iniciático? Una anécdota del todo sintomática bastará para ilustrar. En el mes de agosto, un profano llamado Monat se dirige hacia las cinco de la tarde a la logia «Los verdaderos hermanos unidos inseparables-para que le inicien. Votada la admisión, se entregan unas gafas negras al profano que permanecí, así en la oscuridad. Los masones le toman de la mano y le hacen salir del taller le llevan al patio del Carrousel y el profano, algo inquieto, siente de pronto que se eleva. Dócil, no hace preguntas. Se celebra rápidamente una ceremonia de iniciación y, luego se quitan las gafas negras al nuevo hermano. Con no disimulado orgullo, ti Venerable le anuncia que se encuentra en un globo cautivo y que acaban de darle la luz a novecientos metros de altura. Es, concluye el Venerable, el

símbolo de la altura que puede alcanzar la francmasonería.

La masonería escocesa sufre en esa época una dura prueba; doce logias, que desaprueban la dirección autoritaria del Supremo Consejo, fundan una ><Gran Logia Simbólica Escocesa» que, al igual que el Gran Oriente, se libera del Supremo Consejo, afirma su ideal republicano y su deseo de combatir a la Iglesia. Todo volverá a su cauce más tarde, pero las peripecias de este tipo, a partir de finales del siglo XIX, son numerosas. Las obediencias rivales se dirigen discretos ataques, a veces pérfidos, cuya historia es casi imposible de reconstituir y no tiene, por lo demás, un gran interés para la evolución de la masonería. Advirtamos que la «Gran Logia simbólica escocesa» se fusionará en 1896 con la Gran Logia de Francia fundada aquel mismo año.

Volvamos a 1880, cuando el gobierno, al que puede calificarse sin exagerar de «gobierno masónico», abre las hostilidades contra la Iglesia suprimiendo la Compañía de Jesús y obligando a todas las congregaciones a solicitar un reconocimiento legal en un plazo de tres meses, bajo pena de ser disueltas. Se plantean igualmente los peores problemas a la capellanía militar y se llega, incluso, a hacer que la policía expulse a los monjes de sus conventos. En 1881, una gran victoria alegra a los masones: la gratuidad de la enseñanza primaria. La mayoría de católicos están indignados y doloridos: nunca habrían imaginado que la masonería pasara así a la acción. Responden entonces con la calumnia, afirmando, por ejemplo, que los masones bollan con los pies el Santo Sacramento del altar en las logias. Algunos católicos son más tolerantes como el cardenal Bonnechose que hace un análisis lucido de la situación: para él el catolicismo sufre un inevitable retroceso . Se ha metido demasiado en política comprometiéndose decididamente con la derecha los movimientos de izquierdas debían actuar un día u otro.

La masonería, políticamente muy fuerte, no está al abrigo de críticas durante los años 1822-1824, que ven el ascenso de un antisemitismo sectario. Por increíble que parezca, se acusa a los judíos de degollar bebés cristianos y, naturalmente, esos judíos asesinos encuentran refugio en las logias masónicas que son secretamente «infiltradas» por los israelitas. A tantas inepcias se añade la Encíclica del papa León XIII, con fecha del 20 de abril de 1884: «Para los francmasones», dice León XIII, «se trata de destruir de punta a cabo toda la disciplina religiosa y social nacida de las instituciones cristianas y de sustituirlas por una nueva, modelada de acuerdo con sus ideas y cuyos principios fundamentales son tomados del naturalismo». Esta vez, el Vaticano de]a de lado los secretos y los temibles juramentos de la masonería para proceder a un

análisis intelectual en profundidad; las frases que acabamos de citar son claras y revelan cierto miedo de la Iglesia romana ante una Orden que, efectivamente, reniega de la civilización cristiana y quiere instaurar una sociedad laica que no tenga necesidad alguna de espiritualidad, en el sentido católico del término. León XIII, a comienzos de su pontificado, no sentía ninguna especial animosidad contra los masones; fueron las sucesivas transformaciones del Gran Oriente las que le obligaron a reafirmar la posición doctrinal de la Iglesia.

La francmasonería y la Iglesia rompen, pues, todo contacto y las esperanzas de «negociación» se desvanecen. Los masones acusan a los jesuitas de haber alentado al papa a condenarlos y de haberle dictado los términos de la Encíclica; no son todavía conscientes de un peligro mucho más grave, un peligro que se llama Leo Taxil cuya obra titulada Los misterios de la francmasonería es un fantástico éxito de edición el año 1885. Es el inicio de una increíble mistificación cuyas consecuencias son duraderas aún.

Leo Taxil, cuyo verdadero nombre es Gabriel Jogand-Pagés, es un hombre de letras de la peor ralea. Se ha creado una reputación en París gracias a obras como Los amores de Pío IX, o Las amantes del papa, en las que ese antiguo alumno de los jesuitas cae en el más sumario anticlericalismo. Las denuncias y las multas le hacen perder el dinero que gana, y practica un poco la estafa de diversos modos. A pesar de numerosas condenas cuyas causas van de la falta de pago al proxenetismo, Taxil no es en absoluto molestado por la policía, de la que es un fiel soplón. Iniciado en la masonería por una logia que no debía de ser muy exigente con la calidad de sus miembros, es expulsado rápidamente y no supera el grado de Aprendiz. El corto paso por la Orden le procura un nuevo terna literario: la denuncia de las fechorías masónicas. Escribe entonces verdaderos cuentos chinos donde las inepcias se mezclan con las más delirantes divagaciones; Lucifer es el Gran Maestro secreto de la Orden que se entrega a los peores horrores en la penumbra de las tras-logias. Los masones adoran a 44.43 5.633 demonios infernales v un horrendo diablillo entrega a los hermanos las convocatorias. Naturalmente, los masones envenenan a todos los que detestan y confeccionan talismanes que les permiten ganar dinero en los juegos de azar. Es una organización satánica la que dirige la masonería y engañan a numerosos hermanos que ignoran que los dignatarios masónicos pasean en la punta de una pica las cabezas de sus víctimas y hacen aparecer demonios en las logias. Estas «revelaciones» están acompañadas por sugerentes dibujos que no dejan duda alguna sobre la naturaleza real de la Orden; los católicos están llenos de júbilo. Por muy extravagante que parezca, dan fe a los escritos de Taxil a pesar de las puestas en guardia de jesuitas como el padre

Gruber o el padre Portahé que descubren de inmediato la enorme superchería. Los diarios publican extractos de la literatura «taxihana», los creyentes encuentran en ella pruebas de sus sospechas. Algunas revistas eruditas, dirigidas por sabios adeptos del racionalismo, retoman también las frases de Taxil. En 1893, monseñor Léon Meurin, s.j., publica La francmasonería, sinagoga de Satán, en el que da un aval eclesiástico casi oficial a las tesis de Taxil. Para el obispo, la masonería es satánica en su origen, en su organización, en su acción, en su objetivo, en sus medios. Resumiendo, es el propio infierno. L'Osservatore Romano y L'Echo de Rome dan su pleno acuerdo a estas ideas.

Taxil se divierte mucho; en abril de 1897, prepara un nuevo golpe de efecto y, el día 19 de ese mes, ante un pasmado auditorio reunido en la sala de Geografía, declara indolentemente: «No os enojéis, reverendos padres, sino reíd de buena gana al saber hoy lo que ha ocurrido (...)». Taxil reconoce que sus elucubraciones estaban destinadas a procurarle el mayor dinero posible y que toda su «obra» no es más que un tejido de mentiras. Por desgracia, el falsificador ha convencido a varios eclesiásticos de alto rango; la conclusión del periódico Le Matin del 20 de abril de 1897 es severa: «Montar toda una mistificación, burlase durante doce años de la Iglesia, mofarse de los curas, los obispos, reírse de los cardenales y hacer que el propio Santo Padre bendijera esa tomadura de pelo, ésa es la lamentable obra a la que se entrego Leo Taxil». «¡Vamos!», proclamaba éste, «la tontería humana no tiene límites»; de hecho, cuesta comprender la ingenuidad de aquella época, cuando las payasadas de Taxil tomaron un aspecto relativamente trágico, puesto que la Iglesia y la masonería salen debilitadas de esa inverosímil prueba. La primera ha perdido la confianza de muchos católicos; la segunda sufre todavía el peso de las calumnias «taxilianas», y algunas personas siguen convencidas de que el diablo aparece en las tras-logias donde se degüella a los recién nacidos.

Dejemos ese deplorable hecho de armas trucadas y regresemos al año 1886, que ve el despertar del esoterismo masónico gracias a hombres como Stanislas de Guaita y Oswald Wirth. Hojeando antiguos grimorios, advierten que el simbolismo de la Orden está lleno de sentido y que merece algo mejor que un desdén teñido de ironía. Sus primeros esfuerzos son discretos, pues la mayoría de los masones tiene otras preocupaciones, sobre todo en el terreno de la enseñanza donde los profesores se adhieren, cada vez de mejor gana, a la masonería. Cuando los masones simbolistas publiquen un Ritual interpretativo para el grado de Aprendiz, serán desaprobados por las instancias superiores de la Orden y recibirán la adhesión de una sola y única logia donde, sin embargo, podrán reagruparse para proseguir su trabajo de investigación. Pese a las

dificultades internas, el renacimiento esotérico se inicia.

En 1895 se había creado una nueva obediencia masónica, la Gran Logia de Francia, que es hoy el segundo poder masónico trances por el numero de hermanos. Mantiene buenas relaciones con el Supremo Consejo del Rito Escocés, que le concede la administración de las logias llamadas «azules» (grados de aprendiz, de compañero y de maestro) y conserva la de los altos grados (del cuarto al trigésimo tercer grado del rito escocés). La nueva Gran Logia desea diferenciarse claramente del Gran Oriente; sus talleres trabajan a la gloria del Gran Arquitecto y cuentan con masones simbolistas que no tienen ambición política alguna. En 1896 existen dos «bloques» masónicos: el Gran Oriente por un lado, el Supremo Consejo del Rito Escocés y la Gran Logia de Francia, que permanecerán unidos hasta 1964, por el otro.

El caso Dreyfus estalla en 1898 y provoca una inmensa oleada de antisemitismo. Como suele suceder en los grandes asuntos públicos, los masones se dividen en dos bandos; los unos militan a favor de Dreyfus, al que consideran víctima de una conspiración de jesuitas, los demás se pronuncian contra él. El periodista Drumont no vacila en afirmar que la masonería es un conglomerado de judíos y hugonotes fanáticos que, si no se tiene cuidado, pronto dirigirán Francia.

En 1899, hay unos 24.000 francmasones en el hexágono y, entre ellos, están los más influyentes políticos. Las logias estudian temas como la remuneración de los maestros, las casas de jubilación, las modificaciones del código penal, el alcoholismo.

Este tipo de temas es caro todavía al Gran Oriente contemporáneo. Se hacen también estudios sobre la asistencia pública, el problema de la vejez o la democratización de la enseñanza. El Gran Oriente alienta la simplificación de los rituales y la supresión de símbolos que considera anticuados.

El masón Emile Combes obtiene la presidencia del Consejo en 1902. Muy creyente en su juventud, paso cierto tiempo en un seminario pero se le negaron las ordenes, Este fracaso le inculco un odio visceral contra la Iglesia y todo lo que se refiere a ella de cerca o de lejos. Los sentimientos de Combes descansan sobre la idea de que el catolicismo del siglo XIX ha traicionado de un modo tunda-mental el mensaje de Cristo y la alta intelectualidad de santo Tomas de Aquino, cuyo pensamiento ha estudiado mucho. La masonería será el instrumento de la venganza, destruirá a esa Iglesia renegada que no merece vivir.

Combes hace que se cierren miles de escuelas religiosas y ordena la expulsión de los monjes; las congregaciones femeninas no se libran de ello. En 1903, el ejército expulsa de su convento a los monjes de la Gran Cartuja. En 1904, ningún organismo religioso está autorizado para impartir enseñanza. León XIII trata a los masones de «maniqueos» y los diarios católicos se inflaman, afirmando que Combes asiste a misas negras. El presidente del Consejo, apoyado por el Gran Oriente, permanece en su lugar.

El muy oscuro asunto de 1904 empaña una vez más el renombre de la Orden. Por una denuncia del masón Bidegain, la opinión pública sabe que el Gran Oriente posee miles de fichas destinadas a diferenciar los oficiales realmente republicanos de los demás, es decir, de los malos soldados que son todavía católicos. Estas fichas se entregan al Ministerio de la Guerra, que favorece el ascenso de los «republicanos» y dificulta el de los católicos. El Gran Oriente se defiende torpemente, afirmando que actuaba en interés de la nación; su objetivo era simplemente identificar a los malos soldados capaces de perjudicar a la República. La mentira no engaña a nadie y el escándalo es enorme. Buen numero de masones del Gran Oriente encuentran excesiva esta guerra solapada contra la Iglesia y se vuelven hostiles a Combes, que debe dimitir en enero de 1905. Uno de los mayores artífices de su caída no era otro que Alexandre Millerand, su hermano en masonería, que fue luego expulsado del Gran Oriente.

La gran esperanza de Emile Combes, la separación de la Iglesia y del Estado, se realiza, sin embargo, en 1905. Hasta 1914, el gobierno inspirado por la masonería hace votar leyes sociales para mejorar la suerte de los obreros y desarrollar el sentido de la salud pública. Lo que no impide que algunos grupúsculos de extrema izquierda ataquen a la masonería, que dificulta la lucha de clases a causa de su famosa «fraternidad». Junto a esa francmasonería social cuya buena voluntad no puede negarse subsiste, a trancas y barrancas, una masonería iniciática cuyo más célebre representante es Oswald Wirth, que funda, en 1912, la revista Le symbohsme en la que escritores masónicos intentan recuperar el significado de sus rituales y de sus símbolos.

Edouard de Ribaucourt, profesor de ciencias naturales, piensa que la herencia de los constructores medievales es el mayor tesoro de la masonería. El Gran Arquitecto le parece una base intangible de la Orden, al igual que el Volumen de la Ley sagrada simbolizado por la Biblia. Tales ideas no son muy apreciadas en el Gran Oriente al que pertenece Ribaucourt, que presenta su dimisión y funda, en 1913, una nueva obediencia masónica, la «Gran Logia

Nacional Independiente y Regular para Francia y las colonias francesas», la actual Gran Logia Nacional Francesa. En un manifiesto del 27 de diciembre, se explica en estos términos: «Nos hemos visto llevados, para salvaguardar la integridad de nuestros rituales rectificados y salvar, en Francia, a la verdadera masonería de tradición, la única mundial, a constituirnos en Gran Logia Nacional independiente y regular para Francia y las colonias francesas». La Gran Logia de Inglaterra ve renacer en Francia una tendencia masónica a la que aprueba.

La Primera Guerra Mundial proporciona a los masones, como a los demás franceses, su cortejo de lutos y de sufrimientos. En 1917, la masonería francesa alienta la eclosión de la Revolución Rusa en la que participan las escasas logias clandestinas del imperio zarista; sus esperanzas serán de corta duración, pues Lenm y Trotski no toleran la presencia de sociedad secreta alguna en el territorio de la Unión Soviética, situación que sigue siendo real en nuestros días.

En Francia, el partido radical, principal sostén de la Orden, no tiene ya la misma audiencia después de la guerra. Compite con nuevos partidos de izquierdas que no están enfeudados en la masonería. La Orden sigue siendo fuerte, puesto que cuenta, en 1919, con más de 2.500.000 masones en el mundo que hacen oír sus tesis humanistas por la voz de la Sociedad de Naciones que dirige el francmasón Léon Burgeois. El hermano Quartier la Tente intenta poner en contacto todas las obediencias mundiales por medio de un buró internacional de relaciones masónicas; su fracaso se consuma en 1920, pues los ingleses se oponen a este proyecto que deja indiferente a la mayoría de las logias.

El Gran Oriente y la Gran Logia de Francia participan en el congreso de 1921, en Ginebra, donde las tendencias masónicas presentes intentan redefinir la naturaleza de la Orden tras las pruebas de la guerra. De estas entrevistas se desprende que todos los hombres son hermanos y que la masonería es, esencialmente, una institución filosófica y progresista que busca mejoras materiales, sociales, intelectuales y morales para el mayor beneficio de la humanidad. En el plano político, eso supone decir que la masonería francesa debe situarse en el meollo de la unión de izquierdas para organizar una poderosa defensa nacional y promover el espíritu cívico en cualquier circunstancia.

En noviembre de 1922, el IV Congreso de la Internacional Comunista se inaugura en Moscú. En el orden del día figura la decisión de romper cualquier contacto con la francmasonería mundial. Dicho de otro modo, no es ya posible ser, a la vez, miembro del Partido Comunista y francmasón. Los comunistas que pertenezcan todavía a la Orden deberán presentar su dimisión en el más breve

plazo, puesto que la masonería es sólo una emanación de la burguesía reaccionaria entre otras muchas. La mayoría de los masones franceses abandona el Partido Comunista, pero esta disensión no será definitiva; en 1945, el Partido Comunista y el Gran Oriente reanudarán unos vínculos que, luego, irán ampliándose. En 1923, el fascismo italiano declara la guerra a la Orden desvalijando o destruyendo algunas logias.

Durante el año 1924, el Gran Oriente intenta reafirmar sus posiciones políticas reuniendo, varias veces, bajo su férula, a los principales dirigentes de los partidos políticos de izquierdas. La Unión de las Izquierdas \e la luz tras un debate celebrado en el local del Gran Oriente. La francmasonería se convierte en una especie de super-partido político que «corona» el conjunto de los movimientos republicanos ofreciéndoles una mística humanista alimentada por la certeza de que el pensamiento humano evoluciona constantemente. Humanismo que conoce algunas restricciones, puesto que las logias prusianas no aceptan a ningún judío v las logias de la Jurisdicción Norte de los Estados Unidos frenan al máximo su admisión. El hermano Lantoine, que hace una violenta crítica de la masonería en 1926, admite sin embargo su politización: «Sería conveniente», escribe, «que impusiéramos a los francmasones, como un deber, sin perjuicio, no obstante, de sus conveniencias personales, el examen de las cuestiones políticas, incluso, v sobre todo, de las más actuales».

Oswald Wirth, que encabeza la tendencia simbolista, no comparte esta opinión. Dirige dos críticas complementarias, una a la Iglesia, otra a la masonería. En la primera, reprocha a los católicos, especialmente a monseñor Jouin, que crean todavía en el carácter diabólico de la Orden. «¿No será el orgullo el punto flaco de la Santa Iglesia que, por muy divina que sea, parece no escapar al poder insinuante del maligno?» En la segunda, insiste en el hecho de que la iniciación masónica es la obra ininterrumpida de toda una existencia consagrada a la práctica del símbolo. «En interés del buen reclutamiento de la francmasonería», escribe, «es hora va de que el punto sea ilustrado sobre las cuestiones iniciáticas y que comprenda bien que no es posible ser iniciado por virtud de una ceremonia o por la admisión formal en una asociación, sea la que sea».

La francmasonería de los Países Bajos toma, en 1927, una iniciativa hábil y respetuosa de la tradición masónica, al mismo tiempo, para lograr que cesen las diferencias entre obediencias nacionales; en la asamblea de la Asociación Masónica Internacional, propone a todos los masones que reconozcan la existencia de un principio superior, simbólicamente denominado Gran

Arquitecto del Universo, puesto que esa posición deja a cada masón libre de mantener sus opciones religiosas. Ese inteligente intento fracasa, pues las obediencias se aferran a sus doctrinas particulares.

Exasperada por estas disensiones, la Gran Logia de Inglaterra dirige a las obediencias francesas el gran ultimátum de 1929. Sólo la Gran Logia Nacional Francesa, fundada en 1913, responde a los criterios de regularidad que dispensan los ingleses. Consisten, de entrada, en reconocer la soberanía absoluta de la Gran Logia de Inglaterra, luego en creer en la voluntad revelada del Gran Arquitecto, en colocar de un modo visible las tres Grandes Luces en la logia (es decir, el Volumen de la Ley sagrada, la Escuadra y el Compás), en prohibir cualquier discusión política o religiosa en los talleres. El Gran Oriente se muestra del todo insensible a este acto de soberanía y prefiere permanecer en la «irregularidad» antes que ceder a las exigencias inglesas. Ni siquiera el simbolista Oswald Wirth aprecia esta voluntad de hegemonía y no vacila en escribir estas líneas en 1930: «Concedemos toda nuestra indulgencia a los débiles de espíritu, pero cuando exigen que les demos la razón, exageran. No renegaremos por oportunismo de los principios que hacen la grandeza v la fuerza de la francmasonería. Diez fieles valen más que miles de extraviados».

Según el análisis del masón Maréchal, la francmasonería de comienzos del siglo XX se divide en dos tendencias que considera igualmente contrarias al verdadero espíritu masónico; por un lado se encuentra la Gran Logia de Inglaterra que cree poseer la verdad e imponerla, por el otro el Gran Oriente y sus émulos, que confunden iniciación \ política. La descripción de una sesión masónica por el historiador G. Huard, en 1930, es una buena imagen del clima interno del Gran Oriente: «Uno de ellos se levanta para anunciar algo: en el programa de la sesión había una charla sobre el arte de la puesta en escena por un masón, actor y director de teatro al mismo tiempo; lamentablemente, el buen hermano, cuya comunicación se aguardaba con impaciencia, aviso muy tarde al buró de que no podía acudir; otro amigo de las logias, diputado radical-socialista y, en este momento, titular de una subsecretaría en el ministerio, tratará el mismo tema en su lugar, a vuela pluma».

Mientras el gobierno Edouard Herriot de 1932 cuenta con doce francmasones que mantienen el poder político de la Orden, los masones simbolistas se muestran cada vez más críticos e insisten sin miramientos en las desviaciones de la cofradía. Uno de los más ardientes analistas de la situación es el escritor René Guénon, que pertenece a distintos grupos ocultistas, de los que renegó luego. Admitido como francmasón en 1907, abandonó definitivamente

las logias después de 1914. Para Guénon, el mundo moderno es absolutamente anti tradicional y anti iniciático; en varias obras, considera que la masonería y el Compañerismo son las dos únicas sociedades occidentales cuya autenticidad tradicional es indiscutible, pero reprocha a la primera que haya olvidado los principios básicos de la iniciación, que considera un deber recordarle. Con el seudónimo de La Esfinge, redactó artículos críticos en una revista antimasónica y la emprendió con Oswald Wirth, cuyas interpretaciones simbólicas le parecían insuficientes. Guénon creó una doctrina de la iniciación que, como todas las doctrinas, tiene sus límites y sus debilidades; muchos masones contemporáneos admiran su obra y respetan sus preceptos intelectuales.

Los años 1933-1934 infligen a la Orden graves pruebas. Los países donde reinan doctrinas totalitarias, como Alemania o Italia, persiguen a los masones; bastara con recordar que el titular de la sección SS encargada de liquidar la masonería en Alemania se llamaba Eich-mann. En Francia, los católicos publican listas donde se revelan los nombres de miles de masones. Los partidos monárquicos favorecen la creación de ligas antimasónicas que pasan a la ofensiva y saquean logias de provincias. El Gran Oriente se ve obligado a hacer que protejan su local guardias armados. En la Francia de 1934, es preferible callar la calidad de francmasón, sobre todo en las pequeñas localidades provinciales donde la Orden suscita odios que no han desaparecido por completo aún hoy. La oleada antimasónica aumenta hasta el punto de que un proyecto de ley referente a la disolución de la masonería es presentada en la Cámara el 28 de diciembre de 1935; es rechazada por 370 votos contra 91.

La llegada al poder del Frente Popular, aprobada y alentada por el Gran Oriente, devuelve cierto vigor al reclutamiento masónico que había disminuido considerablemente los años precedentes. Se admite entonces, sin el menor control ni la menor exigencia, a todos los que desean entrar en las logias para obtener una promoción social más rápida y mejorar su red de relaciones profesionales.

Oswald Wirth, que sigue desaprobando el formalismo de la masonería inglesa y el abandono del Gran Oriente, escribe en 1936 una frase que indica la línea de conducta ideal de una masonería fiel a su tradición esotérica: «Es indispensable que la masonería siga siendo iniciática, de ahí su obligación de mantener todo lo que se relacione con la iniciación. Esto es una indudable Landmark». En 1937, el masón Lantoine, que no aprecia demasiado el simbolismo, advierte sin embargo la degradación espiritual de su tiempo; escribe una carta al soberano pontífice en la que desea una especie de «alianza» de la

Iglesia y la francmasonería para salvaguardar los valores profundos de la civilización occidental. El Supremo Consejo Escocés reclama con sus votos el nacimiento de una nueva conciencia religiosa de naturaleza cósmica que iría mas allá de todos los dogmas la Iglesia observa estas gestiones con actitud distante, las altas instancias masónicas se muestran claramente desaprobadoras. Decepcionado, Lantoine observa con amargura: < Contaminada por un elemento demagógico que, imprudentemente, ha dejado penetrar en sus templos, la francmasonería ha dejado de recurrir sólo a la élite, y la élite se ha retirado de ella».

La Segunda Guerra Mundial interrumpe brutalmente los trabajos de la pequeña minoría de masones que desean restaurar el esoterismo de su Orden. A los movimientos antimasónicos les sucede una verdadera persecución que comienza con el decreto de Vichy del 14 de agosto de 1940, que suprimió todas las sociedades secretas. Se procede a arrestos y a ejecuciones sumarias, y los funcionarios francmasones son expulsados de su puesto. Quienes pertenecieron a la masonería ven como se les impide el acceso a las funciones administrativas. El gobierno del mariscal Pétain solo había disuelto la Gran Logia de Francia y el Gran Oriente, olvidando las demás obediencias; los alemanes, que identifican a los francmasones con los judíos, llevan a cabo una precisa investigación sóbrelas corrientes masónicas francesas y exigen la prohibición de las obediencias omitidas por el decreto. Oficiales alemanes, por otra parte, se dirigen a los distintos locales masónicos donde se apoderan de archivos y ficheros.

Más grave aún es el nombramiento de Bernard Fay a la cabeza de una oficina, que se instala en el pasaje Rapp y cuya misión consiste en perseguir a los miembros de las sociedades secretas y, en particular, a los francmasones. Administrador de la Biblioteca Nacional e historiador, Bernard Fay piensa que la francmasonería estuvo en el origen de la Revolución Francesa y que es antipatriótica por naturaleza. Con un increíble fanatismo, Fay establece listas de masones, en su mayoría del pueblo llano, y los hace detener; le ayudan en esta tarea algunos masones que traicionan a los hermanos y revelan sus nombres, esperando así escapar a las persecuciones.

Pierre Laval pone trabas a la acción de Bernard Fay. No siente deseo alguno de perseguir a la masonería, en cuyo seno tiene algunos amigos. Por eso impide la destitución de algunos funcionarios masones y varios arrestos solicitados por Fay. Laval se da cuenta de que la ley sobre las sociedades secretas fue un pretexto para revanchas personales, al vengarse los no masones

de la administración de masones cuyo ascenso habían advertido con amargura.

La historia de este sombrío período es difícil de escribir aún, al menos por lo que se refiere a la masonería; ;por qué, por ejemplo, el prefecto de policía Langéron, que pertenecía a la Orden, protegió menos a sus hermanos que a Laval? ¿Qué esperanzas alentaban a los masones que permanecieron fieles a Vichy a pesar de las persecuciones? Dentro de la gran guerra se producía una no menos cruel agresión contra la francmasonería que no se consideraba compatible con un Estado omnipotente.

En 1941, los documentos requisados en las logias sirven para montar una exposición destinada a ridiculizar a los masones y a mostrar lo nocivo de su institución. Son tratados de judíos usureros y de bolcheviques que desean la perdición de Francia y de su moral. Curiosamente, esos lamentables propósitos no engañan a los visitantes, buena parte de los cuales se apasiona por el simbolismo masónico y comienza a advertir los sufrimientos que se infligen a la Orden. Digamos de paso que los archivos poseídos por los alemanes pasaron, luego, a manos de los rusos cuando se derrumbó el nazismo; las obediencias francesas reconstituidas pidieron al gobierno soviético que se los devolvieran, pero éste opuso una negativa definitiva.

El Gran Maestro de la Gran Logia de Francia, Dumesmil de Gramont, es un amigo personal del general De Gaulle. Aboga ante él por la masonería y es escuchado. Por una orden del 15 de diciembre de 1943, el general anula la ley de Vichy y devuelve a las sociedades secretas una existencia legal. A partir de 1943, los masones se reúnen de nuevo e intentan preparar la unión de todas las obediencias. El proyecto fracasa rápidamente, puesto que el Gran Oriente y la Gran Logia de Francia toman direcciones muy distintas; el primero desea abandonar cada vez más la investigación simbólica, el segundo, por el contrario, desea profundizar en la tradición masónica.

En 1944, una masonería dolorida se interroga de nuevo sobre su vocación. Varias logias han sido diezmadas por la guerra, hay que proceder a una depuración reintegrando en la Orden solo a los hermanos que no han traicionado de un modo u otro. Se utilizará incluso el termino de «limpieza espiritual» para calificar este período de la transición. Está del todo claro que la Orden masónica no tiene ya poder político alguno al finalizar el segundo conflicto mundial. El Gran Oriente, al no disponer de una influencia suficiente para participar en la dirección de los asuntos del Estado, hace que sus logias trabajen sobre temas como la seguridad social, la demografía en el mundo o la enseñanza laica.

El reclutamiento es considerable a partir de 1945 y, en 1947, las distintas obediencias masónicas han reorganizado su administración. El Gran Maestro del Gran Oriente, Francis Viaud, recuerda a los miembros de su obediencia que cuanto más se ocupe de política, la masonería más débil será; sus esfuerzos no se ven coronados por el éxito, pues los masones del Gran Oriente sueñan con restaurar su poder social de antaño. Desde la liberación hasta nuestros días, la masonería vive en paz y prosigue su propia aventura en el seno de la sociedad francesa que se interesa, con menos pasión y mas clarividencia, por las distintas tendencias masónicas que van de un materialismo dialéctico teñido de humanismo al más profundo esoterismo. Las grandes obediencias se aferran aún a su originalidad, y asistimos a distintas querellas cuya relación sería enojosa. Para comprender la naturaleza de las obediencias contemporáneas, lo más sencillo es describirlas precisando sus opciones fundamentales. Antes, volvamos la mirada hacia el pasado para conocer la evolución de la francmasonería moderna de 1717 a mediados del siglo xx.

BREVES REFLEXIONES SOBRE LA EVOLUCIÓN Y LA NATURALEZA DE LA FRANCMASONERÍA MODERNA

La francmasonería moderna cuya partida de nacimiento oficial está fechada en 1717 es una institución sensiblemente distinta, como hemos visto, de la masonería antigua cuyo arte de construir el templo y el hombre era el criterio esencial. En el siglo XVI, secreto, fraternidad y tolerancia son aún los rasgos sobresalientes de la cofradía que profundiza en la práctica tanto de las ciencias herméticas como de la astrología y la alquimia. Con la entrada masiva de aristócratas, humanistas y racionalistas, la Orden cambia de rostro.

Durante el siglo XVIII la masonería inglesa que se atribuye la soberanía legislativa es resueltamente religiosa y respetuosa del orden establecido. En Francia, el Rito Escocés afirma su creencia en el cristianismo y no vive conflicto intelectual y social alguno con la Iglesia. Se advierte sencillamente que algunos masones comienzan a poner el conjunto de las religiones en el mismo plano y sitúan a la masonería más allá de las confesiones, como habían hecho sus predecesores de la antigüedad. De hecho, las logias del siglo XVIII tienen bastante poder de atracción, sobre todo en provincias, porque se puede intercambiar gran número de ideas banales u originales al abrigo de cualquier censura. Puesto que la vida regional es a menudo, por aquel entonces, muy apagada, los talleres masónicos dan a los notables la ocasión de encontrarse y emprender, en común, una búsqueda intelectual que, sin alcanzar grandes cimas, tiene como mínimo el mérito de existir.

Hacia 1775, el ideal de la masonería moderna consiste en elevar templos a la virtud y excavar escondrijos para el vicio. Esas intenciones morales, bastante elementales, están acompañadas por una voluntad de beneficencia que solo pueden ejercer hombres que ocupen un rango bastante elevado en la sociedad. Algunas minorías se ocupan del ocultismo y se mencionan los nombres del filósofo Saint-Martín, el místico Willermoz, el bribón Caghostro. Fácilmente se confunde espiritualidad y teosofía, simbolismo y acertijo.

Identificar el pensamiento masónico del siglo XVIII con la filosofía de las luces sería un grave error. Lo cometieron los historiadores que pensaron que la masonería había sido el primer foco de ateísmo, mientras que los pensadores más críticos rechazaban semejante actitud; Bayle, por ejemplo, consideraba que el ateísmo sólo podía ser un «horrendo embrutecimiento» resultante de un error intelectual. Es muy probable que Montesquieu se convirtiera en masón porque amaba el régimen político inglés y que la masonería fuera, entonces,

considerada una perfecta emanación del humanismo británico. Diderot no tuvo necesidad de la masonería para dirigir la Enciclopedia, y Voltaire se burló a menudo de las logias cuyo nivel intelectual le parecía muy insuficiente.

A finales del siglo XVIII, la masonería puede ser calificada de «Orden de corte», pues los grandes personajes del reino se adhieren de buena gana a la cofradía, que mantienen en la vía de las buenas costumbres. Ahora bien, la corte no es ya el centro de pensamiento del país; para encontrar las nuevas teorías y los análisis críticos de la sociedad, hay que volverse hacia los salones llamados «literarios», hacia los clubes de tendencia política, hacia los cafés donde se reúnen los «contestatarios». Aunque esas ideas penetraron efectivamente en algunas logias, no fueron las logias quienes las crearon, y la mentalidad masónica no tenía el menor carácter revolucionario. En su Historia de la conjura, Montjoie cree dar una prueba formal de la conspiración masónica describiendo la iniciación del Gran Maestro de Orleáns a uno de los altos grados; en un rincón de la sala, escribe, había un maniquí cubierto con los ornamentos de la realeza. Se entregaba un puñal al postulante para que lo hundiera en el maniquí, del que brotaba un líquido rojizo. El maniquí, al parecer, no era sino Luis XVI.

Tales inepcias muestran un total desconocimiento del simbolismo de los grados masónicos, desconocimiento que es origen de muchos juicios erróneos. El grado llamado «de venganza» no estaba dirigido contra la monarquía sino que tenía por objeto honrar la memoria de los templarios llenando de oprobio a Felipe el Hermoso. Puede reprocharse a la masonería que haya modelado semejantes alegorías que abren el camino a los malentendidos. De cualquier modo que sea, la oposición que el Gran Maestro de Orleáns intentó desarrollar contra el rey no tenía como fin preparar la revolución sino sólo darle el poder. Los masones quedaron atrapados en una tormenta que, por otra parte, estuvo a punto de destruir la Orden.

Desde su nacimiento, la francmasonería moderna se desprende del artesanado y de todas las prácticas manuales que habían sido la gloria de la cofradía. «El nombre de francmasón», declara Ramsay, «no debe tomarse en un sentido literal, grosero y material, como si nuestros Maestros hubieran sido simples obreros de la piedra». Así era, sin embargo, pero los elegantes masones del siglo XVIII prefieren buscar sus referencias en la caballería, que conocen muy mal. A los masones rousseaunianos les gusta, no obstante, recordar que Jean-Jacques, en su Emilio o la educación, hacía aprender un oficio manual al joven. Por desgracia, Rousseau consideraba que el estado de artesano acercaba

el hombre al feliz estado natural, situándose así en el lado opuesto a los maestros de obras de la Edad Media, que deseaban superar el «estado natural» ofreciendo a los iniciados el modo de sacralizar el mundo.

La masonería del siglo XIX es, ante todo, política y social. La mayoría de los masones no se preocupa tanto por la iniciación como por el poder temporal de la Orden; todas las tendencias se confunden en las logias y se olvida el mensaje de Pitágoras, que había procurado dividir su cofradía en dos cenáculos, uno reservado a los estudios esotéricos y el otro a las funciones honoríficas y sociales. La masonería no se apoya ya en templos, sino en grandes consignas como libertad, igualdad y humanismo, cuya interpretación varía hasta el infinito. De ese modo, la Orden masónica no tuvo orientación espiritual precisa durante el siglo XIX; ofrecía un marco de discusiones más o menos apasionadas según el momento.

Desaparecida la mano dura de Napoleón I, la masonería moderna adopta opciones políticas muy claras y quiere asegurar el pleno desarrollo de los valores democráticos y republicanos. El «libre pensamiento» en todas sus formas se convierte en el género más valioso, y la masonería pequeño-burguesa toma a menudo el aspecto de una oficina de empleo para funcionario o de un super-partido de izquierdas que lucha mano a mano con la Iglesia. Esta masonería encuentra sus títulos de gloria en la creación de la Liga de la Enseñanza o de la Sociedad de Naciones; entre sus hombres célebres cuenta con el escultor Bartholdi, los escritores Erckmann y Chatnan y el positivista Littré. Sería inútil hacer más larga la lista, pues las tendencias estéticas, literarias o filosóficas de la masonería moderna se basan esencialmente en la Razón y el Progreso, valores muy secundarios como tales en la antigua masonería.

El siglo XIX masónico es también el de los grandes discursos pomposos en el que se exalta una total fraternidad entre los hombres, se reclama una sociedad republicana y liberal. Las reuniones masónicas, llamadas «sesiones», son sin embargo cada vez más descuidadas; a veces se abandona el delantal, se simplifican los rituales vaciándolos de su sustancia simbólica. Hecho sintomático, el propio Gran Oriente debe recordar a sus miembros que es necesaria cierta dignidad en estas reuniones. Innegablemente, hay una pérdida del espíritu iniciático en la mayoría de los talleres; basta con releer esta frase de Bédarnde, escrita en 1929, para comprobarlo: «¿No emplea la química símbolos para anotar la identidad de los cuerpos y sus combinaciones? ¿Y no es el álgebra un simbolismo?». A esta confusión del signo abstracto y el símbolo esotérico, se añade una pobreza intelectual debida al positivismo. En un ritual del segundo

grado, se introducían frases del tipo «la inteligencia tiene su sede en el sistema nervioso cerebro-espinal», que, por fortuna, se suprimieron más tarde. Cuando el masón simbolista Oswald Wirth empleó el viejo término de «arte real» para caracterizar la vida espiritual propia de la masonería, se le hizo observar sin miramientos que la expresión debía desdeñarse a causa de su carácter antirrepublicano.

La masonería moderna se aferra especialmente a dos ideas-fuerza, la igualdad y la fraternidad. Gustave Bord pensaba que la masonería desaparecería de inmediato si se acababa con la primera; sin embargo, los rituales tradicionales expresan claramente la necesidad de una jerarquía iniciática en la que la igualdad no existe. Ponen de relieve, más bien, la identidad divina de todos los humanos, precisando que se diferencian por la práctica personal de la iniciación. Los historiadores de las religiones han demostrado perfectamente que una sociedad iniciática nunca es igualitaria, puesto que tiende a desarrollar la originalidad de cada uno de sus miembros en el seno de una vida comunitaria. Esta voluntad de igualitarismo acarreó la confusión de los valores espirituales y políticos en el seno de las logias, y el masón Lantoine pudo advertir, en 1926: «La democratización de la francmasonería ha hecho bajar su nivel intelectual y, por consiguiente, ha disminuido su autoridad y ha comprometido su influencia.»

La fraternidad, en el marco de la sociedad del siglo XVIII, era una innovación; el burgués y el noble se llamaban «hermano» y derribaban así las barreras sociales. El poema del masón Rudyard Kipling llamado La logia madre es ciertamente el texto que mejor expresa el ideal de una fraternidad efectiva:

Estaba Rundle, el jefe de estación,
Beaseley, de vías y obras,
Ackman, de intendencia,
Donkin, de la prisión,
y Blaeke, el sargento instructor...
Estaba también Bola Nath, el contable,
Saúl, el jucho de Aden,
Din Mohamed, de la oficina del catastro,
el señor Chuekerbuth, Amin Singh, el sick,
y Castro, de los talleres de reparación,
que era católico romano...
Y charlábamos con el corazón en la mano de religiones y otras cosas,
remitiéndose cada uno de nosotros

al Dios que mejor conocía.
Uno tras otro, los hermanos tomaban la palabra,
y nadie se agitaba. .....
Fuera, se decían: «Sargento, Señor, Salud, Salam»,
dentro, era: «Hermano», v estaba muy bien así...

A este respecto, puede evocarse también una anécdota que pone en escena al presidente de los Estados Unidos, Theodore Roosevelt, y a Root, su secretario de Estado. El presidente pregunta a éste cuánto tiempo hace que se relaciona con las logias. «Mucho», responde Root. «Pues bien», dice Roosevelt, «vayamos esta noche a mi logia, hay un excelente Venerable; es el jardinero de mi vecino». Sin embargo, no todo era tan idílico como podría suponerse; en Europa, varias obediencias masónicas prohibieron a los judíos la entrada en los templos v otros sólo los recibían con reticencias. En los Estados Unidos, los negros fueron mantenidos al margen y se agruparon en una obediencia particular, Príncipe Hall. Además, la fraternidad predicada por la masonería moderna permanece, con excesiva frecuencia, en el nivel de la sensibilidad más elemental y carece de fuerza creadora; la calidad de una fraternidad, según las cofradías antiguas, depende siempre de la calidad de la vía iniciática. Cuando esta se empobrece, la fraternidad ya sólo es un vínculo emotivo de extremada fragilidad.

Algunos problemas, desconocidos para la masonería antigua, marcaron el destino de la masonería moderna, como el de los altos grados. Éstos fueron el resultado de iniciativas individuales, cuando algunos masones pensaron que la constitución de las logias «azules», correspondientes a los tres primeros grados de aprendiz, compañero y maestro, carecía de coherencia y de serie-dad. A partir del siglo XVIII, los sistemas de «altos grados» pulularon, yendo de siete grados a noventa. Creados, en su origen, para «purificar» la masonería v organizar talleres donde los miembros fueran cuidadosamente puestos a prueba, los «altos grados» se convirtieron rápidamente en ocasión para distribuir honores y títulos rimbombantes. El mayor infantilismo se dio allí libre curso y numerosos masones consideraron que estos «altos grados» eran una desviación fundamental con respecto al ideal iniciático de la Orden. Para Oswald Wirth, por ejemplo, la plenitud masónica es conferida por los tres primeros grados tradicionales. Por lo que se refiere al masón Manus Lepage, consideraba que los «altos grados» preservaban elementos interesantes en el plano histórico e intelectual, pero, escribía, «no son en modo alguno una "iniciación". La jerarquía de los 33 grados del escocismo puede ilusionar (...). Es simplemente una jerarquía administrativa.

La masonería iniciática tradicional está completa con los tres primeros grados». Esta cuestión sigue de actualidad, y el porvenir de la masonería moderna dependerá, en parte, de la actitud que adopte frente a los «altos grados».

Si los «altos grados» ponen en cuestión la propia estructura del simbolismo masónico, la calidad del reclutamiento condiciona su existencia. Hemos visto ya que era muy severo en los períodos antiguos, cuando los maestros exigían a los neófitos las más diversas competencias. Se trataba de formar constructores capaces de aplicar las más severas reglas de vida; con la masonería moderna, no tenemos ya objetivo preciso, se acabaron, pues, los criterios de reclutamiento definidos con rigor. Ya en 1745, encontramos esta frase en un escrito masónico: «Se ha admitido en la dignidad de Compañero y de Maestro a gente que, en logias bien reguladas, no hubieran tenido las cualidades requeridas para ser hermanos sirvientes». Los Grandes Maestros del siglo XVIII ilustran, desgraciadamente, ese estado de hecho, pues el brillo de su cuna prevalecía sobre su valor iniciático. Se nos dirá, claro está, que la masonería moderna necesitaba protecciones y que sólo podía encontrarlas en la persona de nobles bien situados en la corte. Durante el siglo XIX, el reclutamiento no mejora; algunos masones llegan a hablar de logias donde se refugian inadaptados sociales y Lantome evoca a los «incultos imperceptibles a quienes enorgullece llevar su cordón».

La estricta aplicación de los tres primeros grados habría permitido evitar esas dificultades; la «promoción» de los masones era demasiado rápida, a falta de una enseñanza esotérica que hubiera permitido distinguir el buen grano de la cizaña. A mediados del siglo XVIII, se es Maestro en unos pocos meses, sin haber dado la menor prueba de aptitud para tan importante función. La masonería moderna practica la promoción por antigüedad, lo que desemboca en esta cruel descripción hecha por una pluma masónica: «La libertad puntillosa de la jerarquía y de los jóvenes de ochenta primaveras dictan la ley en los talleres superiores. Es penoso comprobar la cantidad de odio y rencor que emana de una asamblea de vejestorios, sobre todo cuando son barbudos». Ese cuadro poco atractivo de la masonería del siglo XIX es ensombrecido, más aún, por las votaciones basadas en la mayoría, que los masones medievales habían rechazado siempre. Indiscutiblemente, ese tipo de sufragio es perjudicial para una auténtica fraternidad, puesto que un postulante puede entrar en una logia contra la opinión de una minoría de masones que espiarán su menor paso en falso.

Podríamos citar numerosos textos masónicos que se lamentan de la pobreza de los trabajos que se alejan del simbolismo fundamental de la Orden.

El análisis del masón Maréchal, redactado hacia 1914, es uno de los mejores realizados: «Demasiados talleres», escribe, «se entregan a trabajos puramente profanos y que ni siquiera tienen la ventaja de presentar alguna superioridad en el campo que les es propio; demasiados hermanos incompetentes y suficientemente dotados de medios oratorios, dan conferencias o charlas sobre cuestiones o problemas que no conocen o conocen poco, lo que tiene como resultado engañar a los ignorantes, indisponer o, incluso, disgustar a los demás. Algunas logias, muy a menudo reducidas al papel de escuelas nocturnas o de comités, hacen perder a la masonería —o impiden que llegue a ella— gran parte de la élite intelectual». Esos trabajos hueros e inútiles son sólo consecuencia de una desviación que René Guénon expresaba en estos términos en un artículo fechado en 1910: «Lo lamentable, sobre todo, es tener que comprobar, demasiado a menudo, en gran número de masones, la completa ignorancia del simbolismo y de su interpretación esotérica, el abandono de los estudios iniciáticos sin los que el ritualismo ya sólo es un conjunto de ceremonias vaciadas de sentido».

Si podíamos afirmar que la antigua masonería era una sociedad iniciática coherente, es imposible dar una única definición de la masonería moderna, en la que cohabitan, a trancas y barrancas, varias corrientes muy distintas. Esta masonería es una especie de partido político que ama el positivismo, el progreso, el socialismo en el sentido más amplio del término y las teorías sociológicas a base de humanismo; según Armand Bédarnde, que fue dignatario del Gran Oriente, la francmasonería «puede contemplar, pues, con simpatía, las formas políticas y sociales que tienden hacia el máximo de libertad y el mínimo de gobierno». Esta posición puede arrastrar a la Orden hacia cierto tipo de «sindicalismo»; el mismo autor proseguía: «Sería un error creer que el espíritu masónico y el espíritu sindicalista no tienen ningún punto de contacto: basados ambos en la concepción de asociación, se comunican por el canal al aire libre de las ideas proudhonianas y por un común interés por la cultura de los hombres en la solidaridad».

Otros masones desean convertir su cofradía en la más perfecta de las escuelas de humanismo, esperando ante todo favorecer el desarrollo cultural y social del individuo. Semejante «sociedad» de pensamiento no vacila en dar «clases nocturnas» para laicos que desean abrir su inteligencia a cualquier tipo de problema humano, en compañía de hermanos del todo dispuestos a instruirles. Se llega a veces a logias «especializadas» que solo incluyen abogados, médicos o policías.

Para otros, también, la masonería podría ser una especie de iglesia en la que se unen algunos hombres que creen profundamente en su perfectibilidad. A esos masones, que son auténticos creyentes, les gustaría mantener las más amistosas relaciones con las demás Iglesias. Topan sin embargo con críticas de fondo de la jerarquía católica; se trata, en primer lugar, de un deseo de Conocimiento absoluto de los misterios de la vida y, en segundo lugar, de una voluntad de poder obtenido por «medios esotéricos». Este conflicto, que duró durante todo el siglo XIX, se apacigua en la actualidad. Los masones que tienen fe en su Orden han abandonado el anticlericalismo sumario y la Iglesia conoce mejor los principios básicos de la masonería. Es preciso reconocer que la «Iglesia masónica» del siglo XVIII era sólo una capilla de privilegios y que la del siglo XIX y comienzos del xx reunía, más bien, un partido doctrinario que deseaba expulsar de sus templos cualquier pensamiento religioso.

Finalmente, existió en la masonería moderna una corriente iniciática que reunió las enseñanzas de los alquimistas, los rosacruces, los cabalistas, los templarios y todas las organizaciones iniciáticas de las que hemos hablado en la primera parte de esta obra. Sus adeptos, aunque en un número muy reducido durante los siglos XVIII y XIX, consiguieron salvaguardarlo a pesar de todos los peligros que lo asaltaron. «La francmasonería», escribía Lessing en sus Diálogos masónicos de 1778, «no es algo arbitrario, superfluo, sino una necesidad de la naturaleza humana y una necesidad social. Así debe ser posible descubrirla tanto por una búsqueda personal como por indicaciones recibidas de otro. Siempre ha existido».

Establecido este rápido balance del pasado de la masonería moderna, volvámonos hacia el presente de la cofradía e intentemos situar las opciones masónicas en el marco del mundo actual, citando algunos criterios de las principales obediencias contemporáneas.

LA FRANCMASONERÍA HOY

Unos años antes de que el francmasón Aldrin fuera el segundo hombre en poner el pie en el suelo lunar, el francmasón Marius Lepage escribía: «Es una feria, una feria en la plaza pública. La masonería actual querría, nos dicen, preparar un mundo mejor. Estamos en un error total. La masonería no debe preparar un mundo mejor. Debe preparar a hombres que, luego, tal vez, harán un mundo mejor».

Podríamos citar muchas otras opiniones de francmasones que van de una ferviente creencia en la Orden hasta la duda más crítica. De cualquier modo que sea, ya sólo quedan en Occidente dos órdenes tradicionales de orígenes muy antiguos: el Compañerismo y la Francmasonería. Si no pueden negarse las peleas y divergencias que dividen a sus miembros, cierto es sin embargo que estamos ante cuerpos constituidos que merecen todavía atención. Hacer el balance de las corrientes masónicas en el mundo de 1974 es descubrir una multiplicidad de tendencias.

Expulsemos primero algunos fantasmas. La masonería contemporánea no es, en ningún país, una secta muy cerrada que se rodea del mayor misterio. En todas partes donde existe, es una asociación legalmente registrada y sus dirigentes hacen declaraciones públicas. Ninguna obediencia masónica desea ya ser una contra-Iglesia y la Orden no tiene voluntad ni posibilidad de convertirse en un contra gobierno a escala mundial. Además, las obediencias no disponen de fondos secretos y tesoros ocultos; sólo subsisten por las cotizaciones de sus miembros.

Quien desea entrar en la Orden masónica debe escribir una carta a un responsable que forme parte de la asociación hacia la que se siente más atraído.

Registrada la petición, tres masones son designados por el Venerable de la logia que, eventualmente, acogerá al postulante; tras discusiones referentes a los más variados temas, los tres «investigadores» hacen un informe positivo o negativo a los demás masones de su logia. El candidato es entonces convocado ante la asamblea al completo que le hace nuevas preguntas. Se procede luego a una votación para admitir o no al candidato. Si la decisión es favorable, el profano es iniciado durante una ceremonia solemne.

No se impone límite de tiempo alguno; en algunas logias, el proceso de admisión será rápido, en otras será muy largo. El masón que desea abandonar su logia nada tiene que temer; presenta su dimisión y no tiene que justificarse. La leyenda de las «venganzas» masónicas es del todo difamatoria; es una de las últimas secuelas de los falaces escritos que redactaron Leo Taxil y sus semejantes.

La casi totalidad de las asociaciones masónicas exige de los candidatos un detallado curriculum vitae y un certificado de antecedentes penales virgen. Buscan, en efecto, cierta dignidad del hombre que, por lo demás, no se basa sólo en estos documentos administrativos.

Hoy como ayer es preciso diferenciar la Orden masónica que tiene un carácter universal y las obediencias nacionales cuya historia está vinculada a factores religiosos, políticos y sociales. Cada obediencia agrupa varias logias o talleres que son las células básicas de la masonería. En el plano material, dependen de algunos altos dignatarios que se encargan del destino material de la asociación. En el plano iniciático, en cambio, las logias disponen de cierta independencia siempre que respeten las reglas generales de la masonería tal como la concibe la obediencia de la que forman parte.

La mayor nación masónica es, indiscutiblemente, América del Norte. Toda su historia muestra la huella del ideal masónico que inspiro, en gran parte, la primera Constitución de los Estados Unidos. La mayoría de los presidentes americanos perteneció a la Orden.

Los masones americanos se ocupan sobre todo de beneficencia; financian la construcción de guarderías, hospitales, residencias de ancianos. Su principal preocupación es mantener una cálida camaradería y preservar una especie de gran familia donde los hermanos entablan sólidos vínculos afectivos y materiales. Esta tendencia relega a un segundo plano el simbolismo y la iniciación propiamente dichos. En 1963, los miembros de la masonería americana hicieron una severa autocrítica de su orientación en la célebre revista

masónica inglesa Ars Quatuor Loronatum. Reconocían sin ambages que la tradición esotérica de la Orden estaba casi por completo ausente de sus talleres.

Tanto en Inglaterra como en América, acceder a la masonería es un honor. Felipe de Edimburgo y el arzobispo de Canterbury son francmasones y avalan así, de un modo «oficial", la existencia de la asociación. De hecho, la masonería anglosajona forma un bloque coherente en el que, ante todo, cuenta la respetabilidad de los miembros; sus talleres intentan formar masones fraternales y perpetuar el tipo del «hombre honesto» respetuoso de la sociedad circundante. El masón anglosajón está perfectamente integrado en su nación y forma parte de uno de los organismos más honorables que sólo es criticado muy raramente.

En China y en la Unión Soviética, la masonería estaba prohibida, como lo estaba también en España y Portugal. Los regímenes totalitarios de izquierdas o de derechas no admiten la presencia de logias que, eventualmente, podrían favorecer una política de oposición. En estos países, algunos dignatarios fueron encarcelados y los antiguos masones eran objeto de vigilancia policíaca. El «secreto» masónico es incompatible con las doctrinas políticas que no admiten más verdad que la suya.

En Italia, los violentos conflictos entre masonería y catolicismo se han apaciguado; las obediencias italianas son numerosas y están divididas. En su conjunto, han abandonado el anticlericalismo sumario mientras que el Vaticano extiende, poco a poco, su espíritu ecuménico hasta la francmasonería. En uno y otro lado, la era de los ataques virulentos parece haber terminado.

El caso francés presenta notables particularidades. Según recientes sondeos, habría en Francia unos cincuenta mil masones. Se reparten en tres obediencias principales: el Gran Oriente de Francia (16, rué Cadet, París), la Gran Logia de Francia (8, rué de Puteaux, París), la Gran Logia Nacional Francesa (65, boulevard Bineau, Neuilly-sur-Seine). Deben añadirse a ello cuatro asociaciones: la Gran Logia Nacional Francesa Ópera, la Federación Mixta del Derecho Humano, la Gran Logia Femenina de Francia y la Orden de Memphis Misraim.

Para el profano, esta simple enumeración pone de relieve una gran complejidad, intentemos verlo más claro examinando el ideal de las tres grandes obediencias.

El Gran Oriente de Francia tendría, al menos, veinte mil miembros. En el plano numérico, es la obediencia más importante. También es la más conocida e

intenta seguir penetrando más aún en la actualidad gracias a sus publicaciones y a las emisiones radiofónicas o televisivas. El Gran Oriente es dirigido por un Consejo de la Orden que elige a un presidente; a su entender, la masonería no es ya una sociedad secreta sino un organismo discreto que permite a sus miembros abordar todos los temas que les preocupan. Deseando abrirse al máximo a la vida cotidiana, predica la tolerancia, la libertad de conciencia y el anti dogmatismo. Por ello acoge de buena gana a profanos en los coloquios, reuniones informativas, cenas-debate y seminarios. La calidad de la vida social le parece el problema esencial que la masonería moderna debe contribuir a resolver.

Para el Gran Oriente, fiel a sus costumbres del siglo XIX, la participación en la vida política se adecua a la moral masónica. Según Fred Zeller, antiguo secretario de Trotski y ex presidente del Gran Oriente, su obediencia está a la izquierda del abanico político francés (declaraciones a France-lnter, 28 de mayo de 1973). Por otra parte, puede citarse un extracto del cartel que el Gran Oriente hizo pegar en los muros de París, en mayo de 1968: «Rechazando desde hace diez años el derecho a la contestación y el diálogo con los representantes de los estudiantes y los trabajadores, el poder, al monopolizar para su uso exclusivo la información pública, ha convertido el Estado en una colectividad cerrada y tecnocratita que se atribuye el monopolio de la decisión. El rechazo de las aspiraciones debía conducir infaliblemente a la revuelta».

Asociación filantrópica y filosófica, el Gran Oriente tiene por divisa Libertad-Igualdad-Fraternidad. Desde 1877, ha suprimido de sus rituales la frase «A la Gloria del Gran Arquitecto del Universo», así como el volumen de la Ley sagrada, simbolizado por la Biblia.

Si quisiéramos trazar del modo más objetivo posible el perfil de un masón del Gran Oriente, diríamos que se interesa ante todo por dos problemas principales de nuestro tiempo, en sus formas sociales y políticas. Estima que la vinculación de la masonería a una fe religiosa no es útil; cualquier dogmatismo le parece discutible porque debilita el pensamiento masónico y aparta la Orden de su misión esencial. Librepensador, el masón del Gran Oriente se niega a zambullirse en utopías intelectuales o en creencias limitativas; su acción y su reflexión se ven siempre confrontadas a la existencia cotidiana. Desea participar cada vez más en la vida pública y desempeñar un papel en la elaboración de una moral social donde la justicia y la igualdad entre los hombres fueran más respetadas. Para él, el destino de la humanidad es cosa de cada cual; la práctica de la tolerancia masónica permite a los miembros del Gran Oriente abrir su

espíritu a la realidad de nuestra época y mejorar la condición humana. En esta perspectiva, la política vivida de un modo masónico es una transformación consciente y progresiva de las reglas sociales en los ricos.

La Gran Logia de Francia tiene unos diez mil masones. Su Gran Maestro actual, el abogado Richard Dupuy, desearía el nacimiento de una Gran Logia unificada que no fuera religiosa ni política. Para la Gran Logia de Francia, la francmasonería ofrece a sus iniciados varios grados de perfeccionamiento, que el masón asimila poco a poco, lo que le permite matizar sus opiniones y modificar su punto de vista inicial sobre el individuo y sobre la humanidad. Esta obediencia no hace política v no impone obligaciones religiosas a sus adherentes. Trabaja a la Gloria del Gran Arquitecto, al que considera como un símbolo cuyo sentido sería peligroso definir de una vez por todas. < Quien niega la existencia del espíritu v solo ve en los fenómenos naturales un encadenamiento físico-biológico», declaro el Gran Maestro en la revista Historia (1973), «no tiene beneficio alguno que obtener de nuestra institución». Desde hace vanos años, la Gran Logia de Francia expresa sus ideas por medio de una emisión en las ondas de France-Culture.

El masón de la Gran Logia encuentra en los talleres de esta obediencia un humanismo cultural de calidad; participa en profundos estudios sobre los grandes problemas del hombre, cuyas motivaciones sensibles e intelectuales intenta comprender mejor. Habla con hermanos reflexivos v atentos de los más variados casos de conciencia que cada individuo encuentra en su existencia; el conocimiento de las antiguas culturas, de las filosofías v las experiencias espirituales en su conjunto le parecen de primera importancia para aportar soluciones a la angustia contemporánea. El masón de la Gran Logia de Francia se coloca de buena gana más allá de las religiones, con el fin de estudiar el factor «hombre» en todas sus dimensiones.

La Gran Logia Nacional Francesa cuenta con unos cuatro mil miembros. Alberga logias francesas, logias inglesas y logias de militares americanos. Los temas políticos están excluidos y no se permite abordar problemas prácticos contemporáneos en los trabajos de taller. Nuestros efectivos son reducidos, declaraba el actual Gran Maestro, A. -L. Derosiére, porque pocas personas se interesan por el pensamiento iniciático de la francmasonería. La Gran Logia Nacional Francesa ha conservado en sus rituales el Volumen de la Ley sagrada y trabaja a la Gloria del Gran Arquitecto, al que se evoca así en uno de los folletos de esta obediencia, titulado La francmasonería regular (1970): «Es el Creador y todo ello sin equívoco pan-teísta o inmanentista. No es un símbolo. La

francmasonería regular es teísta».

El masón de la Gran Logia Nacional Francesa reconoce la existencia de un principio divino y consagra todos sus esfuerzos a tomar más conciencia de ello. Está muy aferrado al valor de los símbolos y de los rituales que le parecen las fuerzas más vivas de la masonería contemporánea. Para él, la iniciación es un campo inagotable que ningún masón podrá terminar nunca de explorar. Le concede, pues, todos sus cuidados para descubrir sus mecanismos v sus finalidades. Considera la vida política y social secundaria con respecto al mundo iniciático; no porque las desprecie, sino porque estima que la evolución humana debe pasar primero por la iniciación, antes de sumirse en las dificultades cotidianas. Además, cada iniciado las resuelve a su modo en función de su comprensión de los símbolos. El Gran Arquitecto está en el meollo de su pensamiento e intenta leer el libro del mundo descifrando el mensaje del Volumen de la Ley sagrada.

Unas líneas más arriba, hemos empleado el término de «francmasonería regular». La palabra «regular» se explica de un modo muy simple. Las obediencias nacionales cuya existencia está legal-mente reconocida por la Gran Logia Unida de Inglaterra son llamadas «regulares», el resto «irregulares». En Francia, sólo la Gran Logia Nacional Francesa responde a los criterios de «regularidad»; todas las demás obediencias que hemos citado no responden a ellos.

De hecho, advertimos que muchas corrientes diversas se han afirmado bajo el vocablo de «francmasonería»; cada una de ellas, naturalmente, tiene sus reglas propias que la caracterizan. En el seno de lo que define como la «regularidad», la Gran Logia Nacional Francesa sólo puede reconocer como legítimos a masones que tengan una posición teísta; el Gran Oriente, en cambio, sólo reconoce como verdaderos masones a quienes militen por el libre pensamiento y no demuestren una posición religiosa doctrinaria.

Si nos interesamos por las relaciones entre la francmasonería y la Iglesia católica, advertimos que han evolucionado mucho en estos últimos años. Uno de los representantes más autorizados de la jerarquía católica, el reverendo padre Michel Riquet, subrayó varias veces los nuevos aspectos de la doctrina adoptada por el Vaticano

II. Ciertamente, el canon 2335 castiga con la excomunión a «quienes den su adhesión a una secta masónica u otra, entregándose a conspiraciones contra la Iglesia y los poderes civiles legítimos». La época de las conspiraciones en

cuestión parece ya pasada. Además, desde el punto de vista de los eclesiásticos conocedores del estado presente de la masonería francesa, la condena no se aplica de un modo tan abrupto a la Gran Logia Nacional Francesa, a la masonería llamada «regular» que hace de la creencia en Dios un artículo constitucional. Para el padre Riquet, el Gran Oriente y la Gran Logia de Francia sólo representan a una mayoría desautorizada por la masonería mundial.

La Iglesia católica, sin embargo, no practica exclusivas y no ha formulado todavía una doctrina oficial por lo que se refiere a la francmasonería del siglo XX. Aunque el padre Riquet, como acabamos de ver, establece distinciones muy claras entre las obediencias, la jerarquía romana admite otras andaduras. El abate Jean-Francois Six representa una tendencia que consiste en colocar a todas las asociaciones masónicas en el mismo terreno; por eso se encarga de ponerse en contacto con el Gran Oriente y con la Gran Logia de Francia.

Histórica y sociológicamente, está claro que varias francmasonerías cohabitan en el interior de esa entidad abstracta a la que se denomina «Orden masónica». Cada asociación, en función de los criterios de base que considera fundamentales, orienta su acción hacia ese o aquel dominio y exige al candidato que desee unirse a ella cualificaciones personales que respondan al estado de ánimo de la obediencia. Puesto que el árbol no debe ocultar el bosque, también podemos suponer que algunos masones tienen opiniones que no corresponden exactamente a las doctrinas oficiales de las obediencias; sin embargo, éstas están obligadas a expresar una línea de conducta global para informar al público.

La obediencia es sinónimo de orientación predominante que surge de una asociación de logias; éstas son otros tantos cuerpos específicos dotados de un espíritu original que se aproxima, más o menos, a los textos legislativos de la obediencia. Las grandes asociaciones masónicas, por consiguiente, desvían el ideal masónico en la dirección que les parece más auténtica, pero las logias no pierden por ello su personalidad. ¿Es realmente una «feria», como decía Lepage, o sencillamente una yuxtaposición de tendencias? El historiador no debe juzgar. Como máximo puede observar que la masonería contemporánea ofrece al público un muy vasto abanico de posibilidades. Las opciones intelectuales son numerosas, las corrientes de pensamiento masónico son múltiples.

Hay una masonería fraternal en la que se hace hincapié en la calidad de las relaciones humanas; en principio, la notoriedad, el oficio y la fortuna de los masones deben desvanecerse ante el sentimiento de fraternidad que les une. Les permite desarrollar una amistad profunda gracias a una global ayuda mutua.

Hay una masonería de beneficencia que utiliza el dinero de la asociación para ayudar, en la medida de sus medios, a los masones en dificultades y a los grupos sociales desfavorecidos. Esta preocupación se traduce en fundaciones caritativas y manifestaciones públicas donde los masones expresan su deseo de justicia social.

Hay una masonería humanista que se vincula a la definición de los valores humanos, a la comprensión del progreso económico y de las leyes de una sociedad armoniosa. Desarrolla una cultura donde los sentimientos y el pensamiento del hombre son estudiados sin pasión, para engendrar una mejor fraternidad entre todos los humanos.

Hay una masonería política o comprometida que intenta participar en la buena marcha de la nación. Algunas obediencias se sitúan más bien a la izquierda, más bien en el centro. La tendencia anglosajona es bastante conservadora mientras que el Gran Oriente de Francia, para citar sólo un ejemplo entre otros, desearía profundos cambios.

Hay una masonería teísta que desea aproximarse a la Iglesia y mostrar la importancia de la creencia en Dios. Sin ser una iglesia en sentido estricto, rechaza el ateísmo y el anticlericalismo en todas sus formas.

Hay, por fin, una masonería iniciática y esotérica cuya principal preocupación es el estudio del simbolismo y de su transmisión a través de las edades y entre los iniciados. Estima que la iniciación sólo puede realizarse realmente en un marco comunitario, donde la conciencia del hombre florece poco a poco.

En todas las obediencias, por lo demás, estas diversas tendencias están representadas según variadas proporciones. En función de estas circunstancias, el historiador no puede declarar de un modo perentorio «ese tipo de masonería es auténtico», «ese tipo de masonería es falso». Pronunciar una sentencia de ese estilo no suprimiría, por ello, las asociaciones masónicas que se excomulgaran intelectualmente. Algunos masones lamentan esa diversidad que, a su entender, debilita el poder de la Orden y desnaturaliza su «imagen de marca». Otros la consideran favorable y piensan que así se respeta la tolerancia.

Es imposible definir con certidumbre el porvenir de la masonería. Ciertamente, la francmasonería humanista y fraternal es hoy predominante, mientras que las tendencias iniciáticas reúnen una minoría de adeptos. Pero, varias veces en la corriente de la historia masónica, hemos advertido que

algunas minorías ponían en cuestión el destino de la Orden y eran origen de considerables trastornos; basta con recordar, por ejemplo, los acontecimientos de 1717.

Hasta ahora, hemos consagrado nuestro relato .1 las mutaciones históricas de la masonería. Es del todo interesante, también, sacar parcialmente a la luz la sustancia misma de la Orden, .1 saber, los ritos iniciáticos y los símbolos que han superado la prueba del tiempo y caracterizan a la masonería para el mayor número de personas.

Nos veremos entonces confrontados a otro mundo de «regularidad: ¿de dónde proceden los rituales y las formas simbólicas de la masonería? ¿En qué medida fueron modificados? Sin aspirar a un estudio exhaustivo, nos proponemos ver si la masonería moderna ha permanecido fiel, en este campo, a sus modelos de origen. Por ello, nos parecen, ahora, necesarias algunas rápidas incursiones en el universo iniciático de la masonería.

TERCERA PARTE
VIAJE A TRAVÉS DE LOS SÍMBOLOS MASÓNICOS

I. EL SECRETO MASÓNICO

Entre la masonería antigua y la masonería moderna existe un punto común fundamental: el símbolo. Las dos instituciones siguieron vías distintas, opuestas a veces, basaron sus reclutamientos en criterios muy variados, pero preservaron la sustancia simbólica de la Orden y su contenido iniciático, aunque

algunas obediencias renegaron, más o menos, de él. En su obra Los auténticos Hijos de la Luz, el masón Pierre Mariel nos explica en estos términos el carácter eterno de la francmasonería: «El símbolo es la esencia misma, la razón de ser de la masonería. Lo visible es el reflejo de lo invisible. Ahora bien, nosotros, los masones, nos expresamos por símbolos no para distinguirnos de los demás seres humanos sino, simplemente, por una necesidad inherente a cualquier conocimiento verdadero... El objetivo de los símbolos no debe ocultarse. Su objetivo es seleccionar a quienes, integrándolos, se muestran dignos de la Verdad».

El gran secreto de la masonería, que no puede ser traicionado por nadie, es el del significado profundo de sus símbolos. El caballero Ramsay lo afirmaba aun en el siglo XVIII «Tenemos secretos, son signos figurativos y palabras sagradas, que componen un lenguaje mudo a veces, muy elocuente otras, para comunicarlo a la mayor distancia y para reconocer a nuestros colegas, sean de la lengua que sean». La francmasonería moderna ha sabido conservar, pues, la riqueza esencial de las sociedades iniciáticas de la Edad Media, a saber, el mundo simbólico que permite, efectivamente, a algunos hermanos llegar más allá de la expresión racional, de la raza, de la cultura y del conjunto de los condicionamientos humanos.

Por ello, Oswald Wirth insistía tanto en la diferencia capital entre la francmasonería definida como una organización material y administrativa y el espíritu masónico, al que resumía así: «Aprender a construir corresponde, en la iniciación, al gran arte de la Vida». La vida construye sin cesar, es una obra en perpetuo devenir que los masones intentan llevar hasta el más alto grado de perfección. La masonería primitiva ofrecía a sus miembros, sobre todo, una concepción sagrada del trabajo y una experimentación permanente de la espiritualidad por medio de la inteligencia y de la mano.

Estamos en el meollo del secreto masónico; por un lado, hay un organismo humano con sus debilidades y sus errores. Por el otro, una Orden verdadera basada en la iniciación y en el simbolismo, una Orden que sólo revela sus riquezas a quienes cruzan la puerta de los grandes misterios y pasan de una iniciación ceremonial a una iniciación real. Así, Hermann Hesse escribía sobre el juramento: «Aunque me conceda la más entera libertad en lo que se refiere al relato de mis propias aventuras, me prohíbe cualquier revelación referente al propio secreto de la Orden». Según los testimonios de masones que «vivieron» el símbolo, este secreto en espíritu solo se hace accesible a los adeptos que practican con asiduidad la vía iniciática. Los libros que anuncian grandes

revelaciones sobre los secretos masónicos sólo pueden ser imposturas, puesto que el Conocimiento último de las verdades de la Orden se alcanza en el interior de una logia y no podría verse comprometido sin haber sido vivido.

Este «secreto», considerado de este modo por vanos escritores masónicos, es innegablemente uno de los valores inmortales que tiene la francmasonería. No reside en algunas «tras-logias» creadas por imaginaciones delirantes, sino en el espíritu del masón que integra en su vida v en su pensamiento el mensaje del simbolismo milenario que encuentra en su taller.

II. EL CUADRO SIMBÓLICO DE LA LOGIA DE APRENDIZ

Cuando se abre una logia al grado de Aprendiz, es indispensable dibujar un «cuadro» en el que se encuentren los símbolos esenciales de la masonería. Una logia, por otra parte, se considera existente en cuanto el cuadro ha sido dibujado. En él se ve la escuadra, el compás, las dos columnas, la puerta del templo, el sol y la luna, el nivel y la perpendicular, el enlosado de mosaico, la piedra en bruto y la piedra cúbica, las tres ventanas enrejadas y el triángulo. De acuerdo con la regla tradicional, el cuadro debe trazarse a mano; los masones están de pie y mantienen el más profundo silencio. Sus manos convergen hacia la mano de quien dibuja los símbolos.

Este rito del «trazado del cuadro», que constituye un acto mágico en el sentido más noble del término, es muy antiguo; en el Libro de los Muertos de los antiguos egipcios leemos, en efecto, el siguiente pasaje: «Actuad como sigue en la sala de las dos verdades. Dígase esta fórmula siendo puro, purificado, estando vestido con hábitos de lino, calzado con sandalias blancas, maquillado con galeno... Luego trazas el dibujo que está en los escritos rituales en un suelo puro, con blanco extraído de un terreno que no hayan hollado cerdos ni cabras».

Los masones, por consiguiente, recrean un espacio sagrado en el que se mueven sus pensamientos. La utilización de la pizarra y de la tiza responde a necesidades practicas; de hecho, como indican los textos antiguos, los símbolos se graban sobre un suelo blanco, siendo el blanco el color del delantal de aprendiz.

Al final de cada «sesión» el cuadro se borra. La logia se disuelve y regresa a la nada. Más exactamente, la logia material se esfuma por algún tiempo mientras que la comunión fraterna creada durante la reunión comienza a actuar en el alma de cada masón.

III. LAS DOS COLUMNAS DEL TEMPLO Y LAS GRANADAS

Dos columnas delimitan la entrada del templo masónico. Una está reservada a los aprendices, la otra a los compañeros. Por lo que a los maestros se refiere, están simbólicamente situados en el centro del umbral, remando también sobre ambas expresiones de lo sagrado. Las dos columnas masónicas tuvieron como modelo las del templo de Salomón, que se inspiraban en los dos obeliscos que preceden la entrada de los templos egipcios. Esas agujas de piedra tenían la función de disipar cualquier perturbación cósmica. Semejantes antenas captaban lo que los herméticos denominan la «armonía de las esferas» y se la ofrecían a los iniciados. En un texto gnóstico titulado Apocalipsis de Pablo, se nos habla del viaje celeste del apóstol guiado por un ángel que le muestra las moradas de los justos. «Sería el ángel», dice Pablo; «me llevó hasta el tercer cielo y me colocó ante la puerta. Miré y vi que la puerta era de oro, con dos columnas de oro llenas en lo alto de letras de oro.

El ángel se volvió hacia mí y me dijo: "Serás bienaventurado si entras por esta puerta pues eso se concede sólo a quienes tienen un cuerpo puro e inocente"».

Sobre las columnas del templo masónico hay dos granadas. Este fruto era consagrado a Deméter y a Perséfone por los iniciados de Eleusis que veían en él el símbolo de las riquezas ocultas de la tierra divinizada. «De la granada», escribe Pausamas, «no diré nada, porque su historia afecta a los misterios sagrados». Para los Padres de la Iglesia, la granada representa la comunidad de fieles reunidos en la Iglesia que, bajo una misma corteza, alberga muchos granos. Dicho de otro modo, los pueblos más diversos pueden estar unidos por la misma fe y los masones de las más divergentes opiniones pueden comulgar en lo sagrado. «¿Qué designa el fruto del granado», escribe el obispo Durand de Mendes, «salvo la unidad de la Fe? Pues, del mismo modo que en una granada se ve una corteza lisa v en su interior muchos granos, así la unidad de la fe cubre enteramente, en el exterior, los innumerables pueblos de la Santa Iglesia y encierra, en el interior de sí misma, la múltiple diversidad de sus méritos».

Además, cuando la granada está madura, se abre y proyecta a lo lejos sus granos. No es posible hallar mejor imagen de la transmisión del espíritu que expresa, sin contar, las potencialidades creadoras que los masones tendrán que tomar a su cargo. Tanto si se trata de las dos columnas como de las granadas, la francmasonería ha conservado, pues, antiguos símbolos utilizados en las

primeras sociedades iniciáticas.

IV. LAS PRUEBAS INICIÁTICAS DEL GRADO DE APRENDIZ

El ritual de iniciación al grado de Aprendiz francmasón es la resultante de numerosos mitos esotéricos de la antigüedad y mantiene en el mundo occidental formas primordiales de la espiritualidad elaborada por los antiguos. El neófito es llevado, primero, a una habitación oscura, el «gabinete de reflexión» donde su soledad encuentra vanos símbolos. Este conocimiento de las posibilidades de la tierra se inspira en los múltiples descensos a los infiernos de la antigüedad; uno de los más célebres es el del rey Rampsinito.

El monarca llega a las regiones tenebrosas para jugar al ajedrez con Isis; a veces gana, otras pierde, aprendiendo la severa ley de las casillas negras y blancas que encontramos en la logia masónica, en forma de «enlosado mosaico». El rey regresa luego a la luz, ofreciendo a los humanos un magnífico mantel de oro que se utilizará en los banquetes rituales.

El neófito es conducido por dos maestros masones, al igual que el «hijo de la luz» del Libro de los muertos egipcios es guiado por dos «hijos reales> ; los utos eleusinos advierten que el futuro iniciado debe tener los ojos vendados por el camino que lleva al templo. Quien desea penetrar en la logia, efectivamente, tiene los ojos vendados; además, su pie derecho está desnudo.

La alternancia de una pierna desnuda y una pierna cubierta es un tema simbólico representado en algunos cilindros babilónicos; la idea fue llevada a Occidente, puesto que una estela galo-romana de Sens nos muestra al herrero Belhcus con un pie desnudo \ el otro calzado. Siendo el herrero asimilable al alquimista que orienta la materia hacia su perfección, nos hallamos, efectivamente, ante uno de los orígenes del grado de Aprendiz masón. El arte medieval hace, a veces, algunas alusiones a este rito; los escultores representaron un pie calzado con una pantufla en las zarpas de algunos pilares, por ejemplo en Saint-Lizier, en Mercus y en Bordes-sur-Iez. En la Edad Media, descalzar un pie significaba que se era fiel en el Amor. De hecho, se pide al futuro aprendiz un compromiso total \ un respeto consciente por la Orden a la que concede su confianza.

El neófito es despojado de sus metales. Dicho de otro modo, se le pide que se separe de todos los objetos metálicos que lleve encima, objetos que simbolizan las riquezas materiales y, sobre todo, los prejuicios y las ideas preconcebidas que le molestarían en el camino de la evolución. Este «despojamiento de los metales» es admirablemente ilustrado por el mito babilónico de la diosa Istar bajando a los infiernos donde cruza varias puertas antes de alcanzar el «fondo de todas las cosas». Se quita la tiara, los pendientes, las perlas de su cuello, el pectoral de su pecho, el cinturón de pedrería del parto, las pulseras de sus manos y sus pies. En la séptima puerta, por fin, abandona el «vestido de pudor de su cuerpo». Cuando está desnuda, puede conversar con el dios de las profundidades. Superada la prueba, vuelve a subir hacia el espacio libre y retoma, en sentido inverso, los objetos que había abandonado en su descenso. Esta «restitución de los metales» se lleva a cabo al final del ritual de aprendiz, considerando los maestros que el nuevo iniciado es va capaz de utilizar con buen criterio las riquezas de este mundo, en vez de ser su esclavo.

Los cristianos conservaron esta idea; en el bautismo primitivo, se obligaba al postulante a entregar al sacerdote todos los objetos valiosos que poseía, especialmente las joyas. Nadie, decían, debe zambullirse en el agua con algo extraño y sólo la desnudez es adecuada al renacimiento. En el texto titulado El pastor de Hermas, se dice que el oro no es malo en sí mismo, pero que debe ser purificado por el fuego para ser utilizable. Cada hombre lleva oro en sí; si desea descubrirlo, debe ponerse a prueba. «Vosotros, que habréis aguantado», dice el texto, «seréis purificados. Se rechazan así las escorias. Del mismo modo, rechazaréis cualquier aflicción y cualquier angustia, seréis purificados y utilizables para la construcción de la torre». La alquimia espiritual está vinculada, pues, a un acto de construcción y anuncia claramente el ritual masónico.

No insistiremos extensamente en las pruebas de los cuatro elementos, la tierra, el agua, el aire y el fuego. Corresponden a las cuatro edades del mundo v a las cuatro cualidades fundamentales del ser humano, el sentido material, la sensibilidad, la inteligencia y la espiritualidad. Estas purificaciones se llevaban a cabo en todas las sociedades iniciáticas de la antigüedad, y encontramos su rastro en Egipto, en Bizancio, en los libros gnósticos y en las religiones «mistéricas». El ritual masónico tiende a liberar al iniciado de las trabas que encuentra en esos cuatro planos y a indicarle el mejor camino para desarrollar en cuatro niveles sus potencialidades creadoras.

Tras haber jurado que guardaría silencio sobre todos los misterios

masónicos, el postulante bebe un líquido amargo que simboliza la primera purificación de su espíritu y la práctica del conjunto de los aspectos de la iniciación, ya sean reconfortantes o «amargos». Se ha preguntado, durante mucho tiempo, por el origen de este rito; en el Protoevangelio de Santiago, se nos proporcionan a este respecto interesantes informaciones. Se dice que un sacerdote ordenó a José que devolviera al templo a la Virgen María, que le había sido confiada. Según el rumor público, José habría abusado, en efecto, de la muchacha. «Os someteré a la prueba del agua amarga del Señor», proclama el sacerdote, «y así se revelará vuestro pecado». La da a beber a José, luego le manda a las montañas donde hubiera debido perecer para expiar su falta. Pero José regresa indemne. Se da agua amarga a María, que, también, regresa indemne de su periplo por las montañas.

Más específica aún es la aventura de san Juan, el patrón de la masonería esotérica. Domiciano, cuya policía había denunciado las actividades subversivas del apóstol, hizo que Juan se presentara ante él. «Si realmente posees la verdad», dijo el emperador, «bebe este brebaje». Juan absorbe sin temor el contenido de la copa envenenada y no sufre el menor efecto. También el masón debe absorber el veneno de este mundo sin que le afecte. Los ritos del Compañerismo parecen más profundos, en este capítulo, que los de la masonería; en efecto, se hace tragar al neófito un brebaje en el que se ha sumergido un escrito que simboliza el Libro sagrado que debe incorporar a su carne. Este rito se remonta a Egipto, donde, según el papiro mágico de Turín, se escribían fórmulas secretas en una tela de lino disuelta en la cerveza que bebía el iniciado.

Al finalizar la iniciación al grado de Aprendiz, el Venerable que preside pregunta al Primer Vigilante si la instrucción del nuevo iniciado ha terminado. El Primer Vigilante responde: «Todo es justo y perfecto». ¿No se reconoce un prototipo de esta fórmula en la expresión «es recto y justo» que utiliza la concurrencia para responder al sacerdote que acaba de celebrar el bautismo?

V. LA CADENA DE UNIÓN

Al finalizar cada una de sus reuniones, los francmasones se quitan los guantes blancos y forman una cadena de unión que simboliza la unión del conjunto de los iniciados en toda la superficie de la tierra y la comunión de los espíritus que participan en la misma obra. Ese rito es conocido ya en Egipto, donde lo celebran los dioses dándose la mano e integrando en su «cadena» al rey del doble país, Faraón. Siendo definida la masonería como el «Arte real»,

colocarse en la «cadena de unión» supone dar un nuevo paso en la vía iniciatica.

Para los babilonios, una cadena o una cuerda une todas las cosas atravesando los mundos conocidos y desconocidos. Dios es el «vinculo» de la creación, un vínculo que cada hombre lleva en sí mismo pero del que no es consciente mientras no ha cruzado las puertas de la iniciación.

En un texto cristológico, contenido en los actos apócrifos de Juan, encontramos la formulación más precisa de esta «cadena de unión» a la que los masones otorgan una considerable importancia. Antes de su arresto, el Señor reúne a sus discípulos y canta con ellos un himno al Padre. «Nos llamó», cuenta el texto, «nos hizo formar como un círculo dándonos las manos unos a otros». Y Cristo habló: «Te damos gracias, oh Luz en quien no habitan las tinieblas. (...) El Altísimo participa en el corro. Quien no participe en el corro no conoce lo que va a venir. Mírate en mí que hablo y, viendo lo que hago, guarda silencio sobre mis misterios».

VI. EL DELANTAL MASÓNICO

Los aprendices masones llevan un delantal blanco, los maestros un delantal donde predominan el rojo o el azul, según el rito al que pertenezcan. Para algunos historiadores masones del siglo XIX, esta vestidura sólo sería la prolongación de la librea que llevaban los obreros de las corporaciones londinenses del siglo XVII. De hecho, el símbolo se remonta mucho más en el tiempo. Los más célebres delantales son los de los faraones, cuyo particular corte alberga numerosos secretos geométricos utilizados en la construcción de los templos, ti delantal masónico, muy simplificado, ha perdido gran parte de ese esoterismo.

La tradición cristiana nos enseña que Tomás, el arquitecto, regresó de la India en una nube; dirigiendo grandes obras en ese país, había adelantado su regreso a Occidente en cuanto se anuncio la muerte de la Virgen. Por el camino, vio de pronto el cuerpo de Nuestra Señora acompañado por un cortejo de ángeles. Maravillado, suplica a la Virgen que le bendiga; ésta le entrega un cinturón que deberá conservar celosamente. Tomás es también un santo patrón

de la masonería y el cinturón tiene el mismo sentido simbólico que el delantal. El propio Cristo llevaba un cinto de oro que poseía ya el rey Rampsmito; en el texto titulado El pastor de Hermas, la alusión a un rito de constructores es muy clara. El hombre que sigue al pastor se sienta junto a él y oye estas palabras: «Ponte un delantal y ayúdame».

Según el masón Oswald Wirth, el papel del delantal «es protegernos durante nuestro trabajo, pues no debemos resultar heridos por las esquirlas que se desprenden de nuestra piedra en bruto. Esas esquirlas son nuestras propias dificultades; corremos el riesgo, por otra parte, de un regreso ofensivo o un retroceso, cuando estamos haciendo esfuerzos para librarnos de ellas».

Signo de protección que, en su forma primitiva, era sobre todo un símbolo geométrico, el delantal es, pues, la pieza esencial del vestido masónico. Sin embargo, varias logias lo suprimieron en el siglo XIX, olvidando que había estado siempre presente durante la tradición iniciática occidental con el aspecto de un cordón, un cinto o un delantal de proporciones diversas.

VII. EL SIGNO DE ORDEN DE LOS APRENDICES

Cuando los francmasones toman la palabra en una logia de aprendices, se ponen de pie y hacen el signo de orden, que es, por otra parte, obligatorio en cuanto que dejan de estar sentados. Para ejecutar este signo, se coloca la mano derecha a la altura de la garganta, con el antebrazo en la horizontal, y el pulgar tendido para formar escuadra. Se pasa entonces, brutalmente, la mano de un lado a otro de la garganta, como si uno se degollara. Según la explicación habitual, el gesto de orden significa que el masón pretiere que le degüellen antes que revelar los secretos que le han sido confiados.

El gesto se represento a veces en los capiteles de la Edad Media, especialmente en la catedral suiza de Coire. Originariamente, el iniciado se corta la garganta en cuanto «rompe la palabra masónica». Dicho de otro modo, cuando el masón traiciona las palabras secretas de la Orden por una conducta indigna, se divide a sí mismo en dos partes, siendo en adelante su cabeza incapaz de gobernar su cuerpo, pues sus pensamientos no corresponden ya a sus actos. Este rito fue practicado simbólicamente por las antiguas civilizaciones; en Egipto, por ejemplo, el iniciado que justifica su existencia ante el Tribunal de los muertos obtiene un insigne privilegio expresado en estos términos: «Puesto que tu cabeza ha vuelto a ti, no estará ya separada de ti y entrará contigo sin que su separación pueda tener nunca lugar». Entre los babilonios, se representaba la

degollación de un dios (es decir, el nuevo iniciado, el hombre divinizado) para que los demás dioses se purificaran con su sangre. Los dioses pronuncian, por otra parte, un juramento de fidelidad a Marduk, que posee el cetro, pronuncian la formula sacramental tocándose la garganta, y quien traiciona la palabra dada es degollado. El origen es aquí del todo evidente, aunque no puedan precisarse los modos de transmisión de este símbolo.

VIII. EL OJO EN EL TRIÁNGULO

Por encima del lugar del Venerable maestro, que se encarga de dirigir los trabajos masónicos, se encuentra un triangulo en cuyo interior figura un ojo. El ojo en el triángulo es un tema creado por el arte egipcio y retomado por el arte griego; además, el ojo es un símbolo empleado por numerosas sociedades iniciáticas antiguas, pues la realización espiritual consiste, sobre todo, en «abrir el ojo» a todas las cosas. El o]o no es separable del grado de Maestro masón, que, como veremos muy pronto, consiste en reconstituir lo que está disperso. Ahora bien, en los textos de las pirámides, el ojo del dios Horus se encarga de recomponer los huesos, reunir los miembros y las carnes, disipar los males. Por este símbolo situado en el oriente de la logia, la francmasonería afirma sus ascendientes esotéricos con la mayor claridad.

Por lo que se refiere al triángulo, es una reducción de la pirámide celestial, el «triangulo luminoso» de los orígenes del mundo. En el texto rosacruz titulado Los ecos de la fraternidad, se menciona un triangulo de fuego cuyo fulgor no deja de aumentar. Algún día, encenderá el postrer incendio que abrasará el mundo. El ojo de luz y el triangulo de fuego purifican sin cesar el trabajo de los masones y los ponen en contacto con las más intensas tuerzas creadoras; cada francmasón espera poder renunciar a las palabras de los antiguos iniciados: «Soy uno de los seres que son capaces de ver el ojo único. Abridme, soy uno de vosotros».

IX. EL GRADO DE MAESTRO MASÓN Y LA LEYENDA DE HIRAM

Según el historiador de las religiones y francmasón Goblet d'Albiella, el grado de Maestro es aquel por el que la masonería recuerda, a la vez, las asociaciones profesionales de la Edad Media y los misterios religiosos de la

antigüedad. Este hecho indiscutible es tanto más curioso cuanto que el grado de Maestro sólo aparece en el siglo XVII. En realidad, el grado de Maestro de la antigua masonería estaba reservado a un solo hombre, el masón encargado de dirigir el taller. Recibía una iniciación especial para su instalación en el sitial del rey Salomón.

El contenido del grado de Compañero masón en la Edad Media sufrió una desviación y se convirtió en el grado de Maestro en la francmasonería moderna. Para ser del todo claro, podemos establecer los dos cuadros jerárquicos siguientes:

Masonería antigua:

- Pre-iniciación.
- Iniciación y obtención del grado de Aprendiz.
- Obtención del grado de Compañero.
- Maestría para el Venerable que dirige la logia.

***Masonería moderna**:*

- No hay pre-iniciación.
- Iniciación y obtención del grado de Aprendiz.
- Obtención del grado de Compañero.
- Obtención del grado de Maestro.
- Veneralato para uno de los maestros.

La antigua masonería sólo comprendía, pues, dos grados reales, el aprendizaje y el compañerismo, equivaliendo éste a la maestría de la masonería moderna. Esta se vio obligada a inventar un grado intermedio de «compañero» cuyo ritual es, por lo demás, bastante débil en el plano simbólico.

El mito de lo que, en adelante, llamaremos el grado de Maestro es conocido por todas las religiones de la antigüedad; puede resumirse así: un dios o un rey bienhechor muere a manos de quienes hubieran debido escuchar su mensaje. Los iniciados, afligidos primero, no aceptan semejante desgracia e intentan borrar este crimen por excelencia resucitando a su maestro espiritual, que revive en cada nuevo iniciado. Probablemente la vida de Osiris sirvió de prototipo al conjunto de las versiones de la leyenda; este excelente soberano, que había llevado la civilización a los hombres, fue asesinado por su hermano Seth que colocó el cuerpo de Osiris en un ataúd y lo arrojó al Nilo. La mujer de Osiris, Isis, fue en busca del cadáver y recibió la ayuda de vanas divinidades.

Cuando por fin encontró a su mando, tras un largo periplo, se hizo fecundar por el difunto que recupero la vitalidad mas allá de la muerte. Isis parió a Horus, cuya misión consistió en vengar a su padre devolviendo el orden al mundo a pesar de las malversaciones de Seth.

El iniciado a los misterios de Osiris recomenzaba un rastreo nunca interrumpido v salía en busca del dios. Cuando llegaba junto a un cerro en el que florecía una acacia, sabía que su empresa había sido coronada por el éxito. Ayudado por otros iniciados, desenterraba al Maestro cuyo cuerpo era llevado al templo. Hay más aún; son los artesanos quienes golpean mortalmente a maese Hiram y, en el ritual egipcio de la «apertura de la boca», un personaje tendido simboliza al maestro. «¿Quién es ese que golpea a mi Padre?», pregunta el oficiante, a quien se responde: «Es un artesano».

No es inútil, sin duda, recordar a grandes rasgos la leyenda de Hiram tal como se revela durante la iniciación masónica a la maestría. Podremos así compararla fácilmente con el modelo egipcio y apreciar mejor las versiones medievales que daremos a continuación. El rey Salomón, puesto que deseaba edificar un templo inmenso a la gloria de Dios v concretar el proyecto de su padre David, recurrió a numerosos obreros que fueron colocados bajo la dirección del maestro arquitecto Hiram-Abif. Éste toma conocimiento de los planos trazados por la propia mano de Dios y organiza el trabajo con mucho rigor; divide a los artesanos en tres clases y atribuye a cada una de ellas signos secretos, palabras sagradas y posturas rituales. Ante el templo en construcción, hay dos columnas; los aprendices reciben su salario junto a una de ellas, los compañeros junto a la otra. Por lo que a los maestros se refiere, se reúnen en un lugar que sólo ellos conocen, la «cámara del medio».

Tres compañeros corroídos por la ambición conspiran contra maese Hiram. Están decididos a arrancarle la «palabra de maestro» creyendo, en su ingenuidad, que bastará con hacer que les acepten en el grado superior. Cierta noche, acechan la llegada de maese Hiram que procede a la última inspección de la obra antes de descansar. Hiram entra por la puerta de occidente y luego, terminado su examen, intenta salir por la puerta de mediodía. Allí topa con su primer compañero. «¿Qué haces en este lugar?», pregunta el maestro. «Admitidme entre los maestros», responde el compañero. «Soy lo bastante sabio y merezco este ascenso.» «Es imposible», le responde Hiram; «son los maestros los que conceden y no los compañeros quienes exigen». «No pasaréis hasta que no me hayáis dado la palabra de maestro, de buen grado o por la fuerza», prosigue el compañero. Cuando Hiram intenta convencerle de que tales

amenazas son inútiles, el otro le asesta un golpe con la regla en el hombro. Herido, Hiram intenta huir y corre hacia la puerta del norte donde le aguarda el segundo compañero, que le da un golpe de tenaza en la nuca. Tambaleándose, Hiram intenta salir por la puerta de oriente. El tercer compañero le pide por última vez la palabra de maestro; ante la negativa de Hiram, es presa de una violenta cólera y lo mata de un mazazo en la frente.

Lo irremediable se ha consumado. Los tres compañeros deciden ocultar su fechoría y entierran el cadáver del maestro en un altozano, cerca del templo. Salomón se preocupa por la ausencia de su maestro de obras y manda a nueve maestros en su búsqueda; tres parten hacia mediodía, tres hacia el norte, tres hacia oriente. Estos últimos advierten la tierra recién removida y descubren el cadáver de Hiram; los demás maestros se les reúnen muy pronto y todos lamentan la muerte del venerado arquitecto. Pero la construcción del templo debe proseguir para respetar el deseo de Hiram; los maestros plantan una acacia en la tumba y cambian la palabra secreta que da acceso a su grado.

Salomón queda consternado cuando sabe la noticia. Los maestros le aseguran que la ciencia de Hiram no se ha perdido y que sus discípulos sabrán proseguir su Obra. El rey ruega a los albañiles que vayan a buscar el cuerpo y procedan a unos funerales dignos del difunto arquitecto. Los albañiles llevarán en adelante guantes blancos para probar que no participaron en el crimen y que su espíritu busca eternamente la mayor pureza.

La tumba de maese Hiram tenía tres pies de ancho, cinco de profundidad y siete de longitud. En su interior se habían excavado tres fosas, una para el cadáver, otra para el bastón, la tercera para las vestiduras. Sobre el sepulcro, Salomón hizo grabar un triangulo de oro con esta inscripción: «A la Gloria del Gran Arquitecto del Universo». Hiram asesinado revive en cada masón iniciado al grado de Maestro; las preguntas y respuestas rituales dan, por lo demás, una idea muy completa del trabajo que debe realizarse durante la maestría:

- ***Pregunta:*** «¿Qué vais a hacer allí?».
- ***Respuesta*:** «A buscar lo que estaba perdido y ahora se ha encontrado».
- ***Pregunta:*** «¿Qué es lo que estaba perdido y ahora se ha encontrado?».
- ***Respuesta*:** «La palabra de maestro masón».

Esta palabra de maestro, que fue el secreto esencial de la antigua masonería, equivale al Verbo Creador que hace surgir la creación de la nada y

puede construir sobre esta tierra las más magníficas obras, trátese de un hombre o de una catedral.

Del mito de Osiris a la leyenda de maese Hiram, el grado de Maestro conoció otras versiones que nos ofrecen los jalones entre esos dos hitos extremos. Podemos pensar, por ejemplo, en el asesinato puramente legendario del maestro filósofo Scot Erigeno por sus alumnos o en el del abad Juan el Sajón por dos monjes; pero el relato más completo se encuentra en la canción de los Cuatro Hijos Aymon. Se nos dice que Renaud de Montauban fue a la célebre obra de la catedral de Colonia. Vio allí a un maestro albañil que trabajaba en un campanario. Renaud solicita su admisión entre los obreros y el maestro de obras, para verificar su competencia, le pide que ayude a los cuatro peones que no consiguen colocar adecuadamente una piedra. Renaud lo consigue sin problema alguno, maravillando a todos los presentes; sorprendido por su habilidad, el maestro está dispuesto a ofrecerle la paga que desee, pero Renaud se contenta con un solo denario. Sigue trabajando sin cometer el menor error y muy pronto se convierte en un maestro en su arte, lo que provoca numerosas envidias. Algunos obreros se deciden a acabar con el aguafiestas y matan a Renaud a martillazos, golpeándole por detrás; para ocultar su crimen, arrojan el cadáver al Rin. Los peces del no se reúnen y levantan el cuerpo que es iluminado por tres cirios, análogos a los tres pilares masónicos coronados por una vela. En una nueva versión de la leyenda, redactada en el siglo XIII por los benedictinos de la abadía de Colonia, se dice que Renaud era maestro de obras y que su cuerpo fue descubierto por una mujer. La leyenda de Osiris se veía así perfectamente traducida a términos medievales y era utilizada por las cofradías iniciáticas de constructores. Algunas órdenes contemplativas observan un ritual que no deja de relacionarse con la celebración masónica; entre los benedictinos, por ejemplo, el novicio está tendido en el suelo y cubierto con un sudario. Al finalizar el oficio de difuntos, es casi «resucitado», recibe la comunión de manos del abad e intercambia el beso de paz con sus nuevos hermanos. El futuro maestro masón es también reducido al estado de «cadáver» y recubierto con un sudario antes de nacer a la maestría iniciática.

Otro aspecto del grado de Maestro masón merece ser examinado; se trata de lo que se denominan los «cinco puntos de la Fraternidad». El nuevo maestro y uno de sus pares están frente a frente y proceden a cinco «tocamientos», de acuerdo con el tiempo tradicional: pie con pie, rodilla con rodilla, corazón con corazón, mano con mano, oreja con oreja (según un manuscrito masónico de Edimburgo). No tenemos la intención de extendernos sobre el significado de estos gestos, pero queremos señalar simplemente dos episodios de la vida de un

personaje bíblico, Elíseo. Según el segundo libro de los Reyes, este profeta salvó a la viuda de un hermano profeta. La infeliz carecía de todo v sólo tenía un poco de aceite para pagar sus deudas. «Llena con este aceite todas las jarras que encuentres en casa», le dijo Elíseo; la viuda obedeció y la pequeña cantidad de líquido no se agoto. Este milagro de la «multiplicación del aceite», que pone en escena a una viuda, podría prestarse a interpretaciones simbólicas; el segundo episodio de la vida de Elíseo es más significativo aún y se vincula a los «cinco puntos de fraternidad» de los que fue, sin duda, un prototipo. El profeta, en efecto, acudió a la casa de una mujer cuyo hijo acababa de morir. Elíseo contempló el cadáver tendido en la cama, luego cerró la puerta y oró a Yahvé. Terminada su plegaria, subió a la cama y se tendió sobre el niño, boca contra boca, ojos contra ojos, manos contra manos, replegándose sobre él hasta siete veces. Terminado este rito, el niño resucitó. La correspondencia con el grado de Maestro masón es realmente muy precisa, hasta el número siete, que es uno de los símbolos principales de la maestría consumada.

La «palabra perdida» del grado de Maestro fue ilustrada en la Edad Media por el simbolismo del «Aleluya». Ese término fue considerado, en efecto, como una verdadera palabra sagrada y anualmente se procedía a los funerales del «Aleluya». Algunos religiosos llevaban el ataúd de la Palabra hasta el claustro, lo incensaban y lo enterraban. Pero el «Aleluya» no estaba perdido definitivamente puesto que resucitaba poco tiempo después. El obispo Isidoro de Sevilla aconseja a los cristianos que no intenten traducir «Aleluya» por un término profano; se trata de una palabra misteriosa, de la Palabra por excelencia que cada cual puede encontrar en sí mismo.

Como puede verse, todos los ritos y los símbolos que forman parte del grado de Maestro masón contienen excepcionales riquezas y transmiten valores iniciáticos muy antiguos. Según el proverbio masónico, el maestro está situado entre la escuadra y el compás, entre el Orden eterno que preside toda forma viviente y la Creación permanente del espíritu; por ello el deber del maestro es participar conscientemente en la Gran Obra, prosiguiendo la construcción del templo inmaterial y del templo material.

X. LOS DIEZ OFICIALES MASÓNICOS

La logia masónica está dirigida por diez maestros que reciben un «oficio» particular, de ahí su titulo de «Oficial». ¿Por qué diez? Este número fue considerado sagrado por varias asociaciones iniciáticas de la antigüedad,

especialmente por los esenios y los pitagóricos. El arquitecto romano Vitruvio advierte que la división de las medidas para la construcción de los edificios descansa en un número perfecto; «ahora bien», escribe, «este número perfecto, establecido por los antiguos, es 10, a causa de los diez dedos que componen la mano». En un cántico de Navidad del siglo XIII, se dice que Dios creó al hombre de un modo admirable; pero, de un modo más admirable aún, el hombre puede ser recreado si utiliza un instrumento de diez cuerdas donde se refleja la armonía del universo, concluye el cántico:

No son cristianos
aquellos cuyo corazón
no posee el orden del decacorde.

Durante la era de las catedrales, este número es frecuentemente empleado por los arquitectos en los diagramas directores; bastará con recordar que la inmensa abadía de Cluny se construyó de acuerdo con el modulo Diez, número perfecto que representa la suma de los cuatro primeros números.

¿Quiénes son los diez oficiales masónicos que simbolizan la armonía por excelencia? En primer lugar, el Venerable, encargado de dirigir los trabajos y de incitar a cada masón a la creación espiritual. Es ayudado por dos Vigilantes, el primero de los cuales tiene la tarea de instruir a los compañeros, el segundo, de instruir a los aprendices. Junto al Venerable se sienta el Orador, que defiende la ley espiritual y el reglamento material de la Orden y el Secretario, que anota las intervenciones de los masones para componer una obra sintética. Encontramos luego al Tesorero, que se ocupa de los «metales» o finanzas del taller para transformar el plomo en oro, y el Hospitalario, que socorre a los masones que sufren alguna angustia espiritual, moral o material.

Vienen luego el Maestro de ceremonias, que regula todos los movimientos en el interior de la logia, y el Experto, que vela por la buena aplicación del ritual. El ultimo oficial es el Cubndor, que custodia la entrada del templo v sólo deja entrar en el lugar santo a iniciados dispuestos a trabajar en el seno de una espiritualidad comunitaria.

¿Cuales fueron los modelos de esta estructura masónica? Podríamos examinar los colegios sacerdotales del antiguo Oriente Próximo para establecer analogías significativas, pero nos limitaremos al Occidente cristiano. El título de «Obispo», por ejemplo, significa literalmente «Vigilante» y Durand de Mendes, en el siglo XIII, nos dice que el obispo es el Especulador por excelencia, que vela por la enseñanza de los fieles. Pensemos también en el Chantre, que, como

el Maestro de ceremonias masónico, lleva un gran bastón que simboliza las escrituras sagradas. Además, las catedrales de la Edad Media eran custodiadas por porteros que tenían las llaves del lugar sagrado; precedían al Cubndor masónico, que tiene, también él, la llave del templo.

Solo poseemos esos detalles. Ya san Benito hacía que sus comunidades monacales fueran dirigidas por «Oficiales» y, a partir del siglo X, conocemos a los diez oficiales claustrales dirigidos por el abad. Es ayudado en su tarea por un Hotelero que recibe a los huéspedes en la puerta del monasterio, un Enfermero que cuida a los hermanos enfermos, un Camarero que se ocupa de las rentas materiales de la abadía, un Sacristán que vela por los objetos sagrados que se emplean en las ceremonias, un Consiliario o Prior, un Chantre que dirige la liturgia, un Cillerero y un Maestro de novicios que examina las vocaciones y distribuye la enseñanza a los nuevos monjes.

Reconocemos, de paso, las estrechas correspondencias con el colegio de los Diez Oficiales masónicos. Por muy sorprendente que parezca, está muy claro que las cofradías iniciáticas de masones y las comunidades monacales habían elegido la misma estructura simbólica para asegurar la dirección de su institución. Es curioso comprobar, en esta perspectiva, que la propia masonería moderna, en el momento en que atacaba a la Iglesia, estaba compuesta por logias que se apoyaban en una organización seme-)ante a la de los monjes. Por añadidura, estos «oficiales» demuestran la gran unidad de la tradición espiritual de Occidente.

XI. EL MISTERIO DEL NÚMERO TRES

El número 3 también es honrado en los ritos de la francmasonería. A menudo se denomina a los masones «hermanos tres puntos» por el símbolo que utilizan. Éste, que sólo fue recuperado tardíamente por la masonería moderna, tiene sin embargo un origen bastante antiguo; puede verse, por ejemplo, en objetos celtas del siglo IV a.C, y, mucho antes, en cerámicas egipcias, cretenses y griegas. Los tres puntos dispuestos en triángulo son, en efecto, una de las expresiones más corrientes de la luz interior y del espíritu que presidió la creación del mundo. Recordemos que san Angilberto, uno de los compañeros de Carlomagno, hizo que se construyera en triángulo la abadía de Centula y que el gran monasterio de Saint-Benoit-sur-Loire había tenido primitivamente la forma de una delta.

El frontón triangular del templo masónico se debe a la tradición griega, que lo consideraba la imagen del cielo. Los arquitectos griegos, tras su viaje a Egipto, habían traducido así la grandiosa concepción piramidal que representaba en la piedra la montaña cósmica que Dios había hecho brotar de la nada en la primera mañana del mundo. La tradición cristiana conservo este motivo arquitectónico. En la decoración pintada de la iglesia de Bauit, en Egipto, se ve una puerta enmarcada por dos columnas que aguantan un frontón triangular. En el centro de la puerta hay un picaporte; un personaje lo golpea para solicitar su admisión en el templo. Este gesto sigue practicándose en todas las logias masónicas del mundo.

El Ojo –complejo– del simbolismo egipcio es el símbolo de la Creación que el hombre tuvo la función de realizar a imagen del Principio. Este Ojo está siempre presente sobre el Venerable Maestro de la logia masónica (según la estela del museo Dyed Khonsou).

El número 3 está presente aún en los tres pilares masónicos que se denominan Sabiduría, Fuerza y Belleza. Contienen una de las enseñanzas más profundas de la francmasonería y debe recordarse que la Iglesia primitiva descansaba sobre tres pilares, asimilados a Juan, Santiago y Cefas. Mencionemos también las Tres Grandes Luces de la masonería, a saber, el Volumen de la Ley Sagrada, la Escuadra y el Compás, que son otros tantos instrumentos de construcción del hombre y del templo. El Volumen simboliza la creación eterna, el Compás la lleva a la práctica, la Escuadra permite verificar la armonía del mundo.

Cuando penetra en la logia, el aprendiz da tres pasos. Según una leyenda de la Edad Media, el sol bailaba la mañana de Pascua y celebraba la resurrección con tres alegres brincos.

XII. LOS HIJOS DE LA VIUDA

El título de «Hijo de la Viuda» que se da a los masones tal vez fuera inspirado por dos personajes femeninos de la Biblia, la viuda de Sarepta y Ana,

esposa de Joaquín. La primera, tras haber recogido dos pedazos de leña, los colocó en forma de cruz. Daba prueba de un excepcional sentido profético al anunciar la religión por venir y todos los que comprenden el sentido de los actos de la viuda están dispuestos a participar en la aventura espiritual. Ana fue la madre de María y se benefició de una intervención celestial para concebir a la madre de Cristo; «yo era como viuda», declaró, «y ya no lo soy; yo era estéril y mis entrañas van a concebir». Detalle turbador, María, cuando tuvo seis meses, dio siete pasos y luego regresó al regazo de su madre; el grado de Maestro masón, en el que los iniciados son realmente los Hijos de la Viuda, comprende precisamente siete pasos rituales.

La viuda por excelencia sigue siendo, sin embargo, Isis saliendo en busca de su esposo asesinado y reuniendo los pedazos dispersos de su cuerpo descuartizado; los maestros masones reinician sin cesar su Búsqueda para encontrar la Palabra perdida, madre siempre puesto que engendra nuevos iniciados, y viuda siempre porque será eternamente Una y nunca será poseída por un hombre.

CONCLUSIÓN

Seamos partidarios o adversarios de la francmasonería, o sencillamente nos resulte indiferente, podemos advertir que representa una no desdeñable corriente de ideas. Tras varios siglos durante los que esta Fraternidad provocó pasiones, parece entrar ahora en un período más sereno en el que simbolistas, historiadores y sociólogos la estudian como expresión del deseo de sacralización inherente al hombre. El más seguro medio de traicionar la verdad es hablar de una sola y única francmasonería, de una Orden rigurosa con un ideal bien definido. De hecho, aunque exista una francmasonería primordial, una Orden iniciática fundamental, la situación actual demuestra claramente que estamos ante varias corrientes masónicas.

Naturalmente, no nos corresponde formular un juicio cualquiera. Observamos simplemente que la antigua francmasonería tradicional afirmaba un ideal de perfección basado en el simbolismo y que esta visión del hombre sólo se encuentra de un modo muy fragmentario en la francmasonería moderna. Sin

embargo, más allá de los errores humanos, de los intentos de adoctrinamiento, de los más diversos extravíos, quedan los rituales, los símbolos y la dimensión iniciática. A pesar de notables desviaciones, los rituales iniciáticos de la masonería han conservado una fuerza de sacralización que el mundo moderno busca cada vez más.

En el momento en que descubrimos los tesoros espirituales de las tradiciones orientales, tenemos también la posibilidad de estudiar la tradición esotérica de Occidente por medio de los símbolos masónicos que han preservado la herencia de las más antiguas civilizaciones.

¿Por qué, en estas condiciones, no observar a la francmasonería con completa serenidad? Los desgarrones históricos de la francmasonería moderna tienen sólo un interés anecdótico frente a la prodigiosa arquitectura simbólica de la antigua Orden de los Albañiles Libres que ha superado la prueba de los siglos.

Una vez más, conviene olvidar las palabras humanas y escuchar la voz de los símbolos. Sólo ellos guardan su pureza de origen, sólo ellos nos permiten acceder a una vida consciente sin ser esclavos de un prejuicio.

Los antiguos constructores no erigían edificios por su placer sino para celebrar la Obra que, como escribe el maestro Eckhart, no está sometida al tiempo ni al espacio. Siempre que los ritos masónicos sean una de las vías hacia esa obra oculta en el corazón de nuestro espíritu, merecen nuestro respeto y nuestra atención.